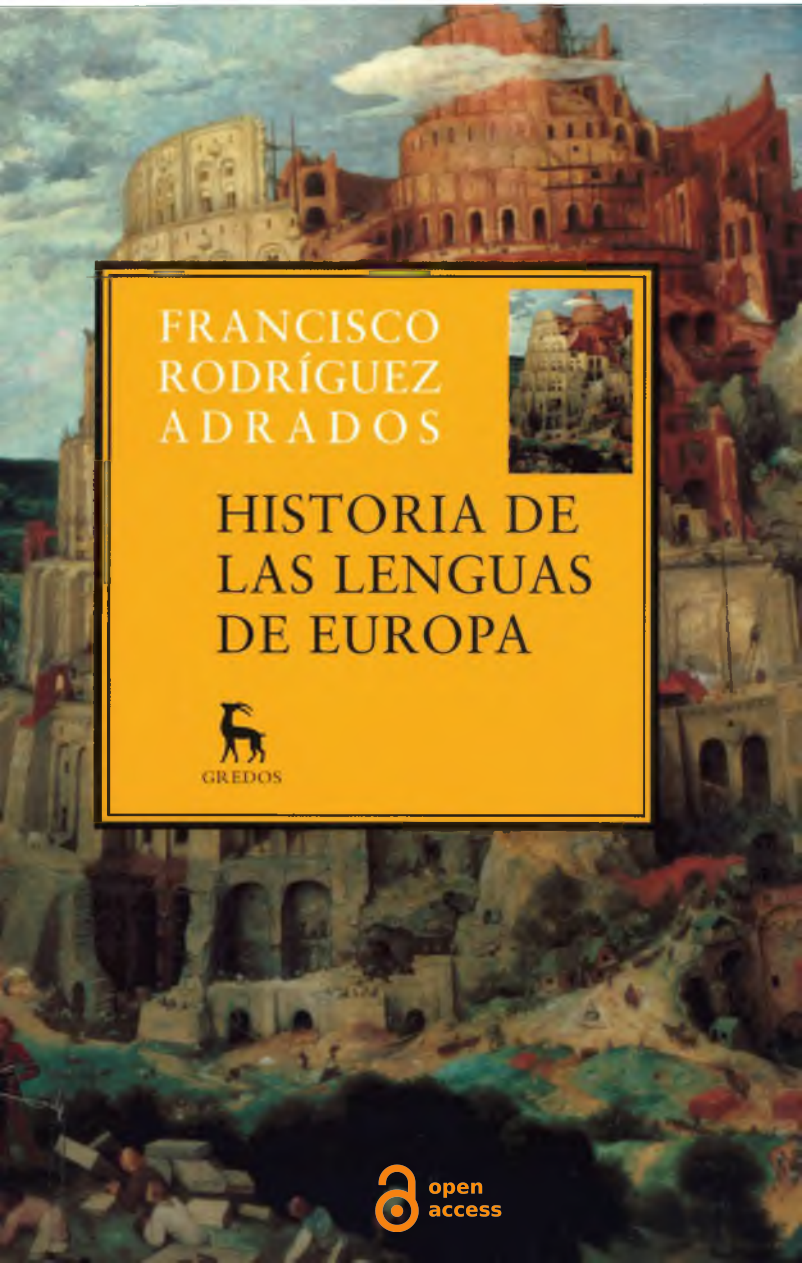


FRANCISCO
RODRÍGUEZ
ADRADOS

HISTORIA DE LAS LENGUAS DE EUROPA

GREDOS

open access

En esta HISTORIA DE LAS LENGUAS DE EUROPA, Francisco Rodríguez Adrados realiza un lúcido análisis sobre una cuestión compleja y a menudo controvertida. El mosaico lingüístico del continente europeo, concebido en términos de unidad geográfica y política, pero sobre todo cultural, se nos presenta como una realidad histórica en cuya conformación han intervenido numerosos factores de índole diversa. Para llegar a su comprensión cabal, el autor traza de manera clara y accesible una panorámica que abarca desde los orígenes del grueso de estas lenguas y características y fases de la lengua común reconstruida, hasta el entramado lingüístico del momento actual, marcado por una tendencia a la unidad debida a aproximaciones de base cultural entre las distintas lenguas y, al mismo tiempo, por un resurgir de idiomas minoritarios.

La tipología de los diferentes grupos lingüísticos indoeuropeos (románico, céltico, griego, germánico, báltico, eslavo) y las de las lenguas de origen no indoeuropeo (vasco, grupo finougrio), sus avatares históricos y sus manifestaciones literarias, la confluencia a la que se han visto abocadas a través de los préstamos de origen griego y latino o los trasvases entre ellas, la expansión y el desarrollo que han experimentado, o las políticas lingüísticas son algunos de los aspectos tratados en las páginas de este libro revelador.

Diseño de la cubierta: Luz de la Mora
Imagen de la cubierta: © Getty Images; Pieter Brueghel *el Viejo*, *La torre de Babel* (fragmento), 1563

FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS (Salamanca, 1922) es profesor emérito de Filología Griega en la Universidad Complutense de Madrid, miembro de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia, director de revistas y proyectos científicos. Ha trabajado y sigue trabajando en lingüística indoeuropea y general, en filología y lingüística griega e india, en historia del teatro, de la fábula, del léxico culto y de la prosa castellana, trazando siempre grandes perspectivas generales en torno a planteamientos nuevos. Ha publicado diversos libros, entre los que destacan *Evolución y estructura del verbo indoeuropeo*, *Lingüística indoeuropea*, *Orígenes de la lírica griega*, *Fiesta, comedia y tragedia*, *Modelos griegos de la prosa castellana y europea* o *El reloj de la historia*.

FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS

Historia de las lenguas de Europa

EDITORIAL GREDOS, S. A.

MADRID

Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.

© Francisco Rodríguez Adrados, 2008.

© EDITORIAL GREDOS, S. A., 2008.
López de Hoyos, 141 - 28002 Madrid.
www.rbalibros.com

VÍCTOR IGUAL • FOTOCOMPOSICIÓN
TOP PRINTER PLUS • IMPRESIÓN
DEPÓSITO LEGAL: M. 2.099-2008
ISBN: 978-84-249-2871-1

Impreso en España. Printed in Spain.
Reservados todos los derechos.
Prohibido cualquier tipo de copia.

creative commons

A MI HIJA HELENA, HELENISTA COMO YO, CON CARIÑO

Cierto ario que vivía en el Pamir
cultivando con primor un abedul,
decidió que mejor sería vivir
más al Sur, y se hizo la maleta y el baúl.
Emigró y emigró con temas puros
que se iban flexionando lentamente
y al llegar de Micenas a los muros
el sistema ya era competente
para todo lo que fuera locativo
en los más diversos grados de alternancia,
que es asunto que tiene más sustancia
que seguirle la pista al abedul
que dejó aquel ario preflexivo
y cambió por el mar Egeo azul.

LUIS ALBERTO DE CUENCA

CONTENIDO

Prólogo, 13

PRIMERA PARTE

LAS RAÍCES LINGÜÍSTICAS DE EUROPA

1. LENGUAS INDOEUROPEAS Y NO INDOEUROPEAS EN EUROPA, 25
2. EL INDOEUROPEO CLÁSICO Y SUS VARIANTES (IE III A Y B), 55
3. MIRANDO HACIA ATRÁS: EL INDOEUROPEO MONOTEMÁTICO (IE II), 67
4. MÁS ATRÁS TODAVÍA: EL INDOEUROPEO NO FLEXIONAL (IE I), 77
5. MIRADA TIPOLÓGICA AL IE Y SUS RAMAS, 85
6. EL INDOEUROPEO IV: EVOLUCIÓN HASTA EL PRESENTE, 89
7. CONCLUSIÓN, 93

SEGUNDA PARTE

LAS LENGUAS EUROPEAS,
SU CRECIMIENTO Y SUS RELACIONES

1. INTRODUCCIÓN, 97
2. HISTORIA DE LAS LENGUAS Y LOS DIALECTOS INDOEUROPEOS EN EUROPA, 111
3. LAS LENGUAS NO INDOEUROPEAS DE EUROPA, 141

TERCERA PARTE

LA CONFLUENCIA Y EXPANSIÓN DE LAS LENGUAS DE EUROPA

1. EL ALFABETO, LOS TEXTOS GRIEGOS Y LATINOS Y SU LLEGADA A EUROPA, 153
2. LÉXICO GRIEGO, LATINO Y CRISTIANO EN LA HISTORIA DE LAS LENGUAS DE EUROPA Y DE SU APROXIMACIÓN, 185
3. SINTAXIS Y LITERATURA EN LA HISTORIA DE LAS LENGUAS DE EUROPA, 245

CUARTA PARTE

HISTORIA DE LAS GRANDES LENGUAS COMUNES DE EUROPA

1. LAS GRANDES LENGUAS COMUNES DE EUROPA, 267
2. LA EXPANSIÓN FUERA DE EUROPA DE LAS LENGUAS EUROPEAS, 301

Notas, 319
Índice de lenguas y dialectos, 349

PRÓLOGO

El tema de Europa me ha apasionado siempre. *¿Qué es Europa? ¿Qué es España?* fue el título de mi discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia.[1] En realidad, conservo la invitación a una conferencia que di sobre este tema en 1962, conferencia abreviada en un artículo de periódico.[2] Luego desarrollé el tema en diversos periódicos y publicaciones,[3] en innumerables conferencias, sobre todo en mi libro *El reloj de la historia: Homo sapiens, Grecia antigua y mundo moderno*.[4]

El hecho es como sigue. Europa fue, en el comienzo, un puro concepto geográfico: una península occidental de Asia, prolongada a su vez por varias penínsulas y rodeada de islas. Fue un concepto mítico, también: la ninfa Europa nació de la ninfa Telfusa de Delfos y el rey fenicio Agenor. La raptó y la llevó a Creta el toro-Zeus. En tanto, su hermano Cadmo la buscaba. Inútilmente: el oráculo de Delfos le mandó abandonar la búsqueda y fundar una ciudad, Tebas. Europa, «la de vasta mirada», se paseaba entre tanto por la futura Europa.

El nombre de Europa se dio primero a la Grecia central, luego a la Grecia toda, después a las ciudades en torno a la ribera norte del Mediterráneo: se oponía a Libia y Asia, desde Heródoto. Esta geografía se amplió en la Edad Media hasta Irlanda y el Cabo Norte, luego hasta el Don, y finalmente, en el siglo XVIII, hasta los Urales. Y surgieron las nuevas Europas, llevadas por los europeos, en buena parte del planeta.

Se amplió así el Imperio romano, eje de Europa y ampliación, a su vez, de la primigenia Europa, Grecia. También se recortó: el norte de África, Asia Menor, Siria y Palestina cayeron ante el musulmán. Y hubo pérdidas y luego reconquistas, en la Edad Media: España y Sicilia. También se perdió Bizancio ante los turcos, en 1453; no volvió a la civilización europea más que parcial-

mente, en la zona entre el Adriático, el Egeo y el mar Negro, donde en el siglo XIX surgieron naciones eslavas independientes y la moderna Grecia.

Pero Europa no es solo geografía, es también y sobre todo cultura: ha recibido la herencia de los griegos, continuada, entre cambios, por los romanos y los cristianos. El conjunto de sus tierras se llamó, un día, cristiandad. Así, la geografía se dobló con la herencia cultural de griegos, romanos y cristianos, y con la nueva cultura que de todos ellos nació y luego se desarrolló. Pero cuando muchos cristianos vivían ya fuera de Europa y muchos europeos y descendientes suyos dejaron de ser cristianos, el término Europa, testimoniado de nuevo desde el siglo VIII, volvió a tener vigencia, mucho más desde el siglo XVIII.[5]

Cada vez más. Así, desde esa fecha, Europa era al tiempo geografía —sus descendientes en otros continentes quedaban fuera de ella— y, sobre todo, cultura. Una cultura que venía de los griegos y romanos, había absorbido a otros pueblos, se había defendido de otras culturas y se extendía por el mundo. Y que ahora estaba sometida a embates directos, desde dentro y desde fuera.[6] Y se extendía hacia fuera, con la conquista de otras tierras y la expansión cultural y económica.

Políticamente, Europa, desde que cayó el Imperio romano, que fue su germen, tras los griegos, no fue nunca una unidad. Era una unidad cultural y religiosa, como digo, imitaba una y otra vez a la cultura grecorromana, crecía y era la sede principal del cristianismo —y aun de la crítica hecha al cristianismo—. Pero, políticamente, no era ya, insisto, una unidad, como lo había sido el Imperio romano. Lingüísticamente tampoco. Este es el tema de este libro.

Cierto que Bizancio era la continuación de Roma y se consideraba a sí misma como el núcleo cultural del mundo. Cierto que se constituyó, desde Carlomagno, el Imperio romano-germánico, que duró hasta el siglo XVII —pero no pasó de ser un recorte, un fragmento de Europa, combatido por muchos—. Cierto también que el papa era el rector espiritual de Europa hasta el Cisma de Bizancio en el siglo IX y la llegada de los protestantes en el XVI. Pero la unidad política de Europa, que intentaron establecer por la fuerza Napoleón y Hitler, fracasó.

Ahora se reintenta por vías pacíficas, con la Unión Europea. No la veo con excesivo optimismo.[7] Esto es muy personal. Ya Alejandro fracasó unien-

do a los griegos; su creación apenas duró políticamente, sí culturalmente. Hubo luego, eso sí, el Imperio romano, pero seguido de los fracasos a los que he aludido. Y hay la problemática política actual. En todo caso, Europa es, ante todo, un concepto cultural, dentro del cual está la fórmula política que hoy domina o intenta dominar en todas partes: la democracia.

No voy a insistir en ello demasiado en este libro, excepto en la medida en que tiene un reflejo lingüístico. Este reflejo, que viene casi siempre del influjo del léxico culto griego y latino (y de otros elementos lingüísticos y literarios más, griegos y latinos también) a través de vías diversas, así como de las relaciones de todo tipo entre las naciones europeas, ha hecho y continúa haciendo una enorme contribución a la unidad cultural de Europa.

Es lo que unifica, en cierta medida, las lenguas de Europa. Lo que, como su cultura toda, se ha trasplantado a gran parte del planeta. De esto he escrito,[8] y he dado sobre ello múltiples cursos y conferencias. También sobre el influjo de la cultura grecolatina en la creación de las nuevas literaturas europeas y de todo el pensamiento europeo: en *El reloj de la historia,* ya citado, y en otros lugares.[9] De todo ello se hallará aquí el eco, desde una nueva perspectiva.

Todo esto tiene, naturalmente, relación con el tema de las lenguas europeas y el de en qué medida hay una lengua europea, que es precisamente el de este libro: no tengo más remedio que aludir a ello para dar el marco en que se desarrollaron las lenguas de Europa.

Lo notable es lo que sigue. Europa ha tenido, como he apuntado, una geografía variable (y, en cierto sentido, se extiende hoy fuera de Europa) y ha tenido una historia política compleja y variable, que solo ahora desemboca en una cierta unidad y que, ella también, ha repercutido y repercute sobre el mundo; ha tenido y tiene una cultura, más unificada cada vez, pero siempre varia y conflictiva y desbordada sobre el mundo. Pues bien, lo mismo o algo parecido ha sucedido en su historia lingüística. Este es el tema central de este libro.

Lo he dicho antes: las lenguas europeas tienden a una cierta unidad en el terreno del léxico y la formación de palabras (lo que afecta también a las lenguas europeas habladas fuera de Europa y, en realidad, ya, a todas las lenguas del mundo), también en otros terrenos. Es una historia notable, que merece ser contada.

Pero comencemos por el principio: la llegada a Europa (y a diversos lugares de Asia) de las lenguas indoeuropeas se sitúa hacia el año 5000 a. C.; y por la misma fecha llegaron avanzadas de las lenguas finougrias. El más antiguo hombre europeo hablaba, pues, otras lenguas, de las que, si acaso, han quedado huellas en la toponimia. El vasco puede ser una de ellas, pero es más probable que llegara de fuera por la misma fecha indicada. Esta es, al menos, mi opinión tentativa.

En realidad, por la fecha indicada, el quinto milenio antes de Cristo y los siguientes, las lenguas indoeuropeas que llegaron son para nosotros remotas, conjeturales, detectables en los topónimos y nombres de ríos. No pertenecían a las familias posteriores, ramificadas luego variamente y bien conocidas, origen de nuestras lenguas indoeuropeas actuales. Estas vienen del indoeuropeo que, desde más allá del Volga, penetró a partir de Ucrania y los Balcanes y la llanura oriental europea en varias oleadas a partir del tercer milenio antes de Cristo. Se extendió desde el 2000 a. C. por Grecia, y desde el 1000 a. C., más o menos, por Italia, el centro y oeste de Europa y España (lenguas itálicas, célticas, germánicas). Se añadieron las lenguas llegadas más tarde, desde fines del primer milenio antes de Cristo: las bálticas y las eslavas, por no mencionar las lenguas menores, como el ilirio.

Pero eran lenguas varias y diversas, que pertenecían a ramas diferentes del indoeuropeo, algunas extendidas también por Asia: no hubo nunca una lengua europea base de todas las posteriores. A estas lenguas indoeuropeas se les añadieron miembros de familias lingüísticas no indoeuropeas ya mencionadas.

Las llanuras del centro de Asia, vieja matriz, lanzaron a numerosos pueblos nómadas, tribus de culturas neolíticas y del bronce, apenas agrarias, sobre Europa. Una serie de datos sitúan a uno de estos pueblos, los indoeuropeos, por un tiempo, en la llanura que va del Volga al Dniester, en lo que es hoy Ucrania y Rusia meridional. Algo he de decir sobre la cultura de estos pueblos, reconstruida ya a partir del léxico, ya de datos arqueológicos e históricos, y sobre la de algunos pueblos no indoeuropeos que también llegaron a Europa.

Pero para que, a partir de las lenguas indoeuropeas de Europa, cuya historia en alguna medida podemos reconstruir, y de las demás, podamos configurar, aunque sea en breve esbozo, una historia lingüística de Euro-

pa, habremos de considerar varios puntos que en este prólogo no hago sino mencionar:

1. El indoeuropeo tiene ciertas características estructurales, variables, por lo demás, según épocas y lugares, cierta tipología que en alguna medida se conserva en las lenguas indoeuropeas actuales. Trataré de ella.

2. Pero hay dos temas que no deben olvidarse. Primero, que las características centrales de todas las lenguas del mundo coinciden: hay unos universales lingüísticos (un derivado, sin duda, del fenómeno de la creación del lenguaje dentro de la historia del *Homo sapiens*, quizá en parte antes). Segundo, que, vecinas del indoeuropeo, hubo, en estrecho contacto, otras familias lingüísticas: algo hemos de decir sobre las relaciones y diferencias. Hay una copiosa bibliografía y algo he escrito ya sobre ello.[10]

3. El indoeuropeo, como ya he dicho y es bien sabido, no es exclusivo de Europa: continuó y continúa viviendo en Asia. En este libro, como en publicaciones mías anteriores que citaré en el lugar oportuno, lo consideraré como un sistema en evolución, con diversas etapas cronológicas y locales. No es esta la imagen común: más generalmente se describe un indoeuropeo único, plano, por una inercia que se arrastra desde la reconstrucción de Bopp hasta las de Brugmann, Meillet y otros, reconstrucciones de una fecha en que todavía no eran conocidos el hetita y las lenguas anatolias. Aunque en lingüistas como Meillet, Hirt, Specht y Benveniste, entre otros, había ya notables anticipos de un estudio en profundidad del indoeuropeo.

He defendido esta idea en numerosas publicaciones a las que aludiré, también la abrazan otros lingüistas.[11] Pero es terrible el poder de la inercia y la resistencia a las nuevas ideas, aunque el descubrimiento del hetita y el anatolio en general, así como el del tocario, en fecha muy posterior a las primeras reconstrucciones del indoeuropeo a las que he aludido, haga imprescindible revisar todo el tema.

No existe, pues, una equivalencia del tipo indoeuropeo = lenguas de Europa. Las etapas del indoeuropeo son las mismas en Europa y fuera de Europa; hay entre ellas un paralelismo, dependiente, sin duda, de factores internos de tipo estructural: desde el IE I, el preflexional, de tipo monosilábico con mínima morfología, hasta el IE II o monotemático (el del anatolio, quedan huellas fuera de él) y el III o politemático (el de las lenguas de

Europa en general y otras fuera de ella). Este último es el que habitualmente es considerado, hoy todavía, como indoeuropeo a secas, el de la reconstrucción tradicional.

Añado todavía el que he llamado IE IV, a saber, un IE III evolucionado cuyos rasgos comunes son independientes de la geografía: lo hallamos hoy día desde en la India e Irán hasta en toda Europa.[12] En todas las lenguas indoeuropeas de hoy: en todas las de Europa, pero no solo en ellas. Es tema muy complicado, que aquí intentaré exponer en forma simple.

4. En cambio, hay algo que sí tiene que ver, en el indoeuropeo, con la historia de Europa: la creación de grandes lenguas nacionales y aun supranacionales, que han recubierto pequeños dialectos a veces conservados, a veces no. Nótese: «dialecto» es un concepto lingüístico, «lengua» es un concepto sociopolítico. Cuando se dieron las circunstancias adecuadas, los que eran pequeños dialectos —así el castellano de una mínima región, el francés de la Île-de-France o el florentino, por ejemplo— se convirtieron en grandes lenguas nacionales y culturales. He de estudiar este fenómeno.

Igual había sucedido antes con el ático, dialecto inicialmente de una pequeña región; y el latín, dialecto meramente del Lacio. Se convirtieron en lenguas ampliamente habladas, en lenguas de política y cultura que, además, penetraron el futuro.

Por supuesto, las grandes lenguas europeas han recibido la huella de las diferentes y sucesivas etapas culturales de sus naciones y ámbitos. Se han relacionado ampliamente, también, con las lenguas no indoeuropeas. Y han pasado a hablarse, algunas, en lejanas e importantes geografías.

5. Porque no todo es indoeuropeo en Europa, ya he dicho. Tenemos, para dejar ahora las lenguas del substrato anterior a los indoeuropeos, dos lenguas de la familia lingüística finougria: una, el húngaro, que llegó a Europa a fines del siglo IX d. C.; otra, el finés, muy anterior.

En cuanto al vasco, seguramente de origen asiático también, se piensa en el Cáucaso y se supone por lo general de fecha preindoeuropea; pero no puede precisarse. Su llegada al País Vasco español es posiblemente posterior a su llegada a Aquitania, es de época romana.[13] Otras lenguas no indoeuropeas que llegaron de Asia, como las de los hunos, ávaros, mongoles y turcos, o se perdieron o no echaron aquí raíces. Caen fuera, pues, de este libro.

En todo caso, el indoeuropeo no es solamente europeo y en Europa no hubo un solo indoeuropeo, sino variantes temporales y locales. En nuestros genes, por otra parte, pesa amplísimamente un substrato no indoeuropeo. Son similares los de la población de toda Europa, así como lo son los de la población del País Vasco y de las provincias limítrofes. Volveré sobre ello más adelante.

No hay, pues, en las fases más antiguas, una historia lingüística ni una tipología común a Europa. Europa es una aproximada unidad cultural y lingüística que se han creado paso a paso, no otra cosa. Y en una gradual aproximación de las lenguas europeas entre sí, en un momento en que había escasa comunicación con Asia, el influjo de la lengua griega, directamente o a través del latín, ha sido decisivo.

En suma, el concepto de «indoeuropeo» no coincide con el de «Europa». Hay, eso sí, diversas ramas lingüísticas indoeuropeas en Europa, y hay variantes tipológicas. Ha habido una evolución histórica, ha habido préstamos de las antiguas lenguas de cultura, que son el latín y el griego, ha habido influjo del conjunto de las dos sobre las lenguas no indoeuropeas. Y algunos otros influjos exteriores.

6. Cuando existe una fragmentación dialectal o lingüística, pero también una estrecha relación social y política, lo habitual es que se adopte una de las lenguas del conjunto como lengua común o general. Esto ha propiciado la difusión, dentro de ciertos límites, de lenguas como el castellano, el francés, el italiano, el alemán, etc. El ático, en su forma de *koiné*, fue lengua común entre los distintos dialectos griegos y también fuera (en Asia Menor, Siria, Palestina y Egipto, entre los búlgaros, en Nubia, etc., también entre las clases cultas romanas). Influyó en todas partes enormemente.[14] Y el latín fue lengua común no solo en Roma, también en la Europa medieval entre los hombres cultos.

Luego, en fechas diferentes, el español y el italiano se hablaron fuera de las propias fronteras. Después el francés, como idioma diplomático e internacional, sobre todo desde el siglo XVIII. Ya por esa fecha se había perdido el latín como lengua común. Hoy la lengua común europea (e internacional) es, como se sabe, el inglés. Influye, por otra parte, en todas nuestras lenguas.

Hay, pues, escalones de lenguas comunes y, bajo ellas, lenguas de difusión regional o dialectal. Los límites, de todas maneras, no son siempre claros.

7. Pero sí hay cierta unidad entre las distintas lenguas europeas, también entre las regionales y dialectales, en un sector importante de las mismas: el del léxico cultural, en un sentido muy amplio. Su crecimiento es parte de la historia cultural de Europa, este léxico procede del griego por vías muy distintas, luego del latín, y después se ha desarrollado en lugares muy varios, y se ha transmitido también horizontalmente, de unas lenguas europeas a otras. Toman en préstamo palabras de diversos orígenes y de diversas transmisiones: la mayor parte griegas y latinas, pero también del mundo extraeuropeo, directamente o a través de calcos y traducciones.

Este es el principal factor de unificación lingüística, aunque no pueden silenciarse algunos elementos morfológicos, sintácticos y literarios (estilísticos, de géneros literarios, etc.). La literatura es también lengua, un texto literario es un hecho lingüístico. Claro que los modelos literarios y científicos europeos se han extendido ya a todo el orbe: son parte de la cultura europea y de su influjo.

Efectivamente, la antigua tradición grecolatina fue ampliada luego con desarrollos propios de varias lenguas que, a su vez, influyeron en otras lenguas europeas. Son, sobre todo, el francés, el castellano, el italiano, el alemán y el inglés. El influjo de la lengua y el de la literatura, a través de momentos diversos, no pueden separarse.

Pero hay, todavía, otras tendencias unificadoras más sutiles. Las que se reflejan, por ejemplo, en sistemas de signos no alfabéticos, del mismo modo que hay otros sistemas de comunicación no lingüísticos que también tienden a unificarse.

Este es el complejo tema de este libro: cómo en nuestras lenguas perviven viejas tradiciones previas a Europa y, a su lado, resultados de evoluciones más o menos paralelas que también rebasan Europa. Y, dentro de esta, huellas dejadas por su propia historia. También elementos crecientes de unidad, en principio, de origen grecolatino (que a veces tiene raíces más lejanas), pero unidos a evoluciones culturales que incluyen influjos horizontales entre las diversas lenguas europeas en varios momentos de su historia. En nuestros días, las tendencias a la unificación del léxico europeo son más fuertes que nunca.

Porque, evidentemente, no hay motivo para establecer niveles o rangos entre las lenguas, en principio: bien ha insistido en ello Moreno Cabrera.[15]

No es menos cierto que las lenguas pueden constituirse en instrumentos al servicio de varias culturas, en este caso la europea y las europeas. El paso de las lenguas de la edad neolítica y del bronce a las que expresan hoy nuestra cultura e influyen en todas las del mundo es algo que merece estudiarse. Es lo que intento en este libro.

Pienso que este es un planteamiento original, al menos en parte, que estaba esperando a que alguien lo recogiera. He intentado desarrollarlo en forma accesible a las personas cultas, simplificando las cosas excesivamente técnicas, y apoyándome, con frecuencia, en exposiciones anteriores.

Muchas de ellas son mías y se refieren a puntos muy diversos. A algunas he hecho mención ya, a otras la haré luego. Eran tratamientos aislados, independientes, surgidos a partir de tal o cual interés monográfico. Ahora los recojo, a veces abreviados, otras expandidos, tras haber llegado a la conclusión de que, en realidad, todos esos puntos tenían coherencia, se referían en definitiva al tema general de este libro.

Claro que esos tratamientos míos partían de estudios anteriores y a veces coincidían, a veces discrepaban, con los de otros estudiosos. Procuro hacerlo ver aquí, aunque voy a reducir en lo posible la erudición y la bibliografía. Otras partes del libro proceden de ideas de diversos estudiosos que intento hacer encajar aquí, dentro de la red de temas que analizo. Otras veces aún, finalmente, lo que hago es más bien indicar ideas que deberán ser ampliadas acudiendo a otros lugares y autores, o que ofrecen sugerencias de temas de estudio que deberían ser explorados.

Divido, así, el libro en tres partes. La primera estudia los orígenes lingüísticos de Europa y su prehistoria dentro de un contexto indoeuropeo más amplio, pero inserto aquí en una determinada geografía y una determinada fase de evolución lingüística. La segunda atiende a las lenguas propiamente europeas y a su evolución a lo largo de su historia. La tercera, al contexto cultural de las lenguas de Europa y a las tendencias unificadoras que operan dentro de ellas.

El libro une, pues, temas diferentes, siempre al servicio de una idea central: la creación de una Europa lingüística y cultural a partir de unos orígenes complejos, no solo europeos. Y ello mediante la guía de la línea de las lenguas griega y latina, que atraviesa los siglos y proporciona el modelo para otras lenguas y culturas nacionales.

7. Pero sí hay cierta unidad entre las distintas lenguas europeas, también entre las regionales y dialectales, en un sector importante de las mismas: el del léxico cultural, en un sentido muy amplio. Su crecimiento es parte de la historia cultural de Europa, este léxico procede del griego por vías muy distintas, luego del latín, y después se ha desarrollado en lugares muy varios, y se ha transmitido también horizontalmente, de unas lenguas europeas a otras. Toman en préstamo palabras de diversos orígenes y de diversas transmisiones: la mayor parte griegas y latinas, pero también del mundo extraeuropeo, directamente o a través de calcos y traducciones.

Este es el principal factor de unificación lingüística, aunque no pueden silenciarse algunos elementos morfológicos, sintácticos y literarios (estilísticos, de géneros literarios, etc.). La literatura es también lengua, un texto literario es un hecho lingüístico. Claro que los modelos literarios y científicos europeos se han extendido ya a todo el orbe: son parte de la cultura europea y de su influjo.

Efectivamente, la antigua tradición grecolatina fue ampliada luego con desarrollos propios de varias lenguas que, a su vez, influyeron en otras lenguas europeas. Son, sobre todo, el francés, el castellano, el italiano, el alemán y el inglés. El influjo de la lengua y el de la literatura, a través de momentos diversos, no pueden separarse.

Pero hay, todavía, otras tendencias unificadoras más sutiles. Las que se reflejan, por ejemplo, en sistemas de signos no alfabéticos, del mismo modo que hay otros sistemas de comunicación no lingüísticos que también tienden a unificarse.

Este es el complejo tema de este libro: cómo en nuestras lenguas perviven viejas tradiciones previas a Europa y, a su lado, resultados de evoluciones más o menos paralelas que también rebasan Europa. Y, dentro de esta, huellas dejadas por su propia historia. También elementos crecientes de unidad, en principio, de origen grecolatino (que a veces tiene raíces más lejanas), pero unidos a evoluciones culturales que incluyen influjos horizontales entre las diversas lenguas europeas en varios momentos de su historia. En nuestros días, las tendencias a la unificación del léxico europeo son más fuertes que nunca.

Porque, evidentemente, no hay motivo para establecer niveles o rangos entre las lenguas, en principio: bien ha insistido en ello Moreno Cabrera.[15]

No es menos cierto que las lenguas pueden constituirse en instrumentos al servicio de varias culturas, en este caso la europea y las europeas. El paso de las lenguas de la edad neolítica y del bronce a las que expresan hoy nuestra cultura e influyen en todas las del mundo es algo que merece estudiarse. Es lo que intento en este libro.

Pienso que este es un planteamiento original, al menos en parte, que estaba esperando a que alguien lo recogiera. He intentado desarrollarlo en forma accesible a las personas cultas, simplificando las cosas excesivamente técnicas, y apoyándome, con frecuencia, en exposiciones anteriores.

Muchas de ellas son mías y se refieren a puntos muy diversos. A algunas he hecho mención ya, a otras la haré luego. Eran tratamientos aislados, independientes, surgidos a partir de tal o cual interés monográfico. Ahora los recojo, a veces abreviados, otras expandidos, tras haber llegado a la conclusión de que, en realidad, todos esos puntos tenían coherencia, se referían en definitiva al tema general de este libro.

Claro que esos tratamientos míos partían de estudios anteriores y a veces coincidían, a veces discrepaban, con los de otros estudiosos. Procuro hacerlo ver aquí, aunque voy a reducir en lo posible la erudición y la bibliografía. Otras partes del libro proceden de ideas de diversos estudiosos que intento hacer encajar aquí, dentro de la red de temas que analizo. Otras veces aún, finalmente, lo que hago es más bien indicar ideas que deberán ser ampliadas acudiendo a otros lugares y autores, o que ofrecen sugerencias de temas de estudio que deberían ser explorados.

Divido, así, el libro en tres partes. La primera estudia los orígenes lingüísticos de Europa y su prehistoria dentro de un contexto indoeuropeo más amplio, pero inserto aquí en una determinada geografía y una determinada fase de evolución lingüística. La segunda atiende a las lenguas propiamente europeas y a su evolución a lo largo de su historia. La tercera, al contexto cultural de las lenguas de Europa y a las tendencias unificadoras que operan dentro de ellas.

El libro une, pues, temas diferentes, siempre al servicio de una idea central: la creación de una Europa lingüística y cultural a partir de unos orígenes complejos, no solo europeos. Y ello mediante la guía de la línea de las lenguas griega y latina, que atraviesa los siglos y proporciona el modelo para otras lenguas y culturas nacionales.

Rehúye el libro una erudición excesiva y ofrece materiales multiformes, unos más conocidos que otros, que unidos cobran sentido. A veces expone cosas que son nuevas sin duda para muchos (así lo relativo a los orígenes indoeuropeos, que sigue fundamentalmente ideas mías), otras veces hechos varios bien conocidos sobre lenguas y culturas de Europa, antiguas y modernas.

Pero lo novedoso del libro, más que sus materiales, es que intenta trazar una línea que una unos y otros hechos y muestre cómo fue creándose, a partir de ellos, ese conjunto lingüístico y cultural que llamamos Europa. Pues la lengua es inseparable del resto de la cultura, y el resto de la cultura se comprende mal sin las lenguas en que se expresa —y que la moldean ofreciendo su modelo.

PRIMERA PARTE

LAS RAÍCES LINGÜÍSTICAS DE EUROPA

I

LENGUAS INDOEUROPEAS Y NO INDOEUROPEAS EN EUROPA

VISIÓN GENERAL

EL NÚCLEO DE NUESTRAS LENGUAS INDOEUROPEAS

El núcleo de las lenguas indoeuropeas de Europa (y de las demás) está en un sector de las lenguas indoeuropeas que penetró en ella, ya he dicho, desde el este, desde la llanura que va del Volga al Dniester, pero que venía, en definitiva, del Asia central y también pasó al Asia que va de Anatolia a la India, bien por el Cáucaso, bien desde la península Balcánica.

Un momento de su avance, o de uno de sus avances, estuvo representado por la llamada cultura de los kurganes o túmulos funerarios, localizada en Ucrania a partir del quinto milenio antes de Cristo, pero también más hacia el este y, luego, hacia el oeste, hasta Bulgaria, Hungría, Macedonia y Grecia, y más allá (véase más adelante). Los constructores de los kurganes pertenecían a un pueblo fundamentalmente ganadero, seminómada, guerrero, que se movía a lomos del caballo, como tantos pueblos sucesores suyos. Habían domesticado al perro, la oveja, el cerdo, etc., cuyos restos se encuentran en los kurganes. El estudio del polen revela la existencia del haya, el abedul, el roble.

Enterraban a sus muertos, boca arriba y teñidos de ocre, con sus caballos. A partir de aquí esta cultura se difundió, por un lado, en dirección a Europa y, por otro, a Anatolia, Irán y la India, como acabo de decir, entre otros lugares.

Había varios estratos de pueblos indoeuropeos, que tampoco se excluye que procedieran del Asia septentrional y la región que llega hasta el Pacífico; y, desde luego, lanzaron hordas invasoras en varias direcciones. Ade-

lanto lo que, en definitiva, pienso sobre el tema, para luego profundizar más en detalle y presentar diversas teorías. Primero, vino la argumentación lingüística; luego, la arqueológica e histórica.

La comparación lingüística, que comenzó ya en el siglo XIX con la obra de Franz Bopp, de 1816, tras el descubrimiento, a fines del siglo XVIII, de la semejanza del sánscrito y diversas lenguas europeas, demostró que hubo un fondo lingüístico común, más o menos unitario, del que proceden los grupos de lenguas mencionados. Son las lenguas indoeuropeas, que, a partir de aquí, se crearon y continuaron luego fragmentándose.

Tras la especulación que situaba la India en el origen de todo, relacionada sin duda con el libro de Schlegel *Ueber die Sprache und Weisheit der Inder*, de 1807, vino la ola de los estudiosos alemanes, que emplazaban a los indoeuropeos originales en la llanura alemana, como mucho hasta Polonia. Ello desde Adalbert Kuhn (han seguido luego Kosinna, Bosch-Gimpera, Häusler y muchos otros): eran altos y rubios, algo así como los antiguos germanos. Luego vinieron los estudiosos que, desde A. Pictet, los situaron en Asia. Pero de esto hablaremos más adelante.

En todo caso, la comparación lingüística reconstruía el esquema de una lengua indoeuropea común. Esta lengua de la reconstrucción tradicional de los indoeuropeístas, que debe fecharse a partir del 2500 a. C., es aquella de la que surgieron las grandes familias lingüísticas conocidas.

Este es el estrato que llamo IE III, porque los datos arqueológicos —las culturas de los kurganes más antiguas, desde el quinto milenio, como he dicho— y datos lingüísticos que veremos, hacen pensar en la existencia de uno o varios indoeuropeos anteriores.

Pero volvamos a la expansión del indoeuropeo a partir, como digo, del 2500 a. C. más o menos: del que muchos califican, simplemente, como «el indoeuropeo» y en este libro se define como una de sus fases, la última antes de su dispersión.

Solo por la difusión de los pueblos y lenguas indoeuropeos a partir de un punto geográfico intermedio entre todos ellos puede comprenderse el parentesco de las lenguas que van del indio y el tocario en el este, en Asia, hasta el celta en el occidente de Europa. Ese punto intermedio entre los que partieron hacia el este y los que lo hicieron hacia el oeste (unos y otros luego, a veces, bajaron hacia el sur: hacia el Mediterráneo o la India

meridional) está, exactamente, en la cultura de los kurganes, al norte del mar Negro, y por el este hasta el Volga, incluso el lago Aral y el Kazakistán.[1] Es, hoy, la más generalmente aceptada patria del pueblo indoeuropeo.

Aunque ha podido ser, insisto, tan solo una escala de paso en sus migraciones; y ha producido distintas oleadas de pueblos antes de la más reciente, de la que ahora me ocupo. De algunas hay huella en el llamado «antiguo europeo», del que hablaré.

Las lenguas indoeuropeas cuyos descendientes han llegado a nosotros (y a varias partes de Asia) son varias, pero podríamos dividirlas en dos grupos:[2]

EL CINTURÓN INDOEUROPEO MERIDIONAL

Existió un cinturón meridional de lenguas indoeuropeas, el que en la Antigüedad comenzaba en Europa con el tracio y el griego, y continuaba en Asia Menor con el frigio, el armenio y, más allá, el indoiranio (también presente en Asia central y en varios pueblos al norte del mar Negro y en los Balcanes: escitas, etc.). Son lenguas muy estrechamente emparentadas entre sí, es el grupo que llamaremos IE III A.

Este cinturón quedó fragmentado en dos grupos, que se movieron en direcciones contrarias. Un primer grupo se desplazó desde la llanura de Ucrania hacia Occidente, bordeando el mar Negro y girando luego hacia el sur. Creó el tracio y el griego (y otras lenguas, hoy perdidas, sin duda). Y a partir de un momento, atravesando el Bósforo y los Dardanelos, dejando atrás el tracio y el griego, siguió hacia Anatolia, donde creó el frigio y el armenio, ya en Asia Menor. Se impuso allí a un indoeuropeo de fecha anterior, el anatolio, del que tengo que hablar.

Pero, volviendo al IE III A, un segundo grupo, el del indoiranio, contrariamente a lo que hicieron los pueblos y lenguas que acabo de citar, se dirigió desde Ucrania (donde dejó, ya digo, huellas) hacia el este, por el Cáucaso y bordeando el mar Caspio. A través de la llanura de Gorgan penetró en Irán, donde permaneció el iranio: lo encontramos en la Babilonia del siglo XVIII (casitas) y hay huella de él en el pueblo de Mitanni, en el siglo XIV. Otra lengua de este grupo, el indio, pasó hacia el este a través del In-

dukush, y se asentó en la cuenca del Indo; luego siguió más hacia el este hasta el golfo de Bengala, luego hacia el sur.

Dado que la llegada del griego y el indio a las que habían de ser sus patrias se fecha hacia el 2000 a. C., estos dos movimientos de pueblos en dos sentidos contrarios deben situarse a finales del tercer milenio antes de Cristo. No describo aquí sino las lenguas generales, no la rica variedad de dialectos geográficos y temporales, ni las lenguas que, a partir de ellos, han llegado hasta hoy mismo como descendientes del iranio y el indio: del kurdo, el farsi y el pastum al hindi, el bengalí y otras varias en la India. Han llegado también hasta hoy el griego moderno, descendiente de la *koiné* o griego helenístico, y el armenio; no el tracio ni el frigio ni otras lenguas más.

Este indoeuropeo al que me refiero con el nombre de IE III A (el del cinturón meridional) y que describiré en el momento adecuado poseía, como he dicho, los rasgos que habitualmente se atribuyen al indoeuropeo a secas. Pues la reconstrucción tradicional se hacía sobre el griego y, sobre todo, el sánscrito.

Es el que a las características generales del IE III (pérdida de los fonemas laringales, creación de flexiones nominales y verbales en las que se oponen varios temas derivados de una misma raíz y con un valor gramatical propio cada uno) añadía innovaciones múltiples. Innovaciones muy características, como nuevos desarrollos del politematismo (flexiones nominales y verbales que oponen varios temas, no solo desinencias), así como tiempos y aspectos, como el futuro y el perfecto y modos verbales.

Se suele postular que si hay rasgos de este IE III A que faltan en el IE III B, el del cinturón septentrional que va del tocario y el báltico al celta, se debe a que este los ha perdido. En realidad, el IE III B no aceptó simplemente algunas de las innovaciones del IE III A, que es más arcaico. Aunque a veces conserva arcaísmos que el IE III A perdió, como veremos. Y presenta innovaciones propias, sobre todo, la conjugación verbal sobre solo dos temas diferentes.

Expondré todo esto. Y también las fases del IE anteriores a la III: entre ellas, la del IE II, más antiguo, preservado en alguna medida en el anatolio, que pasó hacia el sur, se supone, a través del Cáucaso; y la del IE I o preflexional, más antiguo aún, deducido de consideraciones teóricas. La solución del problema indoeuropeo y del origen y movimientos de los distintos pueblos y lenguas indoeuropeos no era, como se ve, tan simple.

EL CINTURÓN INDOEUROPEO SEPTENTRIONAL

Pero, antes de hablar de las fases arcaicas del IE, debo mencionar las grandes unidades lingüísticas del cinturón indoeuropeo septentrional, el de las lenguas bálticas, las eslavas, las célticas, las itálicas y las germánicas en Europa, más algunas menores (y el tocario en Asia).

Forman un grupo de lenguas con varios rasgos comunes, son las madres de todas las actuales lenguas indoeuropeas de Europa salvo el griego. Y proceden de un cinturón de lenguas indoeuropeas que, desde la zona de los kurganes, se desplazaron, por el norte del cinturón meridional indoeuropeo, en dirección a la llanura europea. Aunque hubo también un movimiento hacia el este, el del tocario.

Un grupo, el formado por las lenguas mencionadas, se desplazó hacia el oeste por el norte de los Cárpatos después del año 1000 a. C., y se estableció en Europa; un segundo grupo mucho menor, el del tocario, se desplazó hacia el este y perdió el contacto con el anterior, aun conservando rasgos lingüísticos comunes. Creó, como digo, el tocario (conocido en fecha tardía, siglos V-VIII d. C.) con sus dos ramas A y B. Se estableció en el Sinkiang, al este de los montes Tien Shan, en los oasis de Turfán y Kucha. Ignoramos la fecha de este desplazamiento: el caso es que el tocario «se extravió» hacia el este, por así decirlo, rompiendo el contacto con las lenguas occidentales, como he dicho. Quedaron en él rasgos comunes con estas otras lenguas, conservó también arcaísmos y desarrolló innovaciones.

Todo este grupo de lenguas tiene características comunes: es el que llamo IE III B, aquellas de cuyas lenguas que penetraron en Europa, a partir de un cierto momento, creo que ya dentro de ella, establecieron secundariamente un contacto con las del IE III A, el indoeuropeo meridional, lo que quedó reflejado en una serie de préstamos. Veremos el detalle.

Son lenguas las del IE III B (las de Europa y el tocario en Asia) que, por un lado, frente al IE III A, presentan arcaísmos (a veces les faltan los modos, el futuro o el perfecto) e innovaciones. Tales, en el verbo, la reducción del sistema polimático (presente / aoristo / perfecto / futuro, con inclusión en él de los modos) a uno bitemático, como ya he dicho: solo tienen un pretérito, que es un antiguo imperfecto, aoristo o perfecto. Hay otras inno-

vaciones comunes a todas o parte de estas lenguas. El tocario es, dentro de ellas, desde luego, un caso especial.

Las huellas históricas de estas lenguas derivadas del IE III B son más recientes que las del grupo del griego, el indoiranio y las demás lenguas del IE III A. Es muy fácil que los orígenes de los grupos lingüísticos derivados del IE III B no sean anteriores al año 1000 a. C., y varios, posteriores.

Todos estos son elementales argumentos lingüísticos e históricos que apenas han sido tenidos en cuenta. Hay que completarlos con otros basados en lo que sabemos, a través del léxico, del pueblo indoeuropeo y su cultura: es la llamada paleontología lingüística. Todo ello en conexión con los datos arqueológicos y con las diferentes hipótesis sobre fases del indoeuropeo anteriores a la aquí reseñada (las fases II y I, ya aludidas) o bien sobre localizaciones diferentes que se han propuesto.

CONCLUSIONES SOBRE LOS INDOEUROPEOS DE LA TERCERA OLEADA (IE III) EN EUROPA

Nuestra concepción es simple. Hubo un desplazamiento desde el este de dos grupos de pueblos, uno situado al norte (el III B) y otro al sur (el III A) de los Cárpatos, en dirección al oeste (salvo el caso del tocario); todo ello a partir de un centro común. Pero un subgrupo del III A bajó a Irán, como ya he dicho. Y hubo luego una bajada secundaria de algunos de estos pueblos hacia el sur, a saber: los de Europa hacia el Mediterráneo, luego hacia Anatolia; el otro sector, desde Irán hacia la India.

Todos estos son en buena medida hechos ya históricos que no son sino la continuación del proceso de la expansión del indoeuropeo.

También son históricos, por ejemplo, los movimiento de baltos, eslavos, celtas y germanos cada vez más hacia el oeste; se da por así decirlo ante nuestros ojos. E igual el descenso, fenómeno secundario, de los griegos, itálicos y celtas hacia el sur, al que ya he aludido. Puede fecharse el de los primeros desde el año 2000 a. C., el de los otros hacia el 1000 a. C. E histórica es la entrada de los indios en la India, como he dicho, y su expansión cada vez más al este y al sur, tras el período védico. Los tocarios, a su vez, son

claramente unos intrusos en el Sinkiang, sus parientes lingüísticos están en Europa.

Y la hipótesis de los dos «cinturones» indoeuropeos, uno al sur y otro al norte, nacidos ambos de la cultura de los kurganes, no es sino la consecuencia de que, efectivamente, los pueblos derivados del primero y los del segundo estaban en época histórica y en la anterior en esas mismas posiciones relativas: sur y norte.

Hechos tan simples apenas son tenidos en cuenta, se prefieren en general hipótesis arqueológicas y paleolingüísticas por lo menos dudosas. Veremos algunas. Y, sin embargo, está bien claro que la penetración de los indoeuropeos hacia el sur en Europa es secundaria: persistieron por un tiempo lenguas no indoeuropeas en Creta y en la misma Grecia (la toponimia y los préstamos lexicales de lenguas no indoeuropeas lo atestiguan), en Sicilia, en Iberia. E igual en el centro y sur de la India, donde sigue hablándose el dravídico.

Solo el empuje sucesivo de pueblos diversos en fases sucesivas y a partir de un centro común, empuje hacia el este y oeste, luego hacia el sur, explica las cosas.

Todo esto lo confirman, como he dicho, los movimientos de pueblos posteriores en Europa: los de los guerreros nómadas, indoeuropeos y no, que invadieron repetidamente Europa desde la llanura euroasiática (sármatas, escitas, hunos, finougrios, mongoles, turcos, etc.); algunos, como los hunos y los mongoles, invadieron también el Asia oriental, otros, como los sacas y kusanes, la India, los partos Irán.

E incluso conocemos en detalle cómo fueron, en edad plenamente histórica, los movimientos de celtas y germanos: sucesivas invasiones de tribus varias en direcciones varias, superposiciones también varias. No hay más que pensar en las correrías y guerras de cimbrios y teutones,[3] de godos también; en los diversos dialectos germánicos que están en la base del inglés (los de anglos, jutos, sajones, frisones), sobre un substrato céltico; y en las sucesivas llegadas de los pueblos itálicos a Italia.

Es el indoeuropeo evolucionado, el III, el que, partiendo tras el año 2500 de ese centro del que he hablado, la estepa europea de Ucrania y el sur de Rusia, se difundió por el mundo.

Y ello tras otras fases más arcaicas que yo sitúo en dos fechas diferentes, más antiguas. Porque habría que hablar, ya he dicho, del más antiguo in-

doeuropeo, que se extendió por Europa, seguramente, desde el quinto milenio antes de Cristo. Es difícil decidir si pertenecía al IE III o a uno más arcaico.

Está claro, en cambio, que otro indoeuropeo arcaico, el que he llamado II, representado para nosotros por el anatolio, bajó directamente a Anatolia, sin duda a través del Cáucaso. Y que antes existió el I, no flexional y monosilábico, que solo se puede detectar por métodos lingüísticos a partir de huellas que ha dejado en varias lenguas.

De todo ello y de la cultura del pueblo indoeuropeo y las diversas hipótesis sobre su origen, la que he expuesto aquí y otras más, hablaré más adelante. Pero antes de ocuparme de todo esto y de exponer las relaciones del indoeuropeo con otras ramas lingüísticas y profundizar en la historia de sus estratos sucesivos, debo decir algunas cosas sobre la Europa lingüística antes de los indoeuropeos.

Porque las lenguas indoeuropeas, que han ocupado casi toda Europa (y, desde ella, buena parte del mundo), son, por su origen, insisto, ajenas a Europa. Y llegaron a ella en una fase relativamente tardía. Aunque, a partir de pueblos indoeuropeos que fuera de Europa conservaron estados lingüísticos arcaicos (el anatolio y el tocario, sobre todo) y de la propia reconstrucción interna, podemos deducir algunas cosas sobre los estadios indoeuropeos más antiguos, muy diferentes de los que conservamos, cuya evolución dentro de Europa se puede seguir más fácilmente y estudiaremos también.

EUROPA ANTES DE LOS INDOEUROPEOS

LA EUROPA PREHISTÓRICA

Por supuesto, los indoeuropeos no llegaron a un continente (península continental, más bien) vacío, ni siquiera los de la primera oleada, de en torno al 5000 a. C., menos los de la última oleada, de la que salieron los grupos lingüísticos conocidos, tras el 2500 a. C. Estaba poblada por cazadores y recolectores. Es conocido el llamado *Homo antecessor*, de la *Gran Dolina* de Atapuerca, en torno al 800000 a. C. Luego siguieron el *ergaster* y el *erectus* y desde el 130000 (otros dan fechas más bajas) estaban aquí los neandertales,

sucesores de los heidelbergenses (últimamente se ha propuesto el 500000 a. C. para un cráneo heidelbergense, no sé con qué exactitud) y de características físicas no distantes ya de las del hombre moderno.

Y hacia el 40000 a. C. llegó el *Homo sapiens*, llamado aquí de Cromañón. Salido de África hacia el 100000 a. C. o antes, se expandió igual que las oleadas anteriores. Acabó, por exterminio o fusión, con los neandertales,[4] desaparecidos hacia el año 30000 a. C. Vino, seguramente, a través de Palestina y la Europa oriental.

Nótese que desde el 35000 a. C., aproximadamente, aparecieron el arte paleolítico (en España y Francia) y el arte mobiliar en general (desde el norte de España hasta cerca del Volga). Este hombre tenía una capacidad craneana semejante a la nuestra, una memoria que se traducía en mitos y ritos (incluidos los funerarios), una serie de técnicas y comportamientos. No estaba demasiado alejado del otro *Homo sapiens*, venido de las estepas que van del mar Negro hasta el Volga y más allá, a saber, los indoeuropeos.

Dominaba el *Homo sapiens*, sin duda, el lenguaje, que según algunos ya poseían, en el grado que fuera, el *ergaster*, el *erectus* y, sobre todo, el neandertal. En todo caso, y prescindiendo de precedentes, las características generales de la humanidad y del lenguaje humano actuales, características difundidas por todo el mundo, proceden de la propia difusión mundial del *Homo sapiens*. Las he recogido en otro libro ya citado.[5] No es de extrañar que los habitantes de Europa que el *Homo sapiens* encontró pudieran asimilar, aprender, su lengua o sus lenguas. Estas lenguas del *Homo sapiens* se impusieron: muy poco quedó de las antiguas, y ello en los bordes de las lenguas indoeuropeas, allí donde estas tardaron más en llegar (véase más adelante).

Porque hay una cosa que añadir a lo hasta aquí dicho. Las oleadas del *Homo sapiens* indoeuropeo que penetraron en Europa (y en parte de Asia, como he dicho) a partir del 5000 a. C., deben ser concebidas como pequeñas bandas que se sucedían, combatían, superponían. En la época que contemplamos, las características antropológicas de la región que nos interesa han cambiado muy poco, a juzgar por los rasgos craneanos, los genes y el ADN.[6]

Y es muy difícil encontrar variaciones culturales y movimientos de pueblos en la Europa neolítica —argumento que utilizaban los viejos indoeuropeístas (y algunos hoy todavía) para situar en la llanura alemana (a veces extendida a la polaca) el origen del pueblo indoeuropeo—. De él

formarían parte los pueblos de la cerámica de cordones *(Schnurkeramiker)*, de la cerámica de bandas *(Bandkeramiker)*, del hacha de guerra *(Streitaxt)*. Se consideran emparentados o descendientes del pueblo o los pueblos de los kurganes.

¿CON QUIÉNES SE ENCONTRARON EN EUROPA LOS INDOEUROPEOS?

Pero, dejando de lado, de momento, el resto de las culturas europeas, ¿con quiénes se encontraron primero en Europa los indoeuropeos de la primera oleada, en el quinto milenio? Sin duda, con la llamada por Gimbutas y otros cultura de la Vieja Europa *(Old Europe)*.[7]

Son las culturas neolíticas (al final usaron también el cobre) de Cucuteni y Tripolje, entre otras; en realidad esta cultura se prolongaba por Grecia y el sur de Italia, a ella pertenecía en definitiva, sin duda, la cultura del Egeo,[8] la minoica de Creta y la de Šatal Hüyük y su zona en Asia Menor. Culturas agrarias cuyos cultos estaban centrados en el de la diosa, protectora de los animales y de la fecundidad. Dejó una huella importante en la Grecia posterior.

Estos preindoeuropeos tenían pequeñas casas y capillas, signos de escritura, también animales domésticos (ovejas, cabras, cerdos) y salvajes (lobo, oso), pescaban y cazaban. No se encuentran huellas de estratificación social ni de fortificaciones.

Son estas culturas, que alguien ha calificado de agrarias y femeninas, las que cayeron en manos de los indoeuropeos, hacia la mitad del quinto milenio e igual más tarde las del Mediterráneo. Traían una cultura «masculina» y guerrera de la que luego hablaremos, viajaban con sus caballos y sus carros tirados por bóvidos. El carro de combate con dos ruedas con radios y tirado por caballos es posterior a la primera oleada.[9] Construían fuertes en las alturas, los rodeaban de muros de barro, tenían una rigurosa organización tribal y militar, como veremos más adelante. Y penetraron cada vez más hacia el oeste, adonde llevaron sus túmulos o kurganes; se encuentran en Bohemia y Alemania, así como en la cultura micénica de Grecia, incluso en el norte de la península Ibérica y de Italia, hasta en los Países Bajos.[10] También, como ya he dicho, hacia el este.

Esta cultura neolítica y calcolítica de la Vieja Europa es la que mejor conocemos en la Europa preindoeuropea, tras las culturas paleolíticas a las que he aludido.

Pero hay que añadir la cultura de los megalitos, de los milenios cuarto y tercero antes de Cristo, que ha dejado sus menhires y sus dólmenes en España y Portugal, en Bretaña, en Inglaterra y Dinamarca; también sus conjuntos culruales de menhires en España y en las costas atlánticas de Francia, Inglaterra y Dinamarca (alineamientos de Carnac, círculos de Stonehenge, sobre todo). Y sus enterramientos y sus templos en Malta, del 3800 al 2500, es decir, cuando los indoeuropeos habían ya destruido la cultura de la Antigua Europa, antes de la tercera oleada y del bronce. Templos en que se daba culto a la diosa.

Es la culminación de todo esto, junto con el arte parietal de las cuevas del levante español, la cerámica de varios tipos, los tejidos. Algunos consideran los megalitos de origen oriental, parece que se desarrollaron a partir de España.[11] Posiblemente, todo el Neolítico recibió influjos orientales. Pero los indoeuropeos, procedentes de las grandes llanuras euroasiáticas, representaban, como otros nómadas, un tipo diferente de cultura, de raigambre en último término paleolítica: cazadores, recolectores, guerreros.

En cuanto a las culturas neolíticas de Alemania y Europa central a las que he aludido, se piensa que eran ya indoeuropeas,[12] aunque hay quien lo duda;[13] en todo caso, no se halla una ruptura cultural notable. Y existían culturas indoeuropeas procedentes de las oleadas más antiguas, de las que queda huella en la toponimia y, sobre todo, en la hidronimia: hablaré de ellas.

LAS LENGUAS PREINDOEUROPEAS. EL VASCO

Pero en lo relativo a la lengua, el substrato preindoeuropeo de Europa es mal conocido. K.H. Schmid lo postula para el celta insular (y el tocario).[14] Algo se puede investigar en la toponimia: se pueden buscar raíces no indoeuropeas en la toponimia de Europa, se han propuesto algunas como *car(r)a*, «piedra».[15] Otras veces es dudoso si ciertos topónimos son preindoeuropeos o pertenecen a capas indoeuropeas antiguas (de eso hablaré más adelante). En España hay, desde luego, topónimos ibéricos y vascos.

Por otra parte, sabemos de lenguas preindoeuropeas en Europa. También en Asia, por supuesto, como la lengua de la civilización del Indo (no descifrada), el hatti, el hurrita, el sumerio, el mitanni, el elamita y el dravídico. Dejo este tema fuera de este libro.

Pero en Europa, ya que no han perdurado lenguas preindoeuropeas dentro de su espacio, salvo el vasco, han existido y a veces siguen existiendo en su entorno lenguas no indoeuropeas varias. No incluyo entre ellas el etrusco: creo que es indoeuropeo anatolio venido de Asia, como dice Heródoto; hablaré de ello más adelante.[16]

Están, por el norte, el esquimal; por el este, el uraloaltaico, sobre todo, dentro de él, el finés y algunas lenguas minoritarias (estonio, carelio, vepsio, lapón, votiaco, ciriano, mari o cheremisio, mordovo), mientras que el húngaro ya sabemos que penetró en fecha medieval en Hungría;[17] por el sudoeste las lenguas caucásicas septentrionales y meridionales. De algunas de las lenguas altaicas (de las subfamilias túrquicas y mongolas, iniciadas por los hunos) no ha quedado sino un pequeño enclave de las primeras en la Turquía europea (salvo pequeños grupos en la antigua Unión Soviética). Uralos y altaicos ocuparon en tiempos parte del espacio posterior del báltico y eslavo.

Toda la Europa mediterránea estaba bordeada de lenguas no indoeuropeas. Para empezar, Grecia: el léxico griego contiene un gran número de palabras no indoeuropeas. Y los escritores griegos nos hablan de léleges, tirrenos, pelasgos y carios en Grecia, si bien eran indoeuropeos los carios y, a mi parecer los tirrenos o etruscos (y su principal documento fuera de Italia, la estela de Lemnos). Y ello se ha postulado muchas veces para el pelásgico.[18]

Y no indoeuropea era la lengua de la escritura Lineal A de Creta, sin duda la del disco de Festo, también la de los eteocretenses de la que habla Homero (*Od.* XIX 176). Y el cipriominoico hablado en Chipre del siglo XVI al IV a. C.

Habría que continuar con Sicilia y hablar de los sicanos y los élimos de la Antigüedad. Sin duda ocuparían más espacio antes de la llegada de los indoeuropeos: a saber, los pueblos itálicos y los latinos, venidos del norte en varias oleadas.

En la península Ibérica hay que contar, naturalmente, con el ibérico y el tartesio, extintos desde la Antigüedad: nada sabemos sobre sus orígenes.[19] Pero está, sobre todo, el vasco, hablado hoy todavía. El hecho es que tuvo, en

un momento medieval dentro de España, una extensión mayor que la actual, a juzgar por los topónimos; pero en la Antigüedad estaba mucho más implantado en Aquitania que en el actual País Vasco español, donde la toponimia es casi toda indoeuropea y céltica: vasca solo a partir del siglo I a. C.

Lenguas no indoeuropeas ya citadas son el húngaro, llegado a Hungría mucho más recientemente, en el año 896, donde se mantuvo (su extensión rebasa con mucho la moderna Hungría). Pertenece al grupo finougrio, que vivía en la zona de bosques y lagos de la Europa nordoriental y Siberia noroccidental. Lenguas ya citadas de este grupo, como el finés y el estonio, se situaron desde el año 2000 a. C., en próximo contacto con el báltico, en zonas septentrionales en torno al propio mar Báltico.

Fuera de estos casos, han sido las lenguas indoeuropeas de la tercera oleada, las del IE III, las que se han impuesto en Europa (y en Asia) y producido descendientes: los hasta aquí mencionados y otros menores, como el ilirio, el venético y el mesapio.

En fin, con las excepciones que he citado de invasiones secundarias, los indoeuropeos trajeron a Europa su cultura patriarcal y guerrera, se fundieron con el Neolítico europeo e hicieron avanzar una cultura común ya en la edad de los metales. Y vaciaron a Europa de sus antiguas lenguas, creando otras nuevas y unos nuevos pueblos. Al final, ya en la Edad Media, fundaron monarquías sedentarias que siguieron, aunque a larga distancia, los antiguos modelos grecolatinos.

Europa ha estado en riesgo, varias veces, de perder la supremacía indoeuropea: ante los hunos y los uraloaltaicos en general (incluidos los turcos), ante los árabes semitas. Pero se ha convertido en un continente indoeuropeo con pequeños enclaves ajenos, que quedaron inmersos, en definitiva, en la cultura indoeuropea.[20]

¿QUIÉNES ERAN LOS INDOEUROPEOS? CULTURA Y ORÍGENES

LA CULTURA DE LOS INDOEUROPEOS

Desde Franz Bopp, el indoeuropeo, reconstruido a partir del estudio de las lenguas indoeuropeas conocidas en aquel momento (no, todavía, las len-

guas anatolias y el tocario), fue considerado como una lengua unitaria. Se le atribuía lo que era común al mayor número posible de lenguas. Se reconstruía así un sistema fonético indoeuropeo y otro morfológico, a partir, sobre todo, del sánscrito y el griego. Si alguno de sus rasgos faltaba en ciertas lenguas (caso de la flexión nominal, el perfecto, los modos, por ejemplo), se consideraba que era porque lo habían perdido.

Apenas si poco a poco, ya en el siglo xx, se intentó establecer fases y dialectos dentro del indoeuropeo por obra de Meillet, Hirt, Specht, Benveniste, Kurylowicz y otros. No se llegó muy lejos. Para el autor de este libro el indoeuropeo reconstruido por Bopp, Schleicher y Brugmann, entre otros, no es sino «un» indoeuropeo, el IE III A, el que está en la base del griego, el indoiranio y su grupo. El IE III B, como ya he dicho, a veces coincide, a veces carece de ciertas innovaciones o añade otras, a veces es más arcaico.

Y ahora se pueden investigar más detenidamente las fases más arcaicas, procedentes, sin duda, de anteriores oleadas.

Del indoeuropeo, en todo caso, se reconstruía una serie de palabras que se utilizaban como testigos de la cultura y la sede del primitivo pueblo indoeuropeo. Esto es lo que se llama paleontología lingüística, iniciada por A. Kuhn, continuada por A. Pictet, V. Pisani, G. Devoto y otros más[23] (véase la *Encyclopedia of Indo-European Culture*, J.P. Mallory y D.Q. Adams (eds.), Londres, Fitzroy, 1997).

La existencia en indoeuropeo de ciertas palabras indica, se proponía, la existencia de una cultura determinada. Por ejemplo, ciertos nombres indoeuropeos atestiguaban, se pensaba con acierto, que los indoeuropeos eran un pueblo ganadero: tenían palabras para el pastor, la oveja, el cerdo, el perro..., también para la leche, la lana, y para, simplemente, el ganado (**peku*), o bien para los animales salvajes que amenazaban el ganado (el lobo, el oso, la serpiente). Y otras relativas a la guerra y los transportes (el caballo, el carro, componentes de este); otras, a la organización familiar; otras, a la social y política (la tribu, las armas, el rey) o a las actividades artesanas (carpintería, tejido, vivienda), o a las plantas y alimentos, y otras a cosas propias de la patria original (volveré sobre esto).

De todo esto ha quedado como lo más firme lo relativo a la cultura material y espiritual de los indoeuropeos; mucho más discutible es lo relativo

a la patria original. Está bien claro que los indoeuropeos eran un pueblo seminómada, de organización tribal de tipo patriarcal: se han conservado los nombres de parentesco (pero no los había para designar el parentesco del hombre con la familia de la mujer). Se movía por la estepa con sus caballos y sus carros (primero tirados por bóvidos, luego fueron inventados carros de guerra de dos ruedas). Se dedicaba a la ganadería, también a la pesca y la caza, en medida más limitada a la agricultura: conocía la cebada, no el trigo. También el cobre, que se usaba, junto con la piedra, para varios instrumentos y armas; luego el bronce, todavía no el hierro.

Podían los indoeuropeos hacer tapiales de barro, fortificar las alturas, había para ello una palabra que ha dado en griego *polis*, en sánscrito *pūr*. Rendían culto a los dioses, pero solo para el del Cielo, en la India *Dyaus*, en Grecia *Zeus*, en Roma *Iuppiter*, se ha conservado un nombre común. Había una poesía oral, épica y lírica, cuyos temas fundamentales, fórmulas y métrica conocemos por sus derivaciones.

Todo ello se conoce por el estudio del léxico, pero también por la continuidad en varias culturas indoeuropeas posteriores. La arqueología suministra escasos datos, aunque sí algunos sobre armas, cerámica, carros, alturas fortificadas, túmulos funerarios.

Quedan, de todas formas, dudas en cuanto a la cronología, que puede oscilar, según los casos, entre el año 5000 y el 2000 a. C., incluso después, según las distintas oleadas. Por ejemplo, se duda cuándo los indoeuropeos adoptaron el carro de dos ruedas con radios y si fue invento indoeuropeo o préstamo de las culturas del Oriente Medio,[22] cuándo conocieron ciertas plantas y el hierro o ciertos instrumentos como el hacha y el yunque, de piedra en el origen, según la etimología.

O si el arado era común y desde cuándo (la palabra correspondiente al latín *aratrum* no existe en indoiranio), lo que va unido por supuesto a la entrada de la agricultura, quizá posterior a la separación del indoiranio. Mucho debieron de tomar los indoeuropeos ya del antiguo Oriente, ya de la Antigua Europa agraria: acabo de aludir a la agricultura (difundida desde Oriente Medio a partir del séptimo milenio), antes me he referido al carro de guerra.

Y habría que decidir si algunos términos léxicos son préstamo de otras culturas, al igual que algunos ritos, cultos y modos de vida. Había entre los

indoeuropeos ritos y dioses comparables a los de varias culturas neolíticas, la Antigua Europa y Oriente. Incluían cultos de la fecundidad que se añadirían al del rey del Cielo, la lluvia y la guerra. Y serían préstamos sin duda los nombres de animales salvajes, como el león, unido al prestigio real desde Sumeria y los asirios.

Está claro que los indoeuropeos tenían superioridad militar sobre los agricultores neolíticos y calcolíticos de Europa. Siendo, como creemos, muy inferiores en número, se establecieron junto con ellos en toda Europa, cada vez más al oeste, más al sur. Se creó una unidad cultural. De qué sector surgieron las culturas del centro y el sur de Europa de las que he hablado permanece dudoso. En todo caso, fueron los indoeuropeos los que impusieron su lengua o lenguas —luego se escindieron más—, los que impulsaron a todos los pueblos de Europa a desplazarse hacia el oeste y hacia el sur, y en Asia, hacia el este y hacia el sur.

Pequeñas minorías son la punta de lanza de la historia. Y esto no solo en el caso de la oleada del IE III, desde el año 2500, luego el 1000 a. C., de la que he hablado; también en el de las anteriores. Los indoeuropeos invasores de la última oleada pisaban sobre las anteriores oleadas.

Y casi nada quedó de las lenguas preindoeuropeas. Que la lengua de la gente de los megalitos fuera semítica, como propone Vennemann,[31] es pura especulación sin base. Incluso respecto a las lenguas que se mantuvieron o llegaron después, el vasco y el húngaro, penetramos en un ámbito cultural fundamentalmente indoeuropeo: ya antiguo, ya medieval, ya moderno.

Este ámbito cultural de la Antigüedad y la Edad Media fue una continuación del indoeuropeo que he descrito: se trata siempre de culturas tribales y patriarcales, fundamentalmente pastoriles y guerreras, luego agrarias, continuadoras en mil aspectos de las indoeuropeas, con cultos y literaturas también descendientes de las orales de los indoeuropeos, aunque creciera cada vez más la agricultura (enriquecida por árboles y plantas del Mediterráneo), entrara el hierro, luego la escritura (préstamo del Oriente no indoeuropeo), hubiera, en suma, un desarrollo cultural.

Este desarrollo cultural floreció en Grecia antes y más vivo que en parte alguna y luego, por distintas vías, penetró en todas las culturas de Europa, en todas sus lenguas. Siguió en Roma, que se constituyó en el gran

modelo, como he dicho antes. El estudio de este fenómeno será parte importante de este libro.

LOS ORÍGENES DE LOS INDOEUROPEOS

Vuelvo atrás para insistir en que el estudio de la antigua cultura indoeuropea a partir del léxico indoeuropeo que se reconstruía, es decir, la Paleontología lingüística, ha sido durante mucho tiempo la base de la reconstrucción de la «patria» original de los indoeuropeos. Una búsqueda obsesiva, acompañada del problema de si la «patria» que se proponía era la verdaderamente original o solo una etapa en el camino. Es atacada por los escépticos que, de cuando en cuando, siguen diciendo que ese estudio es una ilusión, el pueblo indoeuropeo no tiene patria. «La cultura de los indoeuropeos en una *Urheimat* —escribe un arqueólogo— no es más que una ficción».[24]

Cosa que, desde luego, no creo. Este puede ser un ejemplo más del desenfado con que ciertos arqueólogos desdeñan o ignoran el estudio lingüístico. Pero no puede negarse que los primeros intentos de localizar la «patria» de los indoeuropeos con ayuda del léxico fueron un fracaso, hoy generalmente reconocido. No voy a repetir aquí la larga historia de cómo, a partir de palabras como **mari*, «el mar», y las del «haya», el «salmón» y el «abedul», lingüistas alemanes, como Kuhn, Penka, Kosinna y Thieme (y no alemanes, como Bosch Gimpera y Devoto), situaron en Europa la patria de los indoeuropeos. Más bien en Alemania, si acaso también, como ya he dicho, en la llanura polaca, incluso hasta el mar Negro.

Este método de estudio ha sido refutado por lingüistas varios.[25] **Mari* puede ser no solo «el mar», también cualquier superficie de agua; y no está nada claro que las otras tres palabras representen las especies europeas que se dice y que estas nunca hayan cambiado de emplazamiento o área biológica.

En realidad, lo que sobre todo pesaba a favor de la tesis europea era la falta de cambios culturales en el Neolítico del norte de Europa; aunque la difusión de los kurganes y otros hechos culturales en dirección a Occidente, en fecha posterior (la de varios modelos cerámicos, la de los celtas y sus cul-

turas de Hallstatt y La Tène, la de los germanos) podrían haber servido de guía y paralelo. Y quizá pesaba también un cierto nacionalismo alemán, herencia de la época en que se hablaba de «indogermanos», a los que se atribuían las características físicas de los «arios» (altos y rubios), y en la que la lingüística indoeuropea era una ciencia fundamentalmente alemana.

Naturalmente, para esta teoría «el indoeuropeo» era una lengua unitaria, y argumentos lingüísticos como los que han encabezado este libro no se conocían. Eran débiles, en definitiva, tanto los argumentos lingüísticos como los arqueológicos.

Sin embargo, no sería justo que dejáramos de recordar que fueron también indoeuropeístas alemanes (entre otros) los que, insatisfechos con dicha propuesta, lanzaron la tesis contraria,[26] la de las estepas del sur de Rusia y aun más allá. Ciertamente, algunos de quienes la proponían estaban equivocados en un punto: el consistente en admitir la supuesta mayor antigüedad del sánscrito. Así en el caso de A. Pictet (la patria original estaría en Bactria). Luego O. Schrader pensó que el ambiente cultural europeo no casaba con los indoeuropeos y propuso las estepas del sur de Rusia. Igual S. Feist. Sería el lugar propio de un pueblo nómada, que hacía incursiones en carros o a caballo. Igual el arqueólogo australiano G. Child. Si se descartaba Europa, el sustituto lógico era este.

Pero faltaba apoyo arqueológico. Este lo suministró, principalmente, la arqueóloga lituana Marija Gimbutas, de la que he hablado. En los kurganes se encontraron restos de una cultura material análoga a la que la paleontología lingüística mostraba: en esto, esta ciencia no había fallado. Y como había huellas de la entrada de esta cultura en la Antigua Europa de los Balcanes, a la que destruyó, parece que quedaba obviada cualquier duda. La oposición entre la cultura nómada y guerrera, patriarcal, de los indoeuropeos, y la «femenina», agraria, basada en el culto de la diosa, de la Antigua Europa, creo que era esgrimida con acierto.

Hoy día esto está aceptado por la mayor parte de los estudiosos, que sitúan a los indoeuropeos entre el Volga y el Dnieper (o el Dniester): si no como patria, sí como lugar de paso, base secundaria (así Renfrew, como luego diré). Entre otros, F. Villar, R. S. P. Beekes, A. Martinet, J. V. Day.[27] Esta es la tesis que yo asumí, antes de estos autores, en mi trabajo de 1979, «Arqueología y diferenciación del indoeuropeo».[28]

En este trabajo añadí a los argumentos arqueológicos otros lingüísticos, sobre la base de que, así como hubo diferentes oleadas, había también diferentes estratos del indoeuropeo. La oleada III de Gimbutas, a finales del tercer milenio, correspondería a mi IE III: la base de las lenguas indoeuropeas conocidas en que se fundamenta la reconstrucción tradicional. En diversas publicaciones he insistido sobre esto y aportado más detalles, como haré también aquí. Reproduzco mi esquema de la difusión del IE III y de las distintas lenguas de él nacidas.

En páginas anteriores he añadido nuevos argumentos desde el punto de vista lingüístico. Solo desde el punto geográfico intermedio representado por la cultura de los kurganes puede comprenderse la difusión del indoeuropeo hacia el este y oeste; luego, en ambos casos, hacia el sur. Ese desplazamiento tuvo lugar a través de dos «cinturones», uno meridional y uno septentrional, de los que he hablado (IE III A y B). Y también he anticipado cómo luego, en algunas ocasiones, estos dos cinturones se pusieron, de una manera secundaria, en contacto, de modo que unas lenguas influían a otras. Es la oleada meridional, la del griego y el indio, entre otras lenguas, la que ha servido de base para la reconstrucción tradicional del indoeuropeo, según he dicho.

Pero queda un tema todavía. No solo en la zona citada, también más al este, en torno al lago Aral, en el Uzbekistán y el Kazakstán, hasta el Yenisey y más allá, se encuentran huellas de la cultura de los kurganes. La llanura euroasiática hasta el Volga y los Urales no fue sino un punto de establecimiento provisional de los nómadas, que se escindieron luego, dirigiéndose ya a Europa, ya a la India (también a Anatolia, desde el este del Caspio).

Yo he visto, tanto en Bulgaria como en Macedonia, en la Grecia micénica, en Etruria (en Caere, por ejemplo) los campos de kurganes, colinas funerarias. Son más o menos los mismos de Corea (Kjöngju y lugares próximos)[29] y China (tumba de Qin Shihuang, del siglo III a.C., en Xian,[30] tumbas de los Xuan y los Qin cerca de Pekín).[31] Pienso que este es un tipo de enterramiento creado por los nómadas, indoeuropeos o no, para imitar montañas que no tenían, a lo largo de toda Eurasia, del Pacífico al Volga.

Por esta zona se expandían los pueblos uraloaltaicos y los indoeuropeos; estos no hacían otra cosa que imitar un modelo general (veremos, más

adelante, cosas sobre los contactos entre los dos pueblos). Su modo de vida (y de muerte) era el mismo.

Los túmulos funerarios se extendieron por todas partes, al igual que el caballo y, después, el cobre. Los imitaron las pirámides de Egipto, la de Palenque y otras más.

Podemos, entonces, considerar la zona del Aral y la de la estepa más allá del Volga como partes de lo mismo. Los indoeuropeos bajaron también a Anatolia, y las grandes tumbas de Maykop, junto al Cáucaso, son una vez más lo mismo. Los frigios, llegados a través de Europa, construyeron igualmente el gran túmulo de Gordion. Y en la India, los grandes *stupas* tienen el mismo origen. Y los monumentos funerarios, más tarde, de los mongoles.

O sea: los indoeuropeos circulaban, desde el Pacífico, por toda Siberia hasta atravesar los Urales y el Volga. Allí se detuvieron largo tiempo. Ni más ni menos que otras tribus nómadas de varias lenguas. Llegaron a la estepa euroasiática, de allí a Europa oriental, a la occidental más tarde; bajaron luego hacia el sur, al Índico y al Mediterráneo. Después se agotaron: apenas hay huella de los kurganes en Europa central y del sur; los megalitos, los campos de urnas, etc. sustituyeron a los kurganes. Los descendientes de los indoeuropeos se hicieron sedentarios, crearon nuevas naciones.

TEORÍAS QUE CONSIDERO ERRÓNEAS

No puedo terminar este capítulo sin mencionar las que considero teorías erróneas. Aparte de las ya aludidas, son dos: la de Gamkrelidze, que sitúa a los indoeuropeos en el norte de Mesopotamia, próximos al Cáucaso, de donde habrían pasado a la zona de los kurganes;[32] y la de C. Renfrew,[33] que sitúa a los indoeuropeos en la Anatolia del séptimo milenio antes de Cristo, de donde habrían pasado a Grecia y a toda Europa, se supone que a la India también. Son dos teorías que nadie acepta, pero que todos citan. Ello es obra del prestigio de la ciencia y la bibliografía anglosajonas (en inglés y en prestigiosas editoriales se difundieron ambos libros): lo que aparece fuera de ese círculo apenas se menciona. Ni se lee. Enorme desgracia para la ciencia.

Gamkrelidze, un georgiano inteligente que logró introducirse en el mundo anglosajón, operó a base de relacionar el georgiano y el indoeuropeo. Creó la teoría de la existencia, en esta lengua, de las glotales del kartvélico, al que pertenece el georgiano; teoría sin duda errónea.[34] En cuanto a la lengua en general, acepto la separación del anatolio y el griego a comienzos del tercer milenio antes de Cristo, pero lo demás no es, para mí y parece que para nadie, aceptable.

El anatolio es conocido por referencias de mercaderes sirios desde el siglo XIX a. C., se escribía desde el XVII; del indoiranio hay referencias desde en torno al 1700 a. C. o antes (cultura de Sintashta-Petrovka), del griego desde aproximadamente el 1600 a. C. Pero apenas dice nada Gamkrelidze de la morfología, no sabe de la diferencia radical del anatolio y otras lenguas. Se refugia en unas pocas palabras que el indoeuropeo habría tomado del caucásico: la del león, la del elefante y alguna otra. Es más que dudoso que sean préstamos de las lenguas caucásicas.[35]

Con tres o cuatro palabras no se demuestra nada. ¿Y el griego habría pasado de Anatolia a Grecia y todas las demás lenguas también? ¿Y qué dice del indoiranio? Todo ello va contra lo que sabemos de las migraciones indoeuropeas, que van hacia este y oeste y luego el sur, no al revés. Y los argumentos lingüísticos, basados fundamentalmente en la morfología, ni siquiera se tocan.

¿Y qué decir de los agricultores minorasiáticos que, según Renfrew, habrían extendido la agricultura por Europa (y la India, se supone) desde el séptimo milenio antes de Cristo? Aunque las técnicas agrarias se hayan difundido en fecha antigua desde allí, ya he hablado de la Europa preindoeuropea, incluso de la mínima agricultura indoeuropea, el paso de unos agricultores indoeuropeos de Asia a Europa (y a la India, se supone), en el séptimo milenio antes de Cristo, es contrario a toda la evidencia. ¿Nada sabe este autor, parece, de los distintos sistemas lingüísticos indoeuropeos y de la expansión del indoeuropeo y la misma cultura indoeuropea en los sentidos que conocemos?

Bien dice Hoz, en su reseña, que Renfrew nada sabe de lingüística. El grupo anatolio no ha participado en una larga serie de innovaciones de los demás grupos lingüísticos indoeuropeos. Es un grupo aparte, con un recorrido aparte, de él no han podido salir los otros grupos, que innovaron des-

de antes del 2000 a. C. Estos pueblos y estas lenguas son muy posteriores al 7000 a. C. Es una pena que hoy, cuando tanta bibliografía se cita, apenas se lea y se improvise tanto. Repito el lamento de líneas anteriores.

Si estas elucubraciones arqueológicas sin apoyo lingüístico (ni arqueológico, véanse las críticas de P. Kallio desde este punto de vista)[36] se hubieran escrito en español, nadie las habría mencionado. Pero, según están las cosas, no me queda otro remedio que refutarlas, para que nadie suponga desconocimiento. Nosotros sí que leemos la bibliografía.

INDOEUROPEO Y OTRAS RAMAS LINGÜÍSTICAS

Quiero hablar aquí tanto de las relaciones lingüísticas entre el indoeuropeo y las demás ramas del lenguaje humano que conocemos —derivadas todas ellas de las lenguas del *Homo sapiens*— como de sus lenguas vecinas. Porque ello acabará de confirmar lo que antes se ha dicho sobre la patria de los indoeuropeos, o la patria de los indoeuropeos antes de su dispersión.

Sobre las relaciones lingüísticas entre el indoeuropeo y otras ramas, remito, para empezar, al resumen del estado de la cuestión que ofreció F. Villar.[37] Habla de la relación con el semita propuesta por H. Møller, A. Cuny y H. Pedersen. Cuny acuñó el nombre de «nostrático» para las lenguas «nuestras», a las que con el tiempo se han añadido otras, tales como el uraloaltaico (la familia del finés, el lapón, el húngaro y el samoyedo; también del turco, el japonés y el coreano), el kartvélico (caucásico meridional, sobre todo el georgiano), el dravídico y el camito-semítico.

Villar hace una crítica muy decisiva de la relación entre indoeuropeo y semítico: la comparación, si es que es acertada, se refiere a una época anterior a la morfología indoeuropea. No existe, pues, criterio claro para ella. Añadiré una cosa, que ya especifiqué en la reseña que hice a Greenberg.[38] Yo apuntaba que la comparación se hacía con un indoeuropeo plano, premorfológico: sirviéndose, sobre todo, de semejanzas lexicales más o menos claras. Los parecidos más claros del indoeuropeo se dan con el finougrio y el altaico (la familia uraloaltaica, en definitiva).[39]

Este término de nostrático continúa siendo usado por lingüistas como J. H. Greenberg[40] y una larga serie de lingüistas rusos, como Illic-Svityc,

Dolgopolsky y otros.[41] Un resumen más bien maximalista de las atribuciones de diversas lenguas al nostrático puede encontrarse en el gran libro de J. C. Moreno Cabrera.[42] Distingue un filo afroasiático y otro drávida-euroasiático, que comprende las familias drávida, sumeria y euroasiática; dentro de esta última, el filo indoeuropeo estaría al lado del urálico, altaico, chucoto-esquimal y niveji. Sigo pensando que la gran dificultad para establecer parientes firmes del indoeuropeo es que la morfología indoeuropea, como he dicho, es reciente.

Pero, en definitiva, este tema no es el de este libro. De lo que se trata en estas páginas, situar local y cronológicamente la antigua familia indoeuropea, tiene que ver con la localización de las lenguas vecinas, emparentadas o no, que dejan, entre ellas, un espacio para el indoeuropeo. Un espacio que coincide, en realidad, con el que ya he señalado, el de la estepa euroasiática.

En realidad, la familia localmente más próxima al indoeuropeo es, sin lugar a dudas, la finougria y, dentro de ella, el espacio próximo al que, junto con los baltos, ocuparon a partir de un momento dado el finés, el estonio y el lapón, junto con lenguas menores.

El finougrio comprende un grupo de lenguas que, desde la curva del Volga, se desplazó hacia el oeste, en varias oleadas, desde el año 5000 a. C. más o menos. No llegaron al Báltico hasta el 3200 aproximadamente, en la época de la cerámica de cordones. Y recibieron influjos léxicos muy claros del IE, sobre todo de los más antiguos báltico y eslavo e, incluso, del germánico primitivo. Los recibió a veces todo el finougrio, a veces el finés (los lapones son, quizá, un pueblo solo secundariamente uralizado).[43]

Estos desplazamientos se hacían por conjuntos de pueblos, que se influían o se superponían. Tras la «cola» de los indoeuropeos que se desplazaban hacia Occidente y los que, moviéndose hacia el este, conocemos como tocarios. O junto con ellos.

En definitiva: el finougrio es una lengua más que, en fecha anterior o contemporánea de la indoeuropea, se desplazó hacia el oeste: en este caso, hasta el mar Báltico. Dentro del indoeuropeo, los baltos quedaron retrasados respecto a los eslavos, que avanzaron más. Unos y otros pisaron sobre un substrato uralio, que otras veces se comportó como adstrato. Un nuevo pueblo uralio, el húngaro, avanzó hacia el oeste en fecha posterior. Son

oleadas sucesivas, como siempre. Como quizá el vasco, como más tarde el huno, el turco, etc.

Pero no es solo esto. El indoeuropeo lindaba en un momento dado, al sur, a través del Cáucaso, con lenguas caucásicas varias: las del norte y las del sur, del grupo kartvélico, el georgiano sobre todo, como ya he dicho. A su lado estaba la cultura de Maikop, con sus túmulos, sin duda indoeuropea. No se excluyen los préstamos léxicos, aunque el parentesco lingüístico, que se ha propuesto como hemos visto, no es seguro.[44]

También lindó el indoeuropeo, a partir de un momento, con las lenguas altaicas, del tipo del turco, venidas de la Siberia meridional, en la región del Altai. Llegaron al sur de la actual Anatolia a partir del 3000 a. C.[45]

Y lindó también, sin duda, con el grupo camito-semítico, en el norte de Siria y de Mesopotamia.[46] Podemos seguir la historia de estas lenguas desde hace unos 5.000 años.

Estas son las lenguas que ocupaban la periferia de los indoeuropeos: hay que añadir las que ocupaban Anatolia antes de la llegada de los hetitas, quizá desde el 3000 a. C. (luego penetraron los frigios y armenios, desde el 1200 a. C.). Ya hemos citados el hatti, el hurrita, el mitanni y el urartu. Y las lenguas que ocupaban Irán y la India (ya he hablado de algunas de ellas). Y, por supuesto, las que se hablaban en las penínsulas meridionales de Europa y sus islas (algunos datos he dado antes).

Algunas de estas lenguas —muchas veces venidas de Oriente, traídas por pueblos nómadas como los indoeuropeos— nos ayudan a delimitar los lugares más antiguos que estos ocuparon en la estepa euroasiática, los Balcanes y, luego, la llanura europea. Había en Europa, en cierto modo, casi un vacío, que ocupaban con escasa densidad pueblos neolíticos que fueron arrasados por los recién llegados. No dejaron grandes huellas lingüísticas.

Pero hay que añadir que los indoeuropeos no llegaron de golpe. Sus grandes invasiones de en torno al 2500, seguidas de otros movimientos de pueblos que crearon más tarde las grandes lenguas indoeuropeas de Europa y Asia, no fueron sino la continuación de anteriores oleadas desde el 5000 a. C., como he dicho. En realidad, las culturas de la Antigua Europa, en los Balcanes, y de la llanura europea habían sido destruidas o asimiladas, había ya una fusión de pueblos neolíticos y agrarios y, seguramente, una cierta unificación lingüística, dentro de variantes múltiples.

Apenas quedaron en Europa huellas de pueblos no indoeuropeos. Otros fueron, en líneas generales, contenidos, quedaron detrás de las fronteras indoeuropeas. Seguirían luego, claro, las invasiones periódicas de uraloaltaicos y semitas, en definitiva al final derrotadas, salvo las excepciones mencionadas. El futuro era para los indoeuropeos y los pueblos de ellos derivados desde el 2000 y el 1000 a. C., como ya he dicho.

Pero no deja de ser notable el hecho de que, en todo caso, Europa ha sido ocupada lingüísticamente por los indoeuropeos y los finougrios (y sin duda por los vascos) en una fecha relativamente muy reciente, desde el 5000 a. C. De las lenguas anteriores solo quedan mínimos restos, de los que he hablado.

Para poner las cosas en perspectiva, los neandertales, desde el 130000 a. C., se supone, y los primeros representantes del *Homo sapiens* en Europa, los cromañones, desde en torno al 35000, ya hablaban; seguramente, también, el *Homo antecessor* de Atapuerca, desde alrededor del 800000. Hablaban lenguas no indoeuropeas. Las indoeuropeas, como las finougrias, eran de pequeños grupos que penetraron, como ya he dicho, desde el 5000 a. C. Luego, el indoeuropeo evolucionó enormemente. El que más conocemos, el IE III o indoeuropeo clásico, es de finales del tercer milenio; el IE II, poco anterior.

O sea: el *Homo sapiens* es, en Europa, de anteayer, como quien dice, y más reciente todavía es la fase lingüística, indoeuropea y finougria con la excepción del vasco, que se encuentra en la base de nuestras lenguas actuales. Antes de entrar el indoeuropeo en Europa, esta era parte del gran océano del nostrático, todo él hablado en Asia sobre todo por el *Homo sapiens* y del que el indoeuropeo era una parte.

Un lingüista muy distinguido, W. P. Lehmann,[47] ha propuesto que, si bien la reconstrucción gramatical difícilmente puede ir más allá del año 5000 a. C., la de las raíces y el léxico, a base de reconstrucción interna, podría llegar hacia el 8000 a. C.; y que para en torno al 20000 a. C. podrían reconstruirse unos cientos de raíces verbales. Añade que las lenguas entre el 20000 y el 50000 pertenecerían al tipo de las lenguas de clases, como el bantú. Es la fecha, o un poco anterior, en la que llegaría a Europa el *Homo sapiens*. Más atrás, misterio.

Pero, por otra parte, todas las lenguas del mundo tienen rasgos absolutamente semejantes (de esto me he ocupado en detalle en otro libro,[48]

donde también he insistido en los universales comunes a todas las lenguas). Son, muchos de ellos, más antiguos que el *Homo sapiens*, y está claro que las lenguas que ya los comportaban, también. Si bien para las que han llegado a nosotros en todo el mundo puede plantearse la hipótesis de que deriven de la lengua del *Homo sapiens* o, quizá algunas veces, de las anteriores a él.

Los europeos debemos ser conscientes de que las lenguas que aquí prosperaron entraron en Europa en una fecha muy reciente, en términos relativos. Y estaban emparentadas, genealógica y tipológicamente, con diversas ramas lingüísticas que se han conservado en todo el mundo, al igual que la cultura de sus portadores. Más todavía: en fecha muy anterior había lenguas muy diferentes de las indoeuropeas tanto en Europa como fuera de ella, no podemos alcanzarlas.

Para ser modestos, los europeos debemos recordar que hablamos lenguas de un determinado nivel del indoeuropeo que produjo no solo las lenguas europeas, ni mucho menos, sino también varias asiáticas. Y nos invadió en fecha no tan lejana. De él salieron varias ramas lingüísticas, de ellas a su vez salió una serie de lenguas europeas que, eso sí, posteriormente recibieron influjos lingüístico-culturales de un sector interno de ese mismo «indoeuropeo de Europa». Del griego, el latín y, luego, de las diversas lenguas europeas, unas sobre otras.

Todas las lenguas europeas, incluso las que no son indoeuropeas, llegaron con el tiempo a alcanzar una especie de unidad, debido a hechos políticos y culturales. Y, en cambio, para antes de esas migraciones de indoeuropeos y no indoeuropeos que he fechado hacia el 5000 a. C., poco podemos decir sobre las lenguas que se hablaban en Europa. Lo que queda, a lo que ya he aludido, son mínimos restos, tampoco fechables.

EL MÁS VIEJO ESTRATO INDOEUROPEO DE EUROPA

No sería completo este panorama de la más antigua Europa lingüística si no añadiéramos la existencia de una amplia capa de topónimos indoeuropeos que se encuentran en las más varias regiones de Europa. No es fácil su atribución lingüística ni, a veces, su separación del celta y otras lenguas; ni,

tampoco, su inserción precisa en el tema de los grandes estratos del indoeuropeo (IE I, II y III), del que me ocuparé más adelante.

Se trata de topónimos cuyo contenido lexical es indoeuropeo. Pero no tenemos otra cosa que datos lexicales.

Efectivamente, existe en Europa (y fuera de Europa) una toponimia de origen indoeuropeo: lo son sus raíces y sufijos. Aparece sobre todo en hidrónimos. Pertenecen a aquello que Hans Krahe[49] llamó el «antiguo europeo». Es decir, a un substrato anterior a las lenguas indoeuropeas históricas. F. Villar ha propuesto que se refiere a lenguas varias, no a una lengua concreta que nosotros podamos identificar.[50]

La toponimia, y dentro de ella la hidronimia (aunque los hidrónimos se convierten con frecuencia en nombres de lugar), queda con frecuencia arraigada, pese a los cambios de lengua de los sucesivos pobladores. Claro que a veces procede de una capa lingüística bien determinada: *-briga* o *Seg-* son celtas, *Guad-* es árabe; en un nombre de río como *Guadiana* se unen en antiguo nombre indígena (adoptado por los romanos) *Ana* y el árabe *Guad-*.

Pero los nombres de la hidronimia indoeuropea que aquí menciono no se refieren a una lengua indoeuropea concreta, no son, por ejemplo, celtas o germánicos, ni latinos, por supuesto, como he dicho. Las hipótesis que los referían al ilirio o al ligur (o, simplemente, al precelta) han sido desechadas. Hoy pensamos en lenguas indoeuropeas varias, no identificables, quizá emparentadas con indoeuropeos prehelénicos, como se ha propuesto en el caso del pelásgico.

Sobre el valor probatorio que tienen los topónimos respecto a la lengua de antiguas poblaciones, véanse trabajos de Villar y uno mío.[51]

Se trata de hidrónimos y topónimos en general que a) poseen una raíz claramente indoeuropea, b) pueden añadir a ella sufijos y derivativos también indoeuropeos, c) algunas de estas raíces se han conservado igualmente en elementos léxicos existentes en varias lenguas indoeuropeas.

He aquí algunas de estas raíces, tomadas de Villar y de Hoz, entre otros, quienes las acompañan de listas de topónimos derivados, en Hispania y en Europa en general, así como también de mapas de su difusión: *al* 'fluir', *alb*, *arg* 'blanco', *is* 'fuerte', *mar* 'agua quieta, mar, lago', *pel* 'estanque, pantano', *sal* 'río', *ser* 'fluir', *tar* 'fuerte, penetrante', *wer, war, ur* 'agua,

río'. Y hay derivados en *-a*, *-o*, *-nt*, *-ko*, *-tiko*, *-yo*, etc. Tenemos, por ejemplo, de *arg* (cf. lat. *argentum*), el *Arga*, *Arganza*, *Arganda*, *Argentona*, etc.; de *eis, is* (cf. ai. *iṣirá* 'fuerte', gr. ἱερός 'sagrado'), el *Esla*, el *Isuela*, el *Esaro*; de *sal* (cf. lat. *sal*), el *Salo (Jalón)*, *Salia*, *Salmantica*, *Salor*, *Salas*, *Salsum*; de *tar* (cf. ai. *tará-*, gr. τορός 'penetrante, agudo'), *Tarancón*, *Tarrientos*, *Tiermes*, *Tormes*.

Habría que hacer algunas acotaciones. Por ejemplo:

a) No hay coincidencia con el límite histórico de las lenguas indoeuropeas que conocemos, llegadas posteriormente. Algunas de estas raíces se encuentran en la Hispania meridional, no indoeuropea, y también en Asia Menor y hasta en la India. Así por ejemplo, *uro-*, *ura-*;[52] *tur*, *tar*.[53]

b) Hay grupos de topónimos que ocupan cierta área indoeuropea, no toda.[54] En el «antiguo europeo» del que hablamos (y que no debe confundirse con la «Antigua Europa» preindoeuropea de Gimbutas) responde a lenguas indoeuropeas que se difundieron en diversas direcciones. Villar publica mapas relativos a las diversas raíces.

c) Por supuesto, raíces pertenecientes a dos estratos lingüísticos pueden combinarse, como en el caso del río Guadiana. He propuesto esto para *Turodanom*, hoy *Turégano*: un nombre de «río» del antiguo europeo, ya no entendido, recibió la adición de un nombre de «río» más reciente (relacionado con el celta *Danuuius*, ai. *dā́nu-* 'líquido', av. *danu* 'río'). Otra mezcla de este tipo es *Turóbriga* (con adición de una palabra celta). Otras veces han surgido secundariamente malas interpretaciones; así, se ha entendido que *tur* viene de lat. *turris* (*Torreadrada*, antiguamente **Turaderata*, hay una traducción latina del siglo XII *fontem aderatam*).

Evidentemente, se trata de derivados del indoeuropeo que entró en Europa antes del que crearon las grandes familias lingüísticas: procede, como he dicho, de las primeras oleadas indoeuropeas, a partir del año 5000 a. C. y antes de la que, a finales del tercer milenio y posteriormente, creó las grandes lenguas que conocemos. El hecho es que, cuando llegaron los indoeuropeos de la última oleada, a mediados del tercer milenio, como digo, aquella que dio origen a las primeras grandes lenguas indoeuropeas de Europa (y Asia), el terreno estaba ya ocupado por los indoeuropeos procedentes de las anteriores invasiones. Toponimia preindoeuropea quedaba poca.

Los problemas que presenta el «antiguo europeo» del que estoy hablando son dobles. Primero, como he venido diciendo, no podemos establecer

las lenguas a las que pertenecía ni la fecha de su fijación. Segundo, nada podemos decir de su morfología.

Como veremos más adelante, el más antiguo indoeuropeo que podemos reconstruir (el IE I) consistía en una serie de raíces que adquirían funciones y valores semánticos y gramaticales mediante el orden de palabras, el acento, elementos aglutinados, derivación, composición, etc. Solo en fecha posterior se crearon desinencias con valor gramatical (en el IE II); y en una posterior todavía, temas con valor gramatical. Esto sucedió cuando se creó el IE III y, dentro de él, cada uno de sus dos sectores, A y B.

Cómo funcionaba la gramática en la fecha del antiguo europeo no podemos saberlo. Ni en qué medida deberíamos atribuirlo al IE I (radical) o al IE II (monotemático); no, desde luego, al IE III, que existía ya, sin duda, hacia el año 2500 a. C., en que debieron de separarse el IE III A —el del cinturón meridional del que hemos hablado— y el IE III B —el del septentrional—. Pero en algo sí hay coincidencia con el IE III: en la existencia tanto en el «antiguo europeo» como en el IE III de masculinos en *-o* y femeninos en *-a*.

En los milenios quinto, cuarto y comienzos del tercero antes de Cristo, el indoeuropeo debió de desbordarse, en múltiples oleadas y variantes, conflictivas entre sí y con diversos inicios de morfologización, por Europa y por Asia. Sin duda, a partir de la misma llanura euroasiática de la que hemos hablado, a la que llegaban las sucesivas oleadas indoeuropeas —unidas a las de pueblos uraloaltaicos— desde el interior del Asia septentrional.[55]

2

EL INDOEUROPEO CLÁSICO Y SUS VARIANTES (IE III A Y B)

GENERALIDADES

Como es sabido y ya ha sido apuntado, desde Bopp, y luego Schleicher, Brugmann y los demás, la comparación entre palabras de igual significado y semejante fonética en diversas lenguas, tipo lat. *donum* / ai. *dānam* 'regalo', ai. *mádhu* / gr. μέθυ 'miel' (como primer sentido), llevó a la hipótesis de una lengua original, el indoeuropeo, de la que habrían nacido sucesivamente las distintas familias indoeuropeas.

La cito sumariamente, ejemplificando con las lenguas antiguas que conocemos: las indoiranias (védico, sánscrito, antiguo persa, avéstico), el griego, el armenio, el frigio y el tracio, las lenguas eslavas (antiguo eslavo, búlgaro, ruso, etc.), las germánicas (a partir del gótico), las itálicas (osco y umbro, latín), otras como el venético y el mesapio, las célticas (galo y celtibérico antiguos, diversas lenguas posteriores a partir del irlandés), el ilirio (de donde deriva el albanés) y algunas más. Las correspondencias son lexicales, morfológicas y también fonéticas: a tal fonema indoeuropeo corresponde tal o cual fonema en cada lengua (pueden variar según el contexto fónico).

Entiéndase que, como he dicho, para mí la lengua original de la que hablo es un estrato indoeuropeo de a partir del año 2500 a. C.; pero en general se entiende como «el indoeuropeo», como he señalado.

Más exactamente: se toma, en general, como indoeuropeo el prototipo del IE III A, el que se reconstruye a partir del griego y el indoiranio, sobre todo. El IE III B coincide en gran medida con él pero ya hemos visto que presenta pérdidas, innovaciones y arcaísmos. Doy a continuación una descripción de conjunto del IE III A, en buena medida también (pero no siempre) del B.

Comenzando por el sistema fonológico, a este indoeuropeo se le atribu-

ye uno bastante simple, aunque hay algunas variantes. Lo único nuevo, posterior a la reconstrucción tradicional, es que al sistema general se le añaden ahora tres fonemas, las tres laringales H_1, H_2, H_3: fricativas que pueden vocalizarse y que «tiñen» las vocales en contacto, dándoles los tres timbres *e*, *a*, *o*. Han desaparecido en todo el IE III, pero se conservan en hetita (que procede, como he dicho, del IE II).

Es la única adición generalmente admitida al sistema fonológico del IE que venía de Brugmann: evidente desequilibrio, el cuadro que se propone como general del indoeuropeo contiene un elemento más antiguo, el de las laringales. Sigue sin reconocerse que son propias de un sistema fonológico más antiguo que el que está en la base del indoiranio y demás, un sistema conservado en anatolio y existente en un momento dado, el del IE II, en todo el indoeuropeo.

Prescindiendo ahora de las laringales, que teñían, como he dicho, con su timbre las vocales en contacto (y si iban a continuación de ellas las alargaban, además, mientras que entre consonantes vocalizaban dando vocales, ya *ā*, ya *ǐ*, según las lenguas), los distintos manuales de lingüística indoeuropea trazan un sistema fonológico que es en principio el mismo de la vieja reconstrucción (excepto, repito, en el caso de las laringales). Así, por ejemplo, los de Meillet, Szemérenyi, Beekes, Schmitt-Brandt y Meier-Brügger (el mío y de Bernabé-Mendoza atribuyen ese cuadro solo al IE III).[1] La nueva obra de M. Mayrhofer[2] sigue igualmente la línea tradicional.

Trazan también, igualmente, estos manuales un sistema morfológico único, aunque luego daré excepciones y detalles y otros más en dos trabajos posteriores.[3] Porque en morfología sucede algo semejante: la vieja morfología unitaria del indoeuropeo, la de Brugmann y demás, se asume que era también la del hetita y anatolio en general. La mayoría, sin ni siquiera decirlo. Ya he anticipado que disiento.

LA FONOLOGÍA

El sistema fonológico que los manuales dan, en general, como común al indoeuropeo (y que para mí es el de su estrato III) es un sistema muy simple, que incluye:

a) Vocales *e*, *a*, *o* breves y las largas correspondientes.
La *a* era muy rara. La oposición de *ĕ* y *ŏ* y de las largas correspondientes se utilizaba para crear oposiciones varias en el sistema nominal y el verbal.

b) Sonantes, que podían desempeñar, según su posición en la sílaba, papeles ya de consonante (*y*, *w*, *n*, *m*, *r*, *l*), ya de vocal (*i*, *u*, *n̥*, *m̥*, *r̥*, *l̥*, que podían también ser largas).

c) Consonantes, con cuatro puntos de articulación y, en cada uno, fonemas sordos, sordos aspirados (raros), sonoros y sonoros aspirados. O sea: labiales, *p*, *ph*, *b*, *bh*; dentales, *t*, *th*, *d*, *dh*; guturales, *ḱ*, *ḱh*, *g*, *gh*; labiovelares, k^{w}, k^{wh}, g^{w}, gh^{w}. Hay que añadir que algunos autores distinguen, dentro de las que aquí llamamos velares, una serie velar y otra palatal, que distinguen con ayuda de signos diacríticos tales como *g'* o *ǧ*.

Estos fonemas y, en el caso de las semivocales, sus variantes en la sílaba, daban en las distintas lenguas soluciones propias y generales o bien dependientes de los fonemas en contacto.

Naturalmente, a partir de aquí vienen las evoluciones fonéticas de las diversas lenguas o grupos de lenguas. Por ejemplo, muchas perdieron la aspiración de las sonoras o las alteraron de diversos modos (cf. ai. *bhárāmi*, arm. *berem*, gr. φέρω, lat. *fero*); el germánico alteró el sistema de oclusivas (p. ej., de **dekṃ*, el inglés hizo *ten*, el alemán *zehn*); las lenguas llamadas *satem*, como el indoiranio y el eslavo, cambiaron las oclusivas en silbantes o sibilantes (p. ej., al *centum* latino corresponde el ai. *śatám*, aesl. *sŭto*). Esta última, es fácil verlo, es una evolución reciente que afecta a una parte del IE III A y del IE III B.

Por supuesto, a las evoluciones de las distintas ramas del antiguo indoeuropeo hay que añadir las de sus derivados posteriores. Y hay que insistir en que todo esto fue propuesto antes del descubrimiento del hetita y las demás lenguas anatolias. En ellas, además de la presencia más o menos regular de las laringales, ya mencionadas, hay diversas particularidades, como, por ejemplo, la ausencia, en general, de las vocales largas, la presencia de *a* en lugar de *a* y *o*, etc.[4]

Sin embargo, el problema de las vocales largas en hetita es grave, por-

que se complica con problemas de grafía. La escritura plena o doble de algunas vocales, como *a-a*, a veces se interpreta como prueba de la existencia de largas, pero pueden ser largas secundarias, derivadas en anatolio a partir de breves,[5] o analógicas. Resulta imposible entrar aquí en el detalle, aunque ya digo que el uso sistemático de las largas, sobre todo en morfología, parece una innovación postanatolia.

Los manuales, en general, no mencionan apenas el hetita, dan sin más el cuadro anterior. A veces añaden la discusión sobre la supuesta existencia de glotales como las del caucásico, propuesta por Gamkrelidze e Ivanov. ¡Tanto revuelo para una teoría que, al final, nadie acepta![6] Pero no hay manual que no cite las glotales, aunque sea para rechazarlas.

EL LÉXICO, LA MORFOLOGÍA, LA SINTAXIS

Tampoco para este amplio dominio son mencionados apenas el anatolio ni el hetita. Sobre ellos, o se calla, o se piensa que las categorías que en estas lenguas faltan (masculino/femenino, aoristo, perfecto, modos, etc.) las han perdido. Sobre esto he escrito en varios lugares, últimamente en dos artículos ya aludidos.[7]

Esas raíces o conjuntos de raíz + sufijo constituyen a veces, en el nombre, adjetivo, pronombre o verbo, una forma no flexionada: un adverbio, preposición o interjección. Otras, constituyen lo que se llama un tema, o sea, una raíz o un conjunto de raíz + alargamiento (*-g*, *-ḱ*, etc.) o sufijo (*-ti*, *-sḱ*, *-neu*, etc.) que se declina o conjuga con ayuda de desinencias y, a veces, se opone a otro tema de igual raíz (y aun de otra).

Por ejemplo, en ai. (que continúa un modelo indoeuropeo), hay un n. sg. *vṛkas* 'lobo', frente a un g. sg. *vṛkasya*, un n. pl. *vṛkās*, etc. A la raíz *vṛḱ* se añade bien una vocal temática, bien, a veces, alargamientos o desinencias, todo ello al servicio de la morfología.

Pero, en fin, esto es dentro de una dicotomía entre las raíces: las hay nominal-verbales (que crean nombres y/o verbos) y pronominal-adverbiales (que crean pronombres y/o adverbios). Por ejemplo, las raíces nominal-verbales presentan ya formas nominales (p. ej., en gr. σύ-ζυξ, o sea, 'el cónyuge' o 'el que vive con', en lat. *iudex* 'el que dice la ley', 'el juez'), ya formas

verbales (p. ej., gr. δείκνυμι 'mostrar', lat. *dico* 'decir', gót. *gateihan* 'mostrar').

Unas y otras pueden llevar la «vocal temática» (*e*/*o* y las largas correspondientes) entre raíz y desinencia: lat. *yugum* 'yugo' < *yugom)*, lat. *dicis* 'dices' < **deicesi*). Y, naturalmente, sufijos, como en gr. δείκνυμι, que acabo de citar.

De las raíces pronominal-adverbiales derivan, como digo, ya pronombres, ya adverbios. P. ej., **so*, **sā*, **tod*, 'este, ese, aquel', pero también adverbios como gr. οὕτως 'así'.

A partir de una raíz de uno u otro tipo se crean temas que pueden ser ya una simple raíz + φ, ya un conjunto de raíz + alargamiento(s) (en algunos casos) + sufijo(s). Estos temas se convierten en palabras cuando, para marcar las variantes morfológicas (casos y números en el nombre, personas, etc., en el verbo), llevan en su parte final ya φ, ya desinencias. P. ej., de **ei* 'ir' el lat. tiene un v. *ei* o *ī*, de πατήρ 'padre' el gr. un v. πάτερ; y, de uno y otro tema, una 2.ª pers. lat. *is*, un g. gr. πατρός.

Hay, pues, ya raíz, ya raíz + sufijo; y en ambos casos hay, en la flexión, o bien raíz + φ, o bien raíz + sufijo. Y la raíz puede tener alargamiento.

Los casos, según la versión tradicional del indoeuropeo, eran (para el nombre, adjetivo y pronombre) siete: nominativo, vocativo, acusativo, genitivo, dativo, locativo y ablativo, conservados sobre todo en sánscrito, reducidos a cinco o menos en otras lenguas. Los géneros eran tres: masculino, femenino y neutro, al igual que los números: singular, plural y dual.

En múltiples estudios, como mis libros ya citados y diversos artículos, he sostenido que esta es una versión maximalista del indoeuropeo, cierta tan solo para algunas lenguas, sobre todo el indoiranio. Que el sistema de los siete casos es secundario, el antiguo es el de n., v., ac., g. y dat., los casos gramaticales. Determinan al nombre (en principio, el g.); y al verbo, marcando el sujeto (el n.) y los dos complementos (el ac. y dat.). Efectivamente, el indoeuropeo (todo él, por lo que sabemos) tiene una flexión que opone sujeto en n. / complemento directo en ac. / indirecto en dat., no una flexión ergativa, como erróneamente han propuesto algunos.[8] Y solo secundariamente añadió casos adverbiales. Pero quizá venga de un tipo lingüístico anterior, el de las lenguas de clases. Esta es al menos la opinión de Lehmann.

Y, también según esa versión tradicional, fundada una vez más en el griego y el sánscrito, el verbo tenía cuatro temas (creados de la raíz + φ o de la raíz + sufijo): de presente, aoristo, perfecto y futuro (llamados temporales, pero sobre su valor hablaremos más adelante); y cada uno tenía dos voces, activa y media (la pasiva fue creándose lengua a lengua). A su vez, cada uno de los cuatro temas tenía variantes modales (de indicativo, imperativo, subjuntivo y optativo).

Así, un verbo era un conjunto de temas: temporales (aspectuales, mejor dicho: temporal es solo el futuro), dentro de los cuales, a su vez, había temas modales y variantes personales (también de número). Los temas estaban marcados con ayuda de variantes apofónicas y acentuales de la raíz y de sufijos (incluido el φ). Los temas se flexionaban con ayuda de las desinencias, que podían ser también φ. Pero a veces había amalgama: la -ω del gr. λύω 'yo desato' indica presente, indicativo, voz activa, singular, primera persona.

Prefijos temporales, esto es, el llamado aumento (*é-* en general), los hay solo en indicativo (y en realidad en unas pocas lenguas, griego, indoiranio y armenio).

Así, en las dos series lexicales de las que he hablado (la nominal-verbal y la pronominal-adverbial) hay formas en que la raíz, a veces pura, a veces sufijada, da ya un nombre o adjetivo (flexionados luego), ya un pronombre (flexionado también), ya un adverbio (o preposición o interjección) sin flexionar.

Lo habitual es que un tema se oponga a otro u otros temas: son derivados, con ayuda de sufijos, de la misma raíz. O bien dos raíces se oponen dentro de un sistema, concretamente de la conjugación. Así se crearon flexiones politemáticas. Por ejemplo, en el nombre, la declinación que lleva un masc. en *-o* frente a un fem. en *-ā*: lat. masc. *dominus* / fem. *domina* (cada forma con su declinación). Y junto con esta oposición de géneros, sobre dos temas, hay la de un tema nominal y uno adjetival (derivado). O bien, en el verbo, se oponen los temas de los que ya he hablado: de presente, aoristo o perfecto (también futuro) y los de los distintos modos. Por otra parte, de raíces y temas el indoeuropeo creaba formas derivadas y compuestas.

Este es el indoeuropeo politemático del que vengo hablando: en la tradición más general, es «el indoeuropeo» a secas; en la que sigo, el indoeuropeo III, sobre todo en su versión A.

Un verbo indoeuropeo de este estadio tenía, pues, la siguiente conjugación:

1. Oposición de voces activa / media (marcada por las de-si-nencias).
2. Dentro de cada voz había:

   a) Cuatro temas, marcados por -φ o sufijos. Indicaban aspecto: presente, aoristo, perfecto, futuro.
   Solo en indicativo marcaban los temas el tiempo: así lo hacían el presente y el aoristo. El pasado lo marcaban estos dos temas con ayuda de una serie especial de desinencias y del aumento ya mencionado: creaban ya un imperfecto, ya un indicativo de aoristo. Pero el perfecto era realmente un presente estativo, mientras que el pluscuamperfecto, su pasado, parece no general, sino reciente. El futuro marca este tiempo con desinencias de presente. Los tres temas no futurales marcan, aparte del tiempo en indicativo, también aspecto: duración el presente, puntualidad o complexividad el aoristo, acción terminada y estado derivado de ella, el perfecto.
   b) Dentro de cada tema, había variantes modales de indicativo, subjuntivo y optativo, marcadas por oposiciones como, entre indicativo y subjuntivo, la de raíz / raíz + vocal temática (ai. *ásti* / *ásati*, de 'ser') o raíz con vocal temática breve / larga o variantes con sufijos como *-s-* en tocario. El optativo llevaba un sufijo propio, *-ïē* / *-ī*. Pero los modos estaban desarrollados solo parcialmente en IE III, que, como veremos, conservaba huellas del estadio premodal.

3. Había, además, oposiciones de número y persona, marcadas igualmente por las desinencias (o -φ, en ocasiones). Una desinencia indicaba a la vez número y persona; esto es lo que se llama sincretismo. El indoeuropeo no tenía, en general, aglutinación (desinencias claras y de sentido independiente, que se sumaran, como en turco), sino sincretismo y amalgama, ya citados.

4. Había, finalmente, formas nominales del verbo, obtenidas de cada tema por sufijación y con valor ya de voz activa, ya de media. O bien había una forma por verbo, participaban o no de los valores de los temas. Son también recientes.

Habría que añadir que los sufijos, la vocal temática, las desinencias (y el aumento y los prefijos iniciales) no son los únicos recursos de la compleja morfología, nominal, verbal y pronominal del indoeuropeo. Hay que añadir otros recursos que a veces se sumaban a estos, a veces funcionaban solos. Los he aludido de pasada. Son:

a) La apofonía o alternancias vocálicas. En el nombre, por ejemplo, la apofonía *e / o* distinguía el n. y el v. sg. (lat. *dominus / domine* 'amo'); la vocal de grado largo / -ϕ, por ejemplo, n. y g. (gr. n. πατήρ / g. πατρός de 'padre', hay casos paralelos en otras lenguas). La apofonía funciona también entre el nombre y el verbo (lat. *tego* 'cubrir' / *toga* 'toga', 'manto') o el nombre y adjetivo (gr. μένος / εὐμενής 'ánimo' / 'de buen ánimo', 'benévolo').
b) El cambio de lugar del acento. Por poner unos ejemplos, hay oposiciones n. / v. (ai. *pitā / pítar*, gr. πατήρ / πάτερ 'padre', 'pequeño ruso' *sestrá / séstro* 'hermana', gr. δεσπότης / δέσποτα 'amo'); n. / g. (gr. μήτηρ / μητρός, lit. *motė̃ / motẽrs* 'madre', gr. γυνή / γυναικός 'mujer'); masc. / fem. (gr. ἡδύς / ἡδεῖα, ai. *svadús / svadvī* 'dulce'); nombre / adj. (ya he citado gr. μένος / εὐμενής); diversas formas del verbo (ai. *émi / imás* 'voy' / 'vamos', *véda / vidmá* 'sé' / 'sabemos').

También se utiliza la oposición de formas átonas y tónicas, por ejemplo, para distinguir pronombres interrogativos e indefinidos y, en los personales, variantes expresivas y enclíticas.

Este sería, aproximadamente, el esquema de las clases de palabras y de las flexiones nominal y adjetival, pronominal (con algunas diferencias) y verbal indoeuropeas, más las clases de palabras no flexivas, y los numerales, así como de los recursos formales utilizados: raíces, alargamientos, sufijos, vocales temáticas, alternancias vocálicas, desplazamientos del acento (musical). Habría que añadir el uso de distintos tipos de acento (agudo y circunflejo) y el orden de palabras que, en principio, sería libre, puesto que las formas flexionadas eran suficientes para marcar las relaciones dentro de la oración, mientras que las pausas y los acentos marcarían las oraciones unimembres y las formas expresivas (interjecciones, llamadas) e impresivas (imperativo, vocativo). Había, de todos modos, algunas restricciones en el orden de palabras.

Como se ve, el indoeuropeo que aquí describo sumariamente y que en otros lugares ya citados he descrito con mayor detalle era una lengua muy compleja, muy morfologizada, con grandes recursos para la derivación, composición y renovación lexical. La vocal temática, por ejemplo, podía usarse, con el timbre *e*, para marcar el vocativo; con *ō* alargada, para la primera persona singular del verbo; añadida a ciertas desinencias, para marcar la voz (*-to*, *-so* medias); y en otros usos más.

No era, pues, el indoeuropeo que aquí he descrito una lengua monosilábica ni del tipo que utiliza, fundamentalmente, la aglutinación, el orden de palabras y las variaciones acentuales y tonales. Era una lengua que, con ayuda de elementos formales múltiples combinados variamente, analizaba muy sutilmente la realidad.[9]

No obstante, creo, insisto, que el indoeuropeo brugmanniano que aquí he descrito, deducido sobre todo del estudio del griego y del sánscrito, es un derivado secundario del más antiguo indoeuropeo, el II. Y que nació en el tercer milenio antes de Cristo y entró en la India y Grecia hacia el año 2000. Es el que he llamado IE III A. Y que el indoeuropeo más antiguo al que podemos en cierta medida acceder, más antiguo que el IE II, a saber, el IE I o protoindoeuropeo, era precisamente un indoeuropeo del tipo a que acabo de aludir, monosilábico.

Entre medias existió el ya mencionado IE II o monotemático, testimoniado, como he señalado, por su derivado el anatolio y, dentro de él, por el hetita. En él no se oponían temas de género o comparación o tiempo o modo: la flexión era de tema + φ o tema + desinencias, no de varios temas salidos de una misma raíz y opuestos entre sí (o de varias raíces opuestas secundariamente entre sí, como a veces sucede en las diferentes lenguas).

OBSERVACIONES

He repetido hasta la saciedad que el tipo de indoeuropeo aquí sumariamente descrito era:

a) el resultado de la comparación entre las lenguas conocidas antes del descubrimiento del hetita (y el anatolio en general) y del tocario, y

b) dentro de estas lenguas, el resultado, más bien, de la comparación del indoiranio (sobre todo el védico y sánscrito) y el griego.

No era una lengua realmente unitaria, sino más bien «a kind of storehouse», una especie de almacén, como decía Lehmann.[10] Dejemos aparte las desgracias del hetita y el tocario, no descubiertos a tiempo para que fueran tomados en cuenta para la reconstrucción tradicional. O bien son olvidados como no existentes, o se dice que los elementos de la reconstrucción tradicional de que carecen (el femenino, el aoristo, el subjuntivo, etc.), «los perdieron». Extraña historia.

Pero es que, aparte de esto, en algunas de las lenguas indoeuropeas conocidas de antiguo y a las que atribuimos un tipo III B, faltan muchos elementos de esa reconstrucción, que se habrían «perdido». Los modos en eslavo, por ejemplo. Y hay otros elementos, como las desinencias verbales en *-r*, que sin duda el griego perdió.

En definitiva: la descripción que precede se refiere a lo sumo, como ha quedado anunciado, al «cinturón meridional» y presenta innovaciones (por creación o pérdida) que no siempre comparten el «cinturón septentrional» o algunas de sus lenguas.

El indoeuropeo no era tan simple, tenía variantes múltiples, en el tiempo y en la geografía. Llevo muchos años, en realidad desde 1962,[11] predicándolo, contra viento y marea, enfrentado a un excesivo tradicionalismo que nada quiere saber de ideas nuevas. Véanse los artículos que acabo de escribir sobre la historia de este debate.[12]

Voy, pues, a insistir en cuán relativa es la reconstrucción tradicional, unitaria y plana, del «indoeuropeo», la que suele exponerse. Se refiere simplemente a una fase del indoeuropeo y ni siquiera a toda ella. De la fase anterior, la del IE II, representado para nosotros sobre todo por el anatolio, pero de la que también quedan restos en el IE III y es, sin embargo, la mayor parte de las veces olvidada o negada, me ocuparé a continuación.

SOBRE EL IE III B

Ya se ve: el IE III A arraigó en Europa y dio derivados, pero tenía sus parientes más próximos en Asia (el tracio lo conocemos mal). Y aunque el griego ejerció un cierto influjo en el IE III B, pues hay algunas coincidencias, hemos de reconocer que es este el que mayoritariamente ha sido continuado por las lenguas europeas. Aunque también tiene un pariente asiático ya mencionado: el tocario.[13]

Esta es la compleja situación. Luego hubo cierta evolución que afectó a todo el indoeuropeo, tanto al europeo como al asiático, creando el que llamaré IE IV. Y, por supuesto, ya desde Roma y en todas las fases sucesivas, las lenguas europeas han sido enormemente influidas y unificadas por el léxico culto del griego.

En estas circunstancias se impone añadir algunas cosas sobre este que he llamado IE III B, el que llegó a Europa por el norte de los Cárpatos y luego se derramó por las penínsulas mediterráneas, Italia y España. Creó, se sabe, el báltico y eslavo, el germánico, el latín, las lenguas itálicas y las célticas, entre otras de menor relevancia.

En definitiva, el IE III B tiene innúmeras coincidencias con el IE III A. Hubo innovaciones comunes: una fonética con pérdida de las laringales y aceptación de sus resultados, el politematismo y las categorías gramaticales expresadas por este, sobre todo. Esto, entre otras cosas, es lo que añaden al IE II o monotemático ambas ramas del IE III. Pero, frente al IE III A, el IE III B experimentó muchas pérdidas. Por ejemplo, la enorme disminución de los deverbativos (intensivos, causales, desiderativos, etc.); y un menor sentido de la raíz y de las alternancias vocálicas, una menor difusión de las formas nominales asociadas a los temas verbales. Faltan también en él algunas innovaciones del indogriego, tales como el aumento y el pluscuamperfecto, y en ciertas lenguas el perfecto, los modos, etc., como ya he dicho.

También preserva arcaísmos, así como coincidencias solo con alguna parte del indogriego, tales la desinencia *-r* y el semitematismo (ambos hechos también en hetita).

Hay, sobre todo, en el IE III B una innovación fundamental: la creación, en el verbo, de un sistema bitemático, en el que imperfecto, aoristo y perfecto se funden como un segundo tema frente al presente.

Por lo demás, dentro del IE III B hay escisiones, no todas las lenguas van al unísono. Por ejemplo, hay diferencias importantes entre báltico y eslavo, y entre esas lenguas y el germánico, otras dentro del eslavo, todo él un territorio relegado y arcaizante, por lo demás.

Efectivamente, el eslavo conserva una flexión semitemática, no tiene oposición activa/media, ni subjuntivo ni optativo, ni perfecto, presenta una vacilación de las desinencias entre 2.ª y 3.ª sg., no ofrece clara diferencia entre desinencias primarias y secundarias. En parte igual que el báltico, en parte con diferencias. Eslavo y báltico son un estrato arcaico del IE III B, su retaguardia. Solo el búlgaro, el macedonio y el serbocroata conservaron aoristo e imperfecto al lado de un nuevo perfecto.[14]

Habría que añadir luego las concomitancias e influencias entre los cinturones III A y III B, incluida la satemización de algunas lenguas, sobre lo cual ya he hablado.[15] Este es un rasgo secundario y relativamente reciente, no la base de la división del indoeuropeo en dialectos, como se creía.

Y hay las relaciones, dentro del IE III B, entre las distintas lenguas itálicas, entre celta e itálico y entre las diferentes lenguas célticas.[16]

Habría que hablar, también, del tocario, que pertenece al tipo del IE III B, bitemático, pero ofrece notables diferencias, a veces arcaizantes, por ejemplo, en la flexión nominal o en el verbo, el subjuntivo sobre todo.[17]

3

MIRANDO HACIA ATRÁS: EL INDOEUROPEO MONOTEMÁTICO (IE II)

EL INDOEUROPEO MONOTEMÁTICO: DESCRIPCIÓN Y ENCUADRAMIENTO HISTÓRICO

En 1917 fue descifrado por Hrozny el hetita de las tablillas de Boghazkoy, que también contenían otras lenguas anatolias, como el luvita. Y cualquiera que lea las gramáticas de estas lenguas, tales como la del hetita de Friedrich y las gramáticas o estudios posteriores del palaíta, el luvita, el licio y el lidio,[1] se da cuenta inmediatamente de sus enormes diferencias respecto al indoeuropeo estándar, plano y unitario, de Brugmann y demás, y respecto a las lenguas indoeuropeas conocidas hasta ese momento, tanto en la fonética como en la morfología, por no hablar de léxico y sintaxis.

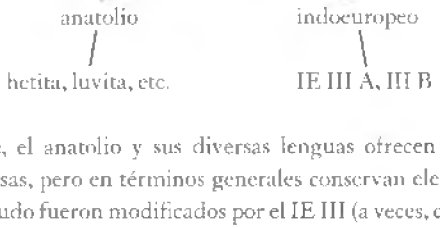
A veces en hetita hay cosas sin duda arcaicas que en ese indoeuropeo tradicional no existían, como, en fonética, las laringales; y un nuevo vocalismo, con *a* en vez de *e* / *o*, problemas en las oclusivas, falta de cantidad larga, parece, en las vocales.

En el nombre hay arcaísmos diversos, como la falta de dual (también en el verbo), la indistinción de nominativo y genitivo en la flexión temática; la indistinción, también ocasional, de singular y plural fuera del nominativo y el acusativo; huellas de que el neutro es pregenérico y se convierte, a veces, en animado, escaso desarrollo de la oposición animado / inanimado y nula de la de masculino / femenino; falta de la oposición de tipo πατηρ / πατρός y del uso morfológico, a veces, de la vocal larga; frecuencia de la flexión heteroclítica; falta de correspondencia con el IE III en los casos marginales del nombre (salvo en el d.-l. sg.); presencia en los mismos paradigmas de temas en *-ā*, *-āi* e *-i* (que en el IE III se clasificaron en flexiones diferentes); defectividad y poca difusión de los temas en *-e* / *-o*; etc.[2]

El adjetivo está a medio diferenciar del g. del nombre y faltan en él los grados de comparación. El sistema del pronombre personal es diferente del desarrollado luego.

En el verbo, entre mil cosas, falta la oposición de temas y de modos (salvo el imperativo); hay dos conjugaciones, en *-mi* y en *-i*. La media en *-ā* está emparentada de uno u otro modo con el perfecto indoeuropeo, pero no es un tema aparte. Y hay, en general, arcaísmos diversos en el sistema desinencial, abreviando muchísimo.[3]

Hay, sin duda, en el IE II innovaciones, pero también arcaísmos, tales como la conservación de las laringales y de la flexión monotemática. Parece evidente que esto implica una fase II del indoeuropeo, como he propuesto. De ella vendría el anatolio, del que derivarían el hetita y otras lenguas; y vendría, igualmente, el IE III, del que, a su vez, derivan el III A y el III B y, en cada uno, las lenguas de que venimos hablando. O sea:



Naturalmente, el anatolio y sus diversas lenguas ofrecen innovaciones también diversas, pero en términos generales conservan elementos arcaicos que a menudo fueron modificados por el IE III (a veces, como veremos más adelante, conservó algunos; otras, una y otra rama evolucionaron en sentidos diferentes).

Hay precedentes de estas ideas que aquí expongo una vez más. Argumentando sobre la base de la pérdida de las laringales fuera del anatolio vino la teoría de Sturtevant:[4] habría habido un indohetita, del cual vendrían dos ramas, el hetita y el indoeuropeo; ésta es una teoría poco atendida, quizá porque se basaba en un rasgo único: presencia o ausencia de las laringales. Hetita e indoeuropeo serían «two sister languages», no otra cosa.

Sin embargo, en 1946 Kerns y Schwartz publicaron un desarrollo morfológico de esta teoría;[5] de una manera esquemática y más bien confusa,

proponían para el antiguo indoeuropeo un estadio monotemático (conservado en hetita) y otro posterior, politemático. Y ello solo para el verbo.

Yo, que había trabajado antes sobre las laringales[6] y varios temas indoeuropeos en conexión con el griego, desarrollé ampliamente esta teoría en mi trabajo ya citado «Hettitisch und Indogermanisch», de 1962 (leído en 1961, en Innsbruck, ante la Indogermanische Gesellschaft), referente a toda la gramática, no solo al verbo. Este es el núcleo de la teoría que he desarrollado luego muy ampliamente y a la que aquí me refiero. Daré detalles.

No extrañará que en un libro dedicado a las lenguas de Europa, que salvo mínimas excepciones vienen del IE III, hable también del IE II, anterior y continuado por lenguas anatolias (y por el etrusco, como veremos más adelante). Porque está claro que el IE III deriva del IE II y que ambos estuvieron implantados en Europa. Quedan del IE II huellas seguras en lenguas europeas. El IE III y sus ramas no son sino derivaciones de ese IE II, sin duda hablado ya en Europa, como digo, antes del despliegue del IE III a partir del tercer milenio antes de Cristo. El IE II entró en Europa, sin duda, desde el quinto milenio.

Esto se ve no solo por la lógica de las fechas y de las derivaciones, sino también porque en las lenguas del IE III, las europeas entre ellas, se conservan a veces, aquí y allá, huellas de arcaísmos del IE II, como acabo de decir.

Por ejemplo, el vocalismo del IE III supone la antigua existencia en él de laringales, hoy es un hecho aceptado por todos.[7] A veces hay, por lo demás, todavía, fuera del anatolio, alguna huella de la aspiración de las laringales.[8]

En el nombre y el adjetivo hay huellas de que en los nombres temáticos el n. pl. del IE III no es sino una formalización de un **-os* de n. sg. y pl., n. y g. sg.: se crearon n. plurales en *-oi* y *-ōs*, g. sg. en *-os-yo* e *-ī*. Como se enfrentaron con *-os* y *-om* un g. sg. y pl., en hetita son intercambiables;[9] abundan en varios casos de la declinación los temas puros, tipo gr. πόλει (y varios usos casuales, de n., g., d.-l.[10] y n.-ac., con *-ī*, *-ā*, *-āi*).[11] Y en el nombre y el adjetivo, se conservan formas que no distinguen masculino y femenino ni grados sufijados de comparación (se crean perifrásticamente).[12]

En el verbo del IE III son frecuentes, todavía, las raíces y los temas desprovistos de desinencias. P. ej., tenemos en lat. *do*, había sin duda **amā*

(luego *amo*), hay fut. arc. lat. *dice* 'diré'. En otras lenguas tenemos en ai., bált. y toc., en pretérito, formas en que una vocal radical *-a*, *-ā*, *-ō* alterna con una variante con *-u* (ai. *jajñaú* / *-ātha*).[13] Se pueden comparar formas del het. en *-ahhi* (*dai*, *tarnai*), en que se añade un indicador de presente *-i*. También, en hetita, temas como *es* 'sé', comparables a lat. *ei*, *-ī* 'vé'. Y en todo el IE III hay presentes temáticos con *-ō* alargada, tipo gr. *λύω*, clasificados como 1.ª sg. pres. ind. (¡y subj.!)

A veces, en tal o cual lengua se ha creado un segundo tema tomado de otra raíz (verbos polirrizos del tipo lat. *eo* / *uēnī*, como en esp. *soy* / *fui*). En otras ocasiones, temas «generales» han opuesto, en diferente grado vocálico, un presente y un aoristo, por ejemplo: mientras que en ai. tanto *tudáti* 'golpear' como *bhárati* 'llevar' son simplemente presentes, el gr. ha reducido el tema con *e* al pres. (λείπω 'dejar') y el con vocalismo ϕ al aoristo ἔλιπον 'dejé'). En aesl. puede conservarse la raíz pura en pretérito, frente a un presente derivado (aesl. pres. *spějǫ* 'avanzar' / pret. *spě*).

También quedan en lenguas indoeuropeas verbos con solo un tema, como el verbo 'ser' **es*. A veces se han convertido en polirrizos, organizando en sistema varias raíces o temas, tipo que he citado.

Por otra parte, ya he apuntado que los varios temas de las flexiones del verbo del IE III no siempre han alcanzado a todas las lenguas de este. Así como el imperativo es universal, el subjuntivo y optativo faltan en báltico y eslavo. E incluso allí donde hay subjuntivo, es un derivado secundario, quedan muchas lenguas en que una misma forma actúa ya como indicativo, ya como subjuntivo. Así ai. *dāti* 'da' / 'dé', gr. cret. δύναται 'puede' / 'pueda', gót. ind.-subj. *salbō* 'ungir', etc.[14]

Por supuesto, la adscripción de los temas de indicativo y subjuntivo, como derivados, a los temas generales del verbo es secundaria. La independencia se ve en tocario, lat. arcaico y celta, sobre todo. Cosas semejantes suceden con el optativo, que en ocasiones se funde con el subjuntivo o el imperativo.

El IE III distaba mucho, ya se ve, de haberse independizado del todo del IE II y de ser absolutamente uniforme. El IE estaba siempre en desarrollo, avanzando, diversificándose, contagiándose sus ramas. ¡Qué error más terrible e ingenuo, infantil, considerarlo como una lengua única, hecha en todos sus detalles de una vez para siempre!

Esto sucede también con el perfecto,[15] una forma verbal general, con desinencias especiales de voz media, convertida en IE III, pero no en todo él, en tema independiente conjugado como opuesto a los otros temas del verbo. Ni había una forma única de perfecto. Ni aparece el perfecto en báltico y eslavo. Y, cuando aparece, tiene distintos destinos: a veces se asimila a otros temas como simple pretérito (es lo general en IE III B, pero secundariamente también en griego y lenguas del A), otras se le crea una forma media y una secundaria, etc.

Todo esto es posterior, ya dentro del IE III. Como la creación del futuro en varias lenguas. Y mucho de lo referente a las formas nominales del verbo, que solo en líneas generales coinciden con las del hetita.

Pero querría añadir algo sobre una variante del IE II apenas atendida: el etrusco, emigrado a Italia desde Asia sin duda en la época de los pueblos del mar[16] y cuya fonética y flexión nominal conocemos bien, peor la verbal. No voy a defenderlo aquí. He de exponer esta hipótesis en detalle como he hecho en otros lugares.[17]

He dado datos sobre la relación del etrusco con el indoeuropeo arcaico, representado para nosotros por el anatolio, aunque no tiene por qué corresponder al etrusco en todos sus detalles. Pero el etrusco es una justificación más para la teoría.

He presentado cuadros que permiten ver el carácter indoeuropeo de la flexión del etrusco, sobre todo en los casos centrales, con desinencias que nos son familiares (*-s* de n. y g., **-m* de ac.); los temas puros y las indefiniciones en la flexión, semejantes a las que hemos visto en hetita (y anatolio en general); derivación, también familiar, del adjetivo; el pronombre con su n. pl. en *-ai* y con raíces bien conocidas; verbos idénticos a nombres, tematismo y atematismo, imperativo (con igual sufijo *-thi*), formas de perfecto en *-ke*, participio de perfecto, otros participios; léxico. Nada de oposiciones de temas ni en el sistema nominal-adjetival ni en el verbal.

O sea que a la tesis hasta aquí sostenida, la de que las lenguas europeas son IE III venido de las estepas de Ucrania y Asia central, que sin duda sucedió a un IE II, hay que añadir una excepción: que también llegaron a Italia y quizá a otros lugares pueblos venidos de Anatolia que hablaban el IE II en una versión distinta de la posterior del hetita. Forma que incluía, naturalmente, innovaciones propias, en las que no entro aquí.

EL INDOEUROPEO MONOTEMÁTICO: JUSTIFICACIÓN FRENTE A LAS CRÍTICAS

Jamás he comprendido la resistencia a admitir un antiguo indoeuropeo monotemático (posterior a uno no flexional). Cualquier gramática del hetita o de otras lenguas anatolias muestra, en el verbo, un solo tema, con su presente, su imperativo, a veces formas nominales, así como formas de imperfecto marcadas por las desinencias. Y, en el nombre, un solo tema, sin forma de femenino de otro tema, al lado; en el adjetivo, un solo tema también, sin formas de femenino ni comparativo.

Es obvio que este sistema, del cual quedaron huellas en el IE III, es la base del politematismo de este, que organizó varios temas (a veces de raíces diferentes) en un solo paradigma del nombre, el adjetivo o el verbo.

Solo que las lenguas anatolias tuvieron la mala suerte de ser descifradas después de Brugmann. El hetita era, escribí,[18] «el miembro de una familia que llegaba a una reunión de esta en el momento inoportuno y era por ello mal recibido». Los tradicionalistas impusieron que se siguiera aceptando el sistema de Brugmann y los demás, basado en lenguas conocidas anteriormente a estas otras de Anatolia y al tocario y que, evidentemente, no pudieron ser tomadas en cuenta para la reconstrucción. Pienso también que el etrusco, como he señalado.

Según ellos, si ciertas categorías faltan en estas lenguas descubiertas tardíamente, es porque las habían perdido. Otras veces se buscaban en hetita y demás supuestas huellas de aquellas formas «perdidas».

Varios trabajos aludidos y, concretamente, el mío de 1962[19] y mi libro de 1963,[20] entre otros, fueron así desatendidos. Y eso que, insisto, de ese sistema monotemático quedaron huellas en el IE III.

Vinieron, entonces, en primer lugar, los lingüistas que decían que si las recién descubiertas lenguas indoeuropeas carecían de ciertos rasgos del IE de la reconstrucción tradicional (por ejemplo, no tenían femenino, comparativo, aoristo, perfecto, subjuntivo u optativo), era porque los habían perdido. Puro apriorismo que violentaba los datos.

Así, por ejemplo, J. Kurylowicz, H. Eichner, E. Risch, F. Sommer, K. Hoffmann, A. Kammenhuber, H. Rix, B. Schlerath, N. Oettinger, B. Barschel. Dejo los autores más recientes, véase más adelante. Y véanse mis

diversos artículos sobre el carácter reciente, posterior al IE II, al anatolio por tanto, de una serie de innovaciones del IE III ya aludidas.[21]

Pero ya desde antes de Kurylowicz, desde el desciframiento mismo del hetita, una serie de lingüistas habían propuesto que el hetita era una lengua indoeuropea más (y, por tanto, habría perdido una larga serie de rasgos): así, por ejemplo, desde los años veinte, Pedersen, Pisani y Bonfante.[22] El mismo Meillet decía en 1937, en la introducción a la nueva edición de su conocido manual, que «El hetita descifrado por M. Hrozny no obliga a cambiar nada esencial de las doctrinas expuestas aquí».

Se hace difícil, a veces, descartar las viejas ideas. Son cómodas y son más fuertes que los nuevos datos que las contradicen.

Es absurdo el argumento, que a veces se propone, de que el *onus probandi* de que hay innovaciones postanatolias debe estar a cargo de aquellos que las proponen;[23] o de que no se han presentado ejemplos claros de innovaciones comunes del no-anatolio.[24] Sin embargo, antes de estos trabajos, en 1963, en mi *Verbo indoeuropeo*, yo había presentado toda clase de ejemplos de esas innovaciones del indoeuropeo ausentes, todavía, del hetita. Y luego en mi *Lingüística indoeuropea* de 1975, a la que se ha añadido posteriormente el *Manual de Lingüística Indoeuropea* (en colaboración) de 1995 y otros trabajos más.

Pero parece que lo que se escribe en español no lo leen los lingüistas, ni siquiera cuando se traduce al inglés o el alemán. Luego, tras un intervalo en el que parecía que la teoría de la existencia de varios estratos del indoeuropeo iba imponiéndose, se está volviendo increíblemente a lo mismo.

Por ejemplo, R. S. P. Beekes[25] se declara no convencido de la hipótesis indohetita (la mía no la conoce: la simplicidad de la conjugación hetita puede, según él, deberse a pérdidas). Igual J. H. Jasanoff, que inventa un «preanatolio» con aoristos temáticos y sigmáticos, subjuntivos, etc. Es decir, antes del anatolio habría habido un indoeuropeo brugmanniano que habría perdido en él esas formas. Y eso que este autor habla una y otra vez de formas hetitas previas al «postanatolio».[26] Pura fantasía.

Ni más ni menos hace H. Rix, que atribuye todas las formas del indoeuropeo brugmanniano al indoeuropeo en general. En su *Lexicon der indogermanischen Verben*[27] toda raíz verbal indoeuropea, en cualquier lengua, forma los temas que ya sabemos: presente, perfecto, subjuntivo, etc. No intenta en absoluto demostrarlo, lo da por seguro.

Pues bien, ni estos autores ni otros en ningún momento citan los argumentos a favor de la existencia de un indoeuropeo monotemático (el IE II del anatolio y, en restos, en el IE III), argumentos que he dado múltiples veces y que en ocasiones han compartido otros lingüistas. Niegan que los haya o callan, sin más.

Y, sin embargo, hubo un momento, que hoy parece en general olvidado, en el que se admitía la existencia de un indoeuropeo monotemático, previo al politemático. Por una parte, creció la idea de que el perfecto indoeuropeo en *-a*, *-tha*, *-e* y la voz media hetita en *-a*, *-ta*, *-a* son dos innovaciones paralelas: en todo caso, el politematismo sería post-hetita.[28] Por otra parte, desde 1975, W. Meid sostuvo la teoría de que el indoeuropeo politemático es post-hetita.[29] Igual opinaba E. Neu desde 1967.[30] No sé si Neu llegó a estas conclusiones independientemente de mis argumentos o no; lo que es cierto, y lo he demostrado, es que Meid partió de mis estudios, concretamente, de mi *Evolución y estructura del verbo indoeuropeo* de 1963, que había criticado desfavorablemente en *IF* 70, 1965, págs. 346-350. Luego, en 1975,[31] se convirtió, adoptando mis ideas, aunque sin citarme.

Sin embargo, dado que los trabajos de Meid y Neu son anteriores a la traducción alemana de mi trabajo de 1979,[32] se hizo habitual en Alemania citar esta hipótesis del arcaísmo del hetita como la «hipótesis Meid-Neu», sin mencionar para nada mi *Verbo indoeuropeo* de 1963 ni mi anterior publicación de 1962. ¡Yo había seguido a Meid y Neu, escribieron! La justicia no es de este mundo.[33]

En mi «The new image» cito también obras de Rosenkranz, Kurylowitz, W. P. Schmid, W. R. Schmalstieg, O. Carruba, C. Watkins y E. C. Polomé, entre otras, que más o menos coinciden conmigo sobre el arcaísmo del hetita: no sabría decir en qué medida se inspiraron en mí y en qué medida simplemente coincidieron. Cualquiera que tenga los ojos abiertos puede coincidir, porque los hechos son muy claros.

En todo caso, en los años ochenta del siglo pasado se estaba en el buen camino: el de reconocer el arcaísmo del anatolio y el hetita y las innovaciones comunes del posterior IE III. Yo tenía también mis precedentes, los he citado, pero creo que contribuí decisivamente a demostrar que la principal innovación del IE III fue, aparte de la pérdida de las laringales, la creación de flexiones politemáticas en el nombre y el verbo.

Sin embargo, con alguna excepción como la W. P. Lehmann, cuyas ideas por lo demás difieren bastante de las mías,[34] la verdad es que en los años noventa comenzó una inexplicable reacción, sin argumentos y solo con afirmaciones, que volvió a postular un indoeuropeo unitario. Es el de los manuales ya citados y, más concretamente, el de los libros también citados de Beekes, Jasanoff y Rix.

Sin argumentos, insisto, se propone de nuevo la existencia de un indoeuropeo único y plano, sin variantes temporales ni locales. ¿Qué lengua de amplia extensión y carente de literatura ni unidad política es así? Ni siquiera aunque se den dichas condiciones. Se trata de una idea precientífica, fantasiosa. En realidad, depende de la antigua tendencia de los indoeuropeístas alemanes (pero más de Brugmann que de Bopp) a proyectar al indoeuropeo reconstruido el máximo de elementos de las lenguas posteriores, creando así una lengua más perfecta, frente a la cual la evolución sería más bien corrupción.

Por otra parte, aunque no he ocultado los precedentes de mi teoría, he de añadir que existen otros muchos defensores de la idea del carácter reciente de muchos rasgos del indoeuropeo clásico. La hipótesis de que por debajo del indoeuropeo brugmanniano habían existido otros indoeuropeos que carecían de ciertos rasgos de este, rasgos innovados, estaba bastante difundida desde el propio Bopp. Y sobre todo a partir de A. Meillet, quien insistió en el carácter reciente de la vocal temática, del aoristo en *-s-*, de la oposición masculino/femenino. A su vez, F. Specht[35] volvió a dar argumentos sobre el carácter reciente de la vocal temática, y E. Benveniste,[36] sobre el desarrollo de la raíz indoeuropea a partir de antiguas raíces monosilábicas triliteras, con ayuda de alargamientos y fenómenos de apofonía.

Del carácter reciente del femenino, tras Meillet, se han ocupado autores como Brosmann y Carruba, del desarrollo de la flexión nominal y verbal, Fairbanks, Lehmann, Polomé, Watkins, Schmalstieg, Shields y Beekes, entre otros.[37] Yo mismo me he ocupado de todo esto: de la creación de las flexiones en la fase monotemática y luego en la politemática.[38]

Por tanto, la idea de una evolución del indoeuropeo desde una fase preflexional (sobre ella he de volver) a una flexional monotemática y, luego, a otra en que se oponían varios temas es antigua. La fase monotemática fue confirmada un día por el descubrimiento del hetita: como cuando las larin-

gales de Saussure, descubiertas por comparación entre lenguas, fueron confirmadas por el hetita (o los planetas, cuya existencia se deducía de cálculos matemáticos, fue confirmada por la observación a través del telescopio).

Por otra parte, en el IE II había ya precedentes de lo que sería el IE III: la alianza de dos temas en la flexión nominal heteroclítica;[39] y en el verbo, la existencia del *coupling*, dos temas verbales que funcionan como asociados o derivado el uno del otro.

No obstante, tras una fase de negación y otra de tímida aceptación, se ha vuelto al estado primario de la época en que el hetita no era conocido. Un tradicionalismo extraño se ha apoderado de esta ciencia, que cuenta con excelentes especialistas de tal o cual rama, mientras que el estudio comparativo y teórico ha retrocedido hasta volver a los momentos iniciales, acompañado de raros vetos y de falta de lectura. Muchísimos autores, como Cowgill, Szemerényi, Schmitt-Brandt (muy consciente sin embargo de la evolución) y Mayrhofer ni siquiera citan el tema de los estratos y del arcaísmo del grupo anatolio. Lo incluyen entre las demás lenguas, sin más. Antes cité a Rix.

Sobre este tema, que es esencial para conocer toda nuestra historia lingüística, y sobre el retroceso actual que se observa en este campo de estudios, tengo en prensa dos artículos, ya citados, que lo estudian detenidamente. Remito a ellos.[40]

4
MÁS ATRÁS TODAVÍA: EL INDOEUROPEO NO FLEXIONAL (IE I)

Una larga serie de lingüistas a partir del mismo Bopp, entre ellos autores que ya he citado y a los cuales pueden añadirse en el presente otros como Bader, Lehmann, Schmalstieg o Shields, en su investigación de las distintas etapas del indoeuropeo han llegado a la conclusión de la existencia antigua de raíces, alargadas o no, que funcionaban como palabras. Y ello ya mediante el simple añadido de raíces o elementos varios (aglutinación), ya mediante la adaptación semántica y gramatical de raíces alargadas de diversos modos (adaptación).

En realidad, todas las hipótesis[1] sobre el carácter reciente del femenino, la vocal temática, la *-s-* sufijal, etc., del IE vienen a proponer, en definitiva, sean o no conscientes de ello sus autores, la antigua existencia no solo de sistemas monotemáticos, sino, previamente a ellos, de sistemas no flexivos. Y ello no solo en las raíces nominal-verbales (y, dentro de ellas, las que eran solo nominales o solo verbales), sino igualmente en las pronominal-adverbiales (donde continuó siendo frecuente la falta de flexión).

Pienso que en fecha antigua existieron esos sistemas no flexivos, ya que en el indoeuropeo posterior pervivieron raíces puras que, aisladas o bien englobadas dentro de un paradigma, tomaron secundariamente valores gramaticales a partir de anteriores valores semánticos, de clases de palabras o de puros alargamientos.[2]

En todo caso, hay diferencias de opinión: por ejemplo, para unos las desinencias del nombre, tales como *-s* o *-m*, son aglutinaciones de pronombres; para mí son adaptaciones, dentro del sistema del nombre, de formas alargadas con *-s* o *-m*, que tomaron diversos valores de caso a partir de la función en la oración de ciertas subclases de palabras como sujetos o complementos directos.

En todo caso, esas desinencias se añadieron a temas puros, a veces una simple raíz, a veces raíz + sufijo o vocal temática. Y hay huellas precisas de que ello era así, el alargamiento es secundario. Es decir: había en el indoeuropeo más antiguo, antes del politemático y también del monotemático, formas de raíz o tema puro, no flexionadas.

Cómo se creó, en ellas, una flexión, interpretándose, dentro de ella, las formas de tema puro que sobrevivieron como un n. o v. o imperativo o una determinada forma personal del verbo, por ejemplo, es la cuestión sobre la que unos y otros hemos debatido. Pero el hecho de la supervivencia, también, de temas puros independientes de cualquier flexión (adverbios, etc.) es indudable. Los había, pues el oponerse a variantes flexionales fue una segunda fase.

Y al igual que dentro del IE III se mantuvieron, en calidad de arcaísmos, restos de una flexión monotemática, dentro de las flexiones del IE II y de IE III se mantuvieron, a veces con nuevos valores gramaticales, formas no flexionadas. Así, los temas puros mencionados, sobre los que he de volver y que, por lo demás, pudieron sobrevivir en tal lengua sí, en tal otra no. El ac. sg. del pronombre personal de primera persona es, por ejemplo, en griego με, un tema puro; pero en antiguo indio es *mām*, una forma con desinencia.

Sin embargo, también ha quedado una amplia serie de raíces sin flexionar, como los adverbios, preposiciones, conjunciones y partículas, pues el indoeuropeo, todo él, sufrió un largo proceso de morfologización, en general uniforme, pero con variantes temporales y locales. Ahora bien, la morfologización nunca fue completa, quedó una larguísima serie de formas radicales no flexionadas (que a veces se aglutinaron, luego, con las diversas raíces o nominal-verbales o pronominal-adverbiales). Sobre las partículas, de entre estas formas, ha escrito un importante libro mi antiguo discípulo J. A. Berenguer.[4]

Sin descartar la existencia de la aglutinación de partículas, así en los casos oblicuos de la flexión nominal (**-bhos*, etc.), incluso en el n. pl. en *-oi* (que pasó del pronombre al nombre en ciertas lenguas), yo he sostenido la idea de que, preferentemente, nos hallamos ante formas alargadas con oclusiva, *-s*, *-m* o vocal temática. También con grupos de vocal + laringal (de donde *-ē*, etc.) que, en ciertos contextos, pasaron a tomar valores gramaticales dentro de un nuevo sistema.

Había, por ejemplo, en ese antiguo indoeuropeo raíces solo verbales, como *es* 'ser', *dō* 'dar', solo nominales, como *ped* 'pie', aunque secundariamente unas y otras pudieron dar derivados de la clase contraria (nominal o verbal, respectivamente). El IE I era una lengua no flexional en la que el nombre podía no necesitar una determinación, pero a veces sí (de donde surgirían los posteriores genitivo y adjetivo). Y el verbo podía llevar una o ninguna, pero también dos y aun tres (los posteriores sujeto y complemento directo, podemos añadir el indirecto). Está claro que consideraciones semánticas, es decir, las que creaban clases del nombre o del verbo, eran las que permitían o no esas determinaciones, que además podían estar marcadas por ciertas leyes de orden de palabras o de acento o atonía.

Por ejemplo, ciertos nombres «activos», como **egnis* 'fuego' o **akwā* 'agua', podían funcionar como sujetos de un verbo, de donde surgiría luego el nominativo; también, sin duda, como complementos (luego acusativos). No podían ser sujetos, en cambio, **pūr* 'fuego' o **uodōr* 'agua', que podían ser, evidentemente, acusativos. Aquí está la raíz de los nombres animados e inanimados, al final posibles en todos los casos y marcados formalmente ya desde el hetita.

Podían coexistir, pues, en el IE I (o PIE, protoindoeuropeo) formas de raíz o tema puro al lado de otras en que, en determinadas clases o subclases de palabras y en determinados contextos, la raíz o tema podía recibir un alargamiento que marcara, a partir de un momento, un uso gramatical. Algo que, sin duda, esos recursos a los que acabo de aludir acababan de formalizar, marcando no solo el caso, sino también el género (no aún el femenino) y el número.

En fases relativamente antiguas del IE, como las del anatolio y el etrusco, conviven todavía, en el nombre, en n. y ac. sg., formas de tema puro con otras de tema alargado: het. n. *kurur* o *kururaš*, Ac. *kurur* o *kururan* 'amistad'; el licio tiene un n. o ac. en *-i* o *-a*, pero también un ac. nasalizado; en etr. hay n. sg. *tin* o *tinś* (forma esta de la que derivan otros casos) 'Zeus'; un n.-ac. es *clan* 'hijo'; etc. Había, pues, posibilidad de añadir al n. una *-s* y al ac. una **-m* (etr. *-n* o *-ni* «enfática»). Y había indiferencia entre n. y g., por ejemplo, en los nombres temáticos como *antuhšaš* hombre', mientras que otras veces *-š*, *-aš* se convertían en hetita en marcas de g. (sg. y pl., también del inanimado). Tenían indefinición sg./pl. Pero

también había un g. en *-m*, primero en sg. y pl., luego las formas se especializaron numéricamente.[4]

He estudiado varias clases o subclases de palabras cuyos finales se pueden convertir en marcas de caso o marca de adjetivo. Hay secundariamente elección, ciertas formas pueden convertirse en marcas de v. (la *-e* frente a n. *-os* y la *-ā* frente a n. *-ā*, de n.-ac. neutr. (la *-ā*, de d., (los temas puros en *-i*, tipo gr. πόλει). En el verbo, la *-s*, que es primero 1.ª - 2.ª pers. sg., pasa luego a ser meramente 2.ª

En definitiva, de un sistema en el que la palabra era la que, fuera raíz pura o alargada, tenía (o tenían algunas clases de palabras) diferentes funciones en el verbo o el nombre o un uso impresivo (vocativo tipo lat. *domine*, imperativo tipo lat. *age*), se pasó a otro en que las raíces o temas puros marcaban casos y géneros (en el IE II solo animado e inanimado, en el IE III, con la vocal temática y diversos sufijos, masc. y fem.). Por supuesto, a partir de cierto momento pudieron añadirse elementos aglutinados, como, por ejemplo, en el imperativo, **-tod* y **-stwe*.

Fue creándose un sistema de desinencias que oponía, aunque con irregularidades múltiples, las tres personas en los dos tiempos presente y pretérito, las dos voces (activa y media) y los dos números (luego, en algunas lenguas, ya en el IE III, tres con el dual). Utilizaba la oposición *-s / -t*, la de formas radicales y temáticas, la de las con *-s* y *-t* y las que les añadían *-o* (*-so*, *-to*, etc.). Y las desinencias especiales del perfecto.

Utilizaba también el indoeuropeo los grados apofónicos de la raíz (*e* en sg. y ϕ en pl., en el verbo, por ejemplo) y los desplazamientos de lugar del acento (ai. *émi / imás* 'voy' / 'vamos', *véda / vidmás* 'sé' / 'sabemos', también en el nombre). Y hay aun la atonía del verbo, en ciertas construcciones (tipo véd. *Agnim ile* 'a Agni venero'). Se trataba, pues, de un sistema muy complejo, que el IE II conocía ya en alguna medida (para las personas, números, voces y tiempos, pero no para las oposiciones de temas dentro de una conjugación o declinación, como he dicho),[5] y que, sin duda, procedía del IE I.

Para el verbo, he empleado muchas páginas en demostrar que resulta inútil buscar varios sentidos originales a la *-s-*, un alargamiento que, según contextos, tomó en el IE II y el IE III funciones ya de desinencia de 2.ª o 3.ª sg., luego solo de 2.ª; y usos ya de desiderativo, ya de aoristo, ya de subjuntivo. Solo dentro de los sistemas de oposiciones las formas con *-s-* y las for-

mas con vocal temática se convirtieron en temas que marcaban o bien el tiempo, o bien varios matices como el desiderativo, o el modo. La vocal temática, según los sistemas de oposiciones en que entraban las formas con ella, indicaba un tema de indicativo (frente a un subj. con vocal larga, tipo lat. *legit* / *legāt*, gr. λύεις / λύῃ) o uno de subjuntivo frente a un ind. atemático (ai. *asti* / *ásati*, gr. ἦεν / ἴομεν). Sobre la indiferencia semántica original de los temas en vocal larga también he escrito.[6]

Todo esto representa evoluciones secundarias del indoeuropeo. Claro que, como he dicho, incluso en el IE III o en ciertas lenguas del mismo, el uso de las raíces o temas puros siguió conservándose en ciertas formas de la flexión nominal o verbal que, por hechos de sistema, pasaron a convertirse en indicio de ciertos valores gramaticales.

También se conservaron raíces fuera de toda flexión: en las clases de palabras invariables que ya he citado: preposición, partícula, etc.

Por lo demás, hay que insistir en que los sistemas morfológicos complicados de la declinación y conjugación que se fueron creando evolucionaron poco a poco. Quedaron restos de lo antiguo. Y lo nuevo no penetró en todas partes: innovaciones del IE III A no salieron del griego y del indoiranio (por lo que sabemos), otras dejaron de entrar en lenguas como el báltico y eslavo, hubo innovaciones locales en tocario y otras lenguas y simplificaciones posteriores de los sistemas politemáticos, de los que hablaré.

Así, las categorías que fueron creándose a través del IE II y el IE III son solo un máximo: género (dos en nombre, adjetivo y pronombre, ampliados en el IE III con el femenino), número (dos en nombre, adjetivo, pronombre y verbo, ampliados igualmente en IE III con el dual), caso (en el nombre, adjetivo y pronombre; los centrales son n., ac., v., g., se ampliaron tanto en anatolio como en el IE III), comparación (adjetivo, en el IE III), deixis (en el pronombre, en el IE II y III), persona (en verbo y pronombre personal, desde el IE II), voz (en el verbo, desde el IE II), tiempo (en el verbo personal, desde el IE II, pero solo en indicativo), modo (en el verbo personal, desde el IE III), aspecto (en el verbo personal, también desde el IE III). Son un máximo, faltan aquí o allá.

Pero el sistema que aquí y en trabajos anteriores hemos reconstruido algunos lingüistas para fases anteriores a la del indoeuropeo clásico, y sobre todo para el más antiguo indoeuropeo que podemos alcanzar, el no flexivo, anterior quizá al año 5000 a. C., ofrece dudas a algunos lingüistas porque

no pueden imaginar cómo funcionaría una lengua con solo raíces monosilábicas sin flexión.

Esta es la pregunta que me hizo un colega, en la X Reunión de la Indogermanische Gesellschaft en Würzburg, en octubre de 1999, cuando leí un trabajo precisamente sobre este tema y al cual ya he hecho referencia.[7] ¿Cómo podían los hombres entenderse con una tal lengua, enlazar esas palabras que eran puras raíces, alargadas o no, dentro de una sintaxis inteligible?

La respuesta es extremadamente fácil. Los recursos del indoeuropeo preflexional eran, sin duda:

1. Las clases y subclases de palabras, que clasificaban las palabras en nombres, verbos, pronombres diversos, numerales, etc.; y las conectaban entre sí, esto es, con restricción de posibilidades de empleo y de semántica.
2. El lugar del acento (y la falta de acento) en ciertas palabras, que definía o ayudaba a definir los casos, los temas verbales, las personas, etc., y el sujeto y verbo en la frase.
3. La apofonía, que ayudaba a definir todo esto.
4. El orden de las palabras, que también ayudaba a distinguir el sujeto del verbo y complemento o complementos, determinante y determinado en el nombre, etc.
5. Los alargamientos, la composición nominal, etc.
6. Las oraciones simples de diversos tipos que sin duda existían; por ejemplo, las unimembres y bimembres, las copulativas y predicativas (estas, transitivas e intransitivas).
7. El contexto, que ayudaba a definir los elementos de la frase, el tipo de las oraciones simples y su relación para conseguir una oración compuesta, aun sin marcas propias.

Todos estos son recursos bien conocidos, la mayor parte de los cuales pervivió en el IE II y el IE III, pese a que se crearon diversas categorías morfológicas con marcas propias. Por otra parte, veremos que estos elementos añadidos decayeron luego en diversas lenguas y, en cierta medida, se volvió en algunas a la reducción de la flexión y al monotematismo. Hablaré más adelante sobre esto.

Resulta curiosa esta extrañeza de algunos lingüistas, que no son capaces de imaginar otro tipo de lengua que no sea el del indoeuropeo clásico (prácticamente, algo aproximado al antiguo indio y el griego) o el de modernas lenguas de morfología compleja como el alemán.

Deberían echar una mirada a lenguas monosilábicas, con mucho léxico y poca morfología, como el chino y varias lenguas de Indochina. En ellas los alargamientos, los tonos, el orden de palabras, la determinación de unas palabras por otras, la sufijación, la composición y la reduplicación, el añadido de partículas, son esenciales.

El indoeuropeo, pues, tiene unas raíces muy antiguas, a partir de las cuales ha desarrollado una compleja morfología, fundamentalmente mediante la adición de sufijos y desinencias y la organización de sistemas de flexión en los cuales una raíz, con ayuda de alargamientos y sufijos, crea varios temas que se oponen entre sí. Los alargamientos y hechos como la apofonía y la variación del lugar del acento (o la oposición de formas tónicas y átonas), todo ello en una fase muy antigua, han hecho esto posible.

Salvo excepciones como el aumento (y hechos de aglutinación), las palabras y sus variantes se amplían en indoeuropeo, en la derivación y gramaticalización, por la derecha.

Se trata, en todo caso, de un nombre flexionado y un verbo activo con sujeto, verbo y complementos,[8] un sistema bastante próximo al urálico, como he señalado, pero diferente del altaico, en que hay aglutinación y no, como en el IE, sincretismo y amalgama, y de lenguas que amplían la raíz por la izquierda, como algunas de América o del vasco y lenguas caucásicas en las que existe un sistema ergativo (distingue el sujeto de verbo intransitivo, activo, del sujeto de verbo intransitivo, paciente). Uhlenbeck y Vaillant atribuyeron este tipo al indoeuropeo, cosa que, entre otros, F. Villar rechazó.[9]

Posteriormente, insisto, ha habido y hay una tendencia hacia la desmorfologización, una especie de marcha atrás. Hablo de ella en el siguiente apartado.

5
MIRADA TIPOLÓGICA AL IE Y SUS RAMAS

Esta organización del indoeuropeo en tres estratos que hemos defendido mis colegas y yo en nuestro *Manual*,[1] ahora en trance de publicarse en traducción inglesa en Lovaina la Nueva, Peeters, hace, ciertamente, más difícil la descripción del indoeuropeo. Antes era fácil una descripción total, como la de cualquier lengua, ahora hay que describirlo en varios sectores, como hemos hecho en el *Manual*.[2]

De todas maneras, existen rasgos comunes a todo el indoeuropeo. Las hemos visto al hablar del IE I. Muchas más son las que existen en el IE II y el III, pese a la diferencia entre monotematismo y politematismo: ya hemos visto los inicios del politematismo en el primero y los restos del monotematismo en el segundo. Y, dentro del IE III, las coincidencias entre el A y el B y, sobre todo, ciertas evoluciones del indogriego, en el A, de las que carece el B, que en cambio innova con su sistema bitemático y arcaísmos como la conservación de la desinencia *-r* y la inexistencia, en algunas lenguas, de ciertos temas.

En todo caso, aparte de rasgos generales ya mencionados al hablar del IE III, en el I y el II encontramos el dominio de la palabra (no del morfema), organizada en cuatro clases flexivas (nombre, adjetivo, pronombre y verbo) y varias no flexivas; y hemos visto las categorías y funciones comunes al IE II y al IE III (género, caso, número, persona, tiempo, voz, temas de Aktionsart), en cierta medida ampliadas en el IE III, en otra completadas por nuevas categorías (femenino, modo y aspecto, sobre todo).

Eran raras en estos dos indoeuropeos la composición de palabras y la aglutinación, pero existían, y no había oposición sistemática de formas temáticas y atemáticas. Para distinguir las oraciones se usaban ya los mismos recursos del IE III (partículas, formas verbales y las nominales del verbo, curva melódica, orden de las palabras, contexto); existían formas con valor

impresivo; y, como se ha dicho, un juego de oraciones unimembres y bimembres, de transitividad e intransitividad.

En suma: el IE II y el III organizaban dentro del sintagma y la oración simple una serie de palabras flexivas divididas a su vez en clases y subclases, y que llevaban dentro de sí las marcas de sus relaciones, yendo en cabeza la mayor parte de las veces los morfemas semánticos y en cola los gramaticales segmentales. Las palabras no flexivas eran un apoyo secundario a este sistema, que estaba organizado poco claramente. Y los morfemas gramaticales carecían a menudo de autonomía e independencia.[3]

Como se ve, este sistema es en parte el mismo del IE I, tiene diferencias entre el IE II y el IE III, y llega en una buena medida, con variaciones, hasta nosotros, los hablantes del que llamo IE IV.

Ahora bien, se trata de sistemas tipológicos próximos, con algunos rasgos comunes y muchas diferencias. En realidad, los sistemas cerrados «où tout se tient» de Meillet son más bien una utopía a la que las lenguas se adhieren más o menos. Algunos rasgos pueden darse en varias lenguas alejadas entre sí y se combinan variamente. Y unos implican a otros, pero no siempre ni de forma sistemática.

Hay, ciertamente, una evolución general, que en parte ya se ha visto, en parte veremos a continuación. Pero hay importantes variantes, ya cronológicas, ya de ramas lingüísticas diversas.[4]

Por lo pronto, hemos visto el «movimiento» que va del IE I al II y del IE II al III; hemos visto las transiciones y las escisiones: la decadencia de ciertos elementos aquí o allá, según las lenguas.

La culminación del proceso de morfologización del IE está en el grupo del indogriego, que es el que realmente conocemos bien dentro del IE III A. Se tiende a considerarlo hoy como, en principio, una unidad que introdujo importantes innovaciones, como el aumento, las formas medias de perfecto y pluscuamperfecto, la flexión combinada de modos y tiempos y el futuro.[5] Conserva mejor el sentido de la raíz y las apofonías, los temas nominales en consonante, las formas verbales en *-y* y las flexiones verbales atemáticas y temáticas. También es común el gran desarrollo de diversos temas nominales y adjetivales.[6]

Este tipo de indoeuropeo llevó a su culminación la organización de clasificaciones abstractas que permitían una mejor aprehensión de la realidad

y una mayor abstracción. Al precio de una gran dificultad gramatical, porque la expresión morfológica de categorías y funciones era compleja, había pocas formaciones analógicas y mucho que confiar a la memoria. Más todavía en el griego antiguo, que configuró la culminación de esta rama.[7]

En el IE III B lo más notable es la fusión de los distintos temas de pretérito, la conservación de la flexión semitemática y la desinencia *-r;* y la tendencia a perder el sentido de la raíz.

Ahora bien, dentro del indogriego, uno y otro sector coinciden con otras lenguas en distintos rasgos. Y ambas ofrecen innovaciones. Pero las del griego son, sin duda, las más decisivas: la creación de un infinitivo y un participio en cada tema y voz, el desarrollo de la sustantivación y del artículo. Y, en el léxico, del que tenemos que hablar, debemos destacar su inmenso desarrollo, incluido el de nombres abstractos y de agente diversos, el de las transformaciones en las que se pasa del nombre al adjetivo, al verbo y al adverbio (y en cualquier otra dirección), la creación de todo un vocabulario técnico y científico, etc.

El griego es la punta de laza del indogriego, que a su vez es la punta de lanza del IE III. Ninguna lengua ha llegado a ofrecer tantas posibilidades de clasificaciones y matices diversos, tantas posibilidades para el pensamiento clasificatorio y abstracto. Me refiero al griego antiguo, aunque algunos de sus rasgos se han conservado en el moderno. Pero era una lengua difícil para el uso común, ya que, como he señalado, la relación forma / contenido era en él compleja. Con el tiempo, ya desde la *koiné* helenística, pasó a simplificarse en el mismo sentido que otras lenguas, lo veremos, aunque no sin antes influir enormemente en todas las lenguas europeas: en el léxico, la sintaxis y los géneros literarios, todo ello es lengua. No obstante, influyó solo en Europa, porque, tras Alejandro, se creó en Asia una barrera, penetrable para el arte y hasta para ciertas ideas, menos para la lengua. También volveremos sobre ello.

Las lenguas europeas, por otra parte, procedentes todas salvo el griego del IE III B (e influidas luego por el griego, directa o indirectamente), se organizaron en grupos de los que ya he mencionado los principales. Estos son el baltoeslavo (y el báltico y el eslavo dentro de él), el germánico, el celta y el latín; otros como el itálico (osco y umbro sobre todo) y el ilirio tuvieron menor trascendencia para la evolución posterior.

No ofrecen estos grupos sistemas tipológicos cerrados: quedaron dentro del IE III B, cuyas evoluciones representan. Y se fragmentaron a su vez. Dentro del baltoeslavo hemos visto los grupos del báltico y el eslavo, dentro de cada uno existen diversas lenguas.[8] Dentro del latín y románico me he ocupado de las tendencias generales y particulares.[9] También dentro del celta.[10]

No puedo ahondar en este tema, aunque sí haré una descripción de las principales lenguas europeas y de su condicionamiento histórico.

En definitiva: Europa quedó dominada, salvo las excepciones que sabemos, por las principales lenguas indoeuropeas del grupo III B. Han estado y están íntimamente relacionadas con su cultura, y siguen caminos aproximadamente unitarios, por su misma evolución y por los influjos recíprocos. A estos influjos hay que añadir los del griego en todas ellas. Este doble juego de la evolución y los influjos culturales a lo largo de toda su historia es característico de las lenguas de Europa hasta hoy mismo.

6

EL INDOEUROPEO IV: EVOLUCIÓN HASTA EL PRESENTE

He escrito dos artículos que aquí quiero recordar,[1] en los cuales propongo que en la evolución de las lenguas indoeuropeas hasta nuestros días ha habido una constante: a la morfologización del IE III A de la que he hablado ha sucedido una desmorfologización en el IE III B y las lenguas de él descendientes, y también en las lenguas derivadas del IE III A (hindi, farsi, griego medieval y moderno). Muchas categorías y funciones, como, por ejemplo, el sistema casual, han sido en ocasiones destruidas (pero otras lenguas las han conservado), en otras han sido reconstruidas mediante sistemas perifrásticos.

Ya el IE III B incluía una simplificación, como he dicho (otras veces ciertas innovaciones, como la de los modos, simplemente no habían sido aceptadas). Esta tuvo lugar, además de en las lenguas de él derivadas, en lenguas derivadas del IE III A. Son tendencias en que puede haber influjos transversales, pero más bien, generalmente, una búsqueda de la simplificación morfológica.

Por cierto, también hay evoluciones comunes en fonología: el IE II eliminó ya las laringales; y ciertas ramas del III A y, a partir de un cierto momento, algunas del III B redujeron el sistema fonológico.

Por ejemplo, perdieron las vocales largas e introdujeron palatalizaciones o fricativizaciones de las guturales y otras consonantes. Estas fueron más o menos lejos: más en francés (lat. *cattus* > fr. *chat*), menos en italiano y español (solo ante vocales frontales). Algunas lenguas fueron, en el sistema vocálico, conservadoras, así el español y el italiano, otras mucho menos, así el francés, el portugués y el catalán.[2]

Para la morfología, he dado ejemplos en mis dos artículos, no puedo repetirlo todo. He insistido, por ejemplo, en la sustitución del sistema que combinaba los casos con los grupos de preposición + nombre y con otro que ten-

día a eliminar los casos. Pero esto fue radical en, por ejemplo, el persa, el búlgaro, el macedonio, el inglés y el galés, mientras que el sistema casual se conservó en lenguas como el alemán, el ruso, el serbio y el eslovaco; y, en medida limitada, en el antiguo francés, el provenzal y el griego moderno. En otras lenguas, los casos son formas flexionadas con pre- o postposiciones, así en farsi, en pehlví, en lituano y en rumano. Y hay varias soluciones para el genitivo.

También sucede que, a veces, perdida la flexión nominal y adjetival, se conserva la de los pronombres personales, como en español e inglés. O se crean nuevos artículos por postposición, en nórdico y rumano.

Por lo demás, fue prácticamente total la pérdida del dual, el neutro (con excepciones), etc. Y el sistema ternario del pronombre a veces se mantuvo, a veces se convirtió en binario (así en inglés, *this / that*), a veces se reconstruyó el ternario (esp. *este / ese / aquel*).

Añado todavía la pérdida del género en algunas lenguas, también la de los adjetivos comparativos y superlativos logrados por derivación, mientras que proliferaron los perifrásticos.

En cuanto al verbo, la demolición de partes del sistema fue sucedida en lenguas diversas por su reconstrucción mediante formas perifrásticas. Esto comenzó en griego desde fecha clásica, pero creció en la helenística, bizantina y moderna. También en sánscrito y otras lenguas más.

En griego moderno, el antiguo perfecto se hizo simplemente pretérito (βρῆκα 'hallé'), se creó un nuevo perfecto perifrástico con ἔχω, como en romance (esp. *he hecho*). Y se crearon nuevos futuros también en el origen perifrásticos (en gr. mod. con θα < θέλω ἵνα), en románico con derivados de *habeo* o *teneo*, en germánico con verbos como *werden* (al.), *will* o *shall* (ingl.) Se difundió ampliamente una pasiva, mientras que la media solo quedó en restos, reflexivos sobre todo.

También se demolió, en varias lenguas, el sistema de los modos (que en esl. y bált. no llegó ni a existir). El latín fundió subjuntivo y optativo, el griego helenístico perdió el optativo, el sánscrito clásico el subjuntivo. Otras veces los modos fueron sustituidos por formas perifrásticas con verbos modales, así en inglés. Allí donde quedó el subjuntivo, así en español, su uso se redujo drásticamente.

Las formas nominales del verbo, que culminaron en griego antiguo, se redujeron igualmente: quedaron, como mucho, una por tema y voz, luego ni

eso. Muchas lenguas (así el gr. mod., el búlg. y el rum.) perdieron el infinitivo, otras, como el español, redujeron enormemente su uso. En griego e inglés desapareció el participio, sustituido por un gerundio (gr. λέγοντας, ingl. *having*).

Disminuye con todo ello la dificultad de interpretación, aumenta la traducibilidad. Sobre todo con los instrumentos nuevos (más bien, viejos pero expandidos):

a) preposiciones;
b) conjunciones;
c) formas perifrásticas;
d) uso gramatical del orden de las palabras.

En este IE IV dominan las oraciones transitivas e intransitivas, la voz activa y la pasiva: disminuye o desaparece la voz media, sustituida a veces por formas reflexivas. El crecimiento de preposiciones, conjunciones y léxico hace crecer la transparencia y traducibilidad. Ello mucho más todavía cuando llega a todas partes la penetración del léxico culto de origen griego.

Estas son algunas de las cosas que podrían decirse. En el verbo, se tendió a un sistema de tres tiempos, presente, pasado y futuro (aunque se crearon, a veces, nuevos imperfectos, etc.). Asimismo, o bien desaparecieron los modos, o bien fueron sustituidos por formas perifrásticas. Resultaron sistemas verbales más simples y regulares. El caso extremo es el del inglés, donde algunos verbos tienen un mínimo de formas (así, por ejemplo, *to put*) y a veces el verbo y el nombre, monosilábicos, solo se distinguen por la construcción *(the bomb / to bomb)*. Se llega casi, como cuando una serpiente se muerde la cola, a sistemas que se aproximan al IE II e incluso al I.

En todo caso, no hay ninguna duda de que nos hallamos ante un proceso de desmorfologización, acompañado de un despliegue lexical de origen fundamentalmente grecolatino. Son lenguas como el alemán o el ruso las que, pese a todo, mejor conservan el antiguo estatus indoeuropeo.

Pero no hay que olvidar la frecuente recreación, mediante recursos morfológicos y gramaticalizaciones, de las antiguas categorías perdidas: activa / pasiva, perfecto, futuro, imperfecto, diversos aspectos o hechos de «Aktionsart», sustitución de los casos por grupos de preposición + nombre o nombre + aposiciones, de los modos por construcciones perifrásticas, etc.

7
CONCLUSIÓN

Europa no es sino una península de Asia. Y las lenguas que hoy día se hablan en ella son recientes, relativamente, y llegaron de Asia, concretamente, de la zona de estepas que va de las fronteras de China y el lago Aral al norte del mar Negro: de la llamada cultura de los kurganes.

De allí llegaron los indoeuropeos a Europa hacia el año 5000 a. C. y, hacia la misma fecha, llegaron pueblos uralios o finougrios vecinos y quizá parientes de ellos, de los que desciende el finés (y, en fecha más reciente, el húngaro). Llegó también, quizá, por esa fecha el vasco.

Es el indoeuropeo el que ha desempeñado el principal papel en las lenguas de Europa, influyendo también en las no indoeuropeas. Pero solo podemos reconstruirlo con aproximación a partir de oleadas del tercer milenio. Con ellas venía un indoeuropeo que construía declinaciones y conjugaciones sobre varios temas: es el que he llamado IE III, que, por lo demás, conserva restos de las fases más arcaicas. Y, dentro del IE III, es la rama B, septentrional, que entró por el norte de los Cárpatos, la que ha dado las principales lenguas de Europa: bálticas, eslavas, germánicas, itálicas, románicas, célticas.

Porque los pueblos indoeuropeos no cesaron de empujar primero hacia el oeste, luego hacia el sur. Huellas de lenguas no indoeuropeas quedaban poquísimas en la Antigüedad, fuera del indoeuropeo solo se han mantenido el finés (y el estonio), el húngaro y el vasco, de los que he hablado. Estos pueblos y sus lenguas han quedado, a partir de un momento, englobados en la cultura común europea.

No ha habido presencia directa en Europa, que sepamos, del IE II o monotemático (conservado en Anatolia antigua, pero de él depende el etrusco, pienso), ni menos del IE I, preflexional, salvo en el caso de ciertos arcaísmos a los que he aludido.

Pero sí hubo en Europa presencia de la segunda rama del IE III: el griego pertenece a la III A, la que entró por el sur de los Cárpatos, y está, por tanto, emparentada con el indoiranio. Esta rama, y sobre todo el griego, representa el máximo desarrollo morfológico del indoeuropeo, que pasó por etapas de ser una lengua monosilábica no flexionada a una ampliamente morfologizada. También, andando el tiempo, produjo el griego el máximo desarrollo lexical y de derivación de palabras.

Todo esto, que he expuesto en las páginas precedentes, constituye, por así decirlo, la prehistoria de las lenguas de Europa dentro de un contexto lingüístico más amplio que Europa. Las lenguas de Europa compartieron, pues, desarrollos globales de las lenguas indoeuropeas, desarrollos que estaban condicionados por la propia estructura del IE III y que trataron de simplificar. Es un proceso de desmorfologización que ha ido en ciertas lenguas más lejos que en otras.

Sin embargo, tan importante como esto ha sido otro factor en las lenguas de Europa, ahora ya prácticamente exclusivo de ellas. Este factor es el influjo del griego en todas las lenguas de Europa a lo largo de la Edad Antigua y de las siguientes hasta hoy: un influjo cultural.

Los griegos introdujeron, tomándolo de fuera de Europa, el alfabeto que por distintas vías y en distintas fechas llegó a todas las lenguas de Europa e hizo posible su cultura. Y, de forma gradual, difundiendo su léxico, enriquecido poco a poco culturalmente, ampliando así el vocabulario de las lenguas europeas y su capacidad de formación y composición de palabras, directamente o a través del latín o influyendo unas lenguas en otras. Veremos los detalles.

Las lenguas europeas no son otra cosa, salvo las excepciones que sabemos, que un sector relativamente reciente de ciertos dialectos indoeuropeos que también en Asia tenían una representación. Luego, tras la expulsión de los griegos de Alejandro y sus sucesores de la India e Irán, en los siglos III y II a. C., se creó lo que es un ámbito puramente europeo: en torno primero a Grecia, luego al Imperio romano, más tarde a los países cristianos.

Esta sí que es una fase propiamente europea, que propició la aproximación de las lenguas de Europa como un fenómeno cultural. De esto me ocuparé en la segunda parte de este libro.

SEGUNDA PARTE

LAS LENGUAS EUROPEAS, SU CRECIMIENTO Y SUS RELACIONES

I

INTRODUCCIÓN

«AIRE DE FAMILIA», DE ORIGEN INDOEUROPEO, DE NUESTRAS LENGUAS INDOEUROPEAS ACTUALES

Pienso que a lo largo del prólogo y de la primera parte de este libro he dejado claro que nunca hubo una unidad lingüística de Europa. Ni siquiera había una geografía clara: Europa es una península de Asia, con una frontera poco definida. Como entidad geográfica solo poco a poco entró en la conciencia de sus pueblos. Y esa frontera ha oscilado: en la Edad Media y aun después retrocedió aquí y allá ante árabes y turcos, solo luego se ha recuperado, y a veces no totalmente.

Recapitulo. Las lenguas europeas actuales, igual que otras asiáticas, vienen mayoritariamente de pueblos indoeuropeos que se expandieron desde el centro de Asia. Y ello desde el año 5000 a. C., más o menos. Otra oleada llegó en el tercer milenio y las lenguas de ella derivadas se encuentran hoy en toda Europa, desde el Atlántico y el Mediterráneo, y, por una deriva oriental, en parte de Asia, hasta el Sinkiang y la India inclusive. En la medida en que, dentro de este conjunto, hay un sector europeo con al menos algunos rasgos comunes, este es un hecho histórico posterior, que estudiaremos a lo largo de este libro.

Insistiré en esto. Y en que también entraron en Europa, por las mismas fechas y posteriormente, lenguas finougrias y altaicas, entre otras, que están emparentadas con lenguas asiáticas. Y el vasco, del que ya he hablado.

En suma: no hay una Europa lingüística original o nos es inaccesible, y aquella a la que más o menos podemos acceder, la de las lenguas derivadas de las llegadas desde el año 2500 a. C., no es, en sus orígenes, especialmente europea.

Pero esto no es sino una parte de un hecho más amplio: tampoco hay una Europa cultural y política original. La que existe, en la medida en que la hay, es creación de una larga historia. Los pueblos nómadas que con sus caballos, sus tiendas y sus carros, su organización tribal, su sociedad y sus creencias nos invadían en sucesivas oleadas traían a Europa la cultura que tenían en Asia y que expandieron por Asia Menor, Mesopotamia, el Sinkiang, Irán y la India.

Por otro lado, tampoco existe una población o raza europea. Solo hace unos 35.000 años que llegó de África el *Homo sapiens*, tras otras poblaciones llegadas en fechas muy anteriores, se cree que igualmente de África.

Con todo, no se puede negar que las lenguas indoeuropeas dan un tono dominante a las lenguas de Europa, aunque no se limitan a estas ni en Europa faltan lenguas no indoeuropeas.

En efecto, en la mayor parte de las lenguas indoeuropeas de Europa hay elementos comunes que vienen del indoeuropeo: son lenguas que no están tan distantes entre sí ni en la gramática ni en el léxico. Pero se han aproximado (y distanciado, al tiempo, de las lenguas indoeuropeas asiáticas), y ello es debido a que, por razones estructurales y culturales, han podido admitir elementos ya griegos y latinos, ya de unas lenguas europeas que penetran en otras: del griego y el latín y, en fecha más reciente, de las lenguas y dialectos de Italia y Francia, ahora del inglés. Estos influjos, principalmente en el léxico, se han extendido a las lenguas no indoeuropeas de nuestro continente.

Esto no es sino una visión general, escrita para que se tenga presente el panorama de conjunto. La completaré punto por punto.

Naturalmente, la creciente unificación de las lenguas europeas desde comienzos de la Edad Media, y ello ya por influjos que vienen en definitiva o bien de los griegos, o bien de relaciones recíprocas, como acabo de señalar, se impuso sobre hechos lingüísticos que vienen, como sabemos, del indoeuropeo, en su mayoría, y algunos de otras ramas lingüísticas.

Por otra parte, dentro de cada una de las diversas ramas lingüísticas indoeuropeas, sobre todo el griego, el báltico, el eslavo, el germánico, el celta, el latín y el itálico, surgió a partir de un momento una multitud de dialectos, algunos de los cuales se convirtieron en lenguas de grandes comunidades y naciones europeas. Tenemos que verlo.

Muchísimos dialectos y lenguas se perdieron, en cambio, a lo largo de la historia. También lo veremos, así como la historia posterior de las lenguas que sobrevivieron y crecieron: fueron la base de literaturas, culturas y naciones importantes, hasta hoy mismo, siempre dentro del entramado de influjos y relaciones del que he hablado.

Dentro del indoeuropeo de Europa son, fundamentalmente, el grupo eslavo, el germánico, el latino y el griego los que continúan pesando principalmente; otros tienen un número muy inferior de hablantes o simplemente han desaparecido. Hay que estudiar cómo y en qué época y circunstancias: son fenómenos históricos no siempre fáciles de comprender, nada tienen que ver con el valor y la dignidad de las distintas lenguas.[4]

Y hay que estudiar también cómo diversas lenguas europeas se han difundido por el mundo, y cómo otras lenguas europeas que estaban en trance de perderse o de quedar reducidas a mínimos se han recobrado últimamente, dentro de un nuevo clima político y social.

Por otro lado, no hay que olvidar las lenguas no indoeuropeas de Europa, entre las que tienen el máximo número de hablantes el finés y el húngaro, unos treinta millones en total. Son de estructura diferente de las indoeuropeas, como el vasco, y han quedado sometidas, todas ellas, al impacto de la tradición grecolatina.

Así, en definitiva, las semejanzas entre las lenguas de Europa son de dos órdenes. Me estoy refiriendo, en este momento, al primero: entre las lenguas indoeuropeas de Europa y todas las demás existen semejanzas gramaticales y lexicales que provienen de su común origen en el indoeuropeo III. Ya hemos estudiado este tema. Pasaré luego al segundo: el de la comunidad entre las lenguas de Europa, y solo estas, por fenómenos histórico-culturales posteriores.

Las clases de palabras y las categorías y funciones gramaticales de todas las lenguas europeas de tipo indoeuropeo son iguales o están próximas, aunque haya diferencias cuando, por ejemplo, ciertas lenguas han perdido la declinación o reducido notablemente la flexión verbal, como hemos visto al hablar del IE IV. Por supuesto, dentro de cada una de las grandes familias lingüísticas las semejanzas son mayores. También en la fonética. Pero todas las lenguas indoeuropeas, incluidas las externas a Europa, tienen un aire de familia, si se las compara con lenguas de América, África u Oriente. Son otro mundo.

Piénsese que me estoy refiriendo a las lenguas indoeuropeas modernas y que todas estas lenguas proceden, salvo el griego, del IE III B, y que el griego moderno se ha aproximado a este tipo (excepto en casos particulares, como la conservación de la oposición aoristo/presente). Ha resultado, en realidad, un tipo indoeuropeo aproximadamente unitario, el que he llamado IE IV, aunque algunas de sus innovaciones, como ciertas reducciones de la flexión nominal y verbal, han penetrado más o menos según las lenguas. Lo mismo ocurre con innovaciones fonéticas como la fricativización y asibilación de las guturales.

Por supuesto hay diferencias entre las familias lingüísticas y dentro de cada una, y hubo contactos con ciertas lenguas extraeuropeas: así entre las lenguas iranias del grupo III A, que permanecieron durante un tiempo en Ucrania y Asia Menor (escitas, cimerios, etc.), y lenguas del III B como el báltico y el eslavo.[2]

Voy a dar algunos datos sobre este «aire de familia», resultado de una evolución lingüística, entre las lenguas indoeuropeas de Europa: primero en la morfología, luego en el léxico. Más adelante me ocuparé de las semejanzas y los fenómenos de unificación que ya he anunciado y que proceden de la tradición cultural griega y luego latina.

Son característicos del indoeuropeo evolucionado, actual, de Europa, al que he venido haciendo referencia y que coincide todavía, muchas veces, como el de lenguas de Asia, hechos como los que siguen:

Existen raíces nominal-verbales, que dan nombres, adjetivos y verbos, y que se enfrentan a raíces pronominal-adverbiales, que dan pronombres y diversas palabras no flexivas. La duplicidad de las raíces (pero las hay que dan verbo y no nombres y al revés), las clases de palabras que he mencionado y, muchas veces, las subclases (nombres contables y no contables, verbos copulativos y predicativos, transitivos e intransitivos, etc.) son características de este indoeuropeo. Con frecuencia, los procedimientos para derivar el adjetivo del nombre (o al revés, incluida la formación de nombres abstractos), o para obtener el verbo del nombre (denominativos) y el nombre del verbo (postverbales), obtener también verbos con preverbio, crear grupos de preposición + nombre, adverbios, etc., son los mismos.

Es normal, tiene pocas excepciones, el hecho de que las raíces especialicen su significado, creando derivados, formas varias dentro de la flexión y

compuestos. Los tipos de derivación y composición son los mismos en las distintas lenguas (aunque las haya más o menos propicias a los compuestos, por ejemplo). Los preverbios y desinencias, ciertos temas gramaticales (para el femenino, el pretérito, etc.) son también los mismos. Y existen, junto con las formas flexivas, otras no flexivas.

El indoeuropeo del que hablamos tiene, en las palabras flexivas, categorías y funciones prácticamente iguales: dos números, tres personas, tres géneros (pero faltan en ciertos pronombres, y en el nombre y adjetivo el femenino o el neutro pueden haberse perdido aquí o allá), tres tiempos (dentro de cada uno, puede haber diferencias formales, de origen histórico antiguo o reciente), modos (salvo el imperativo, son residuales, se han recreado a veces perifrásticamente), una flexión nominal o declinación (perdida en diversas lenguas, como hemos señalado; el caso más resistente es el vocativo). Los aspectos verbales antiguos apenas se han conservado, los hay a veces de origen moderno y extensión restringida. Pero sí restos de sistemas de «Aktionsart» con causativos, desiderativos, etc.

El orden de las palabras, de importancia en general pequeña, más bien estilística, ha cobrado valor gramatical decisivo en varias lenguas.

La clase de los pronombres contiene subclases generales: así los personales y los reflexivos (que conservan a veces la flexión allí donde el nombre la ha perdido), demostrativos (pero puede haberlos con dos términos o con tres), posesivos, etc. El artículo, derivado casi siempre del pronombre demostrativo, es general, va ante el nombre (tras él en nórdico y rumano).

Se ha perdido en el verbo, en general, la oposición activa / media, a veces esta ha sido recreada con ayuda de reflexivos; en cambio, se ha difundido muy ampliamente la pasiva. También se ha recreado, a veces, mediante varios procedimientos un imperfecto.

Las oraciones pueden ser unimembres, pero generalmente son bimembres, dominando las predicativas con sujeto + verbo + complementos (aunque también hay los verbos intransitivos sin complemento). Los verbos tienen formas nominales, a saber, infinitivo y participios, incluso gerundios y gerundivos.

En la flexión en general ha coexistido el sistema desinencial con el de la oposición de temas y el uso de preposición + nombre.

Todo esto parece tan obvio, el hablante común está tan acostumbrado a ello que le parece algo propio de todas las lenguas. Pero no es así; los universales lingüísticos, que desde luego existen, son otra cosa.[3] Y otras lenguas carecen de muchos de los elementos aquí citados. El mismo indoeuropeo más arcaico, según lo hemos descrito previamente, era muy diferente e incluso lo eran el monotemático (el II) y el III A. El indoeuropeo de Europa que tenemos hoy, dividido en familias y estas en lenguas, es el producto de una evolución compleja a partir del III B (salvo en el caso del griego, como he dicho).

Todo esto en cuanto a la gramática: podría haber insistido también en la fonética. Este aire de familia es cierto asimismo respecto a un sector importante del léxico y procede, por supuesto, de su origen indoeuropeo.[4] Para decir «nuevo» el español dice *nuevo*, el catalán *nou*, el inglés *new*, el alemán *neu*, el antiguo eslavo *novŭ*: la relación es trasparente, alcanza también al sánscrito *navas*. Cierto que, a veces, para reconocer el parentesco hay que conocer ciertas correspondencias fonéticas: así en el caso, por ejemplo, del esp. *dos*, el ruso *dvā*, el inglés *two*, el alemán *zwei*, el sánsc. *dvā*; o en el del gr. κλέος 'fama' frente a aesl. *slovo* o el sánscr. *śravas*.

Esto en cuanto a los rasgos más o menos comunes de las lenguas europeas y aun asiáticas, incluidas las actuales. Insisto en que, además de reflejar un estado presente que a veces difiere de otros más antiguos que nos han ocupado en páginas anteriores, definen estas lenguas de una manera demasiado amplia, por cuanto rebasan a Europa, y demasiado estrecha, por cuanto no afectan a algunas lenguas no indoeuropeas de Europa.

APROXIMACIONES DE ORIGEN CULTURAL ENTRE NUESTRAS LENGUAS

Ahora bien —y este es un segundo orden de semejanzas entre nuestras lenguas—, a partir de un momento se creó una cultura europea, con los matices diferenciales internos que se quiera, y se crearon naciones europeas. No es que no siguiera habiendo contactos con Oriente, incluido el Oriente indoeuropeo, pero no fueron los centrales de nuestra cultura.

Ya los había habido en la época de la Grecia arcaica, la cultura micénica era esencialmente una teocracia centralizada y burocrática de corte oriental. Y hubo influjo oriental importante en los orígenes de la épica, la lírica y el arte griegos, entre otros elementos de esta cultura,[5] así como algunos en el léxico.

Pero se produjo, en un momento dado, un corte cultural que separó Europa de Asia y que repercutió luego en mil cosas: entre ellas, en las tendencias que hicieron que sus lenguas se aproximaran, con el tiempo, en cierta medida.

Así, los hechos culturales tuvieron trascendencia lingüística, gracias a ellos llegó a haber en un momento dado hechos lingüísticos europeos y solo europeos, rasgos que solo secundariamente pudieron difundirse fuera de Europa.

Ese corte cultural entre Europa y Asia tuvo varias fases. La primera fue cuando, tras la caída de los reinos micénicos ante los embates de los llamados pueblos del mar, en el siglo XII a. C., los griegos no reconstruyeron, como sucedió en Asia y Egipto, un nuevo imperio centralizado y burocrático: crearon pequeñas ciudades que se constituyeron en modelos de una nueva cultura original, individualista y libre.[6]

Una segunda fase de este corte fue la que siguió a las guerras médicas, a comienzos del siglo V a. C.: Grecia parecía llamada a constituirse en una provincia de Persia, como Asia Menor, Escitia y Egipto, sin embargo, continuó siendo un conjunto de ciudades libres en el que se creó una cultura libre, luego continuada en Europa.

En *Los Persas* de Esquilo, la reina madre Atossa vio en sueños a aquellas dos bellas mujeres, Grecia y Persia, a las que Jerjes quería uncir a su carro: Grecia se negaba. Y luego, a la pregunta de Atossa de qué caudillo imperaba sobre los atenienses, el Mensajero contestó: «No se les llama esclavos ni vasallos de hombre alguno».[7] Frente a la cultura cerrada de los grandes imperios orientales, surgió la abierta, humana y libre de Europa. Grecia no fue sino el comienzo.

Pero hay un tercer momento de ruptura que resultó decisivo. Fue cuando Alejandro intentó someter a Asia y crear allí una cultura simplemente humana, fracasó a su muerte. Se creó, con Chandragupta, una India independiente; y con los partos y luego los sasánidas, un Irán también independiente. Seleuco, rey del reino griego de Siria, cedió a Chandragupta

la India en el 305 a. C., después cayeron en poder de los partos los reinos indogriegos y el propio Irán.

No es que cesaran las influencias griegas en Oriente. Pero los Estados griegos helenísticos, luego Roma y más tarde Bizancio encontraron su frontera en el Éufrates. Y desde el siglo VII d. C. Asia Menor e incluso Europa fueron invadidas por árabes y turcos.

Roma y Bizancio fueron forzados a establecer así por el sudeste los límites de Europa, en otras direcciones estos límites llegaron al Atlántico, al Ártico, por el este a los Urales ya en el siglo XVIII. No es este un libro de historia, en otros lugares me he ocupado más detenidamente de este proceso.[8] El hecho es que se creó un marco cultural, a veces también político, dentro del cual vivieron desde entonces las lenguas europeas: crecieron, se interrelacionaron y, más tarde, se expandieron por el mundo.

Este es el tema que trataré, a continuación, en este libro. En la medida en que hay una aproximación entre las lenguas europeas, esta no deriva de los orígenes indoeuropeos, aunque sí proporcionaron el marco más general. Vino luego de hechos culturales y políticos dentro de Europa: el influjo del griego y el latín en las nuevas lenguas que se formaban y las aproximaciones recíprocas entre estas.

Hubo, efectivamente, a partir de un momento, una barrera entre Asia y Europa, aunque esa frontera admitiera excepciones, influjos en una y otra dirección. Y paradojas. Los árabes, por ejemplo, trajeron a Europa una parte de la cultura griega y de su léxico. Y Europa se fragmentó en dos: la de los herederos del Imperio romano de Occidente, una amplia serie de naciones, y la de los del de Oriente, Bizancio. Esto tuvo consecuencias lingüísticas importantes. Y, cómo no, las tuvo el cristianismo, difundido al final por toda Europa, aunque fuera entre disputas religiosas, y los nuevos reinos que se crearon dentro de Europa.

Pero vuelvo al tema de cómo no hubo una unidad lingüística europea no ya en los comienzos, tampoco cuando llegaron las sucesivas invasiones indoeuropeas y las no indoeuropeas. Si acaso, puede afirmarse que en Europa no quedaron lenguas indoeuropeas monotemáticas (IE II), salvo, en mi opinión, el etrusco, llegado secundariamente de Asia Menor y eliminado luego por Roma; aunque hay rastros de monotematismo, como de otros arcaísmos diversos, en varias lenguas europeas. En Asia, sí hubo lenguas mo-

notemáticas en fecha antigua, las lenguas anatolias de las que he hablado: pero bien pronto se perdieron con el hundimiento del Imperio hetita y de varias naciones como Licia y Lidia.

Casi todas las lenguas indoeuropeas de Europa son, como he dicho, del tipo III B, que produjo el eslavo, el báltico, el germánico, el itálico, el céltico y otras lenguas de menor número de hablantes, más otras hoy perdidas, como el ilirio (pero de él viene posiblemente el albanés), el mesapio y el venético; aunque también hubo una lengua emparentada en Asia, el tocario. Del tipo III A quedó en Europa solo el griego, quizá el tracio y lenguas emparentadas como el dacio, que luego se perdieron. Fue, en cambio, predominante en Asia, con el armenio y el indoiranio.

No había frontera lingüística clara, pues, en el comienzo entre Europa y Asia. Eran, si acaso, conceptos geográficos, aunque los griegos los opusieran como Libertad y Tiranía. Y los rasgos del IE IV, como hemos visto, se extendieron por los dos sectores. Algunas evoluciones secundarias que agrupaban varias lenguas, así la asibilación o fricativización de las guturales, que creó las lenguas llamadas satem, se extendieron a lenguas tanto de Europa (eslavas y bálticas) como de Asia (indoiranio). En la Edad Media y después el fenómeno se repitió, sin duda independientemente, en lenguas románicas y en dialectos griegos.

De aquí viene esa especie de «indoeuropeo común», europeo pero también asiático, que he tratado de describir, en términos generales, en páginas anteriores, como IE IV.

Entonces, lo que hay de común o de tendencia a la comunidad entre las lenguas indoeuropeas de Europa y es ajeno a las lenguas de Asia tiene razones culturales y políticas en conexión con el concepto de Europa, no razones estrictamente lingüísticas, hereditarias. Y lo mismo cabe decir de la creación de grandes lenguas nacionales, en conexión estrecha con la historia. Incluso, la de rasgos secundarios de las lenguas no indoeuropeas de Europa.

Por mucho que, a partir de un momento, se estableciera una barrera, dentro de Europa y su cultura, entre el Oriente bizantino y el Occidente romano-germánico, barrera que no cortó absolutamente los intercambios culturales y lingüísticos, está claro que el fermento lingüístico que difundió por todas partes rasgos «europeos» fue el griego antiguo, que influyó

primero enormemente en el latín, ya desde el siglo II a. C. (y antes en el etrusco). Luego, griego y latín influyeron ambos en la conversión de las antiguas lenguas traídas a Europa por los indoeuropeos (y aun por otros pueblos) en lenguas de cultura. Hemos de estudiarlo más detenidamente en la tercera parte de este libro, donde se especificará cuáles fueron esas influencias.

Junto con el influjo griego hubo, claro está, el influjo latino: era la lengua de cultura, la «lengua universal» de los doctos de Occidente, mientras que en Oriente lo era el griego bizantino, que tanto influyó en el mundo eslavo. Por otra parte, griego y latín fueron las lenguas de la Iglesia y esto contribuyó decisivamente a su poder de unificación lingüística.

Europa fue en el inicio, culturalmente, una proyección directa o indirecta de Grecia, luego renovada en fechas varias. Odiseo paseó a Grecia por todo el Mediterráneo; una ninfa, Europa, de padre fenicio, raptada por el toro-Zeus, prestó su nombre a todo el entorno continental de los griegos, mientras ella se perdía en una geografía indefinida. El mito se convirtió en geografía, luego en cultura.

Todo el Mediterráneo era Europa, para Hecateo, en torno al 500 a. C.; y Heródoto la oponía a Libia y Asia. Luego, Grecia helenizó a Roma y la cultura grecorromana, cristianizada en cierto momento, ocupó los pueblos del norte y del este. Esto es ya historia,[9] pero también lengua.

Los puntos esenciales de la comunidad lingüística europea, aquellos que no se dan en Asia, ni siquiera en el Asia indoeuropea, son de origen griego, continuados luego por los latinos. Los anticipo en esquema. Estos puntos son:

1. Todas las lenguas europeas se escriben en alfabetos derivados del griego. Es sabido que este procede del fenicio e incorporó la gran innovación de las vocales.[10] En una fase antigua, del alfabeto griego derivaron, modificándolo, los de varias lenguas: tracio en Europa; licio, lidio, frigio, cario, en Asia; en parte el copto y el nubio, en África; el etrusco en Italia (de él derivan varios, incluso el latino); el ibero, el tartesio y el celtíbero en Hispania. Otras de varios lugares fueron escritas, simplemente, en alfabeto griego. Luego, los alfabetos griego y latino dominaron toda la Europa medieval y moderna.

El alfabeto griego, en su variante jónica aceptada por Atenas en el año 403 a. C., lo siguen usando los griegos, y de él salieron, al final de la Antigüedad, los alfabetos armenio y gótico, también más tarde el del eslavo.

Fueron, como es bien sabido, los monjes Cirilo y Metodio, griegos de origen y evangelizadores de los eslavos, los que crearon en el siglo IX los dos alfabetos eslavos antiguos, el glagolítico y el cirílico, derivados, respectivamente, de la minúscula y la uncial griegas. El último es el usado hoy para notar, con algún retoque, la mayor parte de las lenguas eslavas.

El alfabeto latino continúa siendo el de las lenguas de la Europa central, occidental y meridional, incluidas algunas eslavas.

Hay, pues, un gran corte entre las escrituras derivadas de la de los griegos y las asiáticas. Sobre todo las de la cultura del Indo, las cuneiformes, la jeroglífica y otras de Egipto, y otras usadas por los pueblos semitas o derivadas de ellas en la India. Los griegos dieron un gran salto en la escritura, a partir de ese origen semítico, fenicio más concretamente, del que he hablado, y del alfabeto griego proceden directa o indirectamente la escritura o escrituras europeas. Otros intentos, como la escritura ogámica del irlandés y la de las runas germánicas, quedaron obliterados.

Es, pues, el alfabeto griego un verdadero signo de identidad de Europa, aunque derive de una raíz no europea. Frente a él existen diversas escrituras, varias acabo de mencionarlas, y hay creaciones paralelas en China, entre los mayas, etc.

2. Los griegos proporcionaron el modelo de los géneros literarios europeos. No es el momento de hacer balance de lo que conservaron de las culturas anteriores, el caso es que la epopeya de tipo homérico, la lírica, el teatro, el tratado científico, la historia crítica, la oratoria, la novela y tantos otros géneros literarios de los griegos siguen vivos. Llegados a través del latín antiguo o introducidos en fecha medieval o renaciente o posterior, siguen siendo de factura griega. Lo mismo ocurre con las continuaciones de estos géneros en diversos pueblos del mundo.

Directa o indirectamente los griegos han conformado nuestra literatura y nuestra ciencia, aunque estas hayan crecido, tantas veces, en lucha con ellos. Y la literatura y la ciencia son también lengua. Hay, en lo fundamental, unidad frente a otras culturas. Y sin la difusión de elementos lingüísticos a los que aludiré, toda esta literatura occidental no habría sido posible.

3. Sobre todo: el léxico culto europeo es de origen griego, llegado a nuestras lenguas por varias vías. Y de origen griego de diversas fechas, pues en la Edad Helenística creció un nuevo griego cultural y científico,

después se añadió el léxico cristiano, luego todo llegó a través del latín de diferentes épocas y niveles o bien, más tarde, de Bizancio. Más adelante se tomó, muchas veces, directamente del griego antiguo, o bien se calcó de él.

Conviene estudiar las vías de difusión del léxico griego, porque sin él y sus derivaciones, factor de unidad de nuestras lenguas, la cultura europea no habría podido existir. Este léxico nos separa profundamente de otras diversas culturas del mundo; aunque hoy está penetrando en todas.

No se trata solo de la herencia recibida por las lenguas europeas, incluido el griego moderno, del griego antiguo y de la recibida por las lenguas románicas del latín (a veces se trata de palabras griegas que «viajaron» a través del latín). Y ello, como ya se ha dicho páginas atrás, por un fenómeno de difusión cultural que no solo no ha disminuido, sino que ha crecido con los siglos, y sigue creciendo.

Insisto en que al hablar de léxico no hay que pensar solo en palabras completas. Los elementos formativos (iniciales y finales) de nuestras lenguas y sus sistemas de derivación y composición son, sobre una base indoeuropea, fundamentalmente griegos y latinos. Daré datos sobre esto.

4. La sintaxis de la oración compuesta es una herencia, sobre todo, de sus desarrollos en los prosistas griegos, incluidos los oradores, todos ellos imitados en no escasa medida en latín. Ha sido el modelo de la prosa de todas las lenguas europeas. No son comparables, por ejemplo, la prosa del sánscrito o la del chino. Y no se trata solo de la sintaxis de la oración compuesta, sino de la sintaxis en general.

5. El latín siguió siendo, tras la Antigüedad, la lengua culta de Europa; primero sola, luego acompañada de otras. Al menos así fue hasta el siglo XVIII. Y es que ha habido tres latines: el vulgar o hablado, del que surgieron las lenguas romances y que también influyó en otras más; el medieval, que incluía una mínima literatura antigua y literatura cristiana, y que suministró constantemente modelos y sirvió para la administración; y el latín clásico, descubierto gradualmente, pero sobre todo tras el siglo XV, y que fue esencial en la enseñanza y la literatura de Europa.

6. Y hubo, en la Edad Media, dos griegos: la lengua «pura» o *katharévusa*, continuadora de la koiné literaria y que fue un vehículo de trasmisión de la cultura antigua y cristiana, también la lengua oficial del Estado, y la «popular» o *dimotikí*, lengua oral derivada de la *koiné* popular y rara-

mente escrita pero que suministró el modelo principal para el griego moderno, vehículo a su vez de la entrada en la Grecia moderna de la nueva cultura europea.

Estos son rasgos comunes de las lenguas europeas que varían con el tiempo y los lugares, pero existen y son importantes en cada caso.

Hay que añadir elementos de comunidad que nuestras lenguas han extraído unas de otras. A veces son, en último origen, griegos y latinos. Por supuesto, en la medida en que sea se han «contagiado» a las lenguas no indoeuropeas de Europa.

Todo este influjo, también en la formación de palabras y añadido al de la sintaxis y la literatura, sí que ha quedado reservado a Europa: no atravesó hasta tarde, en general, las fronteras de la misma.

Este es el tema que deberemos estudiar con mayor detalle en este libro.

2

HISTORIA DE LAS LENGUAS Y LOS DIALECTOS INDOEUROPEOS DE EUROPA

PANORAMA LINGÜÍSTICO ACTUAL DE EUROPA

Pienso que es preferible, para trazar un esquema de la historia de las lenguas indoeuropeas de Europa, presentar en primer término el catálogo de las actuales: luego veremos su evolución, desde allí donde las dejamos cuando los indoeuropeos penetraron en Europa hasta hoy. Insistiendo en que ramas antiguas del indoeuropeo, llegadas a Europa en el quinto milenio antes de Cristo, han dejado huella solo en la toponimia. Y en que grandes familias indoeuropeas que conocemos en los albores de la historia y algunas de las cuales han llegado hasta nosotros, no crecieron en Europa hasta el segundo milenio antes de Cristo, algunas (la III A, la del griego y el tracio); y hasta el primero, o poco antes o después, las demás.

Pero hoy continúan vivas la mayor parte de estas lenguas: las familias griega, eslava, báltica, germánica, latina, celta, iliria (si de ella viene el albanés). Otras desaparecieron. Y estas mismas familias han visto reducido el elenco de las lenguas que perviven y han modificado su implantación geográfica. De esto hablaremos más adelante.

Todas han sufrido ciertas evoluciones comunes, las del IE IV, que ya he comentado, y otras diferenciales, como la satemización, que une al báltico y al eslavo con lenguas indoeuropeas de Asia. Ya hemos visto algunas relaciones que pueden retrotraerse a los tiempos en que tribus iranias acampaban por Ucrania y Asia Menor.

Sin embargo, la verdad es que el tipo indoeuropeo que ha quedado como predominante, sin carecer de innovaciones particulares, sobre todo en la fonética, es bastante uniforme. Hay diferencias entre las familias y las lenguas en la morfología: arcaísmos e innovaciones más o menos difundi-

das, pero no excesivamente grandes. El «aire de familia» del que he hablado se reconoce fácilmente. Una afirmación como la de Meillet[1] de que nada puede haber más alejado que el inglés del tipo indoeuropeo es exagerada. Con algunas excepciones y recortes formales, el sistema de sus categorías y funciones es indoeuropeo.

El hecho es que, pese a todo, queda un elenco importante de lenguas indoeuropeas en Europa. Grandes lenguas y pequeñas lenguas, también dialectos. Lenguas que son oficiales y otras que son cooficiales, más una amplia colección de lenguas y dialectos que no son ni lo uno ni lo otro. Aunque convendría notar que la diferencia entre lengua y dialecto no es tanto lingüística como sociológica. Se habla de lengua, preferentemente, cuando los hablantes la sienten como diferenciada de otras y propia, como reconocida social y hasta políticamente, regularizada, poseedora de una literatura y de fronteras fijas y claras. A veces se habla, cuando faltan algunos de esos rasgos, de dialecto o de variante.

Voy a dar un breve catálogo de las lenguas actualmente vivas en Europa (algunas, por obra de la colonización o emigración, también fuera de ella). Es preferible proceder por grupos. Me limito a enumerar las lenguas y los dialectos vivos más importantes,[*] sobre su historia se hablará más tarde.

1. *Grupo helénico. Griego*

El actual es una lengua unitaria, procedente de la antigua *koiné* de fecha helenística y romana y de variantes de la misma en época bizantina. Posee dialectos con implantación escasa. Tras la liberación en 1830, hubo un proceso de unificación lingüística, en torno al griego popular y demótico y con añadido de formas «puras» o cultas.[3]

Ya he hablado de ello.

2. *Grupo romance, procedente del latín*

a) En Italia, el italiano, derivado del florentino, un dialecto latino con escasos elementos de los germanos (ostrogodos, lombardos, francos) que ocuparon parte de la península. Es la lengua oficial de Italia. Posee numerosos dialectos, como el napolitano, el véneto, el piamontés, etc. La difusión del italiano como lengua común ha sido lenta y difícil, no ha culminado hasta el siglo XX. Pero también hay una lengua románica cooficial en Cer-

deña, el corso, muy diferente. Y otro grupo también diferente, el del retorromance, al que pertenece el friulano, en el Alto Adigio.

b) En España, el castellano o español, lengua oficial, procedente del latín de la antigua Castilla. Se difundió desde pronto desde su lugar de origen. Pero son lenguas cooficiales en sus respectivas regiones el catalán (del que derivan variantes, consideradas como lenguas propias, en Valencia y Baleares) y el gallego. El español, de todos modos, además de lengua oficial, es lengua común en todo el Estado, incluso para aquellos que tienen otra lengua materna. Hay luego lenguas o dialectos muy minoritarios, como el asturiano, el leonés y el aragonés, que en tiempos fueron importantes.

Aparte, vive el aranés, y hay una variante medieval del castellano que es el judeoespañol, hablado en Marruecos, Israel, Turquía y otros lugares de la diáspora judía. Se perdió, en cambio, el mozárabe. Y el elemento germánico procedente del gótico quedó muy reducido en las lenguas posteriores.

c) En Francia, la lengua oficial es el francés, procedente del romance de la antigua Ile-de-France, en definitiva, del latín, con elementos germánicos que sobrevivieron a la romanización de los francos. Se habla también en Bélgica y en zonas limítrofes de Francia. En ella siguen más o menos vivas antiguas lenguas como el provenzal y el normando. Pero desde el decreto de Francisco I en 1539 haciendo oficial el francés (decreto de Villers-Cotterets), todas las antiguas lenguas pasaron a ser consideradas como dialectos con uso decreciente.

d) En Portugal, el portugués, lengua oficial, próxima al gallego, del que se separó en el siglo XIV. Quedan restos de dialectos españoles, como el leonés.

e) En Rumanía, el rumano, lengua oficial. Se mantuvo la lengua latina incluso después de la retirada de los romanos en 216 (Trajano había ocupado la Dacia en el 106).

Cabe señalar la tendencia a hacer coincidir las fronteras políticas de las grandes naciones con una lengua oficial. Pero nunca ha culminado, esas lenguas comparten a veces su dominio con diversas lenguas y dialectos. Y varias de ellas se han difundido ampliamente fuera de Europa.

3. *Grupo germánico*

a) El inglés, lengua oficial en Inglaterra e Irlanda, cooficial en otros lugares. Es el resultado de un largo proceso de fusión de dialectos germáni-

cos, como los de los anglos, sajones, jutos y frisones (entrados desde el 449, tras la retirada romana) y del influjo románico del normando (ya en el siglo x). Reintrodujo elementos latinos que habían sido desplazados junto con el latín cuando se produjo la retirada de los romanos de Inglaterra en el 410.

b) El alemán, lengua oficial en Alemania, Austria y Suiza, y oficial regional en Italia (Alto Adigio y Tirol del Sur), en Dinamarca (junto con el danés) y en Bélgica (Saint-Vith y Eupen).

Es un derivado del antiguo grupo del alto alemán, que adquirió forma literaria con Lutero, en el siglo xvi, y ha ido desplazando poco a poco los dialectos.

c) El neerlandés, lengua oficial en Holanda y en parte de Bélgica, con el nombre de flamenco. Es una derivación del dialecto bajo alemán (también hablado en zonas de Alemania).

d) El luxemburgués, lengua oficial en Luxemburgo (con el francés). Una variante más del bajo alemán.

e) El danés, lengua oficial en Dinamarca (junto con el alemán). Está estrechamente unido a las lenguas de Noruega, Suecia, Islandia y las islas Feroe, forman un grupo lingüístico propio dentro del germánico.

4. *Grupo céltico*

a) El irlandés, oficial con el inglés en Irlanda. Se añaden el gaélico de Escocia y el manés de la isla de Man, pero con escaso número de hablantes hoy día, como todas las lenguas célticas, sustituidas ya por las germánicas, ya por las románicas.

b) El galés, oficial en el País de Gales (con el inglés).

c) El bretón, en la Bretaña francesa, procedente de celtas venidos de la Gran Bretaña, no del celta antiguo.

5. *Grupo eslavo*

Procede de pueblos que llegaron a Europa oriental ya en el primer milenio antes de Cristo. Se expandieron hacia el oeste y el sur, chocando con griegos y germanos (con quienes compartieron algunas isoglosas). Se divide en:

a) El eslavo oriental: ruso, bielorruso y ucraniano, lenguas oficiales en los respectivos países. También el sorabo superior e inferior en pequeñas regiones de Alemania oriental.

b) El eslavo occidental: polaco, checo y eslovaco.

c) El eslavo meridional: el búlgaro, el serbocroata y el eslovenio.

6. *Grupo báltico*

Formaba la retaguardia de las invasiones del grupo eslavo y tenía estrecho contacto con él.

Hoy se hablan solamente el letón y el lituano. Su extensión hacia el oeste era mayor, el antiguo prusiano fue sustituido por el germánico; en el este se encuentran huellas bálticas como substrato del ruso.

7. *Albanés, se piensa que descendiente del ilirio*

Las lenguas indoeuropeas han quedado reducidas a los grupos mencionados, entre los cuales tienen una población y extensión reducida el celta, el báltico y el albanés. Los grandes grupos son, pues, los del románico, el germánico y el eslavo; dentro de ellos las grandes lenguas dominantes en cuanto a hablantes, extensión territorial e influjo cultural son el italiano, el español, el francés, el inglés, el alemán y el ruso. Son importantes también el catalán, el portugués, el rumano, el neerlandés, el danés, el polaco, el checo, el búlgaro, el serbocroata, el letón, el lituano y el albanés, dentro de áreas más reducidas. Hay, luego, una multiplicidad de dialectos y variantes.

Todas estas lenguas, procedentes del IE III B, tienen algunas conexiones internas de origen antiguo. Recordemos que del IE III A solo subsiste en Europa el griego. Sigue siendo relevante políticamente, sobre todo culturalmente.

UN PRIMER BOCETO HISTÓRICO

Las lenguas y los dialectos que hemos presentado son como puntas de un gran iceberg: el de las lenguas indoeuropeas que entraron en Europa, como he dicho, desde en torno al 2500 a. C. y que se impusieron a las más antiguas como el «antiguo europeo» y, quizá, el pelásgico.

A veces representan fragmentos de la evolución dialectal de los grandes grupos: el griego es, como hemos visto, una especialización o derivado dialectal dentro del IE III A, el politemático, del que otras derivaciones son el tracio, el frigio, el armenio y el indoiranio. Ya sabemos que el latín, el esla-

vo, el báltico, el germánico, etc. son derivaciones de edades diferentes y con localizaciones geográficas diferentes del IE III B, el que fundía en un solo tema de pretérito los antiguos temas de perfecto, imperfecto y aoristo.

Cuando hablo de latín, eslavo, etc., hablo de «lenguas comunes». En un principio, eran dialectos que se crearon dentro del indoeuropeo y que, a su vez, se fragmentaron en dialectos, y estos, a su vez, en otros dialectos y lenguas. Algunas de estas lenguas se difundieron extraordinariamente por razones culturales e históricas, como las de la primera serie mencionada arriba, la del italiano, el castellano, el francés, el inglés, el alemán y el ruso. Otras han sufrido avatares diferentes.

La evolución histórica, cultural y política ha hecho, efectivamente, que algunas de estas lenguas derivadas hayan crecido extraordinariamente en su importancia política, cultural y demográfica. Otras han quedado en límites más reducidos, otras todavía tienen tan solo una importancia local. Por último, otras se han perdido en diferentes momentos por causa de la expansión de las lenguas que se convirtieron en dominantes.

Todo esto merece un estudio histórico, aunque sea de tipo general. Tiene que comenzar por las grandes líneas de fractura del indoeuropeo (tema estudiado páginas atrás) y seguir luego con las fracturas dentro de Europa: estudio de las características de los grupos, su localización inicial, su trayecto posterior. Me refiero a que las «lenguas comunes» latina, eslava, germánica, etc., deben ser definidas desde estos puntos de vista, así como sus descendientes principales, ya reseñados. También debe estudiarse la historia de las diversas lenguas descendientes de cada «lengua común», ya he ofrecido un breve catálogo de ellas.

La creación de lenguas comunes a partir del indoeuropeo III (A y B) no es sino una nueva fase de la evolución de la lengua indoeuropea: una serie de innovaciones y elecciones crearon el IE II, monotemático (del que a su vez derivaron las lenguas anatolias, mediante innovaciones y elecciones también); y de él, el IE III A y B, politemáticos, que pueden conservar, como arcaísmos, verbos monotemáticos, como se ha ejemplificado.

De uno y otro indoeuropeo vienen así las diferentes «lenguas comunes» a las que he hecho referencia, que, a su vez, crearon lenguas derivadas, a su vez fragmentadas en otras. Por ejemplo, el «griego común» creó el griego oriental y occidental; el primero a su vez creó el jónico, el eólico, etc.; el se-

gundo, el dórico. Hay diversos dialectos dentro de estos grupos. Luego siguió un proceso de unificación sobre la base del ático, continuado por la *koiné*. Por su parte, el eslavo creó los grupos oriental, occidental y meridional, que produjeron, cada uno, las lenguas que sabemos.

Este esquema, que crearon los más antiguos indoeuropeístas, debe sin embargo ser refinado. La evolución lingüística que originó estas «lenguas comunes» y diversas lenguas a partir de cada una de ellas procedió por la creación de isoglosas, sean innovaciones o elecciones; incluso se añadía la conservación, a veces, de arcaísmos.[4] Estas isoglosas ocupaban un espacio lingüístico determinado y tendían a coincidir, creando así una nueva «lengua común». Pero no siempre coincidían exactamente.

Por ejemplo, hay rasgos del eslavo y del báltico que también comparte el indoiranio, como la satemización. Hay rasgos del báltico que se extienden al germánico, como la confusión de *a* y *o* en *a*. Hay coincidencias entre el latín y el itálico o entre ambos y el celta que han llevado a algunos a proponer un antiguo grupo italocelta. Hay rasgos que atraviesan determinadas fronteras, como algunos del eslavo, el báltico y el germánico (p. ej., en la declinación, los casos oblicuos con *-m*) o en algún dialecto griego y germánico (como la vocalización de las líquidas con *o* o *u* en cólico y germánico).

Las fronteras entre las «lenguas comunes» y entre las lenguas de ellas derivadas solo progresivamente se han cerrado, quedan a veces arcaísmos de amplia difusión; secundariamente algunas isoglosas las han atravesado. Las isoglosas son de diferente cronología, y quedan dentro de un grupo o una lengua variantes diversas. Una «lengua común», antigua o moderna, no refleja una unidad absoluta, solo un predominio de ciertos rasgos, que a veces no llegan a toda ella, a veces la rebasan. He escrito sobre esto en términos generales.[5] Y, más en detalle, sobre, por ejemplo, el griego,[6] el sánscrito,[7] el báltico y el eslavo.[8]

Esto se repite cuando una lengua se diferencia a través de diversos escalones, los dialectos griegos o los eslavos o cualesquiera otros. Las coincidencias entre las lenguas o los dialectos derivados pueden venir de antiguas lenguas comunes intermedias o de influjos secundarios.

Pero volvamos al detalle. El hecho es que se pueden describir los rasgos fundamentales de las principales «lenguas comunes» indoeuropeas de Europa: pueden verse, por ejemplo, en varias obras ya citadas y en otras más.[9]

Es un tema muy estudiado. Algunos rasgos rebasan un grupo, otros se refieren a los subgrupos del mismo.

Por ejemplo, del germánico es propia la primera mutación consonántica (*d* > *t*, *p* > *f*, *bh* > *b*, cf. ingl. *ten* de **dek*, *father* de **pater*, got. *baíran* de **bhéro*, etc.), pero el grupo del alto alemán tiene una segunda mutación: las nuevas consonantes germánicas evolucionan, por ejemplo, de forma que *t* da *z* (al. *zehn* 'diez'), *k* da *ch* (cf. ingl. *book* 'libro' y al. *Buch*), etc. O, dentro del celta, hay el grupo que ha convertido la *kw* indoeuropea en *p* (**kwenque* 'cinco' > galés *pump*) y el que la ha hecho evolucionar a *k* (irl. *cúig*). O, dentro del eslavo, el búlgaro casi ha eliminado la flexión nominal y pronominal. Semejantes diferencias se encuentran entre las lenguas románicas: hay innumerables discusiones, por ejemplo, sobre la posición dialectal del catalán. Esto, dentro del IE III B.

Y, dentro del modelo anterior, el IE III A, se dan diferencias profundas entre los dialectos griegos antiguos. Por otra parte, existen isoglosas que, como he dicho, atraviesan dos «lenguas comunes» o dos dialectos y aparecen, por ejemplo, en griego antiguo o alguno de sus dialectos y en germánico y otras lenguas.

Las lenguas comunes se han ido creando gradualmente y se han escindido históricamente también de forma paulatina, sin fronteras absolutamente tajantes. Estas se han creado, en muchas ocasiones, cuando ha habido unificaciones por causa de hechos culturales y políticos y cuando las lenguas se han desplazado, por causa de guerras o anexiones políticas, y se han encontrado con otras: el castellano con el francés, por ejemplo.

Las lenguas indoeuropeas de Europa, quiero decir, las que entran dentro del panorama que tiene todavía trascendencia para nuestras lenguas de hoy (dejo de lado las anteriores del «antiguo europeo») nos son conocidas en fechas diferentes: cuando han sido escritas y estos testimonios escritos han llegado a nosotros. De esto hay que decir aquí algo, y también de la localización de las mismas a lo largo del tiempo.

Me parece oportuno repetir el esquema, antes publicado por mí, que dibuja las dos hordas indoeuropeas que, en fechas diferentes desde el 2500 a. C., invadieron Europa. Una es la meridional: su cabeza, bordeando el mar Negro y entrando por el sur de los Cárpatos, trajo a Europa el tracio (luego perdido) y el griego, quizá también el frigio y el armenio, pasados secun-

dariamente a Asia. Su «cola» o rama oriental es la que penetró, a través de la llanura de Gorgan, al este del Caspio, en Irán y la India, transportó allí el indoiranio. Esta horda meridional es la del IE III A, tantas veces mencionado, que luego descendió al Mediterráneo, por un lado, y a Irán y la India, por otro.

Su movimiento hacia el oeste, después hacia el sur, debió de ser bastante anterior al año 2000. Su cabeza estaba formada por los antecesores de los griegos, que pudieron entrar en contacto, en algún momento, con la cola de la horda septentrional, la del IE III B, que penetró por el norte de los Cárpatos y produjo (aparte del tocario, que se desvió hacia el este) el báltico, el eslavo, el germánico, el celta, el latín y el itálico, que se dirigieron hacia el oeste y, algunos, luego, hacia el sur, hacia las tres penínsulas europeas. Los contactos entre las dos hordas se reflejan en rasgos comunes al griego y las lenguas germánicas, eslavas, etc. y en otros comunes al indoiranio y el báltico y el eslavo. A algunas he hecho ya referencia en otros lugares.[12]

Esta segunda horda, la septentrional o III B, produjo las principales «lenguas comunes» europeas de las que he venido hablando. Los rasgos lingüísticos comunes de unas y otras y su propia posición geográfica certifican que esta horda, sin duda en varias fases, traía pueblos cuyas lenguas indoeuropeas fueron cristalizando sucesivamente ya dentro de Europa: en cabeza el latín y el itálico (que bajaron a Italia), luego el celta (que ocupó en un momento todo el centro de Europa), seguía el germánico (en el sur de Suecia, Jutlandia y la costa del Báltico), luego el eslavo, en la cola el báltico (aparte del tocario que, ya se sabe, se desvió en dirección contraria). En algún lugar intermedio se encontraban los creadores del ilirio, que, como el latín, el itálico y el celta, se dirigió en algún momento hacia el sur; de ellos salió, se cree, el albanés.

Esta es la segunda línea invasora de mi esquema, la septentrional, como digo, que simplifico, evidentemente, en cuanto a fechas (más recientes que la primera línea) y geografía. Y que supone, sin duda, invasiones acaecidas a finales del segundo milenio e incluso a comienzos del primero. Encontraban estos pueblos en Europa, sin duda, lenguas diversas procedentes de las grandes invasiones desde el quinto milenio: aquellas a las que hemos atribuido el «antiguo europeo» y quizá el pelásgico. Quizá, también, lenguas no indoeuropeas: pueblos de origen diverso se unían en estos movimientos.

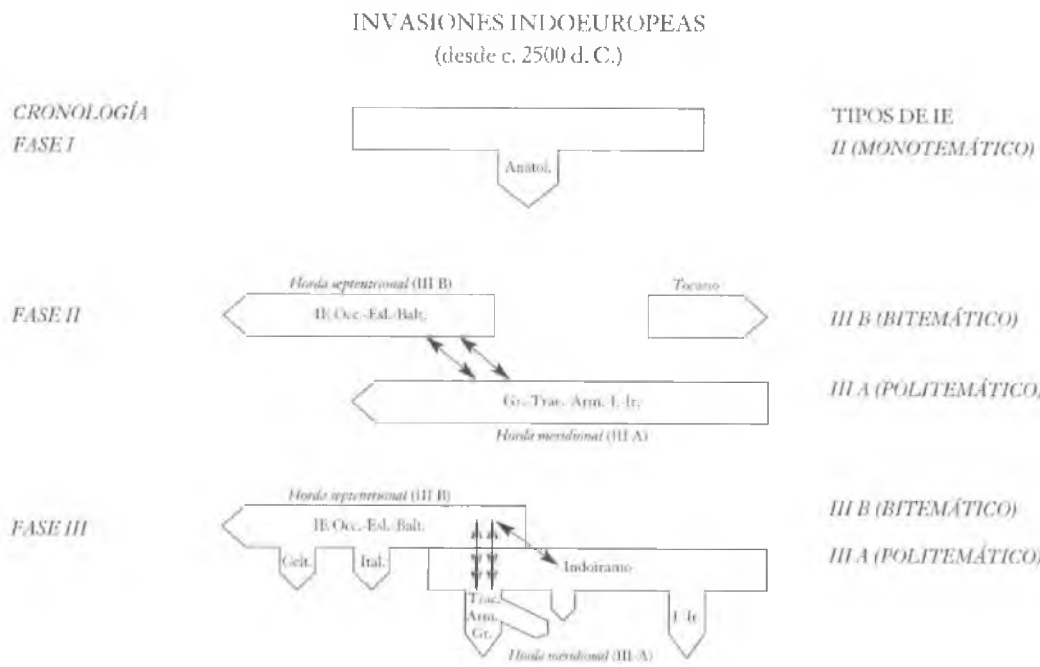


Diagrama de la expansión y relaciones de las lenguas indoeuropeas

No hay que concebir las grandes «lenguas comunes» indoeuropeas de las que vengo hablando como un *continuum*, sino como cristalizaciones acaecidas en lugares más bien limitados, como «manchas» en un mapa de Europa, que luego se extendieron y corrieron en diversas direcciones, sobreponiéndose, a veces, unas a otras. En principio, hay que situar una de estas manchas, la celta, en la zona de Baviera, Suiza y Bohemia, entre el siglo VIII y el V a. C.; otra, la germánica, en Suecia y la costa báltica, ya hacia los siglos IX y VIII a. C.; latinos e itálicos estarían al sur de los celtas, en los aledaños de los Alpes, hacia el año 1000.

En cuanto a los eslavos, solo a comienzos de nuestra era empezaron a moverse hacia Europa, antes debían de estar situados entre el Vístula y el Dnieper. Luego, desde el siglo VI d. C. tuvieron lugar las grandes invasiones, que dejaron dialectos al norte de los Cárpatos, más tarde los atravesaron hacia el sur, ocupando Bulgaria y bajando al norte de Grecia. Más tarde los eslavos se expandieron en varias direcciones, chocando, al oeste, con los germanos. Por el este, venían detrás de ellos los bálticos, hoy reducidos a mínimos. Parte de la toponimia rusa es báltica, y una lengua báltica se habló en Prusia hasta el siglo XVIII.

Este es un esquema que habría que ampliar para colocar en él a los tracios, los ilirios, los venéticos, los mesapios. Pero la idea es clara: hubo creación de nuevos dialectos en territorios restringidos, luego invasiones sucesivas que llevaron a los celtas hasta el norte de Italia y el centro de España y a todo el oeste, incluidas las islas Británicas; a los germanos, más tarde, en diversas direcciones hacia el oeste y el sur, a costa de celtas y romanos. Hubo el empuje, finalmente, de los eslavos y bálticos desde el este. Todo el substrato indoeuropeo procedente de invasiones más antiguas desapareció, dejando restos, tan solo, en la toponimia y en préstamos léxicos.

HISTORIA DE LAS PRINCIPALES LENGUAS COMUNES

GRIEGO

Por supuesto, la lengua indoeuropea más antigua de Europa, de entre aquellas a las que me estoy refiriendo y que pertenecen al contexto que es-

tamos estudiando, es el griego. No me refiero ahora al punto ya tratado y del que me ocuparé más adelante en detalle, el de su influjo en las demás lenguas indoeuropeas (y no indoeuropeas) de Europa. Me refiero a su llegada a Europa y a su historia interna. Algo que he tratado detenidamente en mi *Historia de la lengua griega*.[11]

La opinión más ampliamente sostenida es que hubo en los Balcanes un griego común emparentado con las otras ramas del IE III A ya mencionadas y, posiblemente, escindido internamente. Hacia el 2000 a. C. penetró en Grecia una de sus ramas, el griego oriental, del que surgieron luego un dialecto literario, el aqueo épico de Homero (que conocemos por su redacción en el siglo VIII), y uno burocrático, el micénico, que las tablillas descifradas en 1953 nos han revelado.[12] Y, más tarde, los dialectos jónicos y eólicos, que conocemos por las inscripciones y la literatura, a partir del siglo VII a. C., además del arcadiochipriota, conocido solo epigráficamente. Hacia el año 1000 llegaron los dialectos dóricos, más arcaizantes, luego escindidos a su vez.[13]

No puedo escribir aquí la complicada historia de estos dialectos, ni su difusión por las varias costas del Mediterráneo, de Asia Menor a Sicilia, a Italia, Massalia e Iberia.

Lo importante es que el griego que influyó en las lenguas posteriores de Europa es, fundamentalmente, un dialecto unificado que se creó sobre la base del ático, pero con algunos otros elementos. Es la llamada *koiné*, que, por otra parte, con diferentes variantes, fue la lengua oficial de la mitad oriental del Imperio romano y, luego, de Bizancio. Principalmente, como lengua culta o *katharévousa*;[14] la versión popular o *dimotikí* está menos documentada en fecha antigua y bizantina.

De la *koiné* viene el griego moderno: de la variante «popular», con algunos elementos de la lengua más culta.

El griego moderno no procede, pues, como las otras lenguas de Europa, de un antiguo dialecto, luego lengua, derivado de una «lengua común» indoeuropea: caso del español, el alemán o el ruso, por ejemplo. No: el griego, escindido desde el comienzo en dialectos, fue unificándose poco a poco y la lengua unificada resultante, que culminó en el ático y la *koiné*,[15] es la que atravesó los siglos. Cierto que, a su vez, de ella derivan variantes populares y cultas, como he dicho, y otras geográficas, que han tenido escasa difusión e implantación en Grecia. La lengua unificada de la época bizantina

es la base del griego moderno, tras el reconocimiento internacional de la independencia de Grecia en 1830. Con la variante *dimotikí* principalmente, como he señalado también.

Fundamentalmente, la *koiné* fue difundida por los macedonios cuando, a partir de Filipo y Alejandro, iniciaron la unificación de Grecia y de parte de Oriente. Es un derivado del ático y representa su triunfo cultural, allí donde, militarmente, Atenas había perdido todas las guerras.

El influjo del griego en las lenguas europeas, en cambio, procede de muy diversas fases del mismo: de la *koiné* de fecha helenística y romana y, a veces, del griego más antiguo, como el jónico de los médicos y el ático de oradores y filósofos. Es un tema que estudiaremos más adelante.

El griego desempeña, pues, dentro de la historia lingüística de Europa, un papel muy especial. Previamente, el alfabeto griego se había extendido por todo el Mediterráneo, de Asia Menor a Italia, Sicilia e Iberia. Y la lengua griega había acabado por sustituir a lenguas diversas en Asia, en Sicilia, en Marsella, en colonias por casi todo el Mediterráneo. Aunque en Asia y Egipto tuvo que luchar con lenguas semíticas como el arameo y el siriaco y con el egipcio mismo, en la Edad Media con el búlgaro y el árabe.

LATÍN Y LENGUAS ROMÁNICAS

La historia del latín es diferente. En tiempos se consideraba descendiente de una «lengua común» de la que también vendrían las llamadas lenguas itálicas, osco y umbro; hoy más bien se piensa que no, que eran ramas indoeuropeas independientes, aunque rasgos comunes sí tienen. El latín, dialecto del Lacio emparentado con el falisco, estaba ya establecido allí desde el siglo VIII a. C. y está documentado desde el siglo VI. Fue influido desde pronto por el etrusco y, más tarde, por el griego. Se extendió por toda Italia, en el siglo III, por causa de la conquista romana; luego, por todo el imperio.

Es, en definitiva, una variante de una lengua indoeuropea establecida en el Lacio en el siglo VIII a. C. Con el tiempo, se fragmentó creando las diversas lenguas románicas. Es el típico IE III B, con fusión de aoristo y perfecto, pero con algunas particularidades, como la fusión de subjuntivo y optativo, la creación de un futuro y un imperfecto compuestos, de infini-

tivos y participios en cada tema, etc.,[th] y arcaísmos como las desinencias con *-r* y la flexión semitemática, aparte de las innovaciones fonéticas y las de una flexión nominal ampliada.

En efecto, tras ser influido tempranamente por el etrusco, el latín se helenizó muy pronto. De Grecia viene una parte importante de su léxico, de sus géneros literarios y de su sintaxis y estilo. De esto hablaré más adelante. Por otra parte, es del latín llamado vulgar, el del pueblo en la edad tardía, que incorporaba elementos griegos orales y otros, del que provienen las lenguas románicas, que luego fueron recibiendo, siglo a siglo, elementos cultos tanto latinos como griegos. De esto se hablará, también, más adelante.

Otra importancia tuvo la lengua latina. Y es que devoró innumerables lenguas. En Italia y a veces fuera, el etrusco, las lenguas itálicas que he citado, el ligur, el lepóntico, el venético y mesapio, el rético, el falisco, el osco y el umbro, lenguas todas indoeuropeas; muchas lenguas, indoeuropeas y no, en Sicilia (élimo, sículo, sicano, griego). Devoró igualmente el celta en el norte de Italia y en gran parte de Europa. El ibero, además, en Hispania, el númida y el púnico en África. En otros lugares fue importante como lengua administrativa y militar, aunque no consiguiera convertirse en lengua única: así en Asia y en Egipto.

De este modo, con la expansión del latín hubo una reducción del número de lenguas indoeuropeas en Europa, aunque con él coexistieron el celta y el germánico, entre otras lenguas.

Hay que insistir en que la historia lingüística de Europa estaba ya, en cierto modo, diseñada desde la época de la República y del Imperio romanos, cuando con el latín convivía el griego y con ambos, pacíficamente o no, al norte y al oeste, convivían lenguas célticas y germánicas, y también, más tarde, las eslavas. De todos estos pueblos nos han dado noticia los escritores latinos y los griegos. Cierto que las lenguas celtas y germánicas que han llegado hasta hoy, y por supuesto las eslavas y bálticas, son más recientes. Pero fue desde la caída del imperio cuando la mayor parte de estos pueblos admitieron el alfabeto latino (los eslavos el griego) y la impronta cultural latina y griega.

En realidad, celtas, germanos y eslavos ocuparon, al principio, enclaves relativamente pequeños dentro de un panorama amplio de lenguas indoeuropeas procedentes de oleadas anteriores y de algunas no indoeuropeas, como he dicho. Luego, estas nuevas lenguas indoeuropeas se expandie-

ron, y a ello hay que atribuir la extinción de lenguas como el tracio, el macedonio, el geta, el rético y el ilirio, del mismo modo que antes el latín había hecho desaparecer las lenguas de Italia.

Pero el latín se fragmentó, es bien sabido. Líneas antes he presentado un pequeño catálogo de las lenguas romances de él derivadas. En otro apartado insistiré, dentro de ellas, en las que, por circunstancias históricas, han ocupado, diríamos, el centro de la escena: el italiano (florentino), el francés (lengua de la Île-de-France) y el español (castellano). Estas lenguas han tendido a arrinconar a las demás, aunque no siempre lo han conseguido. Aparte de las amplias zonas en las que son lenguas propias, en otras son lenguas comunes de vastas naciones en las que se hablan también otras lenguas y dialectos varios. Y han pasado a vastos espacios fuera de Europa.

Con todo, ya hemos visto que existen otras lenguas romances que son oficiales de algunas naciones, como el portugués y el rumano, y otras que, en todo caso, son importantes, como el catalán.

Ha habido, pues, una gran variación desde la antigua situación del latín como lengua de todo el Mediterráneo, del occidental en todo caso, y su fragmentación posterior, que ha tendido a reducirse con el predominio de algunas grandes lenguas. En todo caso, el modelo del latín y de su antigua cultura ha persistido, no solo porque las lenguas romances conservan huellas evidentes de todo ello, sino porque periódicamente el influjo unificador y culturizador del latín, del que he hablado, se ha impuesto.

El conjunto de las lenguas románicas y de las germánicas ocupa, como he dicho, la mitad de Europa, al lado de la otra mitad, ocupada por el griego y las lenguas eslavas. Dos mitades que se han influido recíprocamente, añadiéndose este influjo al que viene de la Antigüedad griega y latina y al que, dentro de estas dos mitades, ejercía el sur romano y griego sobre el norte románico, germánico y eslavo, y ejercía todo el conjunto sobre algunas lenguas marginales que quedaban.

LENGUAS CELTAS

En el siglo III a. C. los celtas, que ahora están reducidos a una situación periférica, ocupaban todo el oeste y centro de Europa, desde Irlanda y Gran Bre-

taña a Bohemia, pasando por Francia, casi toda Alemania, el norte de Italia y España, salvo la costa mediterránea. En Asia Menor se implantaron los gálatas. Todo esto representa una gran expansión a partir de la patria original, que se sitúa en una zona que va del este de Francia a Suiza, Baviera y Bohemia. Y ello en las épocas de Hallstatt y La Tène, entre los siglos VIII y V a. C.

Enorme expansión fue, pues, la de los celtas a partir de esa patria original.[17] Han dejado abundantes huellas toponímicas y de préstamos léxicos. Después vino su progresiva decadencia. Ocuparon Roma en el 390 a. C., pero luego la Galia Cisalpina, esto es, el norte de Italia, fue conquistada por los romanos. Y César hizo lo propio con las Galias en el siglo I a. C. En ese momento, los celtas sufrían las ofensivas de los germanos, ofensivas que continuaron cuando, ya en el siglo V d. C., al retirarse los romanos, los anglosajones ocuparon Inglaterra. Más tarde llegaron a esta isla los frisones y los daneses, entre otros germanos.

Las lenguas celtas han quedado reducidas, como he dicho, al extremo occidente, en Gales, Escocia e Irlanda, donde hoy son minoritarias, y a la Bretaña francesa (adonde los celtas pasaron desde Inglaterra).

Pero los celtas fueron importantes para la cultura europea. Conocemos bastante bien el celtíbero y el galo de antes de la conquista romana gracias a inscripciones ya en alfabeto griego, ya en alfabetos o semialfabetos de origen griego o fenicio. Introdujeron luego los celtas, en Irlanda, desde el siglo V d. C., el alfabeto latino para escribir primero glosas, después una literatura propia (antes había existido la escritura llamada ogámica). Y cristianizaron Inglaterra y Escocia desde Irlanda, de donde llegó san Colombano, y desde Roma, de donde llegó del monje Agustín, enviado por Gregorio Magno.

Hubo en la Edad Media inicial una importante cultura celto-latino-cristiana, que llevó a la fundación del monasterio de Saint-Gall en Suiza y que influyó con Alcuino y otros monjes en el Renacimiento carolingio y luego en el conocimiento de los clásicos, incluidos los griegos, en Europa en general. Scoto Erígena, del siglo IX, es uno de los nombres más conocidos.

Y, sin embargo, así como la gran nación celta en Europa sucumbió ante romanos y germanos, la nación celta medieval de las islas Británicas decayó poco a poco, irremediablemente, ante los ejércitos y la cultura de los anglosajones, que acabaron por conquistar Escocia e Irlanda, los casi últimos bastiones.

Así, las lenguas celtas han dejado escasa impronta en el panorama lingüístico europeo, salvo préstamos y bastantes topónimos tomados del celta antiguo.

Por ejemplo, entre los préstamos, muchas veces llegados a través del latín: esp. *cerveza*, port. *cerveja* (de *cervisia*), derivados diversos de *cavallu*, *capanna*, *bracca*, *sagu*, *lancea*, *alauda*, *carro*, *leuca*, etc. En los topónimos son frecuentes terminaciones como *-briga* 'ciudad' (*Mirobriga*, *Turobria*, *Coimbra* < *Conimbriga*, *Bragança*); *-dunun* 'ciudad, fuerte' (*Lyon* < *Lugdunum*, referente al dios Lug; *Verdun* de *Uperdunum*); *-lano* 'llano' (*Milano* < *Mediolanum*); *-rito* 'vado' (*Madrid* < *Magetoritum* 'vado del campo', creo que *Botorrita* 'vado de las vacas'); y los prefijos *seg-* 'victoria' (en *Segovia*, *Segóbriga*, *Sisamón* < *Segisama*, *Sigüenza* < *Segontia*); *nemeto-* 'bosque sagrado' (*Nanterre*).

Las lenguas celtas eran morfológicamente conservadoras, pero su fonética ofrece algunos rasgos originales importantes. El celta perdió la *p-* indoeuropea inicial: el IE *para* es en celta *are* (así en *Aremorica*). Hay un debilitamiento o lenición de las consonantes: en irl., por ejemplo, *c*, *t*, *g*, *d*, *b* se transforman en sordas aspiradas. Y dentro del celta, la *kw* indoeuropea da *k* en irlandés (*cúig* 'cinco'), *p* en galés (*pump*) y bretón. En la morfología, que conservó en antiguo irlandés los cinco casos, pero perdió gradualmente el neutro y el dual, hay arcaísmos importantes en el verbo (formas medio-pasivas con *-r*, subjuntivo que deriva directamente de la raíz), pero también innovaciones como varios futuros, la pérdida del optativo, la creación de una flexión absoluta y una conjunta.[18]

El celta antiguo, el galo y el celtibérico eran más arcaizantes todavía.[19]

LENGUAS GERMÁNICAS

El papel protagonista, en la Europa central y occidental, ha pasado a las lenguas germánicas. Ya hemos visto cómo, en un comienzo, ocupaban un lugar marginal, en Suecia y en la costa del Báltico desde Jutlandia hasta la desembocadura del Vístula. Pero a partir del siglo VIII a. C. comenzaron a expandirse y en el siglo V llegaron, por un lado, al Rin; por otro, ocuparon toda la llanura de la Baja Alemania.

Los germanos eran vecinos de los fineses, de los cuales tomaron préstamos léxicos. Otros préstamos en lenguas germánicas proceden de los cel-

tas, con los cuales pronto entraron en contacto y a los cuales desplazaron, como he dicho.

Desde el siglo II d. C. los germanos nos dejaron las inscripciones llamadas rúnicas, que muestran un germánico poco diferenciado. Hoy el germánico es dividido por los lingüistas en tres grandes grupos: el occidental, el septentrional y el oriental. Dentro de cada uno había lenguas diferenciadas. Ya en el siglo IV a. C. Piteas de Marsella hablaba de la tribu de los teutones, situada cerca del mar del Norte: pertenecían al grupo occidental.

El germánico septentrional es el que permaneció en la península escandinava y Dinamarca, prácticamente en la patria primitiva; en el oriente se establecieron los godos, desplazados hacia el sur y luego en varias direcciones; son los que hablaban la lengua germánica mejor conocida, gracias a la traducción de la Biblia del obispo Ulfilas, en el siglo IV d. C.

El conocimiento de los germanos, sin embargo, es para nosotros anterior: comienza con las invasiones de los cimbrios y los teutones, germanos occidentales, lanzadas contra la Galia e Italia a finales del siglo II a. C. y vencidas por el cónsul Mario en 102 y 101. Comenzó así la larga confrontación entre romanos y germanos, que continuó con la derrota del cónsul Varo en el bosque de Teotoburgo, en el año 9 d. C., y con diversos enfrentamientos con los germanos occidentales, a los que Roma intentaba contener con el *limes* que seguía el Rin y el Danubio; los intentos de invasión hasta el Elba fracasaron. Fue defendido hasta el final el *limes*, pese a todo.

Sobre estos germanos tenemos información relativamente abundante, suministrada por César y Tácito. Luego, de entre ellos, fueron a finales del siglo III los francos y los alamanes los que cobraron mayor protagonismo. Los anglos y otras tribus también occidentales pasaron a Gran Bretaña cuando de allí se retiraron los romanos, en el 410, como hemos señalado.

Estos germanos occidentales, de entre los cuales los francos ocuparon la Galia mientras que otras tribus, que permanecieron en Alemania y la costa del mar del Norte, crearon el alemán, bajo y alto, se contaron entre los principales enemigos de Roma. Pero también los godos, ya mencionados, germanos orientales que chocaron con el Imperio de Oriente y luego erraron creando reinos en el norte de Italia (ostrogodos) así como en el reino de Tolosa en Francia y en España (visigodos). Acabarían por ser destruidos todos ellos, bien por los francos, bien por los árabes, en el caso de los visigodos de España.

Como se ha dicho, son los godos los primeros germanos que adoptaron la escritura, tomada de los griegos (aparte de las inscripciones rúnicas ya mencionadas). Más tarde los germanos occidentales de Alemania e Inglaterra adoptaron el alfabeto latino.

En definitiva, mientras que los germanos que quedaron dentro de las antiguas fronteras del Imperio occidental, en Italia, Francia e Hispania, perdieron sus lenguas, adoptando primero el latín, luego lenguas romances, los que quedaron fuera de estas fronteras conservaron sus lenguas germánicas, ya de tipo occidental, ya de tipo nórdico: he dado páginas atrás un catálogo de estas lenguas. Pero todos se cristianizaron, todos adquirieron una cultura que, conservando elementos germánicos, era fundamentalmente latina y cristiana.

Fueron los francos y los visigodos los primeros que se romanizaron y cristianizaron: los francos al cristianismo de Nicea (con Clodoveo en el 496, los visigodos al arrianismo, luego al credo de Nicea con Recaredo en el 589). Otros pueblos germanos se convirtieron también. Juan de Biclaro fue el primer godo que escribió en latín. Y san Isidoro escribió en latín en un momento, ya en el siglo VII, en el que en el resto de Europa ya no se escribía en latín culto.

Sobre el modelo romano crearon reinos y, finalmente, un imperio: el romanogermánico de Carlomagno (coronado en Roma en el año 800) y sus sucesores. Intentaban así reconstruir el Imperio romano.[20] Y expandir otra vez un latín aproximadamente clásico, usado desde entonces en la administración y la literatura.[21]

Paralelamente, en Bizancio las lenguas germánicas no lograron desplazar al griego, pese a los triunfos, en un momento dado, de los godos (batalla de Adrianópolis en 278 d. C.). Tampoco lograron implantar estas lenguas los vikingos, germanos nórdicos que, con sus barcos, recorrieron y asaltaron las costas del Atlántico y el Mediterráneo del siglo IX al XI. Incluso llegaron a Rusia y, en ella, al Caspio y el mar Negro. Pero allí donde se asentaron, en Normandía, aceptaron un dialecto francés. En Inglaterra los daneses invasores fueron asimilados por los anglosajones.

Así, resumiendo, las numerosas tribus germánicas que conocemos por referencias varias no dejaron, en general, rasgos lingüísticos que podamos atribuir a una tribu definida. Ha quedado un nórdico bastante indiferen-

ciado internamente, así como el bajo alemán, el alto alemán (o alemán literario actual) y el inglés, del que hablo más adelante. Las lenguas germánicas modernas proceden, sin duda, de mezcla de dialectos tribales. Todas ellas tienen un importante componente léxico latino (y luego francés, etc.).

Antes he presentado algunas innovaciones fonéticas de todo el germánico: primera mutación consonántica, vocalización de las sonantes con *u*. () del alto alemán (segunda mutación consonántica). Por lo demás, el germánico es, dentro del IE III B, una lengua bastante tradicional, con cinco casos y con fusión del aoristo y perfecto en un pretérito. Es nueva la existencia en el adjetivo de una declinación fuerte y una débil, también de una flexión fuerte y una débil en el verbo; en él se crearon diversas formas perifrásticas para el perfecto, la pasiva y el futuro. Hubo una reestructuración del sistema de los modos.[22]

Dentro de estos rasgos comunes, los hay propios de las distintas ramas. Lo más notable es la postposición del artículo (derivado del demostrativo) en nórdico.

En cuanto al léxico germánico absorbido por lenguas románicas como el francés, el castellano o el florentino, a menudo resulta difícil dilucidar su origen dialectal.[23] Y ello porque de las lenguas germánicas antiguas no nos han quedado textos escritos, salvo la Biblia gótica. Hay, luego, textos medievales, pero ya de las lenguas germánicas modernas: del inglés (desde el siglo VII), del alto alemán (siglo VIII), del bajo alemán (holandés, siglo XII), del islandés (siglo XIII).

Las lenguas germánicas, que ocupan una parte muy importante de Europa y han pasado a otros continentes y, en el caso del inglés como segunda lengua, a todo el mundo, ofrecen, pues, un panorama muy diferente del que presentaban en la Antigüedad. En ella ocuparon casi toda Europa al oeste del eslavo y al norte del antiguo Imperio romano, pero estaban muy fragmentadas de una forma que difícilmente podemos reconstruir.

Eso sí, aunque vencieron a Roma, lingüísticamente no pudieron penetrar en su ámbito, quedaron fuera. Y cultural y aun lingüísticamente se conformaron a los modelos romanos y cristianos. Con lo cual Europa quedó enormemente ampliada hacia el norte. En lo fundamental, esta fue la suma de los descendientes de Roma y de los pueblos germánicos culturizados por ella, más Bizancio y los pueblos eslavos, que Bizancio culturizó.

Así, las antiguas divisiones lingüísticas se reflejan mal en las lenguas germánicas modernas, salvo en el caso del nórdico.[24] Las lenguas germánicas modernas son, repito, fundamentalmente, el germánico continental, con el alemán bajo y alto; el nórdico; y el insular, con el inglés, todo dentro de un universo muy romanizado y con una notable tendencia a la aproximación lingüística y cultural, pese a los enfrentamientos que trajo la historia.

LENGUAS ESLAVAS

Si el centro de Europa fue ocupado, ya en el primer milenio antes de Cristo, sobre todo en su segunda mitad, primero por las lenguas célticas, luego por las germánicas, más tarde estas se entraron en conflicto con las eslavas.

Los eslavos no estuvieron entre los pueblos que chocaron con el Imperio romano, chocaron más tarde con los bizantinos, con Justiniano, ya en el siglo VII: logró rechazarlos solo en parte. El primer reino eslavo fue el búlgaro, fundado en 681. Se expandieron luego los eslavos hacia el oeste (polaco, checo), hacia el sur (serbocroata), hacia el este (ruso, ruso blanco). Por el oeste chocaron, como hemos visto, con los germanos, que se expandían a su vez hacia el este, apoyados a partir de un momento en la orden teutónica. Luchaban contra eslavos y bálticos.

La localización más antigua de los eslavos, quizá hacia el comienzo del primer milenio antes de Cristo, se sitúa al norte del mar Negro, en lo que es hoy Ucrania, Bielorrusia y parte de Polonia: entre el Dnieper y el Vístula.[25] Sin duda había ya eslavos, en fechas anteriores, al nordoeste del mar Negro. Por el este les seguían los bálticos, que según algunos procedían de un mismo grupo lingüístico; en todo caso estaban próximos, luego fueron desplazados hasta las orillas del mar Báltico. Solo más tarde, hacia la mitad del primer milenio, se movieron los eslavos hacia el norte (superponiéndose a los bálticos), hacia el oeste (donde chocaron con los germanos) y hacia el sur (contra tracios y griegos). Así ocurrió con los antiguos búlgaros.

Se identifica, a veces, a los eslavos más antiguos con los antiguos venethi o venedi, citados por Plinio y Tácito.

Estuvieron en contacto con pueblos finougrios y altaicos, su gran expansión fue a la caída del Imperio de los hunos, hacia el 453.

Es un grupo que tiene elementos comunes con lenguas indoeuropeas a las que, en algún momento, estaba próximo. Con los iranios, desde luego; se ha hecho referencia a la palatalización de las guturales, a la confusión del timbre de las vocales (también en germánico), al paso de *s* a *sh* tras *i*, *u*, *r*, *k*, a hechos léxicos diversos. Y con los germanos (casos oblicuos en *-m*, flexión del participio femenino, etc.). Otras isoglosas enlazan el eslavo con el griego, entre otras lenguas, como la existencia de pretéritos compuestos: la retaguardia del grupo indoeuropeo septentrional, formada por báltico y eslavo, quedó en algún momento en contacto con la vanguardia del meridional, el del tracio y el griego.[26]

Todo el conjunto del eslavo y el báltico constituye un sector indoeuropeo arcaizante, sin modos ni perfecto, con coincidencia entre la 2.ª y la 3.ª sg. en pretérito, sin distinción de las antiguas voces. A veces el arcaísmo es solo del eslavo, como en la falta de futuro. Es una lengua del tipo III B, igual que el tocario, que se movió hacia el este, y con innovaciones notables en fonología y en la flexión verbal.

Innovaciones muy características del eslavo son, por ejemplo, las sílabas abiertas, la palatalización de dentales, etc.; la oposición de los aspectos perfectivo e imperfectivo (al principio notada por el verbo con preverbio frente al sin preverbio, luego con varios sufijos). Y secundariamente se crearon grandes diferencias entre los distintos sectores de las lenguas eslavas. Alguna, como la pérdida de la declinación en búlgaro, ha sido mencionada ya.

La lengua y la cultura eslavas evolucionaron mucho en contacto con la cultura bizantina, primero, y la germanolatina después.[27]

Simplificando, en el año 863 fueron enviados por Bizancio a Moravia los monjes Cirilo y Metodio, de origen griego, con propósitos de evangelización —y de favorecer los intereses del Imperio bizantino frente a los del romano-germánico—. Fracasaron en este empeño, pero crearon los alfabetos glagolítico y cirílico, derivados del griego. Tradujeron al eslavo los Evangelios y otros textos griegos: este es el eslavo antiguo o eslavo eclesiástico, del que procede el búlgaro moderno. Hubo luego un complicado juego diplomático entre búlgaros, bizantinos y el papa de Roma. Los eslavos intentaban independizarse de todos ellos y de los germanos.

La conversión del búlgaro en una lengua religiosa y culta fue parte importante en este juego. Pero recibiendo, por supuesto, un importante influ-

jo griego. La más antigua literatura eslava consiste en traducciones; luego se creó, por imitación, una nueva literatura, como en tantos otros casos.

Una cultura eslava helenizada se implantó primero en Bulgaria, después en la zona que es ahora la República de Macedonia (Ohrida) y en Ucrania (Kiev). Más tarde, en Serbia, sobre todo. Y en Rusia, en torno a Moscú: su gran expansión hacia el Báltico y luego hacia el Pacífico es ya del siglo XVIII, desde los tiempos de Pedro I y Catalina II.

Nacieron, por tanto, lenguas eslavas diferenciadas, así como toda una cultura eslavo-helénica que se tradujo en ciudades, palacios, monasterios, iglesias, arte pictórico, etc. Cuando, en 865, tuvo lugar la cristianización de Bulgaria (el khan Boris I fue bautizado en Constantinopla como Miguel), la religión adoptada fue la ortodoxa, acompañada del alfabeto cirílico. Fue extendida más adelante, como acabo de decir, a los eslavos de Ochrida (por obra de Clemente, discípulo de Cirilo y Metodio) y Ucrania (conversión del príncipe Vladimir en 988) y a los rusos.

O sea: un conjunto de lenguas eslavas hizo avanzar a Europa hacia Oriente, hizo retroceder a los germanos hacia Europa central, y continuó la Europa helénica hacia el norte. Pero no es solo esto: otras lenguas eslavas, en Chequia, Eslovaquia, Croacia y Polonia sobre todo, recibieron el influjo occidental desde el siglo XI. Se escribieron en alfabeto latino y la religión imperante fue la católica. Mucho más tarde, en el XVIII, Rusia fue en cierta medida occidentalizada por Pedro el Grande.

En el siglo X los eslavos ocupaban ya una vasta extensión. Por el este llegaban a una línea desde Carelia a Rostov y a la desembocadura del Dnieper: en una parte de este dominio habían sucedido a los bálticos. Por el sur llegaban a los límites de Grecia (en alguna medida eslavizada, por ejemplo en la zona de Salónica), también al Adriático. Por el oeste atravesaban el Vístula.

Este es el gran conjunto de las lenguas eslavas, que se extendió desde los límites de las lenguas germánicas hasta los del griego y, en dirección al este, hasta los Urales (y, en último término, hasta los límites de China y el Pacífico). Son unos trescientos millones de hablantes, que dieron una nueva dimensión a Europa y continúan la lengua indoeuropea y la cultura grecolatina. Las fronteras lingüísticas con germanos y griegos son tajantes, como suelen serlo las de aquellas lenguas que se han encontrado tras grandes

movimientos de pueblos (aunque en fecha antigua, ya lo he dicho, hubo contactos); menos tajantes las de eslavos y bálticos, que proceden de un mismo ámbito lingüístico.

En suma, se crearon dentro del eslavo tres grupos de lenguas. Uno, el meridional, con el búlgaro, el macedonio y el serbocroata (pero el croata, sometido al influjo centroeuropeo, se escribió con alfabeto latino, como he señalado). Otro, el oriental o ruso, con el gran ruso, el pequeño ruso o ucraniano y el ruso blanco o bielorruso. El tercero, el occidental, con el polaco, el checo, el eslovaco y el sorabo, hablado en Lusacia. Hay pequeñas supervivencias del eslavo hablado en Pomerania.

Los eslavos meridionales, influidos por Bizancio, tienen un alfabeto derivado del griego y religión ortodoxa; los occidentales, alfabeto latino, como he dicho, y religión católica. Pero las lenguas siguen constituyendo una unidad.

LENGUAS BÁLTICAS

Era el otro gran grupo de lenguas del este de Europa. Primitivamente (quizá en el primer milenio antes de Cristo) se hablaban en una amplia región, a lo largo del Báltico, y en el interior del continente hasta el Vístula y, más allá, hasta el actual Moscú. Estaban bordeadas por el norte y el este por las lenguas uraloaltaicas, por el oeste y sur por las eslavas (que ocuparon luego gran extensión de su territorio, buena parte de la toponimia rusa es báltica), y por el oeste también por las germánicas. Un dialecto báltico, el antiguo prusiano, subsistió hasta el siglo XVIII; Prusia fue conquistada luego por los germanos.

Sin embargo, no hay referencias antiguas claras a los antepasados de los bálticos. En realidad, el contacto con los pueblos occidentales fue tardío. Solo en el siglo XIII se escribió por primera vez una lengua báltica, el prusiano, ya mencionado. Pero en el mismo siglo Prusia fue conquistada por los alemanes de la orden Teutónica. Hay algunos escritos posteriores, de todos modos, sobre todo catecismos protestantes del XVI. De este mismo siglo proceden los antiguos textos lituanos, textos protestantes y católicos. Lituania fue una gran potencia en el siglo XV, en lucha con polacos y rusos. También del XVI han llegado textos letones.

Pero los pueblos bálticos, presionados por el este y sur por rusos y polacos, por el norte por los fineses, por el oeste por los alemanes, declinaron. Han estado, durante mucho tiempo, ocupados por Rusia, hasta que con la desintegración de la Unión Soviética Letonia y Lituania recobraron la independencia, aunque con un peso demográfico y territorial muy disminuido.

Ha habido teorías que han propuesto una antigua lengua común balto-eslava. Hoy más bien se piensa[28] en un grupo con relaciones internas bastante laxas. Ya hemos hablado de isoglosas coincidentes, a veces también con otras lenguas indoeuropeas que en algún momento fueron vecinas, y de arcaísmos.

Con todo, no siempre hay coincidencia con el eslavo: se conserva en báltico un futuro sigmático, por ejemplo, que no existe en eslavo. Y no se dan ciertas innovaciones del eslavo (y, a veces, de otras lenguas) en fonética y en morfología: por ejemplo, el pretérito con *-H+s*, el aspecto perfectivo / imperfectivo, etc. Faltan arcaísmos como el optativo. Pero también hay innovaciones bálticas, como el complejo sistema de la flexión nominal.

Bálticos y eslavos son, pues, grupos próximos, no tan distintos. El báltico y el celta son hoy restos lingüísticos indoeuropeos en los dos márgenes occidental y oriental de Centroeuropa, la ocupada por germanos y eslavos.

LAS OTRAS LENGUAS INDOEUROPEAS DE EUROPA

Las que empezaron siendo bolsas lingüísticas reducidas dentro del océano del indoeuropeo más antiguo se transformaron en vastos conjuntos de pueblos, germanos y eslavos, que absorbieron la cultura de Roma (los germanos y también algunos eslavos) y Bizancio (los eslavos). Roma y Bizancio, que eran las dos láminas del díptico de Europa, se prolongaron hacia el norte. Y la lengua de la primera se escindió. Así surgió el mosaico actual de las lenguas de Europa, con su componente septentrional y el meridional, más antiguo. Quedaron, como hemos visto, algunos reductos marginales de lenguas cuyo uso disminuyó.

A estas lenguas cuya difusión quedó reducida, célticas y bálticas, se añade el albanés, citado por san Jerónimo y reconocido como lengua indoeuropea por Bopp. Parece derivar de la vieja lengua de los ilirios, del

grupo que perdía la aspiración de las oclusivas sonoras; posiblemente, en su versión satem.[29] Se habría desgajado como lengua independiente hacia los siglos v o vi d. C. y está documentado tan solo desde finales de la Edad Media.

Pero este cuadro de las lenguas que componen fundamentalmente el europeo moderno, a raíz de los movimientos de pueblos en la Edad Media y hasta el siglo xvi y del surgimiento, también en la Edad Media, de dialectos varios y de su difusión o reducción, no quedaría completo si no insistiéramos en que todo ello debe verse desde el prisma de la situación más antigua.

Ya hemos comentado que en esta era diferente el lugar de las lenguas de la Europa septentrional. Fue entonces cuando se crearon vastos conjuntos lingüísticos y quedaron en primer plano las lenguas que hoy son las centrales, y cuando todas ellas quedaron expuestas al impacto de las culturas griega y latina, así como a los influjos recíprocos. Crecimiento de unas lenguas, reducción de otras y eliminación de unas terceras son los hechos que han configurado nuestro mapa.

Ello no ha ocurrido sin catástrofes lingüísticas ni pérdidas como las que he mencionado. He señalado cómo el griego eliminó en su territorio las lenguas anteriores; el latín, muchísimas lenguas en un territorio mucho más amplio, el de Italia primero, el del imperio después. Muchas de ellas eran lenguas indoeuropeas que he citado con anterioridad. Otras lenguas no se perdieron, pero se redujeron en gran medida.

Pero no estaría de más señalar las pérdidas siguientes, las de la primera Edad Media: son pérdidas que corresponden a la expansión de germanos y eslavos. También en este caso lenguas como las bálticas, aunque no se perdieron, quedaron muy reducidas.

Se perdieron en cambio el dacio, el geta, el tracio, el macedonio y el peonio en los Balcanes; y el frigio, aunque este tenía en Asia su asiento principal.

Ha habido, pues, en la Europa lingüística indoeuropea varias revoluciones. Una, la llegada y posterior eliminación del «antiguo europeo». Segunda, la llegada de nuevos pueblos del IE III A (el griego) y el IE III B (los demás): se establecieron en «bolsas» que luego se expandieron eliminando o absorbiendo el substrato que encontraban, indoeuropeo o no. Y todas ellas

evolucionaron hacia el que he llamado IE IV, cuyos rasgos también se implantaron en el indoeuropeo de Asia. He descrito los rasgos principales de este indoeuropeo.

Tras él, hubo varios fenómenos importantes, al pasarse de la Edad Antigua a la Media y la Moderna:[30]

1. Fragmentación del latín en varios grandes grupos en los que, a su vez, destacaron algunas lenguas importantes por su papel político y cultural. Adquirieron nuevos hablantes al latinizarse la población germánica del sur.

Las lenguas románicas tienen hoy, en total, en Europa, unos 225 millones de hablantes. Limitándome a las más difundidas: 42 el español, 60 el italiano, 55 el francés, veinte el rumano, ocho el provenzal, nueve el catalán, diez el portugués, tres el gallego. En total, 225 millones de personas, muchas de las cuales hablan, junto con las lenguas oficiales, diversos dialectos o lenguas.

2. Conservación del griego unitario, a saber, la *koiné* y sus continuaciones, con reducción de su espacio y sometido a algunas evoluciones internas, pero apenas fragmentado. El griego moderno tiene unos once millones de hablantes.

3. Crecimiento geográfico, demográfico, político y cultural del germánico y el eslavo, que a su vez produjeron algunas lenguas importantes.

Me limito a estas. Las germánicas las hablan en Europa unos 230 millones de habitantes, 20 las nórdicas, 110 el alemán, 25 el neerlandés y flamenco, 65 el inglés. Las eslavas, unos 280 millones, 200 las septentrionales (ruso, ruso blanco y ucraniano), 56 las occidentales (polaco, checo, eslovaco), 32 las meridionales (esloveno, serbocroata, macedonio, búlgaro).

4. Disminución del número de hablantes de otras ramas indoeuropeas: así, hoy existen un millón y medio de hablantes del celta, cinco del báltico, cinco del albanés. Las lenguas no indoeuropeas son minoritarias, habladas por unos 23 millones: dieciséis el húngaro, siete el finés, y uno el vasco.

5. Movimientos de unificación de origen cultural, a partir del griego y el latín, de todas estas lenguas y, a veces, a partir de influjos horizontales. Este es el fenómeno, esencial para el conocimiento de las lenguas de Europa, que estudiaré en la tercera parte de este libro.

CONCLUSIONES SOBRE EL INDOEUROPEO DE LA EUROPA ACTUAL

Querría insistir en el «aire de familia» de las lenguas indoeuropeas de la Europa actual, aunque, como ya he dicho, lingüísticamente este «aire de familia» se extiende a lenguas indoeuropeas de Asia. Y también he dicho que está acentuado, en Europa, por hechos culturales dependientes de la herencia griega y latina. Hechos que tenemos pendientes de estudio.

Pero antes he de insistir en que, si bien la fonética de estas lenguas indoeuropeas de Europa, así como sus sistemas fonológicos, son bastante diferentes unos de otros, poco captables por los hablantes de otras lenguas, sus sistemas morfológicos están en cambio muy próximos.

Respecto a la fonética, conviene notar los diferentes sistemas vocálicos, en que raramente se oponen vocales largas y breves, pero hay algunos con vocales abiertas y cerradas y con pérdidas en final de palabra, y diferencias acentuales, sobre todo en el lugar de colocación del acento. En las consonantes, hay varios sistemas de silbantes, de fricativas y africadas, de sordas y sonoras. Palatalizaciones a veces, variantes en el punto de articulación. Hay, pues, diferencias notables.

Pero en morfología, como ha quedado dicho, tanto el IE III A, de donde procede el griego moderno, como el IE III B, de las otras lenguas, han evolucionado en dirección a una simplificación, a un tipo lingüístico que he llamado IE IV. Dentro de él hay variantes, por supuesto.

Es el indoeuropeo que mantiene los mismos tipos de raíces y las mismas clases y, a veces, subclases de palabras, que sabemos y que ofrece recursos semejantes para pasar de unas a otras. Ha mantenido, salvo en alguna excepción, como la falta de género en inglés, las categorías de género y número, aunque en ocasiones pueden faltar algunos términos (el neutro e incluso el femenino; el dual, por supuesto). Y algunas lenguas han mantenido la flexión nominal, aunque ya sabemos que se ha perdido en muchas otras y en algunas solo queda en ciertos pronombres; otras lenguas la sustituyen por grupos de nombre más preposición o postposición. Y permanecen los grados del adjetivo, aunque a veces se han perdido los comparativos y superlativos sintéticos o se ha cambiado el sistema de los pronombres.

También conocemos ya el esquema del verbo: tres personas, dos números, tres tiempos incluyendo el futuro; en algunos casos se ha creado un im-

perfecto compuesto. Conocemos también los modos y sabemos cómo han tendido a reducirse, perdiéndose con frecuencia el subjuntivo y el optativo o uno de los dos (o restringido su uso). Se han mantenido las formas nominales del verbo y las voces activa y pasiva, más formas reflexivas, a veces, más o menos equivalentes a la media. He hablado, por otra parte, de arcaísmos e innovaciones aquí o allá.

Todo esto se refiere, principalmente, al contenido. En cuanto a la forma, con la mayor frecuencia los procedimientos formativos son de herencia indoeuropea y, por tanto, semejantes en unas y otras lenguas. Pero a veces se han perdido aquí o allá; a menudo los contenidos de las oposiciones gramaticales se han recobrado con ayuda de nuevos recursos formales. Entre estos, muy frecuentemente, formas perifrásticas.

En suma, con formas de herencia indoeuropea o con otras, los sistemas gramaticales de las lenguas indoeuropeas actuales de Europa no difieren demasiado entre sí, dentro del tipo general del IE IV. Mucho menos que los sistemas fonológicos, que hay que dominar para hacerse consciente de las coincidencias (y diferencias) gramaticales, expresadas por formas hereditarias o nuevas.

Y habría que hablar también de la formación de palabras y de la derivación y composición, que son fundamentalmente iguales en todas partes, así como del núcleo de la sintaxis nominal, adjetival y verbal, también coincidente.

Bajo sistemas fonológicos varios que en ocasiones los hablantes de una lengua no reconocen, el sistema esencial de categorías y funciones, sujeto a algunos cambios, reducciones y ampliaciones, es fundamentalmente el mismo en las lenguas indoeuropeas de la Europa de hoy (y en las de Asia, insisto). Su forma externa a veces difiere, y esto es lo que hace, junto con las diferencias de los sistemas fonológicos, que los hablantes de una lengua generalmente se pierdan en otra, salvo que la hayan estudiado especialmente o de un modo u otro se hayan habituado a ella.

A este «perderse» contribuyen, también, las diferencias en el léxico: palabras del mismo origen no son reconocidas como iguales a causa de las distintas evoluciones fonéticas o porque su sentido ha variado en cada lengua o en diferentes niveles dentro de ellas. O porque algunas lenguas han introducido léxico nuevo de diferentes orígenes.

De todos modos, veremos que, junto con las semejanzas sobre todo gramaticales, más o menos claras, más o menos enmascaradas, como acabo de decir, existen las otras, de origen cultural, a las que ya me he referido: en el léxico, en la sintaxis, en la literatura.

Estas afectan ya solo a Europa. En definitiva: las lenguas indoeuropeas de Europa no están tan lejanas unas de otras como creería el profano, si se las analiza convenientemente. Ni de las de Asia. Pero su proximidad y semejanza ha avanzado, con el tiempo, sobre todo mediante hechos léxicos y también sintácticos y literarios. Esta semejanza es ya exclusivamente europea.

3
LAS LENGUAS NO INDOEUROPEAS DE EUROPA

EL VASCO

He adelantado ya algunas cosas sobre las lenguas no indoeuropeas de Europa, en la medida en que han sobrevivido hasta nuestros días. Concretamente, sobre el vasco, hablado en el País Vasco español y en el País Vasco francés; y sobre varias lenguas del grupo finougrio, fundamentalmente el húngaro y finés. Insistiré sobre estas lenguas, comenzando por el vasco.

El vasco se nos aparece como una serie de dialectos no siempre inteligibles entre sí, junto con los cuales se ha creado una lengua común, el batúa, basado en el guipuzcoano y el labortano. Nunca ha sido una lengua unificada ni propia de un Estado, tampoco, hasta hace poco, una lengua literaria escrita, aunque sí existía una literatura popular, oral, en varios dialectos (a veces recogida por escrito) y traducciones de las Escrituras. Como en otros tantos casos.

Eso sí, el pueblo vasco es conocido por citas de autores griegos y romanos, también medievales y posteriores, como un pueblo que presentó resistencia a romanos y visigodos y quedó luego integrado en el condado de Castilla. Hablaba, por supuesto, los dialectos vascos, pero fueron pronto influidos por lenguas indoeuropeas, el celta sobre todo, también, luego, por el latín y más tarde por el castellano. Entró, sucesivamente, en el ámbito de estas culturas, aunque los vascos seguían cultivando su lengua y manteniendo una serie de usos culturales tradicionales.

Muy probablemente, también, palabras vascas que han sido utilizadas para sostener la hipótesis del vascoiberismo, como *ili* 'ciudad', *berri* 'nuevo', *bai*, *baiti* y también la raíz del *Iberus* 'río', son, en realidad, préstamos del ibero al vasco. Esto pensaba ya don Ramón Menéndez Pidal.[1]

El nombre de los que fueron llamados «vascones» por los romanos lo recibieron de pueblos indoeuropeos vecinos. Concretamente hallamos el nombre *ba(r)scunes* de una leyenda monetal de lengua indoeuropea, que significa «los de las montañas». Es una propuesta de A. Tovar generalmente aceptada. Es normal que un pueblo reciba su nombre de los vecinos. Pero la lengua se llama también euskera.

Resulta difícil establecer la patria de los vascos de España y Francia. Desde luego, hoy nadie acepta que los vascos fueran iberos y el vasco fuera hablado en toda España, como propuso H. Schuhardt. Aunque existen en varias regiones de España, sobre todo a lo largo del Pirineo y al oeste del territorio del vizcaíno (donde hay un corte lingüístico claro, resultado de una invasión), topónimos vascos o de aspecto vasco, que pudieron llegar de varias maneras.

En la Antigüedad, los vascos habitaban, en lo que hoy es España, al sur del Pirineo y los montes cántabros un territorio reducido, limítrofe con los de várdulos y caristios, pueblos indoeuropeos. En el libro de J. Caro Baroja *Materiales para una historia de la lengua vasca en relación con la latina*[2] pueden verse una serie de mapas y de datos que reflejan una primera expansión en la Edad Media y un retroceso desde el siglo XVIII en las llanuras periféricas (en Navarra y Álava, sobre todo) antes vascohablantes en cierta medida. Se encuentran términos vascos en Berceo, en las glosas de Silos, en documentos medievales aragoneses, riojanos y navarros.

El vasco nos es conocido[3] desde 1545, por un libro de poesías de Dechepare; luego hay una documentación bastante abundante, con traducciones, refranes, sentencias, etc.

Pero hay, antes, anotaciones medievales: en las *Glosas Emilianenses* del siglo X, en la *Guía de Peregrinos a Compostela* del siglo XIII, etc. Y hay algunas palabras vascas en inscripciones latinas del tardo imperio, más los datos de la toponimia y antroponimia. Más lo que puede deducirse del estudio de la gramática histórica.[4] Por supuesto, tenemos la recogida de datos y las encuestas en época contemporánea.

Por lo demás, con la expansión del castellano y la decadencia de la cultura tradicional, se redujo progresivamente el número de hablantes del vasco en los siglos XIX y XX: era una lengua rural, el castellano se difundía como la lengua de las ciudades y la lengua de cultura, la de más alto nivel

sociolingüístico. Con la conversión del País Vasco en una autonomía y la presión de un fuerte nacionalismo, que impone por diversos medios el aprendizaje del vasco, aumentó el número de sus hablantes, que hoy llegan al millón, aunque los lingüistas no están seguros del futuro y el País Vasco, en general, forma parte de la cultura española y europea, un fenómeno que ha progresado desde la Antigüedad, como veremos.

El número de hablantes y la presencia del vasco es inferior en Francia, en un resto de la antigua Aquitania. Pero si hablamos en términos históricos, la incidencia del vasco en la toponimia y antroponimia de fechas del Imperio romano es más fuerte en Aquitania que en el País Vasco español.[5]

A partir de aquí, habría que estudiar tres temas principales: la descripción de la tipología del vasco, las influencias extrañas en su léxico y la especulación sobre sus orígenes y las lenguas emparentadas.

1. *Descripción y tipología*

Pueden hallarse descripciones del sistema del vasco y su tipología: así en la obra citadas de Entwistle[6] y en otras más.[7] Remito también a un trabajo mío[8] en el que hago ver que no hay una tipología misteriosa ni extraña y absolutamente cerrada y original en el vasco: sus principales rasgos se encuentran también en muy diversas lenguas y en diversas conexiones.

Se puede pensar que algunos han surgido a lo largo de su historia e igualmente en la historia del indoeuropeo (partículas aglutinadas al final de palabra para marcar los casos y en otras funciones, conjugación objetiva, formas verbales perifrásticas, etc.); otros, como el ergativo, caso sujeto de un verbo transitivo, se encuentran en muy diversos ambientes lingüísticos.

El vocalismo es muy simple y análogo al del castellano (aunque la *e* cuenta con una gran dispersión); falta, en general, la *f*, convertida en los préstamos en *p*, así como la *h*, que subsiste aquí o allá; *p*, *t*, *k* son raras en posición inicial, las sonoras correspondientes pueden ser oclusivas o fricativas, como en castellano. Todo esto es semejante en el castellano, y se ha pensado en un influjo vasco. Pero no ocurre así con la existencia de varias silbantes y africadas, ni con la prótesis vocálica ante *r-* y ciertos grupos.

El sustantivo no tiene género, sí número y animación. Hay hasta catorce casos en el nombre y el adjetivo, se crean por aglutinación al final. El

verbo se conjuga por persona, tiempo, modo y aspecto y no opone activa y pasiva; puede hacer referencia mediante afijos al agente, paciente y destinatario. En el verbo intransitivo no se distingue si el sujeto es agente o paciente. En el transitivo, es ergativo. Y no hay nada comparable a las construcciones indoeuropeas transitivas con sujeto + verbo + complemento directo.

Por lo demás, los verbos sintéticos, con conjugación propia, son raros, la mayor parte tiene una conjugación perifrástica. Hay partículas para el modo. En definitiva, en último término la gramática del vasco se mueve mediante formas perifrásticas y partículas aglutinadas. No es muy diferente de lo que ocurre en indoeuropeo, aunque el sistema verbal y las antiguas partículas sean distintas.

2. *Influencias extrañas en el léxico*

Hay muchos elementos celtas tanto en la toponimia (tipo *Deva*, ciudad y río, *Ulzama*, quizá de *Uxama*), como en los sufijos (*-ama*, *-isama*) y en el léxico común, sobre todo en el del aquitano.[9] Aunque no es seguro que todo este léxico sea celta, puede proceder también de otras lenguas, indoeuropeas[10] o no indoeuropeas.[11]

En todo caso, F. Villar[12] ha señalado el bajo número de los topónimos vascos antiguos en el País Vasco español, y también de antropónimos, al lado de los frecuentes de origen indoeuropeo, celta o latino. Los vascos son más frecuentes en Aquitania, donde el vasco debía de llegar en fecha medieval hasta Burdeos. Concluye que, más que pensar en una «revasquización» del País Vasco español, que algunos han propuesto, hay que postular una bajada secundaria de los vascos desde Aquitania, quizá de la época de comienzos del Imperio romano.

Hay, luego, enormes influencias del léxico latino: el vasco recoge incluso la pronunciación auténtica del latín, ajena al romance.[13] Por ejemplo, *i* y *u* breves se han conservado con el mismo timbre (*kirru* 'cerro' de *cirrus*, *butzu* 'pozo' de *puteus*); *k* y *g* conservan la articulación velar ante vocal anterior (*bake* 'paz' de *pacem*, *kerexa* 'cereza' de *ceresa*); las oclusivas sordas latinas se han mantenido entre vocales (*bekatu* 'pecado'); etc. Otros préstamos adoptan la fonética vasca, como varios de los citados con *b-* en vez de *p-* y *chistu* de *fistula*, *zeta* 'seda'. Palataliza consonantes, las metatiza en grupos, etc.

Es notable, en todo caso, el estudio de palabras latinas que introdujeron los objetos o actividades a que se refieren. A algunos de los ejemplos anteriores pueden añadirse otros,[14] como las palabras del lino *(linu)*, el cáñamo *(canamu)*, el trabajo de la lana y el tejido *(gardatu* 'cardar', *matexa* 'madeja', *goru* 'rueca'), *ingude* 'yunque', *gela* 'aposento' (de *cella*). O de conceptos cristianos como *kurutze* 'cruz' o generales como *gorputz* 'cuerpo', *tembora* 'tiempo', *zeru* 'cielo'.

Y siguieron luego los influjos de lenguas románicas, el castellano sobre todo. Nada extraño, pues el contacto fue continuo y de aquí llegó al mundo vasco todo el mundo cultural medieval y moderno de Europa. El vasco, desde este punto de vista, se convirtió en una lengua europea más, aunque conserve un núcleo autóctono.

Esto continúa: el vasco está hoy sometido a las mismas presiones culturales, y por lo tanto lexicales, que todo nuestro mundo. Hoy, incluso palabras del momento actual, incluso del independentismo político, vienen del español. De nuestras palabras *aeropuerto* o *independencia*, por ejemplo.

Pero ha habido también, a lo largo de la historia, préstamos del vasco en otras lenguas, como en castellano *izquierda*, *pizarra*, *guijarro*, *abarca*, *ardite*, etc., así como las palabras correspondientes en otras lenguas peninsulares. Y formas mixtas, como *guitarra*, de gr. κιθάρα y vasco *-arra*. Y nombres de persona, como Ximena, Xavier, Sancho, Iñigo, aparte de los de componente más claramente vasco, como Echeverría, Madariaga, Arteaga, Irigoyen. Porque préstamos vascos siguieron entrando en las lenguas de España y Portugal durante la Edad Media.

3. *Parentescos lingüísticos del vasco. Hipótesis sobre su llegada*

Es sabido entre los lingüistas, menos entre el público, incluso culto, en general, que la hipótesis de la identidad de vasco e ibérico, tan de moda en un tiempo sobre todo después de Schuhardt, carece de apoyos sólidos, pese a la existencia fuera del País Vasco de unos pocos topónimos que parecen vascos o vascoides y también de algunas correspondencias entre palabras vascas y georgianas o de otras lenguas caucásicas.

No hago sino remitir a obras de A. Tovar y L. Michelena ya citadas.[15] El hecho es que el ibérico, que se lee aunque no se traduce, no da la clave para la interpretación del vocabulario ni menos de la gramática vasca. Tam-

poco hay razones arqueológicas ni etnológicas o culturales para relacionar los dos pueblos. Pueden haber estado en contacto en algún lugar y momento, ciertamente, y haber habido algunos préstamos como, quizá, el nombre del río Ebro, al lado del vasco *ibar* 'río'.

No ha sido posible establecer un «protocaucásico» con el cual pudiera compararse el vasco: no se ha establecido una protolengua común del caucásico del norte y del sur, ni siquiera de dos sectores del caucásico del norte, y menos aún correspondencias fonéticas. Estas propuestas proceden, posiblemente, de la equiparación del vasco y el ibérico, y la de los iberos de Hispania y los del Caúcaso. Producto, sin duda, de una equiparación aproximada por parte de los griegos de dos nombres que les sonaban de una manera semejante. Como sucedió muchas veces a los españoles en América.

¿Qué pensar entonces? Si los vascos imponían su lengua mucho más fuertemente en Aquitania y solo a lo largo de la época del Imperio romano los términos vascos fueron haciéndose más frecuentes al sur de los Pirineos, surge la hipótesis de que el vasco pudo haber llegado a Hispania desde Aquitania y haber penetrado en el País Vasco español a partir del siglo I a. C., esto es lo que hoy parece.[16]

Esto nos ofrece la visión de una invasión que descendió, como tantas otras en Europa, de norte a sur; y que procedería en definitiva, como todas, del este: de pueblos de cultura pastoril semejante a la de los indoeuropeos y los uraloaltaicos (y otros posteriores como los hunos).

Habría que postular una oleada invasora en algún momento del neolítico o calcolítico y aun del bronce, fases que han dejado su impronta en el vocabulario vasco. Podrían los vascos haber entrado mezclados con los indoeuropeos, igual que pueblos turcos de la región del Volga, llamados búlgaros, pasaron mucho más tarde por el cáucaso y llegaron mezclados con los eslavos a la que luego se llamó Bulgaria.[17] Como de Asia llegaron también los hunos, los húngaros y tantos otros pueblos.

Si así fuera, su descenso de Aquitania a la zona española en torno a los Pirineos occidentales (y luego desde allí a zonas limítrofes al sur y al este) sería un caso más de una tendencia general y repetida en Europa: la difusión de las poblaciones de la estepa euroasiática primero hacia el oeste, luego hacia el sur.

Por otra parte, hay que hacer notar que el vasco no rompe la gran homogeneidad genética de Eurasia desde el paleolítico[18] y luego el neolítico. Y la tiene en común con cántabros y gallegos.

Fue, pues, el vasco un componente de los grupos de lenguas que entraron paulatinamente en Europa desde el este, sin duda a partir del neolítico. Es excepcional el hecho de que, debido sin duda a circunstancias históricas de aislamiento, no ha sido absorbido por las lenguas vecinas, que lo influyeron fuertemente, por lo demás, sobre todo el celta, el latín y el castellano.

Al contrario de otras lenguas indoeuropeas citadas, en especial el celta, no está clara la cronología del vasco. Debió de pasar por Europa antes de la creación definitiva de los grandes grupos del germánico y el celta comunes, a finales del segundo milenio antes de Cristo. La llegada de los vascos a Aquitania debió de ser anterior a la de los celtas, que los arrinconaron, pero no pudieron absorberlos (tampoco luego los pueblos posteriores, hablantes del latín, el francés y el español). Aunque estos pueblos y lenguas influyeron muy fuertemente en la cultura y la lengua vascas y dejaron, en la misma Aquitania, una fuerte impronta toponímica.[19]

En suma, en el vasco, pienso, hallamos un resto aislado de una de las múltiples invasiones de nómadas que, procedentes de la estepa euroasiática, invadieron Europa a partir del quinto milenio antes de Cristo. De entonces a los tártaros en el siglo XIV d. C., siguieron llegando intermitentemente a Europa. En todo caso, los indoeuropeos se alzaron con el dominio de casi toda ella, los demás pueblos o desaparecieron o, cuando no, se mezclaron con ellos y con pueblos indígenas. Los vascos son una excepción.

LAS LENGUAS FINOUGRIAS

Hemos visto ya que, cuando las lenguas indoeuropeas comenzaron a extenderse, en el quinto milenio antes de Cristo, hacia el oeste y Europa, estaban en estrecho contacto con los grupos lingüísticos finougrio (uno de los subgrupos del urálico) y altaico. Grupos que, según muchos lingüistas, forman, en último análisis, un grupo lingüístico único, emparentado con el indoeuropeo. Aunque la atribución del urálico y el altaico a un grupo único no carece de problemas.

Esta gran familia formaría, unida al aleutoesquimal y otras lenguas, una gran familia euroasiática, que a su vez sería parte del llamado nostrático, del que ya he hablado, e incluía, entre otras lenguas, las dravídicas, kartvélicas y la sumeria. En otro lugar[20] manifesté mis dudas sobre estas y otras especulaciones, dado lo incierto de la comparación del léxico sin contar con correspondencias fonéticas regulares, y lo incierto de comparaciones entre sistemas morfológicos de cronología relativamente reciente.

En todo caso, y para ceñirme al tema de este libro, ya he hablado de que hubo sin duda estrecho contacto entre el finougrio o una parte de él y lenguas indoeuropeas como el báltico y el germánico. Ello se demuestra con ayuda de los préstamos léxicos que hubo, en fecha antigua, entre estas lenguas.

Porque el finougrio contenía una gran número de lenguas,[21] de las que el grupo baltofinés (finés, estonio, carelio, etc.), el sami (esquimal) y el cheremmís (lapón) llegaron a la Europa báltica y a la septentrional, entrando en contacto, algunas de estas lenguas, con los indoeuropeos. Más tarde, ya en plena Edad Media, lo hicieron también los húngaros, que establecieron contacto con los germanos en el valle del Danubio, en lo que hoy es Hungría y Rumanía, en el siglo x d. C. Pero otras lenguas del grupo ugrofinés (el mordovo y el pérmico) se quedaron en la que es hoy la Rusia europea, otras en la asiática.

Comparten, así, el ugrofinés y el indoeuropeo el hecho de estar a caballo entre Europa y Asia. En Europa las lenguas ugrofinesas son muy minoritarias, pero quedan huellas de sus antiguos contactos con el indoeuropeo, ya he aludido a ello. Y más adelante, a lo largo de la Edad Media, estos pueblos, antes o después, quedaron unidos a la cultura europea y sus lenguas fueron influidas por las nuestras.

Este grupo cuenta con unos veinticuatro millones de hablantes, unos dieciséis el húngaro y unos siete el finés.

Por otra parte, merece la pena indicar algunas de las características lingüísticas del grupo urálico o ugrofinés.[22] El sistema de oclusivas y fricativas no tiene gran originalidad, aunque conviene notar la existencia de tres silbantes. Y, sobre todo, los tres grados de abertura de las vocales, algunas con redondeamiento de los labios. Más notable aún es la armonía vocálica, como en altaico. Todo ello resulta extraño al indoeuropeo.

Hay un amplio número de casos locales, marcados con afijos, que indican diversos tipos de movimiento. Hay también determinaciones posesivas y otras más de persona, marcadas igualmente con afijos. E indicación del número.

El verbo distingue varios casos y modos, el orden de palabras es tema + foco + verbo. Hay, en algunas lenguas, ergativo.

Pero ya en fecha antigua hubo estrecho contacto entre finés e indoeuropeo. Se conservan en finés, por ejemplo, palabras de origen germánico con una forma más antigua que la del germánico por nosotros conocido: p. ej. *kuningas* 'rey' (ingl. *king*, al. *könig*), *rengas* 'anillo' (al. *Ring*).[23]

TERCERA PARTE

LA CONFLUENCIA Y EXPANSIÓN DE LAS LENGUAS DE EUROPA

I

EL ALFABETO, LOS TEXTOS GRIEGOS Y LATINOS Y SU LLEGADA A EUROPA

EL ALFABETO GRIEGO: ORÍGENES Y DIFUSIÓN

Puede decirse que Europa, culturalmente hablando, nació con el alfabeto griego y su difusión; difusión que llegó luego, a partir de un momento, a gran parte del mundo.

Me refiero a múltiples inscripciones y papiros griegos en todo el ámbito de la Grecidad y del Imperio romano oriental, pero también al uso del alfabeto griego, más a menos modificado, para notar diversas lenguas, como explicaré.

Nótese que la lengua griega nos es conocida desde el siglo XIII a. C. hasta ahora, durante tanto tiempo como el chino; pero primero lo fue gracias al silabario micénico, luego, desde finales del siglo IX, gracias al alfabeto. Directamente o a partir de derivados que acabo de citar, ha constituido el eje de la cultura europea y es importante en otros diversos lugares.

Gracias a él nos han llegado la lengua y la literatura griegas de diversas épocas (arcaica, clásica, helenística, romana, bizantina, moderna), lengua y literatura que han influenciado fuertemente a otras. Y todas ellas han creado Europa.

El alfabeto y la lengua griega están en la base de todo.

Aunque debo señalar que son la lengua griega clásica y helenística, conocidas por vía literaria, las que más han influido en nuestra cultura. Por vía oral, en la edad tardorromana se incorporaron términos griegos al latín vulgar y de ahí a las lenguas europeas; y en la Edad Media se incorporaron a ellas términos bizantinos, llegados en ocasiones por intermedio de las repúblicas italianas o de Francia o Provenza.

En la Antigüedad, a veces fue usado el alfabeto griego, simplemente,

para marcar diversas lenguas, del osco y mesapio al galo y el ibérico. Pero su historia es más compleja.

En Asia y África el alfabeto griego, con el surgimiento de los pueblos semíticos, desapareció, igual que la lengua griega, que dejó, sin embargo, abundantes restos de léxico en toda clase de lenguas, semíticas o no, como el arameo, el siriaco, el hebreo, el copto, el árabe, el nubio, etc. E igual que entraron en latín el alfabeto y el léxico griegos, también en eslavo, etc.

Fue este un hecho concomitante con el del retroceso de la cultura griega y romana en Asia y África, por obra de los sasánidas, los árabes y los turcos. Aunque huellas importantes quedaron.

Busquemos, ahora, más atrás. La cultura y la lengua griegas, con su alfabeto o variantes del mismo, se habían expandido desde fecha muy temprana por Asia y África, por obra de las navegaciones, el comercio, las colonias. Siguieron desempeñando un papel importante en época romana y, por supuesto, en la bizantina, incluso en la árabe. Y luego, pese a las pérdidas, en toda Europa, como es bien sabido, a través de las edades subsiguientes, hasta ahora.

El alfabeto fue un adelantado de esa expansión, a veces limitada, nunca cortada del todo. Se trata, por una parte, del uso del griego en infinitas inscripciones y otros documentos, en todo el Mediterráneo, desde la época arcaica a los reinos helenísticos y en todo el Imperio romano.[1] Notaba, primero, los distintos dialectos griegos, en distintos alfabetos; después, la lengua común o *koiné*, lentamente salida del ático y escrita en el llamado alfabeto jónico, adoptado por Atenas el año 403.

Es el que se difundió y fue la base de varios alfabetos subsiguientes, el último el eslavo. Pero otro alfabeto, el calcídico del tipo llamado occidental, está en la base del alfabeto etrusco y por consiguiente del latino.

Y hay otros dos hechos. El primero, que los sistemas de escritura que intentaron crear germanos y celtas (las runas y la escritura ogámica, ya mencionadas) fracasaron, se extinguieron tras una corta vida (no podían competir). Otro, ya apuntado: que no es exactamente el alfabeto griego el que se impuso siempre directamente, también lo hizo a través de derivados. He dado ya algunas indicaciones.

Desde muy pronto, digamos el siglo v a. C., se habían creado en Oriente y Occidente, para notar diversas lenguas, alfabetos derivados del griego;

la mayor parte desapareció hace tiempo, algunos llegan hasta nosotros. Quiero citar, en los Balcanes y Asia, a partir más o menos del siglo v a. C., el alfabeto griego más o menos modificado usado por el tracio, el lidio, el licio, el cario y otras lenguas, todas perdidas. Añadamos en fecha posterior, ya romana, los alfabetos copto y etiópico (en África) y armenio (en Asia). Hay que añadir los alfabetos occidentales derivados del griego: el etrusco desde el siglo VII a. C. (y alfabetos derivados de él, como el lepóntico, el rético, el venético, los itálicos y el latino), creado, como ya he dicho, a partir de un alfabeto griego de tipo occidental, tomado de los calcidios de Eubea y sus colonias, Cumas ante todo. En la península Ibérica, a partir del griego y a veces del fenicio, se crearon alfabetos y semialfabetos usados por los iberos, los tartesios y los celtíberos.

Y, en Oriente, el alfabeto gótico, en el siglo IV d. C., y el eslavo, en el siglo IX d. C., fueron dos alfabetos derivados del griego.

Todos estos alfabetos han desaparecido, salvo uno de ellos, el latino, el propio alfabeto griego y el eslavo.

La Edad Media y los tiempos que la siguieron, hasta hoy, han notado sus lenguas bien en griego (en Oriente, en el Imperio bizantino), bien en dos alfabetos derivados del griego, que acabo de mencionar. El latino en la Europa latina y germánica (pero el alfabeto gótico, como ya he dicho, procede del griego, fuera de allí se usó el latino). El eslavo, derivado del griego, se usó en Bulgaria y luego en Ucrania y otros países eslavos. Por lo demás, el alfabeto latino se ha extendido a toda clase de lenguas, incluso a algunas eslavas y a las no indoeuropeas. Hoy ocupa casi todo el mundo.

Limitándome a Europa, que es mi tema, quizá pudiera decirse que el rasgo fundamental de su unidad consiste en que todas sus lenguas, a partir de un momento, se han notado y se notan bien con el alfabeto griego, bien con variantes derivadas del mismo, la latina y la eslava. Hoy en día, en cualquier pueblo europeo, el orden de las letras del alfabeto es, con alguna excepción, el mismo del alfabeto griego, ¡que a su vez era el mismo del de sus precedentes en Fenicia y Ras Shambra, de los que hablaré! Es este un ejemplo notable de continuidad cultural.

Sin el alfabeto griego no habría habido ni literaturas europeas, en el más amplio sentido, ni Europa. Piénsese que a la cultura iniciada por los griegos se fueron sumando, gradualmente, pueblos ágrafos (todavía los ha-

bía al final del Imperio romano en Hispania y las islas Británicas, sobre todo). Los griegos, directa o indirectamente, suministraron en todas partes, a los pueblos que alcanzaban cierto nivel, el instrumento cultural que es la escritura.

Claro está que, a partir de diferentes momentos, los alfabetos griegos o postgriegos arrastraron la imitación de la cultura griega y de su sucesora la latina, y empujaron en la misma dirección, a saber, la integración y unificación de Europa. Luego estos alfabetos y esta cultura se hicieron más que europeos, se extendieron por el mundo.

De esos alfabetos postgriegos ya he dado algunos datos, pero volveré con más detalles sobre ellos. Antes, convendría insistir sobre el origen del alfabeto griego, los alfabetos griegos mejor dicho: es la primera pieza de todo el sistema.

De los orígenes del alfabeto griego y su difusión he escrito en otro lugar con cierto detalle, dando la bibliografía adecuada, a la que hoy se puede añadir otra.[2] Aquí me limitaré a algunas consideraciones generales que son importantes.

La primera es recordar que si en el alfabeto griego está el origen de la cultura griega y, por tanto, de la cultura europea, no fue en ella un hecho primario. No se creó hasta finales del siglo IX o el VIII a. C., cuando Grecia (múltiples ciudades griegas, Grecia no fue nunca una unidad política, salvo en un momento, con Alejandro) fue edificada como algo radicalmente nuevo después de la caída de la cultura micénica.

Con la cultura micénica, arrasada por los llamados pueblos del mar en torno al 1200 a. C., se perdió su escritura, la llamada lineal B, que era una escritura silábica, que añadía ideogramas y signos numerales y de medidas, y que notaba el griego de la época, el que llamamos griego micénico.[3]

Y se perdieron tantos elementos de su cultura que derivaban de los reinos e imperios teocráticos de Oriente: la administración y la economía centralizadas, la organización burocrática en torno a los archivos en que se guardaban las tablillas con esa escritura, el carácter semidivino del rey, la religión en torno a él, etc. Cuando los pueblos del mar cayeron sobre los viejos imperios, estos sufrieron el embate, pero se reconstruyeron luego o bien se crearon otros nuevos: así ocurrió en Egipto, en Mesopotamia, en Irán. Pero no en Grecia.

Aquí, impensadamente, tras quedar arrumbado todo el aparato estatal micénico, incluida la escritura que utilizaba, una escritura de función administrativa al servicio del Estado, tuvo lugar el nacimiento de un mundo diferente: el de la Grecia de la que luego surgió Europa.[4]

Es la Grecia de las ciudades y del autogobierno de las mismas, que podía ser de diversos tipos: oligárquico, tiránico, el inclasificable régimen espartano, al final el de tipo democrático. La Grecia del individualismo en la que personas privadas firmaban sus poemas u obras de arte o inscripciones, o hacían pensamiento nuevo o política.

Todo ello, que he descrito detenidamente en otros lugares,[5] fue posible gracias a la creación de una nueva escritura, la escritura griega. Es una parte de esta nueva Grecia y, a partir de ella y como acabo de decir, una parte imprescindible de la Europa que a partir de aquí se creó.

Curiosamente, igual que la escritura silábica micénica (la lineal B, derivada de la lineal A de Creta, portadora de una lengua indescifrada) fue tomada de pueblos no griegos, la nueva escritura, alfabética esta, de que estoy hablando, fue tomada por los griegos de un pueblo oriental, los fenicios, como bien sabían los posteriores griegos y romanos. Aunque fue perfeccionada y hecha más manejable y útil mediante algo que se le añadió: las vocales. También el material escritorio más usual (tras la piedra, el bronce y plomo, etc.) era extranjero: el papiro egipcio. Entre tantos elementos extranjeros adoptados por los griegos en su religión, su arte, su cultura, este es uno más.

Esta fue la gran originalidad de los griegos: crear algo nuevo, original, a partir de su herencia indoeuropea y micénica, y de diversos elementos tomados de pueblos extraños, semitas y egipcios, la escritura entre ellos.

La escritura fue adoptada, sin duda, por comerciantes griegos, en la época del relanzamiento de la actividad comercial entre Grecia y el extranjero tras los siglos oscuros, siglos sin escritura, que siguieron al hundimiento de los reinos micénicos. Y lo fue con finalidades principalmente comerciales, en algún lugar en que los negociantes griegos y fenicios coincidían, quizá en Al Mina (antigua Posidonia), en Siria. Y ello en el siglo VIII o quizá ya a finales del IX, cuando comenzaba la nueva cultura griega de las ciudades, el arte geométrico y orientalizante, la expansión colonial, los intentos de autogobierno y también los logros en el arte, la poesía y el pensamiento.

La escritura no entró hecha y completa, sino en diversos alfabetos locales. En el siglo VIII ya están atestiguados los de Eubea, Ática, Tera, Creta, Rodas y Naxos; en el comienzo del VII, los de Corinto y Samos. Estos alfabetos se difundieron a través de Eubea, Creta, Rodas y Corinto, que ofrecían variantes. Ya he dicho que, más tarde, fue el alfabeto jónico el que se impuso. Notaba la *e* y la *o* breves y largas (E/H, O/Ω), las oclusivas aspiradas labial y gutural (Φ, X), las consonantes dobles (Ψ, Ξ), carecía de digamma y de signo de la aspiración (hubo que introducirlo mucho más tarde). Naturalmente, se trataba del que ahora llamaríamos alfabeto de mayúsculas, las minúsculas son una invención medieval. Técnicamente, llamamos a estas letras, las de las inscripciones y ciertos papiros y manuscritos, capitales.

Algo habría que decir, aunque se sale en realidad del tema de este libro, de los orígenes.[6] Conocemos el alfabeto fenicio desde la inscripción del sepulcro del rey Ahiram, en Biblos, de hacia 1000 a. C. Por cierto, no solo el alfabeto, sino también algunos de los más antiguos tipos de inscripciones, como esta funeraria, fueron imitados por los griegos. Pero, a su vez, el alfabeto fenicio tenía su historia.

El paso de los sistemas de escritura silábicos a los alfabéticos tenía precedentes en las inscripciones protosinaíticas desde el 1700 a. C. y en las protocananeas del siglo XIII a. C. y siguientes. Y por las mismas fechas se escribían en Ugarit textos cuneiformes con una escritura alfabética, con hasta treinta signos; tenemos incluso un completo silabario. La forma de la escritura cuneiforme estaba inspirada, al menos en parte, en las escrituras protosinaíticas y protocananeas. Estas acabaron por reemplazar al alfabeto cuneiforme ugarítico, cuando Ugarit fue destruida por los pueblos del mar, hacia el 1200 a. C., igual que los reinos micénicos.

De ahí vino el alfabeto fenicio, escrito de derecha a izquierda igual que el ugarítico (esto continuó en inscripciones arcaicas griegas, luego vino el «bustrophedon», con líneas alternando en las dos direcciones, luego la escritura de izquierda a derecha). De este alfabeto fenicio (usado también, luego, por los púnicos) y hacia los siglos XI y X a. C. el del arameo (lengua oficial del Imperio persa y muy difundida, a veces en escritura cursiva). Y el hebreo, luego abandonado a favor del arameo. Y otras escrituras más, como la moabita, la ammonea y la edomita. Raramente usaban vocales. Surgió después, entre otras escrituras, la árabe.

Pero la que más nos interesa en este contexto es la griega. Conocemos los alfabetos griegos más antiguos, desde el siglo VIII, en lugares que ya hemos citado y en otros más. Los más antiguos son los meridionales, en Creta, Tera, Melos y Sicinos. Carecían de los rasgos jónicos antes mencionados.

Lo verosímil es que el alfabeto fuera el invento de un solo creador y que tuviera el núcleo de sus 23 letras (en realidad 22, porque unos alfabetos utilizan *san*, otros *sigma*, se ve que había una vacilación). A estas se añadieron otras complementarias o que indicaban grupos consonánticos, algo he dicho ya sobre los alfabetos arcaicos sin signos dobles ni consonantes aspiradas ni notación de las diferencias de cantidad. Más cosas podrían decirse, pero esto nos llevaría a un dominio lejano al que nos interesa aquí principalmente.

En todo caso, todos los alfabetos griegos se caracterizaron por la introducción de las vocales, aprovechando la falta en griego de las laringales semíticas. Algunos precedentes de las vocales había en las escrituras fenicia, aramea y hebrea. Pero contribuyeron además la notación de las vocales en chipriota y la necesidad en griego de escribir sílabas en V-C, inexistentes en fenicio.[7] En todo caso, la escritura de las vocales hacía mucho más clara la transcripción escrita del griego, no era preciso definir el timbre de las vocales por sus apoyos contextuales.

Ciertamente, la escritura griega carecía de signos de puntuación y acentuación, que solo mucho más tarde, en época helenística, se introdujeron. No había separación de palabras, es lo que se llama *scriptio continua*. Leer un texto griego era difícil, exigía conocimientos. Durante mucho tiempo, la literatura griega continuó siendo predominantemente oral o escuchada a un lector, más que leída directamente. Pero el alfabeto, para inscripciones privadas y públicas y para textos literarios, aunque fueran ejemplares únicos (el libro editado, realmente, no existió hasta el siglo V a. C.), fue muy importante. Difundía la cultura griega por todas partes, también fuera de Grecia.

Ya tenían, pues, los griegos en el siglo VIII a. C. un instrumento que difundió sus varios dialectos por todo el Mediterráneo, en sus monedas, inscripciones en varios soportes y papiros. Y suponemos que también usaron la escritura, desde esta fecha, con fines literarios. En primer lugar, para escribir y leer los poemas épicos, Homero sobre todo. Y poemas derivados de la antigua literatura oral y convertidos ahora en una grande y extensa poesía.

Fuera que Homero escribiera, fuera que dictara: hay varias hipótesis. Y había Hesíodo y los demás. También la lírica era oral, fue escrita desde el siglo VIII, con Eumelo de Corinto, luego desde el siglo VII, con la elegía y el yambo sobre todo. Así se difundieron los grandes dialectos literarios, base de la posterior unidad del griego, como ya he dicho.[8]

Y llegaron estos poetas e inscripciones a todas partes, sufrieron en todas partes el influjo de Homero, luego del jónico. Después llegó la prosa jónica, desde el siglo VI, luego la ática, desde el V. El griego como lengua literaria y de cultura estaba, pues, lanzado. Y el alfabeto griego llevaría la cultura griega a Etruria y Roma, a través de los alfabetos etrusco y latino (derivado del primero). Antes o más tarde la llevaría a pueblos diferentes, que he citado, y a los materiales de apoyo citados se añadirían el pergamino, desde fecha helenística, y el papel ya en la bizantina.

Sin embargo, lo único que realmente podemos tocar con nuestras manos y ver con nuestros ojos, en las fechas más antiguas, son las inscripciones. Y en ellas se comprueba cómo la cultura griega, naciendo de las orientales, era desde el comienzo muy diferente. Había continuidad en inscripciones privadas relativas a la propiedad, las funerarias, las votivas, las de artífice, pero faltaban en Grecia las grandes inscripciones conmemorativas de construcciones y hechos gloriosos, como las conocidas del Imperio persa. La escritura no era ya el instrumento para la glorificación de los grandes reyes (la micénica sí, en una medida).

También había temas nuevos, en relación con fiestas y celebraciones, desde las dos más antiguas inscripciones griegas, la de la copa de Néstor en Pitecusa y la del elogio de un danzarín en Atenas. Y había los ecos literarios en tantas inscripciones y epigramas arcaicos, así como había mil inscripciones de gente privada (votos, firmas de artista) y de textos relativos a la administración de la ciudad: leyes, decretos, cuentas de gastos, otras de diversas actividades administrativas y políticas. Era un nuevo mundo, como el de la literatura en papiro.

El mundo del autogobierno y del individuo. La escritura hacía posible que funcionara. A veces, las inscripciones tenían, junto al texto escrito, relieves escultóricos y otros subrayados artísticos.

El comienzo de la cultura europea estaba, pues, en marcha con la escritura griega, acompañada del arte, la poesía, el pensamiento, la nueva política, el valor del individuo.

Pero, sobre todo, mientras que el alfabeto fenicio tuvo una difusión muy limitada, su derivado, el griego, es el que se difundió por todo el mundo y trasportó una nueva cultura, la de Europa, directamente o a través de sus derivados, el alfabeto latino y el eslavo sobre todo, como ya hemos visto.

Las lenguas y los pueblos de Asia, indoeuropeos o no, quedaron aislados de Europa, aunque algunos alfabetos de la India vengan del arameo, es decir, estén indirectamente emparentados con el griego.

Alfabeto griego y cultura europea son sinónimos.

El alfabeto griego hizo posible no solo la administración y la vida de las ciudades y el llevar la presencia misma de los individuos y de su vida y actividades al conocimiento general, sino que inició la vía para que la literatura oral de los griegos se hiciera escrita y más adelante surgiera el libro editado y vendido, después las bibliotecas que lo coleccionaban. Estas bibliotecas, que se renovaban a pesar de las destrucciones, hicieron posible que una parte de la literatura de los griegos llegara a la época del Renacimiento, luego, impresa ya, a nosotros.

Todo esto suministró el modelo para fenómenos paralelos en Roma y la Edad Media: se difundió el latín clásico, también, a partir de un momento, el griego clásico. Y se hicieron gramáticas y mil estudios de los clásicos, que influyeron ampliamente en la vida cultural.

A su vez, todo esto influyó vastamente en la impresión de los libros, a partir de la Biblia impresa por Gutenberg desde 1455. Siguieron infinitas ediciones, estudios y comentarios y, luego, muy numerosas bibliotecas. A partir de un modelo reducido se creó la Europa cultural.

Tras esto, querría limitarme a unas pocas cosas en relación con la evolución, en Grecia y en el mundo griego en general, del alfabeto griego. Luego hablaré de la creación del libro griego y de las bibliotecas griegas, modelo de todo.

El antiguo alfabeto griego es el de la llamada capital, presente en inscripciones y, con ciertas variantes, en los papiros y el pergamino. Se escribía en *scriptio continua*, como ya he dicho, sin acentos ni signos diacríticos. Los filólogos de Alejandría lo usaron en sus ediciones: desde Aristófanes de Bizancio introdujeron la separación de versos y *kómmata* en los poetas y, parcialmente, signos diacríticos y de puntuación.

Son pocos los libros en pergamino escritos en uncial, salida de la capital, que nos quedan, de entre ellos el más antiguo es sin duda el *Sinaiticus* del Antiguo Testamento, del siglo IV d. C.; otro de los más importantes es el Dioscórides de Viena, del siglo VI. Y citemos los latinos, como el *Laurentianus* de Virgilio. Y es que en el siglo IX los códices en uncial fueron transliterados a la letra minúscula, que por entonces se impuso. Sin embargo, la uncial se conservó en los títulos, las iniciales y suscripciones de los libros escritos en minúscula, sistema que hemos heredado. Y hubo variantes que hacían la uncial más manejable, así la uncial litúrgica de manuscritos desde el siglo X.

La capital y la uncial, con su falta de ligaduras y sus trazos en ángulo recto, eran trabajosas para los lapicidas y, luego, para los copistas. Cuando para escribir en el papiro se sustituyó el cincel por el estilo, se fueron introduciendo formas más curvas. Pero, sobre todo, se creó la cursiva, que incluía ligaduras: la mayúscula en fecha helenística, la minúscula en el siglo VII.

De la cursiva nació la redonda minúscula, que es algo así como una cursiva más elegante. La antigua se inició en el siglo VII, la nueva en el XII, luego hay la forma del siglo XV, que es la que heredó la imprenta. Casi todos nuestros manuscritos están en una de estas minúsculas, sus características nos ayudan a fecharlos.

LOS TEXTOS GRIEGOS ANTIGUOS Y SU LLEGADA A EUROPA

Así han llegado a nosotros el alfabeto griego y los textos griegos. Hay que añadir algo, aunque sea brevemente, sobre los materiales escriptorios y sobre la conservación de los textos.

Hay que decir, sobre el primer tema, que los múltiples materiales duros (piedra, metales, cerámica, madera) y las tablillas de cera fueron sustituidos la mayor parte de veces, con ventaja, por el papiro importado de Egipto. Normalmente se enrollaba en un *volumen*, a veces se encuadernaban las hojas, formando lo que llamamos un libro. Esto fue lo normal cuando el papiro comenzó a tener una competencia en el pergamino, más caro pero más duradero, a partir de Eumenes II (siglo II a. C.), en el reino de Pérgamo, que dio nombre a este material.

Se usó para ejemplares de lujo, como los cincuenta ejemplares de la Biblia que regaló Constantino a las cincuenta iglesias que había fundado, y para los grandes prototipos de los clásicos, los códices que los salvaron en las bibliotecas monásticas de Bizancio en los siglos oscuros, hasta que en el siglo IX d. C. fueron transliterados a la letra minúscula. Como consecuencia, el pergamino fue utilizado para otros usos y los códices se perdieron, salvo excepciones, como he dicho.

Entretanto, el papiro desapareció hacia el año 800. Y el pergamino, tan caro, encontró un sustituto más barato en el papel, invención de los chinos: una vez más la cultura griega (y la latina) fueron salvadas mediante instrumentos de lejano origen. Lo encontramos desde el siglo XI, y en Bizancio, desde el XIII. Facilitó la difusión de los textos antiguos entre los estudiantes, en Constantinopla y Salónica.

Ahora bien, ¿cuáles eran estos textos griegos antiguos y cómo se salvaron? ¿Cómo se perdieron otros? La continuidad de la cultura griega en la europea pendió de un hilo durante mucho tiempo. He escrito sobre esto, pero daré aquí una idea.[9]

La literatura griega fue durante mucho tiempo, como tantas otras, exclusivamente oral. Sin duda los rapsodas tenían copias de Homero, que recitaban. E igual hay que pensar para la lírica, que se cantaba en el banquete y en la fiesta. Todavía, para el siglo V a. C., se nos recuerda la lectura de la obra de Parménides por Zenón de Elea, de la de Heródoto por él mismo.[10]

Era raro tener en casa un Homero completo, como Eutidemo.[11] Otros escritos eran, sin duda, *Hypomnemata*, es decir, notas o apuntes, lo importante era la presentación oral, así en el caso de la épica, la lírica y la oratoria. Sócrates no escribió, Platón escribió diálogos y subrayó la superioridad de la palabra oral sobre la escrita.[12] Las obras «esotéricas» o «internas» de Aristóteles, conservadas por un azar histórico, eran simples notas para la enseñanza, igual que las de los médicos hipocráticos.

Pero ya a finales del siglo V a. C. y en el IV comenzó en Atenas un tímido comercio librero, primero para vender ejemplares de las obras teatrales (la gente las recordaba y quería leerlas), también podían adquirirse las de pensadores como Anaxágoras.[13] Licurgo, gobernante de Atenas a finales del siglo IV, hizo guardar ejemplares de todas las tragedias en el archivo público: había conciencia de la importancia de conservar el texto original.

De esa época conservamos el papiro de Timoteo, *Los Persas*, muy difícil de leer, sin separación de palabras ni acentos.

Se desplegó, pues, la literatura griega, oralmente primero y en el libro después, en una serie de géneros que van de la épica y la lírica al teatro, luego a diversos géneros de la prosa, en jónico primero, en ático después. Son estos géneros literarios los que habían de dejar su impronta en las literaturas europeas, también el estilo y la sintaxis del verso y de la prosa. Y el léxico culto. Todo esto hemos de estudiarlo.

Fueron los filólogos alejandrinos, tras la fundación del museo y su biblioteca por Ptolomeo Lago, con ayuda de Demetrio de Falero, discípulo de Aristóteles, los que salvaron la literatura griega. El patriotismo de los griegos asentados en Egipto y otros lugares de Oriente los impulsó a salvar esa literatura: a hacer ediciones depuradas (las de Homero, los líricos, los trágicos, los demás), que empezaron a ser legibles gracias a la introducción de algunos signos diacríticos y a la redacción de comentarios. Aristarco, pero sobre todo Aristófanes de Bizancio (director de la Biblioteca del Museo de 294 a 180 a. C.) y luego Calímaco (también director, que escribió unos *Pínakes* o catálogo de la Biblioteca) fueron los salvadores de la literatura griega. Otros filólogos, como Crates, trabajaron en Pérgamo con iguales ideas, otros, más tarde, en Roma.

Esta vía es aquella por la que llegó a la posteridad la antigua literatura griega arcaica y clásica. O al menos la más importante, se conoce el caso de las obras «esotéricas» de Aristóteles salvadas a partir de un manuscrito heredado por su sucesor Teofrasto. Claro está que una parte de la literatura griega, la conservada y la perdida, la conocemos a través de referencias e imitaciones en la literatura latina y por otras fuentes indirectas.

Para los griegos de Egipto, que superaban en amplitud de miras a los atenienses, la literatura griega era, como para nosotros, un todo: actuaban por patriotismo, se consideraban simplemente griegos. La editaban selectivamente (el canon), era leída en las escuelas. El mundo culto helenístico era una unidad, la nueva literatura que en él se escribía, bien continuando la antigua (épica, lírica, filosofía, historia, etc.), bien creando otra nueva (ciencia y erudición, novela, etc.), era para todo el mundo griego, se dirigía a todo él.

La fractura política sucedida tras Alejandro no existía en el dominio de la ciencia y literatura: eran para todos en todas partes. Como ahora. Aun-

que está claro que ciertos géneros (como la tragedia y la comedia en sus formas antiguas, la oratoria política) ya no se escribían o habían cambiado grandemente su espíritu. Y había géneros nuevos (los antológicos, la ciencia, la novela, la erudición).

En la escritura de la ciencia y la erudición helenística floreció la *koiné*, el dialecto derivado del ático y expandido por los macedonios y los colonos griegos que se asentaban en Oriente. Y en ella, muy especialmente, el léxico culto y científico, que tanto influjo había de ejercer en el desarrollo del léxico latino y, también, en el de nuestras lenguas.

Pero, volviendo a la literatura antigua ahora recogida y estudiada, hay que notar que la palabra κδοσις, edición, se refería a un ejemplar único, depurado y crítico. Solo en ocasiones se difundían ejemplares múltiples, de los que tenemos restos en los papiros encontrados en Egipto. Y se hacía una selección: para cada género, ya lo he apuntado, se establecía un *canon*, una lista de autores seleccionados. Algunos autores, por ejemplo oradores líricos, filósofos y autores teatrales del siglo IV a. C., como Filoxeno y Timoteo, y dramaturgos sicilianos menores no entraban en ese *canon*. Se piensa que entonces se perdieron, quizá algunos continuaran propagándose por vías marginales.

Esta fue la primera salvación, acompañada de un naufragio parcial, de la antigua literatura griega. Más adelante, en época imperial, el panorama fue más vario. Sustancialmente, la escuela salvó a los grandes clásicos, que allí se estudiaban, a oradores, historiadores y autores de teatro sobre todo. Pero parcialmente: se hacían, por ejemplo, selecciones del teatro que incluían las obras principales, se salvaron algunas más, muchas se perdieron.

Y las escuelas filosóficas, en especial los académicos y peripatéticos, salvaron la antigua filosofía (pero no hubo salvadores para los presocráticos y los pitagóricos). Y fueron menos afortunadas las filosofías helenísticas de estoicos, epicúreos y cínicos, entre otros. Por otra parte, los cultivadores de diversas ciencias, como la astronomía, la geografía, la matemática, la gramática, la medicina, al escribir nuevos tratados sobre ellas en fecha posterior, hicieron que se perdiera una parte importante de la ciencia helenística. Ahora estaban Ptolomeo, Galeno, Apolonio de Perga, Herodiano, Hefestión y tantos otros (más los tratadistas latinos), que hicieron que se perdieran sus modelos de época helenística.

Se añadía que los nuevos y caros libros en códices de pergamino exigían una reducción del número de textos que había que copiar y leer. Sabemos por los papiros lo que se leía (Homero, Demóstenes y Platón antes que ningunos otros autores) y lo que no se leía o se leía menos: la cultura bajaba. Y algunos cristianos, desde Basilio de Cesarea, apoyaron la lectura de la antigua literatura, pero sin duda contribuyeron a relegar una gran parte de ella a círculos muy reducidos.

Pero, pese a todo, los textos griegos (algunos de ellos) nos han llegado por una tradición continuada, que incluye traducciones e imitaciones en otras lenguas: el latín, el árabe, el eslavo, como he señalado. Mientras que los textos de culturas orientales (egipcia, sumeria, acadia, asiria, babilonia, persa) hemos tenido que recuperarlos, casi siempre, por las excavaciones arqueológicas. Es poco lo que, influyendo a los griegos, llegó por esta vía indirecta.

Al llegar el fin de la Antigüedad, la literatura griega había quedado muy reducida. A Bizancio llegó algo más de lo conservado, no mucho más: se nos cita a Safo, a Teopompo, a Ctesias, a Hiponacte, etc. Es difícil decir si se conservaban ejemplares completos. En otros lugares a los que llegaron los árabes en el siglo VII, he propuesto[14] que allí encontraron textos griegos que estudiaron o tradujeron. Hay casos, raros, de textos griegos conservados solo en traducciones árabes.

Peor fueron las cosas en el Imperio occidental; en Roma y otros lugares había excelentes bibliotecas griegas y muchos hombres cultos que conocían la literatura griega, pero a finales de la Antigüedad eran escasos los hombres cultos que leían e imitaban a los griegos. En la Edad Media occidental el griego casi se perdió, con algunas excepciones en Irlanda, Saint-Gall y monasterios de la Italia meridional.

Pero en la misma Bizancio las cosas fueron mal, tras Justiniano, en los siglos VII y VIII d. C.: los siglos de los iconoclastas, del cierre de las escuelas, de la gran decadencia cultural. Los antiguos códices en pergamino dormían en las bibliotecas. Solo el renacimiento cultural de los siglos IX y X, resumidos en los nombres de Focio y Aretas, los sacó de ellas para ser copiados en minúscula —y olvidados o destruidos luego, salvo raras excepciones, los originales—. Gran desdicha: los arquetipos de muchos de los manuscritos en minúscula estaban precisamente en esos códices en uncial. Al menos, se salvó lo salvable.

Y, tras la ocupación de Constantinopla por los cruzados, desde finales del siglo XIII y en el XIV hubo un renacimiento griego, se crearon las universidades de Constantinopla y Salónica y surgieron nuevas escuelas de filólogos: Planudes y Moscópulo, en Constantinopla, y Magistros y Triclinio, en Salónica, son los nombres más citados. Editaron, comentaron la antigua literatura. A veces, perdidos los manuscritos anteriores, son los de esta época los que nos han llegado. Eran a menudo ediciones baratas en papel. El tipo de letra, la minúscula reciente, fue luego imitado por la imprenta.

La huida de los eruditos griegos a Italia, cuando la invasión turca que culminó en la conquista de Constantinopla en 1453, trajo a Occidente estos tesoros que eran los manuscritos, que acabaron llegando no solo a las grandes bibliotecas italianas, sino también a París, a Oxford, a El Escorial y otros lugares. Fueron objeto de estudio, también de edición con ayuda de la imprenta, recién descubierta. En 1495 solo se había publicado una docena de ediciones griegas: gramáticas de Láscaris y Crisoloras, Esopo, Teócrito, la *Batracomiomaquia*, Homero, Isócrates. Siguieron muchísimas ediciones más, por obra de Aldo Manuzio y otros editores bien conocidos.[15]

A partir de aquí vino el influjo de la antigua literatura en las nuevas culturas y el estudio por eruditos y humanistas de la antigua cultura griega. Se añadieron, poco a poco, textos griegos que se habían perdido y ahora se recuperaban: los procedentes de papiros, inscripciones y óstraca; y las colecciones de fragmentos de filósofos, poetas y demás autores, cuidadosamente recogidos y analizados por los estudiosos occidentales. Así aumentó, por una parte, el conocimiento de la antigua cultura griega en sus varias etapas, y aumentó el influjo de esta sobre toda la cultura europea.

El bache fue, así, salvado, en la medida de lo posible. Se añadió el conocimiento indirecto de Grecia a través de la literatura latina, entre otras vías. Y, refiriéndome ahora, una vez más, a la lengua, al influjo de la lengua griega en las nuestras en la Edad Media por vías generalmente indirectas, se añadió ahora el influjo directo, factor de unidad entre ellas y en toda nuestra cultura.

Claro está, con esto ni siquiera tocamos el desarrollo de la literatura griega en las épocas romana y bizantina. Resulta esencial decir que en esta

última el griego popular, el derivado de la *koiné* hablada, apenas se escribía y emergía solo esporádicamente en la literatura; la cultivada usaba una lengua arcaizante y más bien artificial. Ni una ni otra[16] ejercieron influjo destacable en las lenguas y literaturas europeas.

En cambio, sí hay que decir desde ahora que el gran influjo de la cultura griega en la nuestra tuvo lugar fundamentalmente con el descubrimiento de los clásicos en la época humanística, que acabo de citar. Porque es el léxico griego clásico y helenístico el que fundamentalmente ha influido en nuestras lenguas, en su sector culto, aparte del cristiano. Aunque por otras vías, ya lo he dicho, ha penetrado, desde el fin de la Antigüedad y en la Edad Media, léxico popular, hablado.

EL ALFABETO LATINO: ORÍGENES Y DIFUSIÓN

Hoy se piensa que el alfabeto latino no derivó directamente del griego, sino que hubo un intermediario, el etrusco, aunque hay quien opina que el griego influyó luego directamente en el latino, a juzgar por la presencia en él de las oclusivas sonoras griegas *b* y *d* (también *g*, pero esta fue creada secundariamente), que no existen en etrusco. Pero hablemos, primero, del alfabeto etrusco.[17]

Los etruscos tomaron el alfabeto griego de resultas de sus transacciones comerciales con los griegos de Cumas y Pitecusa. Ya desde finales del siglo VIII adoptaron el alfabeto griego para notar el etrusco. Era un alfabeto griego de tipo occidental, diferente en cierta medida del alfabeto jónico: de ahí que en un derivado del alfabeto etrusco como es el latino haya ciertas diferencias con el alfabeto griego jónico. Otras diferencias proceden de la eliminación de ciertas letras innecesarias o la elección entre ellas o la creación de letras nuevas.

Por ejemplo, la *H* derivada de la griega nota en etrusco una aspiración (en el jónico, donde no había aspiración, la *eta* era usada para notar la *ē* larga); la *X* equivale a *ks*. La *ψ* equivale a *kh*. Según los lugares y contextos, para la gutural sorda usaron los etruscos ya *kappa*, ya *qoppa*, ya *gamma* (con la forma redondeada *C*). No se usaron la *b* y la *d*, innecesarias en su sistema fonológico, carente de oclusivas sonoras. Como tampoco la *o* (solo

tenían cuatro vocales: *a*, *e*, *i*, *u*). Y crearon una fricativa labial sorda con un signo complejo *WH*. Había varias letras para las silbantes, que parece que eran dos, según las zonas: hallaron hueco, según los casos, las letras griegas *sigma* y *san*.

El alfabeto etrusco, aparte de su uso comercial y en inscripciones cuya tipología es griega, lo usaban los nobles como ornamento en objetos decorativos y de lujo: con todas sus letras, incluso las que en la práctica de la escritura no se usaban.

Este alfabeto fue tomado en préstamo, con las variantes necesarias, por lenguas itálicas como, en el norte, el venético, el lepóntico y el rético; en el sur, por el umbro, el osco y el falisco. Y por el latín, claro está. Cuando Roma conquistó Italia, a partir del siglo III a. C., desaparecieron gradualmente las demás lenguas y sus alfabetos. En cambio, la lengua y el alfabeto de esta pequeña ciudad, Roma, estaban destinados a una difusión por toda Italia, por casi toda Europa y por gran parte del mundo.

Más el alfabeto que la lengua, pues fue adoptado por toda clase de lenguas y el latín acabó por desaparecer, aunque fue más difundido que el griego, su último modelo, desde luego.

En alfabeto latino hay un mínimo número de inscripciones en los siglos VI y V a. C.; luego crecen enormemente a partir del III, no solo en Italia, sino en todo el Mediterráneo, sobre todo en el occidental. En el oriental se prefería el griego, pero hay también inscripciones, papiros de óstraca latinos, sobre todo dependientes de la administración imperial, la militar y la de justicia. El latín siguió siendo, por lo demás, la lengua oficial del Imperio de Oriente, hasta Justiniano.[18]

El alfabeto latino se originó, como he señalado, a partir del etrusco, en realidad de sus formas meridionales. De ellas vino la reglamentación del uso de *C*, *K* o *Q* para marcar la *k*. Pero hay algunas diferencias, como el uso de la *O*, de las oclusivas sonoras *B* y *D*, de la *sigma* (no la *san*), de la *C* (forma modificada de la *gamma, G*), la *F* (forma simplificada de la fricativa labial, a partir de la *digamma*). La *Z* casi no se usaba, en su lugar se colocó en el alfabeto la *G*, luego se reintrodujo y se colocó al final. Otros detalles podrían darse sobre modificaciones del alfabeto en la época republicana.

La escritura latina era de izquierda a derecha, mientras que la etrusca era, normalmente, de derecha a izquierda, en algún caso de *bustrophedon* y

aun de izquierda a derecha, sentido que se había generalizado en griego en el siglo VI a. C. En esto, como en algún detalle dado antes, se ve que influyó la escritura griega.

Por lo demás, la forma concreta de las letras variaba a veces de las griegas, había variantes en latín. Es antigua, por ejemplo, la forma de la *D* con panza hacia la derecha (propia de la escritura de izquierda a derecha), frente a la *delta* griega triangular. Pero hay desde pronto formas evolucionadas, en inscripciones menos formales, por ejemplo, algunas con un trazo vertical y una panza.[9]

Naturalmente, todo este alfabeto de las inscripciones y de los textos manuscritos más antiguos era en la que se llama capital o uncial. Siguió usándose, en la escritura más formal, hasta el siglo VIII.

Se creó también, para la escritura rápida, una cursiva, derivada de la capital: primero mayúscula, luego minúscula desde el siglo IV d. C. De aquí se pasó a la minúscula propiamente dicha, que tuvo, a lo largo de los siglos, diversas variantes: visigoda, carolingia, francesa, gótica, humanística. Estas últimas variantes son las que pasaron a la imprenta, que a su vez desarrolló diversos tipos de letra. Por supuesto, como en griego, se conservó la letra capital para títulos, mayúsculas, etc.

Son dos evoluciones paralelas las de los alfabetos griego y latino, como se ve; y uno y otro desembarcaron, ya en el siglo XV d. C., en los tiparios de imprenta.

La gran diferencia es que el alfabeto griego y la lengua que nota ofrecen una importante continuidad, en Grecia, desde la Antigüedad hasta hoy; fuera de ella, hay los derivados que son los alfabetos gótico y eslavo. En cambio, el alfabeto latino, llevado por el Imperio romano y la cultura romana, pervivió en todos los confines del imperio. Fue, al final, la única lengua escrita (lenguas no escritas fueron el vasco, la de los pictos y el celta insular, sobre todo).

Más todavía: en las culturas (celtas, germánicas, eslavas occidentales) en las que, en la Edad Media y las posteriores, dominó el influjo occidental, se implantó como lengua de cultura el latín, con el alfabeto latino. Y cuando, a partir de un momento, comenzaron a escribirse las lenguas de los grupos lingüísticos que he mencionado, convertidas en lenguas de cultura, tomaron el alfabeto latino, no se crearon alfabetos propios, como el gótico y el

eslavo, que he citado. A lo sumo, se añadieron modificaciones o signos diacríticos para atender a sus características fonéticas. El alfabeto latino se hizo así propio de lenguas no latinas.

Más todavía: a partir del siglo x comenzó a escribirse en él el húngaro; a partir del xvi, a veces más tarde, otras lenguas de Europa, indoeuropeas o no, como el vasco, el albanés, el letón, el lituano y el finés. Siempre con el alfabeto latino. Se empleó, también, para las lenguas no europeas: las de América, que transcribían los españoles, los portugueses y otros europeos más; las de África, transcritas por exploradores y colonizadores; el turco, desde la revolución de Atatürk; etc.

El alfabeto latino, al que resisten el árabe y lenguas de la India y la China, entre otras, lleva camino de convertirse en universal. Con ciertas modificaciones o signos diacríticos, también ahora, para atender a la fonética de diversas lenguas.

Pero convendría insistir en las diferencias en la historia de los alfabetos griego y latino, y de las lenguas y literaturas griega y latina. En el comienzo están, ciertamente, el alfabeto griego y la literatura griega, son los modelos del alfabeto latino y la literatura latina. Pero luego el alfabeto griego quedó reducido a Grecia y Bizancio, e igual la lengua y la literatura griegas; el latino se difundió ampliamente. En cambio, la lengua griega moderna es un derivado, no demasiado alejado, de la lengua griega antigua (y en Bizancio vivió un derivado más próximo, la lengua llamada *katharévousa*), mientras que en Occidente el latín solo subsistió como lengua culta, de ella se desgajaron las lenguas románicas.

Hubo unidad o casi unidad en Oriente, por obra sin duda del imperio y el patriarcado (aunque hay que contar con la diversidad introducida por el alfabeto y las lenguas y literaturas eslavas); diversidad en Occidente, con la creación de varias naciones, románicas y no. Pero el alfabeto las cubría a todas. Y las literaturas orientales (griega, eslavas) y las occidentales (románicas y no) mantenían la huella de su raíz común y aun la incrementaron con el tiempo, sobre todo desde el Renacimiento. Sobre el modelo antiguo, claro.

LOS TEXTOS LATINOS ANTIGUOS Y SU LLEGADA A EUROPA

Pero, antes de pasar a Bizancio y Europa, no solo el alfabeto y varios elementos lingüísticos de los que hablaré, también la literatura griega tuvo una continuación en la Antigüedad: la latina. Tras unos comienzos itálicos muy pobres —cantos rituales de los Salios y Arvales, *elogia* fúnebres, *Annales*, farsas dramáticas como las *fescenninae*—, a partir de finales del siglo III a. C. se creó una nueva literatura que imitaba la griega. Esa literatura, con el tiempo, pasó en la medida que fuera a la Edad Media, fue una vía para su helenización indirecta. Y luego fue redescubierta en el Renacimiento.

Según el esquema habitual, que luego se repitió varias veces, hemos de verlo, el primer paso fue escribir textos literarios en la lengua de cultura ajena: en griego escribieron, por ejemplo, los historiadores Fabio Pictor y Cincio Alimento. El segundo paso fue el de hacer traducciones de esa lengua, así la de la *Odisea* de Livio Andronico.

El tercer paso fue hacer imitaciones o contrapartidas latinas de los griegos, que eran ya obras propiamente literarias: así la tragedia *cothurnata* y *praetexta*, la comedia *palliata* y la *togata* (Livio Andronico, Nevio, etc.) desde finales del siglo III y sobre todo en el II a. C.: la comedia culminó, como se sabe, en Plauto y Terencio. La mayor parte de las obras eran imitaciones de otras griegas (a veces contaminadas), con ambiente griego.

Ennio hizo, por su parte, épica romana, con tema ya romano (los *Annales*), pero sobre modelos helenísticos; Lucilio escribió sátiras, sobre las de Calímaco; Catón, obras en varios géneros (historia, máximas). Había también los oradores, pero sus discursos o no se editaban o no han llegado a nosotros, y las obras de agricultura, gramática, etc. Se creó así una literatura que doblaba a la griega en temas y géneros y que usaba un latín que comenzaba a helenizarse.

Nótese que la literatura latina helenizada no siguió el orden de aparición de los géneros en Grecia (y en otros varios lugares): primero géneros orales, la épica y la lírica, luego las versiones escritas de estos y otros, con una apertura ideológica gradual. En Roma se comenzó por imitar los géneros helenísticos contemporáneos, como la sátira, la historia y un cierto tipo de épica, al tiempo que géneros anteriores, como la tragedia del siglo V y la comedia del IV. Ciertos géneros griegos estaban mal vistos en una so-

ciedad que todavía era muy cerrada: la filosofía, la retórica, la erótica. Se imitaban sobre todo géneros helenísticos y algunos científicos o eruditos, como los ya citados. Periódicamente había expulsiones de filósofos y rétores (cosa que continuó bajo el imperio).

Solo con el tiempo, desde el siglo I a. C., hubo una mayor apertura y una imitación, con frecuencia de los autores clásicos. Llegó la oratoria de Cicerón y otros, que imitaba a Demóstenes y otros oradores griegos; la lírica erótica y otra de Horacio, Catulo, Ovidio, Tibulo, etc., que en parte imitaba a los antiguos líricos, en parte a los helenísticos; la bucólica de Virgilio, que arranca de Teócrito; la épica más o menos homérica, más o menos alejandrina, de Virgilio; la nueva historia; toda clase de filosofías, incluida la epicúrea de Lucrecio; la fábula. Continuaron la ciencia y la erudición y varios otros géneros.

Sobre la base de los griegos, se creó toda una literatura, que alcanzó, a veces, cimas insuperables. Cierto que esta literatura decayó desde comienzos del siglo II d. C., época de Trajano y Adriano. Produjo, de todos modos, obras importantes en los siglos siguientes, pese a la decadencia cultural. Obras de literatura pagana y también cristiana. Continuaban la poesía helenizante de un Ausonio, un Rutilio Namaciano, un Draconcio.

Pero la gran literatura había pasado. Quedaban los grandes compiladores del pensamiento y la cultura antiguos, como Macrobio, Boecio y, ya en fecha visigoda, Isidoro. La literatura latina forma un ciclo, no estrictamente paralelo al griego, pero con los grandes movimientos inicial y final de apertura, esplendor y decadencia. Reflejo de hechos sociales, evidentemente. Y con la misma intervención, al final, del cristianismo.

De esta gran literatura viene el influjo en Europa de la lengua latina; un influjo que a veces refleja el del griego en el latín. Como en el caso de Grecia, la Edad Media, por supuesto influida por una cultura y literatura latinas empobrecidas, recibió un influjo más bien escaso de la gran literatura.

Pues, como en el caso de los griegos, hubo la gran decadencia del siglo VI y siguientes. Aunque la Iglesia, con sus monasterios y luego sus universidades, ayudó a que la cultura antigua se salvara, a que fuera de nuevo mejor conocida sobre todo desde el siglo XV y siguientes, gracias a los grandes autores que ahora se descubrían o redescubrían y que fueron los que relanzaron la tradición literaria y cultural desde el Renacimiento y el Humanismo. Hubieron de dormir, durante largos siglos, en las bibliotecas.

Así, la literatura antigua latina, igual que la griega, fue el apoyo para la continuidad de nuestra cultura desde el Renacimiento.

Pero no dejó de existir un largo bache, salvado en cierta medida, en ambos casos, por algunos renacimientos. He hablado del bizantino del siglo IX, en Occidente hay el carolingio de igual fecha y algunos menores más. Y todo fue creciendo con la fundación de las universidades y las nuevas órdenes religiosas en el siglo XII y sobre todo en el XIII.

No voy a hablar aquí de la cultura medieval de Occidente, solo quiero insistir en que los grandes autores latinos, fundamentales en el Renacimiento y el Humanismo, fueron apenas conocidos en la Edad Media occidental, menos aún los griegos, igual que en Bizancio, pese a esos renacimientos y a casos especiales.

Y, pese a todo, desde la fundación por san Benito de su orden y del monasterio de Monte Cassino, comenzó la existencia de las bibliotecas, luego continuadas en las escuelas catedralicias y las universidades, como he dicho. En otro lugar he estudiado la pobreza inicial de esas bibliotecas, destinadas sobre todo a obras de contenido eclesiástico y a la nueva literatura latina medieval.[20]

Claro que hubo excepciones, autores medievales que conocían a algunos autores antiguos (algunas pocas de sus obras), como la monja Hrosvita que imitaba a Terencio; Alfonso el Sabio, que conocía a Suetonio, parte de Ovidio, Lucano, etc. En general, Ovidio se conocía tan solo por las *Metamorfosis*, Horacio por el *Arte Poética*, Platón por el *Timeo*. Aristóteles era estudiado, en círculos restringidos, a través de traducciones al árabe y luego al latín. Y diversos autores que se citaban eran en realidad literatura tardía: así obras atribuidas falsamente a Ovidio (el *De vetula*), a Fedro (el llamado *Rómulo*) y al mismo Homero (la *Historia Troyana*).

Solo en el siglo XV y sobre todo en el XVI vino la resurrección de Séneca, Plauto, los historiadores; luego la de Cicerón, Virgilio y los demás. Suministraron modelos no solo para la literatura, también para el estilo, la sintaxis y el léxico de las nuevas lenguas.

Y había la literatura latina medieval, que de alguna manera conectaba con la antigua. De ella hablaré en otro capítulo. Como en el caso de los griegos, fue la imprenta la que salvó para el público humanista a los grandes autores latinos, editados ya desde el siglo XV en Venecia, en Amberes y

otros lugares. Ellos hicieron el milagro de que las nuevas literaturas de Occidente pasaran de los modelos medievales (por lo demás derivados, también ellos, de la Antigüedad) al de los grandes clásicos latinos y griegos. Una tradición de base antigua, pero en el comienzo pobre y solo lentamente enriquecida, fue sustituida en las modernas literaturas por otra que enlazaba más directamente con los grandes modelos antiguos.

Por otra parte, el latín como lengua hablada no subsistió, mientras que el griego siguió siendo aproximadamente unitario, aunque con dos estratos diferentes como he señalado, siendo privilegiado el más culto por el factor unificador que significaban en Bizancio tanto el emperador como el patriarca. El latín se desintegró cuando se hundió el Imperio romano.

La decadencia del sistema de comunicaciones y de la cultura (solo una pequeña élite continuó cultivando el latín literario en los siglos IV y V) y la creación de nuevas entidades políticas trajeron la fragmentación de esta primera Europa que era el Imperio romano y, como consecuencia, la emergencia a partir del latín de las lenguas románicas. En la Edad Media occidental, efectivamente, se consiguió la unidad religiosa con los papas, no la política, pese a los intentos de Carlomagno y del Imperio romano-germánico. Ni, por supuesto, la lingüística al nivel de lengua hablada general.

Y, sin embargo, el latín continuó siendo, durante largos siglos, la lengua culta de la Europa occidental: aquella en la que escribían los que sabían escribir, leían los que sabían leer. Circulaban toda clase de textos legales y de obras en prosa y en verso, originales o traducidas del griego o del árabe, pero en latín todas. Obras antiguas, por el momento, como ya he dicho, circulaban pocas y dentro de círculos muy limitados.

Pero incluso cuando, desde el siglo IX a veces, desde el XI sobre todo, se comenzó a escribir verso o prosa en estas nuevas lenguas y a traducir a ellas textos latinos antiguos y aun medievales, amplios dominios, como la medicina, la teología, la filosofía y el derecho, quedaron reservados al latín. Autores importantes como Dante, Erasmo, Copérnico, Bacon, Garcilaso, fray Luis de León, Descartes, Spinoza, Leibniz, Linneo y Newton escribieron en latín.

Las imprentas publicaban más libros en latín que en las nuevas lenguas. En 1570, el 70 % de los libros impresos en Alemania estaban escritos en latín. Y también eran mayoría los libros en latín entre los que se enviaban de España a México.

Nótese que incluso en el gran período del Renacimiento y el Humanismo, cuando crecían las nuevas literaturas, cuando Bembo, Vives o Mulcaster defendían la dignidad de las nuevas lenguas, los monarcas y los poderosos seguían reuniendo bibliotecas griegas y latinas, y poetas como Dante, Mena y Ronsard creían en la superioridad de la lengua latina o, en último caso, de la griega. Y se creaban academias y universidades renacentistas, tales como la Academia Platónica de Florencia, el Collège de France de París y la Universidad de Alcalá. El dominio intelectual del latín era abrumador, incluso entre los protestantes y los católicos romanos reformados. No se puede comprender nada de la cultura y las literaturas europeas sin conocer este hecho.

Este papel del latín en Europa occidental es paralelo al del griego escrito, culto, en Bizancio, al que ya me he referido; influyó, a su vez, extraordinariamente, en las lenguas eslavas, cuyas obras antiguas eran, con frecuencia, traducciones del griego (como muchas de las primeras obras latinas habían sido traducciones del griego).

Bizancio y Occidente se habían resignado, por un tiempo, a tener una lengua culta (la *katharévusa* y el latín) y una o varias populares que solo rara y tardíamente se escribieron en griego, más temprano en Occidente. Aquí, desde el siglo XII, las lenguas populares avanzaron para convertirse, a su vez, en lenguas de cultura, aunque el gran salto en este sentido fue ya en el Renacimiento, en contacto con las obras antiguas ahora redescubiertas y editadas. Un papel semejante de lengua culta lo desempeñó el sánscrito en la India y lo sigue desempeñando el árabe clásico en el mundo musulmán.

El latín, como digo, continuó influyendo fuertemente en el lenguaje culto de las lenguas modernas en el siglo XV y siguientes. Los cultivadores de estas intentaban, simplemente, competir con la prosa y la poesía latinas. Pero se tendió a la aproximación entre todas ellas, precisamente por el poderoso influjo de la lengua latina y de la griega, que antes había influido en la latina y continuó influyendo sobre todas las lenguas.

Por lo demás, este papel cultural, tradicional y unificador del latín (de momento, menos del griego) es paralelo al que ejerció toda la cultura religiosa, artística, política, social y religiosa procedente de la Antigüedad. Esto ya desde la Edad Media, pero sobre todo después. E igual fue en Bizancio el papel de la cultura griega. Lengua y cultura son cosas solidarias, no se explican la una sin la otra. Pero en Occidente se creó una cultura co-

mún, con la llegada de los manuscritos griegos clásicos y el descubrimiento de los latinos.

Así se crearon bibliotecas como la del Vaticano, Florencia, Venecia, París, El Escorial y otras muchas. Fueron un testimonio vivo de la continuidad y vigencia universal de nuestra cultura. Y lo mismo las ediciones, a partir de la introducción de la imprenta en Italia en 1465: las de Aldo Manuzio, las de H. Etienne, la *Biblia Polyglotta* de Alcalá, etc., por no hablar de las traducciones y los comentarios.

Las *editiones principes* comenzaron con varias de Cicerón desde 1465, luego siguieron Apuleyo, Gelio, César y muchos más. A Aldo Manuzio le siguieron su hijo y su nieto Paolo y editores alemanes, flamencos y otros.

Habría que hablar, por supuesto, de los humanistas, a partir de Petrarca y Boccaccio, luego Salutati, Poggio, etc. Y, entre los cultivadores del griego, Valla, Manetti y emigrados griegos a Italia, como Crisoloras y Láscaris; algunos vinieron a España. Y hubo los de los Países Bajos, como Lipsius y tantos otros más, y los de Francia, como Budé, los de España, como Nebrija y Hernán Núñez. Y habría que añadir las academias de Florencia, Roma y Nápoles, el Collège de France, las universidades de Salamanca y Alcalá, etc.

Todo esto desembocó en la renovación de los géneros literarios y de las ideas filosóficas en todo el mundo europeo, bajo la influencia griega y latina clásicas. Se aproximaron entre sí las culturas europeas y, como veremos, las lenguas europeas.

LOS ALFABETOS GÓTICO Y ESLAVO Y SUS PRIMEROS TEXTOS

Dentro de la Europa cultural son importantes los varios alfabetos derivados del griego, de los que ya he hablado. Aquí quiero recordar brevemente dos, que son europeos: el gótico, de vida efímera, y el eslavo, tan importante en un gran sector cultural de Europa.

La creación del alfabeto gótico fue un resultado notable de las migraciones de pueblos germánicos, de sus choques con Bizancio y de la aculturación de uno de ellos, el pueblo godo, a partir de Bizancio y del cristianismo, simultáneamente. Cuando los godos se desplazaron hacia Oriente y

entraron en contacto, guerrero y a veces pacífico, con los bizantinos, se cristianizaron. Y el obispo Ulfilas, de familia cristiana de Capadocia y cuyos abuelos habían sido hechos prisioneros por los godos, tradujo al gótico, en este ambiente, en el siglo IV d. C., la Biblia, traducción solo parcialmente conservada.

Es notable cómo las guerras contra Bizancio y la llegada del cristianismo hicieron posible, en un momento dado, la helenización de los godos. Y cómo esta comenzó por la creación de un alfabeto, tomado del griego pero, como en otras ocasiones, modificado para adaptarse a la fonética de la nueva lengua. A diecinueve letras griegas se añadieron seis latinas y una rúnica.

Pero el alfabeto gótico terminó con Ulfilas, sin duda porque los godos se trasladaron luego a Occidente, donde cayeron en el ámbito de la cultura latina.

Mucho más importante culturalmente fue el alfabeto eslavo, creado como he dicho en el siglo IX por los monjes hermanos Cirilo y Metodio, griegos de Salónica que conocían el eslavo de los pueblos que rodeaban e infiltraban esta ciudad. Luego fueron declarados santos.

Ya he dicho también que en realidad se trata de dos alfabetos. El de Cirilo es el glagolítico, derivado de la minúscula bizantina: la *Vida de San Cirilo* nos dice que antes de ir, en el año 863, de Constantinopla a Moravia para predicar el cristianismo, había compuesto el nuevo alfabeto y comenzado la redacción de los Evangelios. El alfabeto llamado cirílico, en cambio, el que más se difundió luego, deriva de la uncial bizantina, con ciertos elementos del glagolítico.

Es este alfabeto el que ha sido aceptado y continúa vivo en el mundo eslavo oriental y meridional, influido por Bizancio: en ruso, ruso blanco, ucraniano, búlgaro, esloveno, serbio. En cambio, en el mundo eslavo occidental (en polaco, checo, eslovaco, esloveno) y en croata (meridional pero de influencia católica), se impuso el alfabeto latino. Eran zonas todas ellas sometidas a la influencia occidental (del Imperio romano-germánico y Roma, entre otras).

Pero antes de volver a los condicionamientos políticos y religiosos que llevaron a la expansión de los alfabetos antiguos en la Europa medieval y, concretamente, del griego en los pueblos eslavos orientales y en casi todos los meridionales, conviene decir algo sobre el propio alfabeto cirílico.

El alfabeto cirílico conserva veinte letras griegas, con pronunciación eslava, a veces diferente de la griega antigua (por ejemplo, fricativa en vez de sorda aspirada). A ellas añaden otras (tomadas varias de ellas del hebreo) para fonemas o grupos inexistentes en griego.

Transcribiéndolas en la forma usual, son: los dos *yers* (vocales de pronunciación ultrabreve) *ĭ*, *ŭ*; consonantes palatalizadas: *ž*, *dz*, *št*, *č*, *c*, *š*; formas vocálicas con palatalización y a veces nasalización: *ju*, *ja*, *je*, *ję*, *jǫ*. Hay las vocales *e*, *o*, *u*, *ě*, *y*, sin nasalizar, e *i*, procedente ι y η. Y *s* y las oclusivas.

Por supuesto, hay diferencias en los alfabetos de lenguas posteriores. Pero es notable la continuación del alfabeto griego y del latino en las lenguas eslavas: esta dualidad es un reflejo de la oposición medieval entre Bizancio, por un lado, y el mundo germánico y románico, por otro. Y de la oposición, también, entre el cristianismo ortodoxo y el de obediencia romana.

Tiene interés, pienso, decir algo sobre la continuidad entre los eslavos de la cultura grecobizantina, hecho reflejado tanto en el alfabeto como en los textos escritos y, ya digo, en la obediencia religiosa. Como la hay entre la cultura europea de tradición latina (aunque de lengua germánica, pero también eslava en ocasiones), ya aludida, y el alfabeto y la cultura latinas.

Todo ello tiene que ver con las circunstancias de la creación del alfabeto cirílico.

En realidad, la lucha política y la lucha nacionalista iban unidas; los búlgaros, cuya nación fue fundada en 681 por el kan Kubrat, aspiraban a ser una iglesia autocéfala, autónoma, y con expresión búlgara. Lo lograron tras una larga lucha diplomática.

Las piezas en juego, cuyas rivalidades utilizaban los búlgaros, eran el Imperio bizantino, el romano-germánico y el papa de Roma. Cuando los dos hermanos Cirilo y Metodio, de los que he hablado, griegos eslavohablantes de Salónica, fueron enviados a la Gran Moravia en el año 863 para difundir el tipo búlgaro de cristianismo (el antiguo eslavo se comprendía en todo el mundo eslavo), todavía no se había producido el cisma promovido por el patriarca Focio, que se consumó en 867. Pero la tensión estaba ahí.

No está claro si los dos misioneros fueron llamados desde Moravia por el príncipe Rostislav o enviados desde Constantinopla por el emperador Miguel II o por el mismo patriarca Focio. Se trataba, en todo caso, de extender la influencia bizantina (pero en definitiva búlgara) a un territorio

que, al final, quedó bajo la zona de influencia germánica. Los misioneros fueron expulsados. Pero fueron acogidos por el nuevo rey Boris, bautizado luego como Miguel. Los hermanos daban instrumentos para que se difundiera la enseñanza cristiana en lengua eslava. No obstante, hubieron de negociar, en Roma, con los papas Nicolás y Adriano, aprovechando su enfrentamiento con el Imperio germano-romano. Allí los llamó el papa Adriano, fueron llevando las reliquias del papa Clemente, supuestamente recuperadas en el mar de Azof. Y allí murió Cirilo, está enterrado en la iglesia de San Clemente. La liturgia eslava fue aceptada. Luego, bajo el rey Simeón, en 925, se implantó un patriarcado en Bulgaria, independiente del de Constantinopla.

Así, el nacionalismo búlgaro, que incluía el deseo de independencia religiosa, es el que logró la implantación del búlgaro como lengua religiosa y, luego, la implantación de las lenguas eslavas y sus literaturas en general.

Este fue el comienzo, a partir de aquí se crearon nuevos centros de cultura eslava, con uso del alfabeto cirílico, en Ocrida (hoy en Macedonia), adonde llevó el movimiento Clemente, discípulo de Cirilo. Más tarde, en Ucrania, donde el rey Vladimir (978-1015) se convirtió: la conversión de un rey llevaba la de su pueblo, así en Occidente, en este período y en el de la lucha entre católicos y protestantes en el siglo XVI *(cuius regio, eius religio)*.

Hay que añadir que, en todo caso, la relación entre los búlgaros (nombre que en principio era el de un pueblo turco que se desplazaba acompañado por los indoeuropeos y luego se eslavizó) y los griegos era estrecha. Los búlgaros (y llamamos ahora así a la totalidad del pueblo) se asentaron en un lugar cuya costa, como la restante del mar Negro, estaba llena de ciudades griegas. Citamos Apolonia, Mesembria (Nessebar), Olbia, Boristenes, Odessos (Varna), Ankhíalos (Pomorje) o Dionisópolis (Baltschik), en algunas de las cuales se conservan iglesias bizantinas del siglo XIII. Más al norte están Tomi (hoy Constanza) e Istria, centros romanos en la costa de Rumanía.

Conviene añadir algo sobre el origen de las literaturas eslavas. Derivan de la griega, pero no solo por los libros. Es importante saber, además, que en el territorio que los búlgaros ocuparon había poblaciones muy helenizadas.

En el interior estaban los tracios y en las inmediaciones ilirios y escitas: pueblos todos ellos cuya helenización se puede ver en su arte en los museos

de Sofía y San Petersburgo y en las tumbas de los reyes tracios en la propia Bulgaria (en Kazanlak, Silistra, Sveshtari, etc.). Había también ciudades romanas, Sérdica y Filipópolis, cuyas ruinas se encuentran bajo Sofía y Plovdiv. Y Nicópolis ad Istrum, fundada por Trajano, hoy Nikjup.

Los búlgaros, que apenas tenían cultura, organizaron su reino al estilo bizantino, con una diarquía del rey y el patriarca. Los palacios reales, como los de Plisca y Preslav, imitaban a los de Bizancio, los príncipes estudiaban en Constantinopla, en griego escribían los búlgaros sus primeras inscripciones, como la del santuario de Madara y las inscritas en miliarios romanos. Su religión era la cristiana, en la versión de Bizancio. Su arte derivaba del del propio Bizancio.

Nada es de extrañar, pues, que de los griegos tomaran los búlgaros su alfabeto y que su literatura comenzara traduciendo textos griegos, el primero los Evangelios.

Igual en Ocrida, en Kiev y en todo el mundo eslavo meridional y oriental. Es una prolongación del mundo bizantino, pese a que el reino búlgaro fue destruido por Bizancio en 1018 (fue reconstruido en 1185) y a que Moscú desplazó, en un momento dado, a Kiev.

Bizancio fue, pues, el punto de partida de la cultura eslava: hubo un cambio de acento, pero no ruptura. Cierto que hubo, gradualmente, un cambio de lengua, aunque no de alfabeto, salvo los lógicos retoques. En Occidente las cosas fueron diferentes: seguía el mismo alfabeto (también con retoques, a veces). Y el latín tardó mucho en ser desplazado, al final fueron nuevas lenguas las que tomaron el peso. Pero tanto en Bizancio como en Occidente hubo una continuidad cultural, sobre el modelo de las antiguas lenguas y culturas, porque tanto la cultura bizantina como la medieval europea dependen, en último análisis, de la griega y romana y de la cristiana. Y la aproximación de sus lenguas, a la que ya he aludido, también.

Claro que las culturas eslavas más modernas y las occidentales incorporadas a la cultura latina, así las germánicas y románicas, también la húngara y otras, tienen una historia un poco diferente. Aquí, fuera del *limes*, no hay continuación de las antiguas ciudades. Kiev remonta al siglo V, Moscú al XII, Praga, Cracovia o Poznan al IX o el X. Pero continúan, en último análisis, el antiguo modelo.

En cuanto a las literaturas eslavas más antiguas, repitieron el modelo de la latina y otras más, de la árabe a las europeas medievales: comenzaron con traducciones, continuaron con imitaciones de esas traducciones, pasaron ya a un estadio de originalidad. Las traducciones al eslavo eran, por supuesto, del griego: de textos griegos cristianos o, en todo caso, próximos a la sensibilidad contemporánea de los bizantinos. Los grandes filósofos y poetas griegos, sobre todo Aristóteles, y personajes como Alejandro, eran considerados casi como santos cristianos, sus imágenes aparecen en iglesias (como la catedral de la Asunción, en el Kremlin, la Natividad en Arbanassi) y edificios públicos.

Ciertamente, la imagen bizantina de la antigua Grecia (con su rey, sus filósofos, etc.) estaba fabricada sobre el modelo bizantino. Y los grandes poetas y pensadores antiguos eran desconocidos.

Los centros primeros de traducción, en los siglos IX, X y XI, fueron Sofía, Ocrida y Kiev, luego hubo otros más.

Por supuesto, la primera traducción fue la de los Evangelios. Pero luego vinieron las de escritos sagrados y profanos, tales como las obras de Malalas, Cosmas Indicopleustas, la *Alexandreís*, el *Calila* (en griego traducido del pehlví), Flavio Josefo, el anónimo *Canto de Digenís*, Juan Crisóstomo, Juan Damasceno, el *Physiologus*...

Después vinieron las obras originales eslavas.[21] Al principio, de tipo religioso. Puede ya considerarse como tal el *Proglas* o prólogo de Constantino a los Evagelios, en versos imitados de los bizantinos, así como numerosas vidas de santos y escritos litúrgicos. Y luego hay, en las diferentes lenguas eslavas, diversas crónicas como la de Nevgorod, vidas de príncipes, obras épicas como la *Canción de Igor*, lírica religiosa y mundana, poesía satírica y didáctica. Más o menos, como en otras literaturas medievales.

Entre los eslavos occidentales, que empleaban el alfabeto latino, como he dicho, la historia es diferente. Usaban los mismos modelos que los demás pueblos occidentales. Por cierto que en Bizancio, en el siglo XIII, con las Cruzadas, el influjo occidental fue grande, pero sobre todo de las literaturas francesa e italiana. Entre los pueblos eslavos ese influjo fue, en general, más tardío: sobre todo en Rusia, ya en el siglo XVIII, con Pedro el Grande y Catalina.

Por lo demás, ni la literatura griega bizantina ni la eslava apenas llegaron al espíritu del Renacimiento y del Humanismo, descontando algunos

sabios griegos del siglo xv, sobre todo los emigrados a Italia, y los de Polonia y otras naciones eslavas influidas por Occidente.

La Ilustración penetró en Rusia, como acabo de decir, en el siglo xviii. Y en el xix y xx entraron en todas partes las nuevas tendencias, importadas desde Europa. En literatura, desde luego, pero también en el pensamiento político, que difundió la idea de la libertad. Esta llevó a la liberación de las naciones eslavas meridionales y otras, tanto de los turcos como del Imperio austrohúngaro.

2

LÉXICO GRIEGO, LATINO Y CRISTIANO EN LA HISTORIA DE LAS LENGUAS DE EUROPA Y DE SU APROXIMACIÓN

EL LÉXICO CULTO Y CIENTÍFICO GRIEGO Y LATINO Y SU PASO A LAS LENGUAS DE EUROPA

IDEAS GENERALES

Es de sobra conocido que cualquier lengua tiene una gramática y un léxico, aunque entre una y otro hay zonas de transición: palabras usadas para marcar categorías o funciones gramaticales, nombres de seres humanos y animales de uno y otro sexo para marcar el género, preposiciones indicadoras de lo que en otras lenguas se marca con el caso, creación de formas perifrásticas que pasan a formar parte de la conjugación del verbo. Por otro lado, lo que en unas lenguas es léxico en otras es gramática.

En términos generales, el léxico es la parte más creativa y viva del lenguaje. A veces se organiza en pequeños sistemas, como los de parentesco, a veces no. Es la parte de la lengua más susceptible de admitir préstamos de otras y cambios formales y de sentido dentro de una misma. Cuando se introduce en una fecha el conocimiento de nuevos seres o entidades, se crea la necesidad de nuevas palabras: creadas por derivación dentro de la misma lengua, o inventadas con ayuda de siglas o de imitación de ruidos naturales, o tomadas en préstamo de otras lenguas. Y con el desarrollo del pensamiento, la ciencia y la técnica, esa necesidad crece.

Crece un vocabulario que, en realidad, lo que hace es establecer las entidades nombrables, que se consideran (aunque luego, a veces, resulten no serlo) fijas y permanentes. Es un vocabulario que consta de palabras que, en principio, no son sensibles al contexto como lo son las palabras comunes del lenguaje humano: en español un *banco*, un *gato*, incluso un *padre* signi-

fican varias cosas. Pero un *triángulo*, en cualquier lengua y en cualquier contexto, será siempre lo mismo, salvo en usos figurados. Naturalmente, hay un sector del léxico que está en el límite: *democracia* tiene un claro significado general, pero en distintos contextos y en los labios de diversos hablantes significa cosas diferentes.

En realidad, el léxico culto y científico, al que me estoy refiriendo, tiene precedentes, en cualquier lengua, en las llamadas taxonomías: nombres de animales y plantas que, en principio, tienen un significado fijo e inmutable. Aunque el estudio científico posterior averigüe que bajo un nombre puede haber varias especies y que hay otras varias indeterminaciones.

Pero, en fin, yendo a nuestro tema y centrándonos en las lenguas indoeuropeas (aunque el desarrollo del léxico culto y científico haya alcanzado luego a las demás), el hecho es que podemos reconstruir una gramática aproximada de las distintas fases del indoeuropeo, de los distintos grupos lingüísticos dentro del mismo, de las distintas lenguas. He dado ya algunos datos, así como bibliografía. Y podemos, en alguna medida, reconstruir un léxico indoeuropeo, pero no en medida muy amplia, desde el momento en que hay, cronológicamente hablando, varios indoeuropeos. Y dentro de cada uno, sobre todo del IE III, diversos sectores. De todos modos, una cosa es hablar de raíces, que son comunes (a todo o a parte del indoeuropeo) y otra hablar de palabras, muchas veces no elementos radicales, sino sufijados.

La verdad, es un tema no bien establecido. Lo que nos interesaría sería tener un léxico indoeuropeo común al indoeuropeo III (a veces, a sectores del mismo). Este es el que llamaríamos léxico patrimonial: diríamos, aproximadamente, el que se encuentra en el griego hasta el ático, en el latín hasta el latín republicano, en las otras lenguas, hasta el momento en que entran en la Edad Media (diríamos, hasta el siglo IX) y en que al léxico patrimonial (a veces con diferencias dentro del romance, germánico, eslavo, etc.) se añade el cultural derivado, por unas u otras vías, del griego.

Limitándome al IE III, que es, después de todo, el punto de partida de nuestras lenguas, quizá el modo más práctico de presentar el conjunto de sus raíces y de su vocabulario desde el punto de vista de la semántica sea acudir a la conocida *Introduction* de Meillet.

Allí encontramos, entre otros, los nombres de parentesco (los correspondientes a una sociedad patrilinear, con los nombres del *padre*, la *madre*

y todo el parentesco inmediato por esa vía); los de animales (*oveja* y *carnero*, *vaca* y *toro*, *cabra* y *macho cabrío*, *cerdo*, *lobo*, *oso*, *ciervo*, *ratón*, *pájaro*, *grulla*, *oca*, *pez*, *serpiente*, *avispa*, *abeja*); los de ciertos vegetales y árboles y sus derivados, como el *haya*, el *abedul*, el *sauce*, la *encina* (y la *bellota*), la *cebada* (no el *trigo*), la *manzana*; alimentos como la *sal*; en religión, el *dios* o *cielo*, pero también el *mortal*. Y siguen los nombres de ciertos objetos como la rueda y el *carro*, el *hacha*, el *arado*, el *barco*; de entre los metales, el *cobre* o *bronce*, no tan seguramente el *oro* y la *plata*, no el *hierro*. Hay luego las diferentes partes del cuerpo humano. Y numerales; y adjetivos que significan color, *grande / pequeño* y otras oposiciones varias. Y diversos pronombres, adverbios y preposiciones.

En cuanto a los verbos, raíces que significan *fabricar*, *hacer* (con especializaciones), *dar forma a la arcilla*, *hilar*, *tejer*, *coser*, *vestirse*, *conducir un carro*, *remar*, *arar*, *forjar*, *agujerear*, *ordeñar*, *untar*, *pasar la noche a cubierto*, *comer*, *dormir*, *beber*, *despertarse*, *gustar*, *pedir*, *llevar*...

Todo este léxico tiene una característica común: que se refiere a las relaciones más elementales del hombre, a su entorno más usual, a sus acciones habituales, a su trabajo y actividades también habituales, a sus creencias y ritos, a indicaciones de tiempo, lugar y relación.

Es un mundo concreto, tradicional y fijo: no varía gran cosa de unas culturas a otras en los estadios de tipo neolítico y posteriores centrados en la caza y pesca, la agricultura y ganadería, unas pocas artesanías. Puede este léxico ampliarse con el uso de prefijos, sufijos y otras formas de derivación, pero en forma restringida.

En realidad, coincide todo esto con el concepto de léxico patrimonial en las lenguas indoeuropeas (luego receptoras de influencias léxicas externas) y en las medievales y otras, derivadas en definitiva de ellas. Es el que ha realizado la evolución fonética propia de cada lengua y ha mantenido, en general, su antigua semántica. El léxico culto suele ser un léxico evolucionado internamente o de origen externo: en último origen, del griego. Y ello tanto para las raíces como para los elementos formativos.

Efectivamente, en diversos momentos de la historia del mundo, con el crecimiento de la capacidad intelectual, que establece nuevas relaciones, se crea un mundo abstracto y un mundo personal, y sobre todo, un mundo del pensamiento, la ciencia y la técnica, de nuevos objetos y conocimientos.

Y se crea así la necesidad de un léxico culto y aun de un léxico especializado. Es el léxico no patrimonial: el cultural.

Y el léxico crece imparablemente, mientras que la gramática apenas puede crecer. Es más: como hemos visto, la gramática de las lenguas indoeuropeas, tras un período de desarrollo que culminó en el indio antiguo y, sobre todo, en el griego, se redujo y sigue reduciéndose progresivamente.

El léxico crece, como he dicho, internamente, mediante los procedimientos aludidos. Pero en cada lengua es también alimentado, por préstamos o calcos, por otras lenguas en las que el nuevo léxico ha avanzado más por causa de un desarrollo cultural más temprano. Así es todo avance cultural. Sigue modelos. La idea de modelo es importante siempre, pero muy especialmente en el dominio del léxico.

En el caso de las lenguas indoeuropeas y no indoeuropeas de Europa, el modelo clásico, griego y latino, ha sido y es esencial en el desarrollo del léxico, como en el de toda la cultura.

Y ello porque en otras lenguas hubo también desarrollos del léxico cultural y científico; ciertamente, más reducidos. Me refiero a las lenguas del antiguo Egipto, Babilonia, la India, la China, entre otros lugares. Pero lo que distingue a estos dominios lingüísticos del griego, aparte del carácter mucho más reducido del fenómeno, es que, salvo excepciones de exportación lingüística muy limitada, son cuencas cerradas, desconocidas o casi desconocidas fuera de sus fronteras. En cambio, en el caso del griego hay una tradición que lo abrió y lo abre hacia otras lenguas o hacia el futuro, a través del latín y de las lenguas eslavas, sobre todo, y por otras vías ya señaladas. Tradición que, con el tiempo, se abrió cada vez más.

Los griegos han sido la guía y el estímulo de las culturas posteriores, pese a sus terribles pérdidas. Hemos visto una parte del fenómeno. Pero ha sido especialmente importante en el terreno de la lengua y, especialmente del léxico.

Si examinamos en su conjunto la lengua griega, incluidos su léxico y su literatura, podemos obtener conocimientos importantes sobre su evolución. No entro en las causas, solo en los hechos.

El hecho, en gramática, es que el griego antiguo (el moderno, aun conservando mucho del antiguo, se ha plegado en varios sectores a la línea de

las lenguas europeas, aligerando la gramática, ya he hablado del indoeuropeo IV) representa el máximo esfuerzo para crear, dentro de una lengua, un amplísimo cuadro que pueda expresar toda la realidad. Y ello a base de un igualmente amplio esquema de categorías y funciones de las palabras flexivas, incluidos los procedimientos de derivación y composición del nombre y el verbo, de creación de abstractos, de paso de unas a otras clases de palabras. Esto en el contenido: la expresión era a veces irregular y compleja, lo que llevó a su decadencia o transformación.

Ninguna otra lengua lo igualó, ni siquiera el sánscrito, procedente de la misma rama del indoeuropeo.

Y, por otra parte, el griego desarrolló una literatura y un pensamiento que, en complejidad y novedad creativa, no encontraban parangón en parte alguna: por eso fueron objeto de imitación y de estímulo por doquier.

Sin embargo, había una disparidad, un problema. A partir de un momento, a saber, de los presocráticos, los médicos del siglo v a. C., los socráticos (y luego las distintas ciencias y técnicas helenísticas), esa enorme gramática y esa enorme literatura chocaban con la insuficiencia del léxico. Y el léxico, en consecuencia, creció también enormemente.

Pero hubo de crecer por sí mismo y desde sí mismo (tomó escasos préstamos de Oriente y Egipto para realidades extrañas). No tenía modelos: esa es la gran diferencia respecto a las lenguas posteriores. Cuando los latinos sintieron semejantes nuevas necesidades lexicales, acudieron al griego. Igual los cristianos, antiguos o medievales. Igual todos los pueblos medievales, de cualquier origen: acudían al griego o a intermediarios del mismo, como el latín. Luego, unas lenguas sirvieron de intermediarias para otras.

Estas lenguas tenían un depósito de donde tomar materiales: el griego. Naturalmente, esos materiales podían ser alterados: en su sentido, en sus derivaciones. Y también contaminados entre sí y con el léxico de lenguas diferentes. ¿Cómo iban a imaginar los griegos un *astronauta*, una mezcla de lenguas como la de *burócrata*, usos para mil ciencias y técnicas que estaban lejos de soñar? ¿Cómo imaginar que de κυβερνάω, *pilotar*, iban a salir no solo *gobernar*, sino también la *cibernética*? ¿Que el sufijo -ικός, con poquísimas apariciones en Homero, iba a crecer inmensamente en Grecia, pero infinitamente más en todas nuestras lenguas?

Otras veces lo que se ha hecho, desde los latinos, es traducir los términos griegos: de συνείδησις, un término que en griego aparece solo desde los estoicos (con una *varia lectio* en Hipócrates), se creó en latín *conscientia*, de este esp. *conciencia*, al. *Gewissen*. Esta es solo una mínima introducción al tema. Se creó un vocabulario grecolatino, luego imitado en todas partes. He hablado ya del grecolatín.

Era un vocabulario no solo de palabras aisladas, también implicaba la creación de abstractos, la derivación y composición, la creación de verbos a partir de nombres y al revés, de adjetivos a partir de nombres y al revés. Verdaderos sistemas funcionales y formales.

Pero nosotros solemos tratar el griego antiguo como una unidad. En un estudio publicado por mí en el ya lejano año de 1968, «Ideas para una tipología del griego», hablaba yo del enorme peso del sector «léxico» en el griego antiguo y establecía comparaciones con las lenguas modernas (cierto que no con su vocabulario técnico): la proporción, en los diccionarios, era siempre favorable al griego.

Pero había en esto una insuficiencia. Yo trabajaba sobre un diccionario griego general, el de Liddell-Scott-Jones, que abarcaba el griego desde Homero hasta el fin de la Antigüedad. En trabajos posteriores he visto que lo decisivo es esto: que el léxico griego, en especial el léxico culto, creció exponencialmente ante nuestros ojos. Sobre todo en época helenística, romana, cristiana y bizantina.

En efecto, el griego culto y científico creció enormemente en estas épocas, es realmente el que más ha influido en el latín y en nuestras lenguas. Y tuvo que ser creado a partir del propio griego, no a partir de préstamos, como han hecho estas. Insistiré en este tema, que es esencial.

Y en un segundo tema: si, desde el latín, todas las lenguas han incluido léxico griego a raudales y lo han calcado, lo han utilizado de mil modos, ello ha sido por necesidad, por escasez de léxico culto en momentos, precisamente, de crecimiento cultural. Necesitaban angustiosamente léxico nuevo, léxico intelectual, técnico, científico. Pero tenían a donde ir a buscarlo. Esa es la gran diferencia.

Los latinos conocían este problema y esta solución: ya Lucrecio hablaba de la *patrii sermonis egestas*, la pobreza de la lengua materna. Todos los escritores desde Plauto —Cicerón, Quintiliano, los demás— lucharon para

superarla, con la ayuda del léxico griego, que se tomaba en préstamo o se calcaba. Como ahora tomamos en préstamo o calcamos el léxico inglés, el léxico griego pasaba al latín, y uno y otro, más tarde, a las demás lenguas. Es la misma cosa. En realidad, en latín hay palabras griegas desde sus mismos momentos iniciales escritos.

Volviendo atrás, el problema del latín se reprodujo cuando, al final de la Antigüedad, el nivel lexical y cultural del llamado latín vulgar —el hablado por el vulgo— se impuso. Una gran parte del léxico culto anterior desapareció por innecesario cuando se bajó a ese nivel. Se creó así una carencia, que se supliría cuando llegara el momento de un crecimiento intelectual y de la necesidad de léxico culto.

El latín vulgar era, fundamentalmente, unitario en todo el imperio, pero no dejaba de haber diferencias. Incluía, por lo demás, términos griegos. Todo él, en la medida en que entró en las lenguas románicas y las demás, pasó a formar parte del léxico patrimonial.

Pero cuando los pueblos románicos comenzaron a crecer culturalmente desde el siglo IX d. C. y sobre todo desde el XIII, y necesitaron nuevo léxico, había una fuente, ya sabemos, en la que buscarlo. El proceso se repitió luego, una y otra vez, con el paso de los siglos.

La fuente varió. Había, junto con el latín vulgar, el latín medieval, el latín eclesiástico, el latín arromanzado; a veces, desde el siglo XIII, en general en fecha posterior, la fuente era el latín clásico. En todos ellos había helenismos.

Así, en nuestras lenguas, junto con el léxico patrimonial que ha pasado a través de todos los siglos y ha seguido las evoluciones fonéticas propias de cada una de ellas, se adoptó y sigue adoptándose cada día un léxico que es continuidad del grecolatino. A veces pasa de unas lenguas a otras: nos llega hoy con frecuencia a través del inglés.

Y no se trata tan solo de las lenguas románicas. Estas partieron de un estadio, como he dicho, en que se había perdido una gran parte del léxico culto, eran lenguas orales del pueblo, lo que se escribía era el latín de los cultos.

Cuando las nuevas lenguas románicas comenzaron a escribirse, tuvieron que acudir, cada vez más, a los préstamos griegos y latinos que sabemos. Pero no es que las lenguas célticas, germánicas, eslavas, bálticas, el húngaro, el vasco, hubieran perdido ese vocabulario culto, es que no lo ha-

bían tenido nunca ni habían sido escritas nunca (lo hicieron, ya sabemos, con ayuda del alfabeto griego y sus derivados).

Tuvieron que crearse ese vocabulario culto a partir del griego y del latín, tomándolo bien directamente o bien a través de las lenguas europeas. En realidad, desde los primeros balbuceos de las lenguas germánicas, desde el siglo VIII d. C., se encuentran ya en ellas latinismos, eclesiásticos y no, como veremos. A veces son, en el origen, helenismos. Por supuesto, el léxico culto, de origen grecolatino, comenzó a crecer desde el siglo XII, pero sobre todo en el XIV y siguientes, bajo el impulso del movimiento del Renacimiento y el Humanismo.

Y no muy diferente es el caso del griego moderno. En gran medida, en las épocas bizantina y turca, los griegos habían perdido el antiguo léxico culto y científico. Al menos en la lengua popular, hablada: la *dimotikí*. Salvo pequeños textos, no se escribió hasta el siglo XIV. Lo recobraron y aumentaron luego, a partir del griego antiguo, cuando se creó el griego moderno, aunque la base de este fuera, precisamente, la *dimotikí*.

El léxico griego antiguo les llegaba a los griegos, con frecuencia, a través de las lenguas europeas. Así, si en griego moderno hay δημοκατία, la palabra llegó a través del francés. Pues ¿qué democracia podía haber habido en fecha bizantina y turca?

En definitiva, las lenguas europeas son, como he dicho otras veces, una especie de semigriego o criptogriego (a veces las raíces griegas están traducidas, ya he dicho, al latín). El profesor griego A. Psomadakis ha establecido una lista de 150 términos de base griega que aparecen en siete lenguas europeas (español, francés, italiano, inglés, alemán, ruso, griego) en formas muy próximas. Así, los representantes de δημοκατία, ya citada: esp. *democracia*, fr. *democratie*, it. *democrazia*, ingl. *democracy*, al. *demokratia*, rus. ДЕМОКРАТИЯ.

Igual ocurre con algunos términos latinos, incluso medievales, como *universitas*: bastan unas mínimas modificaciones al final de la palabra para que obtengamos esp. *universidad*, fr. *université*, ingl. *university*, al. *Universität*, it. *università*. El griego moderno usa calcos (ἐλκυκλοπαιδεία en la fachada de la Universidad de Salamanca, πανεπιστήμιον hoy generalmente).

A hechos como este me refería yo cuando, en páginas anteriores, hablaba de las tendencias unificadoras, a partir de un momento, de las lenguas europeas. Anticipaba ya que el léxico es uno de los factores esenciales de esa unificación.

El léxico griego, quiero decir, pero también el latino. O el griego antiguo a través del latín helenizado, como he señalado. Incluso del latín vulgar, aquí los helenismos llegados por vía oral eran ya palabras latinas como cualesquiera otras y entraban en el léxico patrimonial de las nuevas lenguas. Así κεράσιον 'cereza', de donde vienen tanto el esp. *cereza* como el fr. *cérise*, el ingl. *cherry*, en al. *Kirsh*. A veces las palabras latinas son griegas alteradas, así la palabra citada (con asimilación vocálica *cere-*) y otras que citaremos.

Y también sucede que una palabra griega haya entrado en nuestras lenguas con un sentido cristiano; se trataba, en definitiva, del lenguaje que diríamos técnico de los cristianos. Pero otras veces a nuestras lenguas llegó una nueva palabra griega creada por los cristianos para evitar la antigua: de ἐκκλησία con un sentido cristiano vienen esp. *iglesia*, fr. *église* 'iglesia' ('iglesia católica' por oposición a *temple*), pero del nuevo término κυριακόν 'casa del señor' vienen al. *Kirche*, ingl. *church*.

En fin, sobre la fecha y el origen de los términos griegos y su vía de entrada en las diversas lenguas, así como sobre su carácter, en ellas, ya patrimonial, ya culto, doy bibliografía.

Así, el léxico culto griego y latino, con varias especializaciones, ha contribuido grandemente al nacimiento de una lengua culta y científica europea; hay, sin duda, aportaciones posteriores, por ejemplo, en el vocabulario político palabras como 'congreso', 'primer ministro', 'liberal', 'constitución', etc.; en realidad, tienen raíces grecolatinas. Esta lengua es transparente, solo existen variaciones ortográficas y de adaptación a los sufijos de cada lengua. Pero también «calcos» y traducciones. Y es estable, pero no absolutamente, pues, considerada la evolución de las culturas y ciencias, puede suceder que en un momento se trate de precisar más o que haya que abandonar un término y crear uno nuevo.

Pero hay algo que añadir, algo que no querría olvidar en esta visión general. El influjo del léxico griego no consiste tan solo en una colección de palabras aisladas, como las que vienen de las lenguas prerromanas o germánicas o del árabe o de las distintas lenguas europeas.

Así proceden nuestras historias de las distintas lenguas europeas, por ejemplo, la de la lengua española de Lapesa, excelente, por otra parte. El griego sería un depósito más de palabras que tomar en préstamo, junto con otros depósitos varios de distintas lenguas. Aunque tienen que reconocer

que muchos arabismos, y no digamos latinismos, anglicismos, etc., vienen del griego en último término.

Pues bien, ese proceder es absolutamente incompleto. Del griego o del latín o de ese grecolatín del que he hablado vienen, además de palabras, innumerables elementos formativos comunes, como la mayor parte de esas palabras, a todas o muchas de las lenguas de Europa. Son elementos formativos iniciales procedentes de gr. ἀ-, ἀντι-, βιο-, φιλο-, etc., o de lat. *in-*, *super-*, *agri-*, etc. O finales, como innumerables sufijos y segundos términos de compuesto: bien griegos (*-ία*, *-ισμός*, *-ιστής*, *-μα*, *-σις*, etc.), bien latinos (*-men*, *-osus*, *-tor*, etc.). Claro que, de entre los elementos latinos, muchos habían sido tomados en préstamo del griego.

Y hay los procedimientos de composición del griego, y los que derivan un verbo de un nombre o un nombre de un verbo, etc. Todos estos elementos y procedimientos habían entrado, a veces, en el latín vulgar, y palabras patrimoniales de nuestras lenguas los conservan. Más frecuentemente, estos elementos pertenecen al vocabulario culto, han sido introducidos en varias fechas. Y en ocasiones son «traducidos», así cuando términos de origen griego en *-logía* son «traducidos» en alemán por *-kunde* (*Erdkunde* 'ciencia de la tierra' es el equivalente de *Geographia* y sus derivados).

A menudo nuestras lenguas tienen ya, como inició el griego, redes léxicas en las que se incluyen diversas clases de palabras.

Nuestras lenguas, al aproximarse, se han aproximado también al griego. Y, en buena medida, poseen un léxico y unos procedimientos de desarrollo del léxico que ya no son ni griegos, ni españoles, ni ingleses: son, simplemente, europeos. Faltan en las lenguas indoeuropeas de Asia. Se pueden usar, en nuestras lenguas, libremente con toda clase de palabras, no solo ya con las heredadas.

El papel del griego en el desarrollo de las lenguas europeas es único. Frente a todos esos elementos formativos y derivativos de los que he hablado, apenas hay otros que no sean griegos. El *al-* árabe, por ejemplo, solo está en palabras de origen árabe, no se difundió en otras. Y tienen espacio reducido sufijos como el árabe *-í*, el germánico *-ing* (*-engo* en castellano antiguo), el francés *-age*.

Pero, antes de estudiar la difusión del léxico griego y sus elementos formativos primero en el latín, luego en las lenguas europeas, volveré a la

gran peculiaridad del griego: que ese léxico y esos procedimientos, en la medida en que no son indoeuropeos de origen, son desarrollos propios. El griego tuvo que crear, inventar; las demás lenguas tomaron esto en préstamo, lo desarrollaron y lo adaptaron a sus necesidades.

Sin embargo, hay algo de lo que deberíamos ser conscientes: el léxico griego ha sido, hasta ahora, muy incompletamente estudiado. Hay múltiples estudios sobre términos individuales, algunos sobre sufijos o sobre preverbios, otros sobre el léxico de los dialectos o los distintos autores o los distintos tipos de *koiné*. Pero no los hay complexivos, sobre el léxico griego en su conjunto: sus herencias, sus innovaciones en relación con los movimientos culturales de cada edad y circunstancia. Yo he tratado de dar una idea general de todo esto en mi *Historia de la lengua griega*, pero no se me oculta que es muy incompleta. Procedo, como todos, por ejemplos. Aquí intentaré añadir algunas cosas a este y otros trabajos míos y de otros autores, que son de todos modos una ayuda. Citaré algunos.

Piénsese en la complejidad del léxico griego, que a su núcleo añade un inmenso margen referido a toda clase de circunstancias cronológicas y culturales, a toda clase de dialectos (incluidos los varios estratos de la *koiné*), a toda clase de ciencias. Hay el léxico de los poetas (de diferentes géneros de poesía), el de los presocráticos, el de la prosa jonia (los hipocráticos, Heródoto), el de Sócrates, la prosa ática, las filosofías socráticas y otras; el de las diversas ciencias, el de los diversos tipos de *koiné*, como he dicho. El de los griegos de Egipto y Asia, el de los cristianos. Y tantos más.

Unos u otros griegos pasaron, en la medida que sea y por la vía que sea, al latín en sus diversos tipos, incluido el vulgar y los diversos latines medievales. A veces el léxico griego fue, en Roma, alterado o cambiado en su morfología o su sentido. Luego el léxico griego pasó a Bizancio, que lo modificó, redujo y aumentó. Y de allí, a veces, a Europa a través de intermediarios varios: el latín eclesiástico, las ciudades comerciales italianas, etc.

El léxico griego es un océano que los grandes diccionarios tratan de forma indiscriminada. Por otra parte, estos diccionarios (continuación, por lo demás, de los que iniciaron los propios griegos) están incompletos. El de Liddell-Scott-Jones procede, en su última revisión, de los años cuarenta del siglo pasado, luego hay dos suplementos con materiales recogidos en forma más bien casual y arbitraria. Y el *Diccionario griego-español*, que es

más completo en los seis volúmenes publicados (están a punto de aparecer el primero, en una edición muy mejorada, y el séptimo), solo llega a la tercera parte, más o menos, del total. En cuanto al gran *Thesaurus Linguae Graecae* de Irvine, California, es simplemente un índice en el que, para cada uno de sus términos (no lematizados) se pueden buscar contextos. Es, pues, como los diccionarios en general, una acumulación de materiales, no otra cosa.

Claro que hay múltiples diccionarios (y concordancias y léxicos) de diferentes autores. Y diccionarios parciales, como los de papiros de Preisigke y sus continuadores, o el cristiano de Lampe, diccionarios etimológicos e infinitos estudios sobre palabras y elementos de derivación y composición. Puede encontrarse una buena bibliografía lexicográfica en el *Repertorio lexicográfico de la lengua griega*, de P. Boned y J. Rodríguez Somolinos. Pueden añadirse algunas obras recientes que son importantes.

Solamente para que se vea el campo que queda abierto hoy en la lexicografía griega, doy algunos datos sobre las novedades del *Diccionario griego-español*, vol. VI (ἐκβιβάζω - ἔκδηλος). Para ese mínimo sector del léxico griego, una pequeña estadística es esta: 62 nuevos lemas, 8 lemas eliminados, 22 *hapax* que dejan de serlo, 22 lemas con nuevas acepciones, ejemplos de nueva organización de los artículos (ἐγγράφω, ἐγκλίνω, ἐθέλω, δόγμα, εἰρήνη, ἐγκρατής, ἐγχώριος, ἑαυτοῦ).

Por otra parte, no parece ocioso señalar, en este momento, que los griegos fueron, en Occidente, los creadores de la lexicografía. Tenían algunos precedentes en Oriente, precedentes que ellos sin duda desconocían. Pero en Occidente fueron ellos quienes comenzaron a hacer diccionarios y léxicos diversos del griego, sus dialectos, sus lenguajes especializados. Los de las edades subsiguientes partieron, simplemente, de ellos: los continuaron.

Y la lexicografía moderna no es sino una continuación de la antigua y, más directamente, de los grandes diccionarios latinos y griegos de la época humanística, con el gran diccionario latino de Robert Etienne y el griego de Henri Etienne (Ginebra, 1536 y 1572).

Sobre los léxicos y diccionarios griegos modernos véase J. López Facal en la misma obra, pág. 106 sigs. Lo cierto es que la tradición occidental en este terreno, a partir del Renacimiento, pende de la latina y la griega: de los dos grandes diccionarios citados. Es varia y multiforme, sin embargo. En

noviembre de 2002 la Fundación Lexis pro Diccionario Griego-Español hizo en Madrid una exposición de diccionarios (conservo el catálogo) acompañada de conferencias donde se vio claro todo esto.

LA CREACIÓN Y EL DESARROLLO DEL LÉXICO CULTO Y CIENTÍFICO GRIEGO

En la Grecia arcaica y clásica

Hay, ciertamente, sobre bases indoeuropeas, precedentes que pueden encontrarse en Homero, Hesíodo y los poetas, pero el giro racional y científico del pensamiento griego y, por tanto, del léxico griego, parte de los filósofos presocráticos (más bien preplatónicos) y de los médicos jonios, todos ellos de los siglos VI y V a. C. Se les deben añadir Heródoto y la restante prosa jónica, así como los sofistas, Sócrates y Tucídides. Luego, el gran salto tuvo lugar en el siglo IV, con Platón, los oradores y Aristóteles, especialmente. Y más aún en la Edad Helenística, desde el siglo III a. C.

Lo nuevo vino, sobre todo, con la creación masiva de vocabulario abstracto (y de abstractos con -ά o artículo + adjetivo neutro), de nuevas oposiciones, de infinitos derivados adjetivales del nombre, del considerable aumento de la frecuencia de la derivación de verbos a partir de nombres. Y, en definitiva, de la creación de amplias redes léxicas en las que entraban nombres, verbos, adjetivos y adverbios relacionados entre sí y derivados de una misma raíz o tema.[1] Sobre varios sufijos y términos léxicos hay una amplísima bibliografía.[2]

Como decía antes, tras las bases indoeuropeas hay precedentes de este léxico en el más antiguo griego: tanto de los nombres abstractos como de los más de los sufijos. Pero hay que hacer constar que, en la fecha más antigua, los que llamamos abstractos eran más bien elementos considerados como entidades independientes, hipóstasis divinas o semidivinas.

Así, por ejemplo, φύσις, que traducimos por 'naturaleza' en un pasaje como *Od.* X 302, es más bien una fuerza autónoma que hace crecer una planta. P. Chantraine[3] ha insistido mucho sobre este punto de vista, también, para el micénico, J. L. Melena.[4] Se trata, aproximadamente, de las que E. Fränkel[5] llamó *Wesenheiten*, algo así como «entidades esenciales».

Son ya las que para nosotros son entidades naturales, como Γαῖα 'la Tierra' en Hesíodo (una entidad natural y una diosa, al tiempo), ya los que nosotros calificamos de abstractos, como Ἥβη 'la Juventud' en Píndaro.

Y son todavía semidivinos ciertos «principios» (ἀρχαί) de los presocráticos, como reconoció especialmente W. Jäger[b] y yo he repetido frecuentemente.

Aquí está el origen de los abstractos griegos, aunque el pensamiento arcaico continuó muchas veces vivo. Las Ideas platónicas, desgajadas del mundo tangible y pertenecientes al suprasensible y divino, accesibles solo para el νοῦς, son un buen ejemplo. Hubo que esperar a Aristóteles para que fueran sustituidas por los conceptos. Pero la tendencia a la interpretación de estos términos como abstractos es muy anterior.

Se creó, así, en griego arcaico y clásico, y luego creció en el posterior, un sistema de abstractos —y otro de términos derivados, volveré sobre ellos— que completaba, como léxico, el sistema gramatical griego. Este, con su amplia red de categorías y funciones presentes en el nombre y adjetivo y en las formas personales y las nominales del verbo, era un instrumento más idóneo, quizá, que el de cualquier lengua para captar la realidad, se ha dicho muchas veces y ya he aludido a ello.

Efectivamente, el amplio despliegue del léxico griego iba en esta misma dirección, completando el sistema gramatical. Funcionaba gracias a un uso abundantísimo de los sufijos, también de formas con diversos elementos compositivos iniciales y finales y, también, de nombres compuestos.[7]

Por supuesto, todo esto partía de los orígenes indoeuropeos del griego, como ya he dicho; pero esta lengua lo llevó más lejos. Desde los primeros textos griegos, incluidos los micénicos, se encuentran, aunque con frecuencias a veces muy bajas, muchos de los prefijos y sufijos luego usados cada vez más en el nombre y en el adjetivo. Y de los tipos de compuestos luego usados, también.

La diferencia está, por una parte, en hechos de frecuencia dentro del griego, que podemos cuantificar estudiando el libro de Chantraine de 1933[8] o, simplemente, los diccionarios griegos, incluidos los que siguen el orden inverso.[9] Aunque, desgraciadamente, las cuantificaciones que se han hecho son para el vocabulario total del griego antiguo; habría que hacer otras para los diferentes períodos y géneros.

Aparte de las nuevas creaciones, el crecimiento de la frecuencia de los diferentes nombres con sentido filosófico y de los elementos formativos iniciales y finales dentro del griego es apabullante. Para la totalidad del griego antiguo se nos da, en el diccionario inverso de Buck-Petersen, la cifra de 7.200 apariciones de -κός, -ικός, -τικός. Pues bien, en Homero hay poquísimas palabras: el femenino παρθενική 'virgen', ὀρφανικός, Τρωικός y pocos étnicos más.

No quiero repetir cosas que he dicho en trabajos ya antes citados, como el problema de en qué medida son literales los fragmentos A de los presocráticos (los B son literales, los A, que son meras referencias, pueden serlo a veces a pesar de todo), o la existencia de diferencias entre los distintos presocráticos. Pero sí insistiré en algunos puntos. Y añadiré otros nuevos, sin intentar, en ningún caso, ser exhaustivo. En mi *Historia de la lengua griega* y en mi artículo de *Glotta* también citado pueden encontrarse, en algunos casos, exposiciones más amplias.

a) *Los presocráticos*. Estos pensadores fueron los primeros representantes de la intelectualidad crítica y rupturista griega y de la prosa jonia (aunque Parménides y Empédocles escribieron en verso, en una lengua homerizante). Una prosa creada para la exposición del pensamiento cada vez más libre de la época, esto es, a partir del siglo VI a. C. Desgraciadamente, son escasos los fragmentos literales (fragmentos B), ya he aludido a ellos.

El jónico fue la primera prosa literaria de Grecia, que desarrolló el de ciertos poetas, los yambógrafos sobre todo. En él escribían, por supuesto, tantos pensadores jonios que ahora nos ocupan y que, tras la conquista persa de Jonia el año 546, vivían exiliados en Italia y Sicilia, luego en Atenas, o continuaron viviendo en Asia (como sin duda Heráclito). Pero existía, también, la lengua de la elegía y el hexámetro. Otro exiliado, establecido en Italia, era Pitágoras, del que no quedan fragmentos literales, pero sí algunos, en dórico, de su discípulo Filolao.

Hablemos del nuevo léxico de estos pensadores, luego difundido entre sus continuadores. Es notable el uso filosófico o técnico de términos procedentes de Homero o de la poesía en general; y, también, la creación de nuevos términos. Por ejemplo, del pasaje de *Il.* XIV 201 en que se califica al Océano como θεῶν γένεσιν, «origen de los dioses», viene el uso de

γένεσις en Parménides, Aristófanes y Platón como un término abstracto general.

De πέρας, ἄπειρος, ἀπείρων en Homero y Hesíodo, referidos al «límite» material de una entidad física, Anaximandro creó su ἄπειρον, que indica lo indefinido como primer principio. Φιλότης y Νεῖκος 'Amor' y 'Odio' en Homero, pasaron a ser principios cósmicos en Empédocles. Ἄνόητος, que es 'insensato' en el *Himno a Mercurio*, pasa a ser 'carente de νοῦς' en Parménides. Ἀνάγκη es 'Necesidad', como fuerza religiosa, en Homero y los trágicos, luego será ley natural o necesidad física o lógica en Heródoto y los presocráticos. Κόσμος es 'armazón' en la *Odisea*, con referencia al caballo de Troya, luego 'el mundo'. Ὕλη en Anaxágoras no es ya 'el bosque' o 'la madera', sino 'la materia'. Λόγος se convierte en un concepto general, que reúne la palabra y el pensamiento; y, en Heráclito, la ley natural u orden del mundo.[10] Ψυχή ya no se refiere a las almas de los héroes que veía Odiseo, llorosas, en el Hades, sino al concepto posterior de «alma». Σφαῖρα, que era 'pelota', es ya 'esfera' en Anaximandro, κύκλος pasa a ser igualmente un concepto general. Igual φύσις, del que ya he hablado como fuerza que hace crecer una planta, luego es 'naturaleza' en términos generales: se aplica al hombre, a los animales y las plantas, al propio κόσμος (Anaxímenes).

El léxico de los presocráticos tiende a sentar barreras entre lo divino y lo natural o humano: γαῖα o γῆ es ya para ellos simplemente 'la Tierra', no una diosa. Los presocráticos a veces vacilaban, sin embargo, así cuando en Heráclito πῦρ es 'fuego' como entidad física, pero también como principio unitario del mundo.

Ahora bien, los presocráticos tendían a hacer entrar lo humano y lo natural dentro de una misma palabra, como en λόγος, ya citado, que procedía del ámbito humano. Igual ocurría con δίκη 'justicia', μέτρον 'medida', νόμος 'ley'.

Otras veces creaban términos nuevos que lo unificaban todo, como τὰ ὄντα 'los seres', τὰ ἐναντία 'los contrarios'.

Para los abstractos en general los presocráticos usaban a veces los sufijos tradicionales del griego: en palabras heredadas, así en γένεσις, ya citado; o en otras creadas por ellos, como αἴσθησις 'percepción', δίζησις 'búsqueda', νόημα 'pensamiento'. Pero también utilizaban la sustantivación con ar-

tículo, como en τὰ ἐναντία, τὰ ὄντα, ya citados. Y la adjetivación (στάσιμος de στάσις, por ejemplo, en Anaximandro).

Y, aunque sus redes léxicas eran todavía muy lagunosas, comenzaron a perfeccionar las existentes, con términos ya heredados, ya nuevos, a los que anteponían ἀ- / ἀν-, δυσ-, preposiciones y preverbios, etc. Y con adjetivos al lado de los nombres, etc. También oponían términos que formaban oposiciones que han permanecido estables, en unas lenguas y en otras: como las de *cuerpo / alma*, *materia / espíritu*, *vida / muerte* (σῶμα / ψυχή, ὕλη / νοῦς, βίος / θάνατος, γένεσις / φθορά, con derivados adjetivales y verbales de cada término). Comenzaron a reflexionar sobre el sentido de los términos morales, como Heráclito sobre καλό, ἀγαθός y δίκαιος, y luego Sócrates y Platón.

b) *Hipócrates y los hipocráticos. Heródoto y la prosa jónica.* En pleno siglo v a. C. y después, Hipócrates y su escuela bajaron la medicina del ámbito de las creencias religiosas o supersticiosas al de la racionalidad; y tuvieron que crear, para ello, un vocabulario adecuado.[11] Y ello dentro del jónico, que era ya una lengua internacional: Hipócrates, como Heródoto, era dorio de nacimiento (Hipócrates, de la isla de Cos; Heródoto, de Halicarnaso). Dorios que vivían como exiliados o ganándose la vida como podían entre jonios y atenienses. Escribían en jónico, como los sofistas y otros más.

Piénsese, por lo demás, que Hipócrates escribió a fines del siglo v a. C. y comienzos del iv, pero una parte del *corpus Hippocraticum* que nos ha llegado es posterior, de los siglos iv y iii a. C. Junto con su calidad de pioneros del léxico científico, hay que anotar que los hipocráticos a veces estaban influidos por el ático. El ático que luego, a partir de Gorgias de Leontinos, llegado a Atenas el 427 a. C., se generalizó como lengua literaria —seguida en fecha helenística por su derivado la *koiné*—. Pero volviendo a los médicos, son los tratados que con más seguridad son originales del maestro los que deben estudiarse para conocer las innovaciones léxicas de la escuela.

Hablemos, pues, del léxico renovado de la nueva medicina. Unas veces venía de dar un uso nuevo a un término anterior, ya homérico, ya general. Por ejemplo, Hom. θεραπεύω, 'cuidar, servir', tomó entonces el sentido de 'tratar médicamente'. Palabras jónicas ya en Heródoto, como πάθη, πάθημα, tomaron en los médicos el sentido específico de 'afección', 'enfermedad' (también πάθος, que no está testimoniado antes del ático). O podían

ser derivados con sentido médico de nombres de uso corriente, como καρκῖνος 'cangrejo', 'cáncer', πολύπους 'el pulpo', 'los pólipos nasales', ἀλώπηξ 'la zorra', 'la alopecia'. Toman sentido médico igualmente σύμπτωμα 'síntoma', χυμοί 'los humores', κῶμα 'sueño' y otras varias palabras, como κρίσις, κράσις, μίασμα, μετάστασις, πέψις, ὑγίεια, ὕδρωψ.

O podían partir de una forma anterior y añadir derivados, así νοσηρός y νόσημα (derivados de ático νοσος 'enfermedad', en Homero, y jónico hay νοῦσος). Se ocupaban de la φύσις, su ciencia era una τέχνη, ellos ἰατρικοὶ τεχνῖται. Es notable y fue importante para el léxico griego posterior el uso abundante de prefijos y sufijos, incluidos los destinados a denominar enfermedades y enfermos de las mismas.

Por ejemplo, prefijos: δυσεντερία y otros con δυσ-, ἀ-, περι-. Y compuestos numerosos. Pero sobre todo sufijos denotando enfermedades (-αίνα, -ία, -μα / -ωμα, -σις / -ωσις) y enfermos (-ικός, -ώδης). Cf., por ejemplo, κοιλία, -ιακός; αἱμορραγία / -ιακος; γάγγραινα; νεφρῖτις, νεφριτικός; ἀρθρῖτις, ἀρθριτικός; πλευρά, πλευριτικός; γλαύκωμα, καρκίνωμα; νάρκωσις, -κώδης; πριαπισμός, σατυρισμός, y un largo etcétera.

En fin, los hipocráticos fueron importantes no solo por su creación de sistemas léxicos que procuraran definiciones científicas, exactas, sino también para el desarrollo del léxico de los abstractos y de los adjetivos derivados de ellos. A veces, de los verbos también.[12]

Esta es la medicina hipocrática, la primera verdadera ciencia griega, y que encontraba a su lado escuelas médicas diversas. Todas ellas encontraban la mejor acogida en Persia, en la corte de los Aqueménidas (Ctesias fue médico de Darío II y Artajerjes Mnemón) y luego en fecha helenística y romana. Galeno es, en esta, el escritor médico más prolífico y más conocido. Hay que insistir en la importancia de su aportación al crecimiento del léxico griego.

Por ejemplo, el sufijo -ίτις se especializó para nombrar enfermedades diversas: en esto y en tantas otras cosas el léxico de los hipocráticos fue continuado y desarrollado por la medicina posterior. Hoy sigue, en lo esencial, vivo.

Por otra parte, los hipocráticos no son los únicos representantes del mundo literario jónico y de su creatividad en el terreno léxico. Desgraciadamente, apenas quedan fragmentos literales de escritos jónicos de los logógrafos y los sofistas. Pero tenemos al menos a Heródoto, algo más joven que Hipócrates y dorio de origen como él, ya lo he dicho.

Heródoto, hombre libre que se exilió a Samos y luego viajó a Atenas y a todo el mundo griego, incluso a Asia tras la paz de Calias con Persia el año 449 a. C., estaba lleno de curiosidad. Tomaba lo que le contaban y lo trataba como un dato, no creía automáticamente en ello. Y hacía crítica, a veces ciertamente ingenua, pero crítica. Comparaba pueblos, regímenes políticos y costumbres. Fue el gran iniciador del pensamiento histórico con miras universales. Todo esto tenía que reflejarse, cómo no, en su léxico.[13]

c) *Sócrates y la prosa jónica y ática.* De la prosa jónica se pasó a la ática: el ático es, en realidad, una variante del mismo dialecto. Resultaba anómalo, a partir del momento en que Jonia fue dominada por los persas y Atenas se convirtió prácticamente en el centro intelectual del mundo griego, que los escritores siguieran usando el jónico.

En Atenas las inscripciones se redactaban en ático y el ático influyó en Solón, todavía en el siglo VI a. C. y en el diálogo del teatro del siglo V.[14] Pero era ya un ático conversacional, el de la comedia, ya conservaba, en la tragedia, adherencias de la antigua lengua poética, muy influida por el jónico.[15]

Un extranjero, un jonio, Gorgias, a quien ya he hecho referencia, fue el que, llegado a Atenas en el 427 como embajador de su ciudad, Leontini en Sicilia, permaneció en ella como maestro de retórica.

En Atenas los discursos en la Asamblea y la Heliea o conjunto de los tribunales eran, naturalmente, en ático.

Y Gorgias, como extranjero que era, no tenía entrada allí. Pero encontró inspiración para escribir en ático sus παίγνια, juguetes: discursos de puro ensayo como el *Epitafio*, el *Palamedes*, la *Defensa de Helena*; e incluso uno de tema filosófico, *Sobre el No-Ser*. Queda también algún fragmento en ático del sofista Trasímaco de Calcedonia.

Dieron el modelo para la prosa ática, cuyo primer escrito es, al menos para nosotros, la *Constitución de Atenas* del pseudo-Jenofonte, anterior al 431, fecha del comienzo de la guerra del Peloponeso. Luego siguieron sofistas como Antifonte y oradores como Antifonte (el rétor, si es que es una persona diferente) o Andócides o Lisias.

Son varios sectores de la literatura ateniense los que, desde cierto momento, dieron el modelo para la literatura griega que siguió: la prosa de los socráticos, la de los oradores y la de los historiadores, a partir de Tucídides

sobre todo. Todos estos tipos de prosa fueron importantes para el desarrollo del léxico griego. Aquí doy tan solo unas breves notas.

El campo no está bien explorado, pero aun así remito al libro de P. Chantraine[16] y a ejemplos en mi *Historia de la lengua griega*, pág. 156.

Hay que comenzar por los socráticos, aunque sus escritos no son los más antiguos, antes están los ya citados y luego otros que se fechan en el siglo IV (Jenofonte, Esquines, Platón). Lo que es notable, me parece, es que toda esta rama (o conjunto de ramas) filosófica comenzó con un hombre que nada escribió, Sócrates. Y que, es más, luchaba contra la exposición personalista y un tanto *ex cathedra* y dogmática de los presocráticos. Sócrates solo sabía que no sabía nada e inquiría, dialogaba.

Pero, curiosamente, su diálogo en las calles, palestras y los banquetes de Atenas se convirtió en el modelo de un género literario: «diálogos», que son ya obras literarias de sus discípulos. Un modelo para la renovación de toda la prosa ática y, sobre todo, de la prosa helenística. Eran escritos que, desde pronto, dejaron de ser verdaderos diálogos (a veces conservaban la forma, así en el primer Aristóteles) para convertirse en exposiciones o tratados. Y fue formidable su contribución al avance del léxico griego, sobre todo en Aristóteles y sus continuadores helenísticos.

No parece, por ello, inadecuado, creo, que yo haga aquí una breve referencia al léxico de Sócrates: de él partieron todos sus discípulos próximos y remotos. Sócrates no escribió, ciertamente, pero las particularidades de su lengua y de su léxico las conocemos bien: nuestras fuentes, que en tantas cosas discrepan, coinciden en esto.[17]

Sócrates era un sofista, en cierto modo. Pero oponía el «discurso corto» al largo (*Protágoras* 334c) y, además, era ateniense. No hacía literatura, simplemente dialogaba: no era relativista, buscaba conclusiones.

Evitaba el nivel vulgar y el lenguaje «elevado» de sofistas y rétores. En la *Apología* 17b-c le hace decir Platón que va a hablar en el lenguaje casual, «el que se le ocurra». Gustaba de comparaciones y símiles, de anécdotas y mitos, de fábulas, acudía a la parodia e ironía, a la paradoja. Usaba la atenuación, los recursos impresivos y expresivos, la interrogación y exclamación, el personalismo, la sintaxis laxa.

Y, sin embargo, en él empezó un nuevo léxico filosófico. Y sometía a duda el lenguaje común preguntando el «¿qué es...?». En las mismas *Nu-*

bes de Aristófanes, del 423 a. C., hay ya vocabulario socrático: φροντίς, τὰ θεῖα πράγματα, γνώμη, διάλεξις, τι σοφόν, ἀμαθής, δυσμαθής, que son 'pensamiento', 'las cosas divinas', 'opinión', 'dialéctica', 'algo sabio', 'inculto', 'resistente al aprendizaje'. En contextos especiales introducía verbos muy suyos o en sentido muy suyo, como ἐπιμέλομαι, θεραπεύω, ἐξετάζω, ἐλέγχω, φροντίζω, πείθω: 'cuidarse de', 'cultivar', 'examinar', 'interrogar, refutar', 'reflexionar', 'persuadir'. Todo aquello del «cuidado del alma», de «la vida no examinada» y demás es puramente socrático. Atravesó las edades. La misma palabra φιλόσοφος 'filósofo' por oposición al σοφός 'sabio' de los presocráticos, es invento suyo («solo Dios es sabio», dijo luego Platón).

Todo eso de la «definición» de las virtudes no es otra cosa que darles un nuevo sentido: Sócrates quería apoyar las «virtudes» tradicionales, frente al relativismo y hasta inmoralismo de los sofistas,[18] pero dándoles una argumentación racional. Y, al definirlas, les daba un nuevo sentido.

Igual, por supuesto, Platón. He propuesto[19] que la equiparación platónica de los términos de la Justicia, el Bien y la Belleza (δίκη, τὸ ἀγαθόν, τὸ καλόν) equivale, en realidad, a un cambio semántico respecto al griego común que se hablaba en las calles, que venía de la antigua tradición. ¿Y qué decir, también, de las Ideas (εἴδη), del alma espiritual o cognoscente (νοῦς), de la 'separación' (χωρισμός) de los dos mundos, real e ideal, de la 'dialéctica' (διαλεκτική) y tantas ciencias o especialidades en el *Sofista*, etc.?

En Platón comenzó la invasión del ático por el léxico abstracto y los adjetivos derivados de él. Sus últimos diálogos (*Timeo, Leyes*, etc.) ofrecen una avanzadilla del léxico helenístico.[20] Todo, en torno ya de la mitad del siglo IV a. C.

Pero esto no era nada respecto a lo que avanzó en el mismo sentido Aristóteles, verdadero anticipo de la lógica y la ciencia helenísticas. Sobre la base de los filósofos anteriores, suyo es el lanzamiento del léxico griego en campos como la gramática (σημαντικός, ὄνομα / ῥῆμα / ἐπίθετον / ἄρθρον, ὑποκείμενον), de la lógica (συλλογισμός, πρότασις, κατηγορία, γενικός), de la física (φυσικός, φυσικὴ ἐπιστήμη), de la teología y teoría del movimiento (κίνησις, ἐντελέχεια, ἐνέργεια, κατὰ συμβεβηκός), la política y la ética (οἱ μέσοι, μέση πολιτεία, ἐπιείκεια), literatura y retórica (ἀναγνώρισις), etc. Sentó las bases para su ampliación posterior.

Por supuesto, se trata de especializaciones que arrancan del léxico del griego común y de los sufijos y otros elementos formativos del griego común. Usado todo ello como léxico especializado que unas veces acabó por convertirse en normal en todo el griego y luego, con frecuencia, en todas las lenguas del mundo, mientras que en otros casos continuó el uso especializado, a veces hasta hoy.

El problema para aquilatar la aportación aristotélica es que, con la mayor frecuencia, las publicaciones modernas relativas al léxico de las diferentes ciencias[21] recogen sin discriminación el de toda la Grecidad.

Por supuesto, el ímpetu para crear abstractos y derivados no estaba limitado en Atenas a los socráticos. Pero es de lamentar que, así como existen muy buenos estudios sobre la prosa ática de la oratoria y géneros conexos,[22] es poco lo que se nos dice sobre su léxico, salvo en la medida en que conocemos la terminología jurídica.[23]

De todas maneras, algunas cosas he dicho en mi *Historia de la lengua griega*[24] sobre los primeros escritores de la prosa ática, Gorgias y Trasímaco. Pero algo más podría añadirse, sobre ellos y sobre el sofista Antifonte.

Sobre Gorgias, por ejemplo, cómo o bien introdujo nuevos abstractos (ἀγνόημα) o adjetivos (ἀβίωτος, οἰκτίρμων), o bien los hizo entrar en la prosa con numerosas palabras procedentes del jónico o de la tragedia (ἀμαθία, νόσημα, ἀνωφελής). O creó también una serie de nuevos sentidos figurados (δυνάστης 'poderoso' unido a λόγος, τοῖς τῆς ψυχῆς ὄμμασι 'con los ojos del alma', ψυχὴ τυποῦται 'el alma es conformada', νόσον ἥδειαν 'una dulce enfermedad', etc.). Aunque sus fragmentos son mínimos, Trasímaco introdujo adjetivos nuevos como ἀναίσθητος, así como nuevos usos de la pasiva y de las sustantivaciones.

Más novedades encontramos en Antifonte el sofista: numerosas sustantivaciones (τὰ νόμιμα 'la ley', τὸ ζῆν, τὸ ἀποθανεῖν 'la vida, la muerte'), algunos abstractos nuevos como ἐπικούρησις 'auxilio', etc.

La lengua se movía ya, con sofistas y rétores, en el sentido de crear redes léxicas y abstractos, generalizar la pasiva, usar más del infinitivo y participio, sacar adjetivos de nombres y nombres de adjetivos, emplear lenguaje poético y figurado (que pasó luego, a veces, a ser común). Pero sus fragmentos son escasos, no podemos juzgar bien.

Más ha llamado la atención el léxico de Tucídides, lleno de abstractos y derivados de los mismos, dentro de una sintaxis concentrada: llena de expresiones nominales, de anacolutos, abuso de participios e infinitivos, etc.[35]

En definitiva, es la expresión abstracta lo que más amaba, aquella que hizo la gloria de la lengua griega y dio el modelo para otras lenguas. Se trata ya de la sustantivación de adjetivos (τὰ γαμικά en vez de γάμος, τὸ εὔψυχον en vez de εὐψυχία, τὰ γιγνόμενα), ya del uso del infinitivo con τό (διὰ τὸ ἀδεές, τὸ βραδύ, τὸ εἶξαι, ἐς τὸ βοηθεῖν, τὸ καταπεπληχθέναι, τὴν οὐ περιτείχισιν). A veces Tucídides seguía usando una expresión ya de los trágicos o Heródoto, otras veces creaba, a veces usaba ya un nuevo término ya el existente (ἄδεια, βραδύτης, κατάπληξις, βοήθεια). Disfrutaba ampliando las posibilidades de la lengua griega, al tiempo que revivía lo arcaico y manejaba lo usual.

Más frecuentemente, Tucídides creó abstractos utilizando las capacidades formativas del griego, aunque a veces no los creaba, sino que los recogía de sus antecesores. Antiguos son ya ἀγώνισμα, ἁμάρτημα, ἀναχωρησις. Pero creó, por ejemplo, ἀναλογισμός, ἀναγνώρισις, ἐγκαλλώπισμα.

A través de él, un diluvio de abstractos, derivados y expresiones varias se transmitió a la prosa posterior; o bien pasaron al griego posterior o bien quedaron como una rareza. Hay en todo caso en él una libertad, apertura y variedad increíbles. No siempre fáciles. Y mucho de lo que aparece en Tucídides lo hallamos en toda la prosa del siglo IV, sobre todo en los oradores.

El léxico griego de las edades helenística y romana

Pero la máxima extensión del léxico griego está en la prosa de la época helenística y romana. Eso lo sabe cualquiera que maneje diccionarios griegos. Y son muy incompletos, sin embargo.

Cualquier persona o cualquier grupo de hablantes podía crear en griego, en esta fecha sobre todo, nuevas palabras o nuevos sentidos de las existentes, en una proporción mayor que en cualquier otra lengua conocida. Lo que yo decía en un artículo arriba citado sobre la tipología del griego, centrada en la magnitud del léxico, se revela absolutamente cierto para esta época, en la que, por otra parte, el antiguo sistema morfológico tendía a simplificarse, salvo en la literatura muy aticista.

Pero, antes de seguir adelante, he de decir algunas generalidades.

El volumen de literatura griega de fecha helenística y romana que se nos ha conservado es mucho mayor que el de la anterior; sin embargo, es incompleto. La literatura helenística, con excepciones, es un gran naufragio: bien poco nos queda de sus poetas, filósofos y científicos, los conocemos sobre todo por sus continuadores en época romana. La prosa menos técnica se nos conserva en escasa medida: la carta de Aristeas, Filón el Mecánico, Polibio, etc.

Podemos, pues, difícilmente fechar la aparición de nuevas palabras y de nuevos sentidos, aunque mucho podemos adivinar. El crecimiento, ya digo, es exponencial. Y hay que completarlo con el de los helenismos latinos, incluidos los nombres técnicos también latinos, derivados del griego por préstamo o calco.

Por otra parte, habría que atender al estudio de los diferentes estratos del griego. El griego vulgar y su léxico es escasamente conocido. Algo se puede aportar sobre textos vulgares helenísticos o de en torno al siglo I d. C., como la *Vida de Esopo*, pienso;[26] o bien tardíos, cuando se hundió la prosa aticista, así la redacción de las fábulas de Esopo en la Colección Vindobonense.[27] En realidad, el léxico vulgar es algo evitado, solo sale a flote, como descuido, en algunos papiros y algunos otros textos. Hay algunos estudios sobre temas particulares en este capítulo, muchísimo menos exhaustivos que los relativos a la fonética o la morfología.[28]

Hay dos fenómenos generales que merecen atención: el crecimiento de la literatura aticista, que trata de recuperar el lenguaje ático, y el de la técnica.

El aticismo es un movimiento clasicista que llenó de formas y palabras áticas ya perimidas la prosa griega desde el siglo I d. C. Sobre él puede verse con provecho, todavía, la obra de W. Schmid, *Der Atticismus in seinen Hauptvertretern*, Hildesheim, 1964 (1.ª ed. 1896-1897). Hablo del aticismo en general, con bibliografía, en mi *Historia de la lengua griega*, pág. 180 sigs.,[29] aunque también en este campo los estudios que se han realizado han sido sobre todo gramaticales.

Considero que la tendencia a volver a los orígenes áticos, a partir de Cecilio de Calacte y Dionisio de Halicarnaso, tuvo lugar por una especie de gradación o escalada: puede señalarse, con frecuencia, la fecha en que se «repescó» una palabra del ático o se creó una a su imitación. Y cómo el ni-

vel de aticismo era diferente según los autores, cómo al aticismo propiamente basado en la lengua ática se le añadió ya en fecha tardía un lenguaje poético que imitaba a los antiguos poetas áticos o no.

Todo esto, y cómo cayó el nivel de lengua, incluido el léxico, en el siglo VI d. C., lo estudié en mis *Estudios sobre el léxico de las fábulas esópicas.*[30] Fecho en él muy exactamente, sobre el precedente de Schmid y en la medida de lo posible, la fecha de reincorporación a la prosa griega de las diferentes palabras. Pero es un tema muy abandonado hoy en día.

Y hay luego el segundo tema, el de la entrada del léxico técnico, tomado de la tradición anterior o creado ahora. Sobre el estado de la cuestión me he expresado en el trabajo realizado en colaboración con Dolores Lara y que he citado antes. Allí estudiamos, con indicaciones bibliográficas, el léxico de la botánica, de la zoología, la geometría, la medicina, la arquitectura, la retórica, la gramática y la astronomía. Estos términos, completados o traducidos algunos en época latina, son la base de los que han seguido empleándose hasta hoy en día.

Pero este estudio es insuficiente, porque hay que añadir que, a partir de Aristóteles, creció enormemente en diversos autores el léxico filosófico en los más distintos sentidos. Y el léxico legal y administrativo en general, conforme a las nuevas necesidades de los tiempos. Y el de tantos conocimientos nuevos en campos como el de la mecánica y en mil aspectos de la vida común. Pero, una vez más, no tenemos estudios precisos. Aunque sí otros sobre el desarrollo de ciencias e instituciones en las edades helenística y romana: de ellos es posible obtener datos sobre el nuevo léxico, sus fechas de aparición, sus cambios de sentido, etc.

Aunque chocamos siempre con el mismo problema: nuestras fuentes son incompletas y tardías, el nuevo vocabulario que aparece en Galeno o Ptolomeo o los gramáticos tardíos, por poner un ejemplo, puede proceder de fecha helenística. Y quizá, a veces, de otra anterior.

En todo caso, por una vía u otra, incluida la latina, la ciencia moderna, cuando comenzó a despuntar a partir del siglo XIII y, sobre todo, del XVI y XVII, pudo encontrar, en los griegos, una guía (para seguirlos o contradecirlos) y lo esencial del léxico necesario.

Lo mismo ocurre en otro sector esencial: el nuevo léxico del cristianismo. Ya el Evangelio, sobre todo algunos evangelistas, acogió léxico griego,

así como, antes, la amplia literatura judeocristiana (y otros movimientos en relación con religiones egipcias o iranias, a veces salvacionistas y mistéricas). En esta nueva literatura hay que incluir a los autores que, como Clemente de Alejandría y Filón, trataban de acercar la Biblia hebrea (o bien el Evangelio) a la tradición helénica.

Y, sobre todo, hay que incluir la vasta literatura cristiana desde el siglo II d. C.: los Evangelios apócrifos, los padres apostólicos, los apologistas, los Padres de la Iglesia. Estos últimos edificaron un vasto léxico teológico, sobre base griega, pero ateniéndose, en lo posible, a los cánones del aticismo. Al menos hasta el siglo V d. C.

Este es el vasto océano del léxico griego, una marea creciente que puede recogerse en diccionarios generales y sectoriales, léxicos de autores, etc., aunque en buena medida, en forma cruda, sin organizar científicamente. A partir de unas cuantas vías, que he señalado, alcanzó al latín y las lenguas europeas, como he adelantado y veremos más detenidamente.

En mi *Historia de la lengua griega*, pág. 186 sigs., he dado algunos datos generales sobre la organización de este léxico. Por ejemplo, sobre cómo fueron creándose, en torno a un nombre o un verbo básico, mediante derivados y compuestos, y términos positivos y negativos, vastas redes léxicas. Lo he ejemplificado con αἱρέω 'coger, tomar', para el que, hasta el siglo V a. C. no había sino el verbo mismo (en Homero) y el abstracto αἵρεσις (en Heródoto). Creció luego en el ático del siglo IV, en los filósofos helenísticos, en los científicos de época romana, en los cristianos.

Señalo igualmente la creación de redes léxicas, sobre las cuatro clases principales de palabras, en torno a λογίζω 'calcular', βουλεύω 'reflexionar', φίλος 'amigo', δράω 'obrar'.

Y la ampliación de las redes con diversos prefijos (ἀνα-, ἀπο-, ἐκ-, φιλο-, ἀρχι-, αὐτ-, etc.). Solo con αὐτ- y αὐτο- hay en el *DGE* unas 850 palabras, con ἀπο-, unas 1.750; con ἀγαθο-, 50; con ἀρχ-, ἀρχι-, ἀρχε-, ἀρχ-, 250.

Más interesante es, sin duda, la proliferación de los sufijos que crean abstractos y derivados. Hay que remitir otra vez a Chantraine, 1933, también a literatura parcial sobre sufijos y autores. Y por supuesto, a los diccionarios.

El inverso de Buck-Petersen, ya citado (y hoy notablemente superado), señala para una serie de sufijos añadidos a nombres y adjetivos las siguien-

tes frecuencias (cierto que para la totalidad del griego, como he dicho): -ιος, -ιον, 12.000 apariciones; -ία, -ίη, -ια, 7.500; -μός, -μόν, -σμός, -ισμός, 4.000; -μα, -ασμα, -ισμα, 3.300; -της (-τας) / -τητος, -τατος, 1.000; -τής, -τάς (gen. -τοῦ), 440; -σις, -ξις, -ψις, -τις, 5.400; -κός, -κόν, -ιακός, -τικός, 7.200.

Todo esto puede dar una idea del inmenso despliegue del léxico griego: de su coherencia y sistematismo, de su poder clasificatorio, de su función de apoyo en los más diversos sectores de la ciencia y de la vida. Y no insisto en su gran capacidad para crear abstractos mediante sustantivación con el artículo, así como compuestos.

Partiendo de unos orígenes indoeuropeos y de un cierto despliegue en fecha clásica, todo ello culminó en las edades helenística y romana del griego. Estaba destinado a continuar en latín, en las lenguas europeas y en todas las lenguas. Ha contribuido a una cierta unificación, como he dicho, de todas las lenguas de Europa, que se han constituido en modelo para las de todo el mundo.

Por otra parte, el léxico griego antiguo es inmenso, inabarcable; en la redacción del *Diccionario griego-español* hemos chocado múltiples veces con la imposibilidad de dar una descripción exhaustiva: remito a varios artículos relativos a este tema.[31] En ellos podrá tomarse nota del enorme caudal que encontramos en dicho diccionario de nuevas palabras, nuevas acepciones, eliminación de palabras que no aparecen en las nuevas ediciones, *hapax* que ahora dejan de serlo, nueva definición de los términos, nueva organización semántica de los artículos, etc. Todo ello, tras la nueva bibliografía y con ayuda de campos hasta ahora poco explorados (léxico técnico, cristiano, etc).

DEL LÉXICO GRIEGO AL LATINO

La derivación de palabras, directamente, del griego antiguo a las lenguas modernas es más bien rara hasta la Edad Moderna. El griego antiguo ha entrado generalmente en ellas a través del latín: del antiguo y hablado preliterario; del literario (que entró luego en la lengua común, con frecuencia); y del tomado en préstamo por el latín vulgar. O del latín eclesiástico y el latín medieval, también, o del árabe y otras lenguas. Pero el griego anti-

guo llegó asimismo directamente a Occidente a partir del Renacimiento, por la lectura de los textos griegos y latinos antiguos.

O bien se trata, otras veces, en nuestras lenguas, de palabras del griego bizantino, que suelen haber llegado o por vía eclesiástica, o por la latina medieval, o a partir de las ciudades italianas o de Provenza o Francia. De esto hablaré más adelante.

Pero dejemos esto por el momento y volvamos al influjo del léxico griego en latín, donde era aceptado bien en la lengua hablada, bien en la culta, simplemente transcrito (pero frecuentemente con alteraciones) o con ayuda de calcos. Y ello desde fecha muy antigua.

El griego estaba, como quien dice, siempre a la puerta, esperando entrar por la vía de la lengua hablada (la latina o las medievales) o por la de la literatura, y ello en varios niveles y épocas. Aun así, tanto el latín como las diversas lenguas europeas, románicas y no, quedaron inundados de palabras griegas.[32]

Y eso que la lengua griega sufrió duros golpes en la Antigüedad. Desapareció, ante el latín, en las antiguas colonias griegas de Occidente: en Italia, Sicilia, Marsella, Hispania, cuando fueron conquistadas por Roma a partir del siglo III a. C. En Oriente, el griego fue expulsado de la India e Irán, a finales del siglo IV a. C. y luego en el III, cuando los pueblos indios y más tarde los partos se impusieron, y los reinos helenísticos quedaron limitados por la frontera del Éufrates; e igual, más tarde, Roma y Bizancio. Esta es, como ya se ha dicho, el límite del léxico europeo influenciado por los griegos. Y del alfabeto europeo y la cultura europea derivada de la griega y latina, en general. El límite de Europa por un tiempo, diríamos; musulmanes y turcos lo estrecharon más, más tarde.

Desde la conquista romana de los reinos helenísticos y Grecia, el griego permaneció en Grecia y Macedonia, pero en los demás lugares fue, como máximo, la lengua de las clases urbanas e ilustradas frente a las lenguas indígenas. Aunque había un dominio del latín en la administración, la milicia y el derecho.[33] Pero después de Justiniano desapareció en Bizancio lo que quedaba de latín en la administración del Imperio bizantino.

Y, en Occidente, en la Roma de los siglos IV y V d. C., el griego era solamente la lengua de ciertos inmigrantes de Oriente y de algunos pocos cultos. En la Edad Media, era casi siempre desconocido, con contadas excep-

ciones en los monasterios de Irlanda, Inglaterra y Escocia y en el influjo que ejercieron en el continente, por ejemplo, en la corte de Carlomagno y en los monasterio de Saint Gall y Reichenau, entre otros. Monjes griegos hubo también en la corte de Otón I, en Roma y en varios monasterios del sur de Italia. Y hubo traducciones, aunque no muchas, del griego.[34]

Pues bien, pese a todo, el prestigio de la lengua griega nunca decayó y, ciñéndome ahora al léxico, es cierto que dejó grandes huellas en toda clase de lenguas y, muy concretamente, en todas las de Europa: de las románicas a las germánicas y eslavas, al vasco y a todas las demás.

Me ocuparé ahora del léxico que penetró en el latín, ya en el hablado, ya en el literario. Pero el influjo del léxico griego no puede comprenderse sin el influjo de su literatura, como traducción e imitación de la cual, como he señalado páginas atrás, se creó la latina. Tampoco sin la existencia del bilingüismo, procedente de relaciones comerciales y de todo tipo, pero también de la enorme inmigración de griegos y, sobre todo, ya en época imperial, de grecoparlantes de Oriente (egipcios, sirios, judíos, etc.).

Asimismo, las clases cultas de Roma al menos en la República y en buena parte del imperio, eran bilingües, no menos que las que combinaban el griego con lenguas orientales varias. Tenemos sobre esto mil anécdotas, el griego era tan indispensable para estas clases como hoy el inglés. Mandaban a sus hijos a estudiar a Grecia, trataban con representantes de toda la cultura griega.

Por supuesto, sin esto no se comprendería tampoco el influjo de la literatura griega —primero la contemporánea, luego toda ella, incluida la antigua— en la literatura latina.

La primera oleada de helenismos[35] debe atribuirse a los contactos de los romanos, en realidad ya desde el siglo VII a. C., cuando el alfabeto entró en Roma, ya con los griegos del sur de Italia ya con los etruscos helenizados. Y aumentó con el fin de las guerras samnitas, hacia el 330.

Términos influidos por el etrusco pueden ser, según se piensa, *persona*, *Proserpina*, *amurca*, *sporta*. Y derivadas de dialectos griegos del sur de Italia y de Sicilia, lo que comporta varias peculiaridades fonéticas procedentes de esos dialectos, son palabras como *machina*, *oliua*, *crapula*, *Achiui*.

Hay que notar que en los helenismos más antiguos se encuentran rasgos ortográficos propios del latín de esa época, como la transcripción de las

sordas aspiradas como simples sordas *(purpura, ampulla, Poenus)*. Y que otras veces se encuentran adaptaciones o alteraciones formales de las palabras griegas o bien derivaciones ya latinas. Adaptaciones pueden considerarse las formas en *-a* de la primera declinación masculina *(nauta, poeta)*, o las derivadas de la tercera pasadas a la primera (*sporta*, ya citado, *norma* de ac. γνώμονα) o a la segunda *(bracchium, Tarentum, Agrigentum)*. O el paso de los verbos a la primera conjugación *(machinari, exanclare)*. Por otra parte, el latín podía hacer derivaciones propias de palabras griegas: *paedicare* de τὰ παιδικά, *stomachari* de στόμαχος, *pausare* de παῦσαι.

Todo esto indica una perfecta asimilación del vocabulario griego al latino. Nótese la vida de las palabras citadas: muchas pasaron luego a las lenguas europeas. Y nótese que el fenómeno del influjo de la vía oral en la entrada de helenismos tuvo lugar también en la tarda Antigüedad, en latín vulgar. Sobre esto volveré.

Estos elementos léxicos antiguos se refieren más bien a la vida de todos los días: por ejemplo a objetos *(camera, linterna, chorda, calamus)*, a terminología relacionada con el mar *(ballaena, delphinus, thunnus, cancer, polypus; scopulus, spelunca, crypta; puppa, gubernare, ancora)*, al comercio *(purpura, serica, tapete, apotheca, nummus, mina, talentum)*, a la agricultura y alimentación *(putare, cannabus, sinapi, rapanus, oleum, castanea, malum, ampulla)*, a la música *(cithara, cymbalum)*. Luego entraron términos referentes a la nueva cultura que llegaba a Roma *(epistula, grammatica, schola, horologium, balneum)*, al cuerpo y la medicina *(stomachus, melancholia, podagra, catarrhus, diaeta)*, a los minerales y las piedras preciosas *(magnes, alabaster, adamas, smaragdus, margarita)*, a la sociedad y las costumbres *(poena, punire, crapula)*, etc.

Pero pasemos a los términos incorporados por la antigua literatura latina, aunque no podemos asegurar la vía por que llegó a ella cada uno. Pueden venir de la lengua hablaba o de textos literarios griegos.

El caso es que encontramos helenismos ya en la más antigua literatura latina: algunos son de carácter literario o musical, otros no. Así ya en Livio Andronico *(cothurnus, purpureus)*, en Nevio *(barbarus, melos, nauta)*, en Plauto *(absinthium, basilica, comoedia)*, en Terencio *(musicus, scaenicus)*; y luego en Catulo *(ambrosia, astrum, satyrus)*, en Lucrecio *(cycnus)*, en Virgilio *(calathus, magicus, narcissus)*.

Estos términos acabaron por incorporarse, muchos de ellos, al latín hablado normal y han llegado a nuestras lenguas. Pero habría que insistir en aquellos otros que procedían de la filosofía, la retórica o, simplemente, del lenguaje abstracto e intelectual griego y que fueron incorporados al léxico latino por Cicerón, la *Rhetorica ad Herennium*, Quintiliano y otros prosistas más: muchos fueron a parar, con el tiempo, a nuestras lenguas.

En Cicerón hallamos, entre muchos términos nuevos, *astrologia*, *bibliotheca*, *epigramma*. A veces sustituía los términos griegos por calcos: *conscientia* por συνείδησις, como ya he dicho; *quantitas* y *qualitas* por ποσότης y ποιότης; *conuenientia* por ὁμολογία. Quintiliano aceptó *essentia* por οὐσία, *conclusio* por ἐπίλογος, *uniuersalia* por καθολικά. Ambos autores se debatían en el problema de si aceptar los términos griegos o crear equivalentes latinos: problema general cuando se trata de adoptar o no el léxico de otra lengua (lo tenemos ahora con el inglés). En fin, autores posteriores continuaron introduciendo nuevos términos griegos o calcos de los mismos: Macrobio, san Agustín, poetas como Ausonio, etc.

Hay algunos puntos de esta helenización del latín o de sectores del latín que querría considerar aparte.

a) *El vocabulario científico y técnico*. Aquí los términos griegos entraron a chorro, por ejemplo en la gramática: nombres de fonemas y letras, de partes de la oración y categorías gramaticales, de los casos y formas del verbo, etc.[36] En la medicina, por ejemplo (ya he señalado algunos términos, añádanse mil otros: Celso y los médicos latinos tomaban tanto léxico especializado de los médicos griegos como Prisciano y los demás de los gramáticos latinos). Y habría que añadir la astrología y la matemática, la terminología botánica y zoológica, la de técnicas artesanas varias.[37]

b) *El vocabulario cristiano*. Ya he hablado de él en el caso del griego: el latín en general adoptó el del griego, aunque también hacía calcos. Podrían citarse, entre muchas palabras, *Christus*, *Biblia*, *profeta, martyr*, *apostolus*, *baptizare*, *euangelium*, *papas*, *episcopus, archiepiscopus*, *chorus*, *diaconus*, *eremita*, *laicus*, *lyturgia*, *ecclesia*, *monasterium*, *eleemosyna*, *diabolus*, *angelus*, *parochus*, *presbyter*, etc.

A veces el latín cristiano cambiaba el sentido de las palabras griegas: *pathos* es 'pasión' desde san Agustín. O se hacían traducciones, como *spiritus* por πνεῦμα, *benedicere* por εὐλογεῖν. Algunas, sin embargo, no han cuajado, así *tingere* en vez de βαπτίζειν: está en Tertuliano y Lactancio, pero se ha perdido en otros lugares, aunque queden huellas en dialectos de Sicilia y Calabria.

c) *El latín vulgar*. El latín hablado, coloquial, del final de la Antigüedad está lleno de helenismos. A veces se trata de la continuación de las tendencias de adaptación, se dice por ejemplo *lampada* (del ac.), *amigdalum*, o hay variantes fonéticas *(ceresus, cithera)*. O se introducen nuevas palabras, tales *cata* 'cada', *colaphus* 'bofetada'.

En definitiva, el latín, en sus diversos niveles y especializaciones, acabó aceptando un importante contingente de léxico griego. Ciertamente, solo una parte de este léxico se incorporó a las lenguas modernas como léxico patrimonial de las mismas; otra parte tuvo que esperar a ser recogida de los textos latinos en la Edad Media o después (junto con léxico latino de origen, por supuesto).

Claro está que esta lengua que yo he llamado alguna vez grecolatín era considerada, luego, independientemente de sus orígenes, mero latín (o castellano, etc.). Se trataba, para la sensibilidad posterior, de una lengua única. En ella no solo las raíces griegas y latinas alternaban, también los sufijos: *-icus*, *-ma, -ta*, *-ismus*, *-izare* en el verbo, entre otros, son de origen griego; *-osus*, *-men*, *-mentum*, *-are* en el verbo, de origen latino. E igual los prefijos: alternan *-a* e *in-*, *hiper-* y *super-*, *peri-* y *circum-*.

Este es el latín cuyos léxico y procedimientos de formación de palabras llegaron en cierta medida a la Edad Media: no todo, un sector para cada sector de hablantes. Una parte, como ya he dicho, se perdía. Pero más tarde todo él o la mayor parte de él fue utilizado de nuevo para crear o reconstruir el léxico de las nuevas lenguas. Y este latín era en cierta medida de origen griego. El latín se convirtió, así, en un vehículo del griego. Y de su literatura y cultura en general, por supuesto.

PASO DEL LÉXICO LATINO Y GRIEGO A LAS LENGUAS DE EUROPA

GENERALIDADES

Lo dicho páginas atrás, en «Ideas generales», puede abrir este apartado. El latín cubrió, desde el mismo comienzo, las necesidades de las lenguas de Europa: les suministraba el léxico del que carecían. Porque Europa, lo hemos visto, era bilingüe: al lado del latín había las lenguas románicas y las demás. Son lenguas habladas que comenzaron a escribirse desde el siglo IX d. C., raramente el VIII, a veces más tarde. Junto con estas lenguas habladas seguía viviendo en Occidente la lengua culta, que era el latín: lengua escrita, pero hablada en ciertos ámbitos eclesiásticos y cultos. Llevaba, como ya sabemos, términos griegos, incluidos muchos de origen cristiano y eclesiástico. En Oriente, junto con una *koiné* hablada muy disminuida, seguía escribiéndose la καθαρεύουσα o «lengua pura».

Ciertamente, ese latín admitía deformaciones procedentes de las lenguas habladas (el latín arromanzado del que he hablado podía decir *inmovele*, *flumine*, *resis*, *carraira*, etc.); y no era unitario, ya hemos visto sus diferentes tipos. Las lenguas habladas, en realidad desde un comienzo preliterario que se nos oculta, incorporaban latinismos que en ocasiones, según he dicho, eran de origen griego o de otros orígenes. Y crecieron cada vez más.

En Oriente la situación era diferente. Entraron en el griego algunos latinismos desde el Imperio bizantino inicial, luego otros más desde la conquista de Constantinopla por los cruzados en 1203. Se añadió otra cosa: la entrada en Occidente del léxico griego bizantino bien por vía eclesiástica, bien por relaciones comerciales y otras a través de ciudades italianas, Provenza, Cataluña, etc.

Este latín y este griego que entraban por diferentes vías contribuían, como he dicho, a la unificación parcial, en el léxico, de las lenguas de toda Europa. Otro factor, que presentaré más adelante, es el de los influjos horizontales de unas lenguas europeas en otras. A veces estos influjos traían nuevos latinismos y helenismos.

Y otros helenismos, más algunos latinismos, venían, en la Edad Media, del árabe. De ellos hablaré. Aunque lo normal en las lenguas europeas

eran los influjos internos de unas en otras. Los externos, como estos del árabe, eran excepcionales, más frecuentes en la península Ibérica.

En todo caso, los préstamos de vocabulario grecolatino de una edad o de otra incluían, por añadido, elementos de sus sistemas de composición y derivación de palabras. Esto era mucho menos cierto en el caso de los préstamos que tomaban las lenguas europeas unas a otras y en el de los del árabe.

Vamos a estudiar este tema, completando lo dicho hasta ahora y dejando algunos puntos para la conclusión, dividiéndolo en cuatro apartados: los préstamos latinos y grecolatinos recibidos por el Occidente románico; por el Occidente no románico; la entrada de léxico griego en Occidente a través de Bizancio y a partir de Bizancio; la entrada de léxico griego en el mundo eslavo.

LOS PRÉSTAMOS LATINOS Y GRECOLATINOS EN EL OCCIDENTE ROMÁNICO

Las lenguas románicas comenzaron a escribirse, como ya he dicho, a partir del siglo IX d. C. Así el francés desde los «Juramentos de Estrasburgo» de 842 y la *Séquence de Sainte Eulalie*, de 882; el italiano desde el *Indovinello veronese* de ese mismo siglo (pero no es aún un texto seguido, para eso hubo que esperar al siglo X). En España, el mozárabe entraba en las *moaxajas*, desde el siglo XI d. C., y el castellano de las glosas silenses y emilianenses es de la misma fecha. Igual el provenzal escrito. El catalán es del XIII, el portugués separado ya del gallego, del XIV.

En todos estos textos, y por supuesto más en los de los siglos XII y XIII, aparecen palabras latinas de las que no sabemos, la mayor parte de las veces, desde cuándo estaban ya en la lengua hablada. Los semicultismos, del tipo de esp. *iglesia*, fr. *église*, esp. *virgen*, it. *vergine*, fr. *geste*, *angele* nos hacen percibir una especie de duelo entre formas patrimoniales y formas cultas, latinas. Y textos latinos visigóticos desde el siglo VII, donde aparecen *auricula, genuculum, ouicula*,[3] nos hacen adivinar la existencia de formas románicas que luego se impusieron, del tipo de esp. *oreja*, fr. *soleil*. En algunos casos había sin duda una continuidad desde el mismo latín tardío, vulgar o eclesiástico. Pero es difícil o imposible fijar la fecha de muchos latinismos.

El movimiento cultural comenzado por Carlomagno y que tuvo ecos en España e Italia, al favorecer el estudio del latín y su escritura, sentó las bases para que comenzaran a escribirse las lenguas romances, ya he dado las fechas. Se escribían nuevos textos en latín, se hacían gramáticas y léxicos.[39] Entraban palabras latinas, que o bien se hacían patrimoniales, o bien semicultas, por influencia de la Iglesia. En francés, por ejemplo, *baptisier*, *basilique*, *église*, *idée*, *paradis*, *allégorie*, *aromatiser*, *astronomien*, *zone*: puro griego.

Se podrían dar algunos ejemplos de los más antiguos latinismos castellanos. En *Mío Cid* hay *laudar*, *mirra*, *tus*, *uigilia*, *voluntad*: tienen un contexto eclesiástico.

Es muy interesante, por otra parte, el estudio de actas notariales y textos legales de la península Ibérica[40] del siglo VIII al XII, en cuyos lemas se incluyen tanto formas latinas como otras romanceadas, con muchas variantes. Hay, por ejemplo, *mercato, mergado, mergato; letrato, literato, literado; ermo, eremo, yermo* (palabra esta de origen griego); *exido, exito; directo, derechura*. Las palabras romances pugnaban por entrar en documentos latinos, pero las latinas se defendían. El resultado de esta pugna fue el triunfo a veces del latín, a veces del romance, a veces del semicultismo.

En fin, a partir del siglo XIII la admisión de latinismos fue ya importante. En cualquier manual o estudio se cita una relativamente larga serie de latinismos en, por ejemplo, Berceo y Alfonso el Sabio.[41] Sin duda proceden de textos latinos escritos: algunos antiguos, otros ya medievales. Con frecuencia son helenismos: así en Berceo *abysso, evangelistero, epistolero,* en Alfonso X *teatro, comedia, himno, crónica, triángulo; gigante, centauro, delfín; tirano, zodiaco, bígamo, anatema*.

Como se ve, se trata a menudo de un léxico especial, culto o científico; a veces se romancea, como en *idolería*. Igual en francés *(austérité, authentique, bigame)* y en italiano *(arismetica, canonista, coszienza, dottrina)*.[42]

Notable es que por esta época comenzaron a funcionar dobletes de términos romances y latinos: *artejo / artículo, santiguar / santificar*. Como en francés *(livrer / liberare, chance / cadence)* y otras lenguas. Los más frecuentes son aquellos en que a un nombre patrimonial se opone un adjetivo latino, del tipo *hierro / férreo, hermano / fraternal, dedo / digital,* que tienen paralelos en francés, en inglés y en otras lenguas. Se intentaba reconstruir redes léxicas de nombre / adjetivo / verbo, como las del griego y latín antiguos.

Era este un momento en que se escribían obras importantes en latín (a veces se traducían luego al romance, así las históricas de D. Lucas de Tuy y el arzobispo Don Rodrigo) y despertaban la historia, la astrología, el derecho.

Los latinismos crecieron en los siglos XIV y XV, cuando se abrían paso las corrientes del Renacimiento y el Humanismo: Petrarca y Boccaccio las iniciaron. En Francia[43] comenzaron por esta fecha las traducciones de obras latinas para los reyes: proporcionaban el modelo. Y entraban en el francés palabras como *allégorie, anarchie,* etc., y muchos términos medicinales, gramaticales, etc. Igual en Italia.[44]

En España, en tanto, Juan de Mena veneraba la *Ilíada* de una manera casi religiosa; él, Santillana y Villena[45] introducían *abominable, accesible, bélico, bucólico, cándido, caverna, délfico, divinal, fértil, hostil, ínclito, inocencia, invención, magnífico, poetal,* vocablos que a veces fracasaban, otras entraron en la lengua común. En *La Celestina*, a finales del XV, hay *inmérito, fluctuosos, sulfúreo*.

Y como términos técnicos médicos por esta fecha en castellano, por ejemplo, *agonía, arteria, cardíaco, cólico*. En francés, desde del XIV, *agronome, allégorique, anarchie, antipode,* etc.[46] Y en todas partes entraban términos médicos y términos científicos y técnicos de este tipo.

En el XVI y XVII siguieron entrando latinismos y helenismos latinizados, pero en general con mayor moderación. Es la época en que, por una parte, se elogiaba las lenguas modernas (Nebrija y Valdés en España, Bembo en Italia, Mulcaster en Inglaterra, du Bellay en Francia); por otra, se trataba de adecuarlas al modelo latino. Pero Dante, Mena y tantos otros ponían por delante al latín, Ronsard se lamentaba de que el francés no pudiera equipararse con el griego.

A veces, se introdujo el latín de tipo ciceroniano u ovidiano, al tiempo que se editaba a los antiguos, se creaban bibliotecas e instituciones culturales al servicio del Humanismo, como ya he apuntado. Entraban latinismos sinnúmero, pero se intentaba, con más o menos éxito, buscar términos indígenas (en Francia *complainte* por *élégie*) o se creaban formas mixtas (fr. *académicien, gigantal*).

La literatura dio, entretanto, un giro: la épica oral medieval fue sustituida por la virgiliana (Ariosto, Tasso, Camoens, Ercilla), la lírica tradicional por la italianizante (Garcilaso es el ejemplo clásico), las crónicas por la

historia crítica, el teatro popular o el derivado de temas evangélicos por el moderno, etc.[47]

Por tanto, la literatura romance medieval, cierto que derivada casi siempre de modelos clásicos pero considerada ahora ruda e inculta, fue reemplazada por otra de clara raigambre grecolatina. Naturalmente, esto y los nuevos estudios médicos, jurídicos, gramaticales, traían de forma inevitable una renovación del léxico, siempre a partir de la vena grecolatina.

Es el léxico culto del que he hablado, que cada vez proliferaba más y, a veces, entraba en la lengua común. Claro está, el cultismo podía ser más o menos extremado. Había diferencias de grado, crítica (como la de Quevedo), términos medios y términos extremos, así en Góngora.

Y no siempre se tomaba el término griego o latino: puede cambiarse el sentido de los términos patrimoniales siguiendo el modelo antiguo. Así, cuando fray Luis de León usaba en sentido latino *leño, aplicar, luces, perdonar,* construía *huir* como transitivo igual que en latín, etc. Pero Herrera decía directamente *sublimar, horrísono, flamígero*; Góngora *aspid, cóncavo, inculcar, intonso, métrico, náutico.*[48]

Por otra parte, es importante hacer notar que, sobre todo a partir del siglo XVI, en todas partes se extendió la moda de dar forma latina a las palabras patrimoniales, incluso a las derivadas del latín. En español, por ejemplo, *sino* comenzó a escribirse (y pronunciarse) *signo*. En francés se escribió, por latinismo, *homme*, *heure*, etc. ¡Y se pasó, por ultracorrección, a escribir *heurler*, *haut*! Fuera de la Romania, en inglés por ejemplo, se siguió esta misma tendencia, insisto más adelante. Las palabras semicultas, la sinonimia de formas patrimoniales y las latinizadas, etc., vienen de la misma tendencia.

LOS PRÉSTAMOS LATINOS Y GRECOLATINOS EN OTRAS LENGUAS EUROPEAS

En las lenguas no románicas de Europa entraron igualmente, desde fecha temprana, préstamos latinos, que podían ser a veces de origen griego.

Efectivamente, además de con los griegos, los romanos estuvieron en contacto desde pronto con otros pueblos en Europa, para prescindir de los de África y Asia: etruscos, oscos y umbros, macedonios, varios pueblos de

Sicilia, ilirios, iberos, otros más. De todos ellos, cuyas lenguas se han perdido, no hablo aquí. Sin duda recibían vocabulario latino, como lo recibieron los vascos, según hemos visto.

Siguió el contacto con celtas y germanos, lo que fue la base de la entrada en latín y en las lenguas medievales de algún (escaso) vocabulario celta, así como de un notable número de términos germánicos. No entro aquí en el detalle de esos contactos, que especificaré al hablar, precisamente, de los préstamos. La cuestión es que, en todo caso, el contacto fue frecuente desde la primera vez que se nos habla de las invasiones germánicas, cuando los cimbrios y teutones fueron derrotados por Mario en el año 101 a. C.

En la guerra y en la paz, cuando los germanos eran establecidos dentro del imperio desde el siglo III d. C. y cuando, posteriormente, crearon sus reinos en territorios de lengua latina, que contaban con una población más numerosa y culta que la suya, y se cristianizaron y quedaron inmersos en esta cultura, sus lenguas comenzaron a recibir de ella, y del latín fundamentalmente, las palabras que ahora necesitaban.

Los germanos, con excepciones, se latinizaban y aceptaban la cultura romana: los visigodos escribieron sus leyes en latín (la *Lex romana visigotorum*), ellos y los demás organizaron reinos estables sobre un modelo en parte tradicional indoeuropeo, en parte romano. Se cristianizaban y, salvo excepciones, aceptaron las lenguas romances (incluso los normandos en Francia, ya en el siglo XI, una lengua francesa). Porque reconocían la superior cultura occidental (y la bizantina, en un momento, los godos) y eran cuantitativamente una pequeña minoría, había algo así como un germano por cincuenta romanos. La excepción principal estuvo en Gran Bretaña, donde las lenguas germánicas se impusieron al latín y casi siempre al celta (pero su lengua recibió un fuerte influjo del normando).

Cuando se comenzaron a escribir las lenguas germánicas, en términos generales y salvo excepciones como la poesía épica, ello se hacía en latín, como en el resto de Europa. Y eran la cultura y la literatura europeas las que influían en esos textos escritos y en las lenguas germánicas en general. Así, los latinismos de fecha antigua se incrementaron con el tiempo.

Voy a poner algunos ejemplos: claro está, no los tenemos contemporáneos al momento en que tuvo lugar el préstamo. No podemos hacer otra cosa que conjeturas a partir de estadios posteriores de las lenguas.[49]

Al menos para los términos cristianos tenemos un *terminus post quem*. Encontramos latinismos (a veces de origen griego) cristianos en alto alemán hacia el año 1000 d. C.: *chriuze* 'cruz' (lat. *crux*), *tievel* 'demonio' (lat. *diabolus*), *Kirche* (de gr. κυριακ–ν) 'iglesia', también en antiguo inglés se encuentran nombres y calcos semejantes (*Halga* 'santo', *godpell* 'evangelio', etc.). Siguen términos como *bishop*, *church* y tantos otros. Todos estos términos, se supone, vienen de la época de la cristianización.

Pero hay, sin duda, términos más antiguos, en unas y otras lenguas germánicas: términos culturales latinos. Así, al. *Wein*, ingl. *wine* de *uinum*; al. *Strasse*, ingl. *street* de *strata*; al. *Ziegel* 'teja' de *tegula*; al. *kaufen*, aingl. *ceapian* 'comprar' (también *cheap*) de *caupo*; al. *Birne*, ingl. *pear* 'pera' de *pirum*; al. *Kelch*, aingl. *calic* 'copa' de *calix*, etc. Hay muchos términos relacionados con frutos y productos que eran nuevos para el mundo germánico (he mencionado algunos); con transacciones comerciales (aparte de derivados de *caupo*, los de *moneta*, *pondus*, *uncia*, *mango*, etc.); con la cocina y la comida (ingl. *cook* de *coquus*, *dish* de *discus*, al. *Schüssel* de *scutella*, *Keller* de *cellarium*); etc. En alemán *Arzt* 'médico' viene de *archiater*, un helenismo.

En lenguas nórdicas hay términos correspondientes, tomados sin duda de los mercaderes romanos (danés *købe* 'comprar', *vin* 'vino').

Todo este ambiente continuó durante la Edad Media, cuando en todo el mundo germánico la lengua de cultura era el latín, aquella en la que escribían los doctos.

En Inglaterra, donde el inglés era una lengua que había sintetizado las lenguas germánicas originales, desde finales del siglo VII entró una multitud de palabras danesas y noruegas, y desde el siglo XI entraron muchísimas normandas. Todo ello fue consecuencia de las sucesivas invasiones. El latín era, junto al inglés y el normando, la tercera lengua, la de la cultura: teología, gramática, documentos oficiales, etc. Desde el siglo XIV comenzó a entrar una avalancha de palabras latinas, a veces las tomadas del francés se retocaban para hacerlas más «latinas» *(describe, April, equal)*.

En el siglo XIV, Chaucer está lleno ya de latinismos y helenismos: *doctour, physic, naturel, pacient, drogges, diete, cordial*. La cosa creció en el XVI: *anachronism, analogy, antipathy, apostrophe*, helenismos, como se ve. Había una verdadera guerra entre el latín y el inglés, con partidarios de uno y de

otro; el inglés comenzó a triunfar a finales del siglo XVI, Mulcaster justificaba los latinismos por «pure necessity»;[59] a veces había ternas de sinónimos inglés / francés / latín, del tipo *rise / mount / ascend*.

Lo más notable, quizá, fue la introducción definitiva de prefijos y sufijos de tipo latino o griego, que pasaron a coexistir con los tradicionales ingleses *(un-, be-, ge-, of-; -ness, -ty, -dom)*.

Cosas parecidas pueden decirse del alemán. En este vasto dominio los dialectos proliferaban, como lengua escrita un alto alemán general comenzó su difusión desde el siglo XIV, a partir de la zona de Augsburgo y Würtemberg. En él entró una pléyade de latinismos, por ejemplo en la religión *(Reliquien, Hostie, Monstranz)*, en la música *(Oktave, Fuge, Kontrapunkt)* y en la vida de la enseñanza *(Abitur, Dekan, Gymnasium, Examen, Katheder)*. Y hay calcos como *Freitag* (de *Veneris dies)*, *vergangen* (de *praeteritus)*, *Handbuch* (por *manuale*, que a su vez viene de ἐγχειρίδιον).

El panorama es semejante en otras lenguas germánicas, sobre todo en cuanto a escritas: en el bajo alemán (especialmente en neerlandés y flamenco), en nórdico. Y en las eslavas, el húngaro y otras más.

Y habría que añadir otras lenguas: el vasco, del que ya he hablado; el címbrico y el bretón, lenguas celtas (galés *mynwent* de lat. *monumenta)*; el albanés; el griego bizantino (términos legales y religiosos).

ELEMENTOS LÉXICOS GRIEGOS DE FECHA MEDIEVAL EN LAS LENGUAS DE EUROPA

HELENISMOS LLEGADOS A TRAVÉS DEL ÁRABE

El léxico griego penetró en Europa, en unas u otras regiones, no solo a través del latín antiguo o eclesiástico o medieval, como acabamos de estudiar. Entró asimismo a través del árabe. Y también llegó, en alguna medida, el griego bizantino, a través a veces de intermediarios varios. En todos los casos, está claro que esas palabras fueron tomadas del lenguaje bizantino, aunque muchas de ellas existían ya en el anterior.

Por vía árabe entraron muchas palabras. Los árabes conquistaron Damasco en el año 536, Jerusalén y Antioquía en el 638, Mesopotamia en el 639,

Alejandría en el 646. Posteriormente conquistaron el norte de África y llegaron hasta la India. Un pueblo del desierto, con una cultura material primitiva y con desconocimiento del mundo vegetal, animal y humano del Mediterráneo, por fuerza hubo de tomar del griego, en Siria, Palestina y Egipto, sobre todo, mucho vocabulario. Lo trajo a Occidente, sobre todo a Hispania, conquistada a partir del 711, y Sicilia (siglo IX).

De ahí pasó a diferentes lenguas europeas, sobre todo al español y al portugués, en menor medida a las demás. En español, a través del dialecto andalusí. Pero a este vocabulario árabe transmitido por vía oral hay que añadir una serie de términos, sobre todo científicos, que vinieron de la ciencia árabe por vía escrita. En general (pero no siempre) derivaban del griego a partir de las traducciones del griego al árabe en la corte de algunos califas ilustrados de Bagdad, Al Mansur y Al Mamún sobre todo, desde la segunda mitad del siglo VIII y en el IX; y en la de los fatimidas en El Cairo en el XI. Hubo luego, como se sabe, traducciones del árabe al latín y al castellano y eco de filosofías árabes en las occidentales.[51] Se sabe que interpretaciones árabes pesaron en las ideas medievales sobre Platón y Aristóteles.

Los préstamos del árabe a los que me refiero, unos y otros, son muy numerosos, al menos 4.000 palabras.[52] Muchas son de origen griego; no todas, las hay propiamente árabes, así como préstamos tomados por los árabes de lenguas orientales. En lo que sí querría insistir es en que se trata normalmente de términos aislados, no de elementos formativos que se hayan traspasado a nuestras lenguas, como los griegos y latinos: de esto ya he hablado.

Por lo general, se trata de nombres de plantas, frutos, animales y minerales, de la administración y la vida pública, de la comida y el vestido, de la vida comercial, etc.; raramente de abstractos. Se han convertido en las lenguas modernas en términos patrimoniales (muchos perdidos hoy), con excepción de algunos de tipo culto, científico.[53]

La España musulmana era bilingüe y es a los mozárabes, probablemente, a quienes debe atribuirse el mayor papel en la introducción de arabismos en las lenguas de los países en los que luego se refugiaron.

Doy a continuación algunos ejemplos de helenismos llegados a las lenguas europeas a través del árabe. A veces el helenismo procede a su vez de otra lengua.

a) *En español*. El español es la lengua que presenta el mayor número de arabismos. Entre las plantas, frutos y peces pueden citarse *acelga* (σικελός), *adelfa* (δάφνη), *albérchigo* (περσικόν), *albaricoque* (βερίκοκκος), *cazuz* (κισσός), *arroz* (ὄρυζα, de origen indio), *jibia* (σηπία, también hay, a través del latín, *sepia*). De objetos y edificios, el vestido, el lujo: *escarlata* (σιγιλλᾶτος, del latín), *fonda* (πανδοχεῖον), *alcaicería* (Καισαρεῖον, del latín), *marlota* (anticuado, de μαλλωτή), *abalorio* (βήρυλλος). De profesiones: *albeitar* (anticuado, de ἱππίατρος). De útiles diversos y de la vida comercial y científica: *alambique* (ἄμβιξ), *quilate* (κεράτιον), *adarme* (δραχμή), *talismán* (τέλεσμα), *química* y *alquimia* (χυμεία), *algoritmo* (de ἀριθμός y el matemático árabe Al Juarizmi).

b) *En otras lenguas*. En portugués hay muchos arabismos, algunos de base helénica y comunes, en general, a los del español y alguna otra lengua (*albaricoque*, cf. fr. *abricot*, it. *albicocca*).

Pero existen arabismos, sobre todo en el campo de la ciencia, a veces procedentes del griego, que se han hecho universales. Por ejemplo los equivalentes al esp. *química, alambique, talismán, algoritmo, quilate*.

Hay también arabismos no helénicos, a menudo procedentes del campo de la ciencia, que son comunes a las lenguas europeas, pero esto pertenece a otro capítulo.

ELEMENTOS DEL GRIEGO BIZANTINO

A pesar de las diferencias culturales y religiosas y de los enfrentamientos políticos, Bizancio, heredera de Roma igual que Occidente, no dejó de tener relaciones con él. Sobre todo, durante un tiempo, con Roma y también con el Imperio romano-germánico. Carlomagno quiso casarse con la emperatriz viuda Irene, Otón I lo hizo con la princesa Teofano. Y el arte bizantino llegaba a Occidente, textos bizantinos eran traducidos al latín. He estudiado esto.[54]

Los términos bizantinos entraron en la Europa occidental de varios modos. Algunos son eclesiásticos. No puede decidirse si es bizantino o anterior el nuevo sentido de σύνοδος 'reunión de obispos', que entró en to-

das las lenguas. Lo mismo sucede con otros muchos términos griegos como βούτυρον, que da derivados como ingl. *butter*; ταρταροῦχος, de donde esp. *tortuga*, it. *tartaruga*, etc.

Ciertamente, cuando hay iotacismo las cosas son más claras: como en el caso de περγαμνή, con *-i-* en todas las lenguas occidentales (esp. *pergamino*, fr. *parchemin*), ἐλεημοσύνη (esp. *limosna*), ἀποθήκη (esp. *botica*, fr. *boutique*, términos semicultos, pero hay también esp. *bodega*, en al. se ha conservado el término latino *Apotheke*).

En mi *Historia de la lengua griega* doy más detalles, así como listas de términos bizantinos que pasaron a las lenguas de Europa, a unas u otras, y que pueden ser fechados con mayor o menor seguridad (de los siglos V-VI, VII-VIII, IX-X, XI-XII, XIII-XIV); a ellas remito.[55] Algunos continúan términos antiguos, con cambio de sentido, así σκάλα 'puerto', la mayor parte son nuevos. Otros vinieron a través del latín, como de κανονικός, *canonicus* (esp. *canónigo*, cat. *calonge* de lo uno o lo otro). O provienen de las nuevas circunstancias históricas (σκλάβος 'esclavo', del nombre de los eslavos; βυζάντιον, de donde esp. *besante*, it. *bisante*, nombres de una moneda).

Muchos proceden de la vida religiosa y eclesiástica (ναός, esp. *nave*, fr. *nef*, de un templo; εἰκών, de donde esp. *icono* y palabras correspondientes); otros de la económica, comercial y social, otros del mundo del mar y la marina. Con frecuencia estos han llegado a nosotros a través de las ciudades italianas que tenían estrecho contacto con Bizancio (Venecia y Génova sobre todo). O del italiano en general, en todo caso. También del provenzal o del francés. En su fonética dejan traslucir, a veces, la vía de entrada.

Cito unos pocos ejemplos. Hay términos que entraron a través de Venecia: κοντούα 'barca de cola corta', 'góndola'; κατάστιχον, de donde venec. *catastico*, esp. *catastro*.

Términos marineros llegados por vía italiana, sin que podamos muchas veces definirla exactamente, son, por ejemplo, nombres de barco a partir de γαλέα y κάραβος; de animales marinos como esp. *anchoa* de ἀφύη, *gamba* de καμπή (en it. es 'pierna'); el nombre del almirante (de origen árabe, de ἀμιρᾶς, contaminado a veces con lat. *ad*, así en ingl. *Admiral*); esp. *chusma* 'la tripulación de una galera' (gr. κέλευσμα). Términos económicos y administrativos son ἀπόδειξις, de donde it. *polizza*, esp. *póliza*. A veces se

hicieron calcos: τράπεζα se tradujo literalmente al italiano como *banco* o *banca*, de ahí pasó a todas las lenguas europeas.

A través del francés (la fonética lo asegura) vinieron al español palabras grecobizantinas como 'cisne', 'monje', 'page' (παιδίον). A través del latín llegaron helenismos bizantinos a las lenguas germánicas. Así aaa. *prēstar* de πρεσβύτερος. Un calco de ψαλμός es *salmsang* 'psalterio'. En inglés hay múltiples términos religiosos griegos, algunos sin duda bizantinos, llegados a través del francés: *charity*, *parish*, etc.

En suma: Bizancio contribuyó a la unificación del léxico europeo, sobre todo en el dominio de la religión, pero también en el económico, comercial y marítimo. En realidad, los barcos bizantinos de guerra y comercio y la actividad bancaria y burocrática fueron un modelo para Occidente, después del modelo romano: no es de extrañar que Bizancio exportara sus palabras.

También las exportó al mundo eslavo, del que sabemos que fue el modelo religioso y cultural; las mismas palabras y otras. Ya en antiguo eslavo, al que se recordará que se tradujo por primera vez el Evangelio, aparecen términos como *ankjyra* 'ancla', *dijavol* 'diablo', *myro* 'perfume', *črěšinja* 'cereza', siempre del griego. Y a lo largo de la primera Edad Media aparecen en diversas lenguas eslavas otros términos procedentes del griego bizantino: por ejemplo, aserb. *icona* de εἰκών, *rasa* de ἔάσον 'tela basta de lana'.

OTRO FACTOR DE UNIDAD: LOS PRÉSTAMOS ENTRE LAS LENGUAS DE EUROPA

Habría que comenzar por los resultados del contacto con los celtas: los galos, los celtíberos, los celtas de Irlanda, Gran Bretaña y Escocia. Desde el siglo IV a. C. lo hubo. Son lenguas, como he dicho, que fueron sustituidas por las germánicas en el centro de Europa, por el latín en lo que son hoy Italia, Francia, Bélgica, Suiza, las islas Británicas, España y Portugal.

De las lenguas célticas se tomaron préstamos en latín, no muy abundantes. Por supuesto, estos préstamos se convirtieron en otras palabras latinas más y dejaron huella en varias lenguas: en el léxico común o en la toponimia.

En esta pueden encontrarse, aquí y allá, efectivamente, huellas de palabras celtas (doy los temas) como *briga* 'ciudad, fortaleza', *rito* 'vado', *lano*

'llano', *mago* 'campo', *ardenna* 'bosque', *epo* 'caballo', *duno* 'ciudad', *sego* 'victoria'. Y a través del latín o directamente han llegado a varias lenguas palabras celtas de vehículos, arados, vasijas (esp. *carro*, ingl. *car*, fr. *char*; fr. *soc* 'reja del arado', fr. *tonne*, *tonneau*, esp. *tonel*, *tonelada*); bebidas (esp. *cerveza*, fr. *cervoise*, fr. *brais*, *brasseur*, *brasserie*); animales (esp. *salmón*, fr. *saumon;* esp. *caballo*, fr. *cheval*, gr. καβαλλικεύω 'cabalgar'); prendas de vestir (esp. it. *braga*, fr. *braie;* esp. *camisa;* esp. *sayo* de *sagum*).

Pero ya he dicho que, hoy en día, las lenguas célticas han quedado reducidas a mínimos en Irlanda, Gales, Escocia y Bretaña. Han ejercido escasa influencia.

Más interesante es lo sucedido con las lenguas germánicas, que dejaron unos pocos préstamos en latín y, sobre todo, en las lenguas románicas y otras no germánicas; y hay préstamos, también, de unas lenguas germánicas en otras. Y presentan, desde pronto y a lo largo de la Edad Media, muchos latinismos.

Todo esto arranca de los contactos de los germanos con los romanos primero, con las lenguas romances después, también con otras.

Los germanos, pueblos con hábitos de expansión y conquista (como los indoeuropeos en general), invadieron Italia y fueron derrotados por Mario en el 101 a. C. Desde entonces los choques continuaron: César los rechazó de la Galia, pero los intentos de los romanos de conquistar Germania hasta el Elba fracasaron una y otra vez, tuvieron que contentarse con establecer su *limes* en el Danubio y el Rin, en época de Claudio. Pero siguieron las invasiones germánicas, por ejemplo, bajo Marco Aurelio y Juliano.

Y los visigodos chocaron en el siglo IV con el Imperio de Oriente, luego, en el 410, bajo Alarico, conquistaron Roma, después fundaron el reino de Tolosa en la Galia, más tarde se establecieron en Hispania (también otros germanos, como los suevos y vándalos, estos pasaron el 429 a África). Fueron germanos varios los que en 454 pusieron fin al Imperio romano de Occidente, deponiendo al emperador Rómulo Augústulo. En el 488 los ostrogodos, con Teodorico, fundaron un reino en Italia.

En cuanto a los francos, se apoderaron de la Galia septentrional (487), luego de toda ella, imponiéndose a burgundios, alamanes y otros; y bajo Clodoveo se hicieron católicos (otros, como los ostrogodos y los visigodos en una primera fase, arrianos). Y hay luego los longobardos, que ocuparon Ita-

lia, para ser desplazados en el 774 por los francos. Por otra parte, tras la retirada de los romanos de Gran Bretaña, se establecieron allí tribus germánicas, a saber, los anglos, jutos, sajones y frisones; desde el 790, llegaron las invasiones danesas y noruegas, luego, en buena parte de Europa, las de los vikingos.

No puedo entrar aquí en el detalle,[56] pero estas son las bases de los dos procesos que nos interesan: el de la entrada del léxico germánico en la Romania y aun en otros lugares (Bizancio, territorios eslavos) y el de la latinización de los germanos.

Desde fecha muy antigua entraron en latín germanismos que luego pasaron a las lenguas románicas: *ganta* 'ganso' (fr. ant. *jante*, cat. *ganta* 'cigüeña'), *aringus* (it. *aringa*, fr. *hareng*, esp. *arenque*), *bandum* 'bandera' (fr. ant. *ban*, esp. *bandera*).

Para la entrada de vocabulario germánico en general en las lenguas románicas me limito a remitir a la bibliografía pertinente, sobre todo a Gamillscheg.[57] Quiero apuntar tan solo a lo complejo de este estudio, por dos causas. Una, lo tardío de nuestros documentos germánicos, a partir del siglo IX: hubo lenguas como el godo, el franco y tantas otras que no llegaron a escribirse (salvo la traducción de Ulfilas al godo). Luego, por la multiplicidad de sus lenguas: en italiano quedan palabras de los varios estratos (godos, longobardos, francos); en castellano es difícil decidir, a veces, si los préstamos son del godo o del franco. El vocabulario inglés reposa sobre una mezcla de lenguas, a las que, desde el siglo IX, se añadieron el danés y el noruego.[58]

En todo caso, los préstamos germánicos —que también penetraron en el finés, desde fecha muy antigua— han contribuido en alguna medida a la homogeneización (relativa, desde luego) de las lenguas europeas. Véanse, por ejemplo, series en que el francés y el italiano van con el germánico y el castellano con el latín: fr. *besoin* / it. *bisogna* (esp. *necesidad*); fr. *blond* / it. *biondo* (esp. *rubio*); fr. *guérir* / it. *guarire* (esp. *sanar*, *curar*); fr. *regarder* / it. *guardare* (esp. *mirar*).

Otras veces la palabra germánica está solo en una lengua: fr. *affreux* (it. *orribile*, esp. *horrible*); fr. *blesser* (it. *ferire*, esp. *herir*); fr. *haine* (it., esp. *odio*).

Claro que otras veces el término germánico está en las tres lenguas: así esp. *rico*, fr. *rich*, it. *ricco*; esp., it. *guerra*, fr. *guerre*; esp. *blanco*, it. *bianco*, fr.

blanch. En ocasiones, las lenguas presentan un descendiente del latín y otro del germánico, más o menos sinónimos.

Puede suceder que una palabra germánica introducida en las lenguas románicas se conserve también en lenguas germánicas modernas, p. ej. al. *rauben* junto a esp. *robar*, así como algunas de las citadas antes.

En fin, esta proximidad de las lenguas se nota también en nombres de persona y topónimos extremadamente difundidos.

Paso a hablar de otros préstamos. En primer término, los de las lenguas románicas entre sí y en las germánicas.[59]

Sobre todo desde el siglo XII el francés y el provenzal influyeron ampliamente en Europa.[60] En español, por ejemplo, entraron en esa época *mesón* (fr. *maison*), *manjar* (solo como sustantivo, a diferencia del it. *mangiare*), *monje, deán, jardín, homenaje, mensaje*; más tarde, *dama, paje, corcel, visaje*. Del italiano, a partir del siglo XV, entraron en español *escopeta, parapeto, escolta; piloto, fragata, galeaza; escorzo, modelo, cornisa fachada; macarrónico, novelar, arlequín, bufón, soneto; belleza;* del portugués *payo, mermelada*.

Pero, a su vez, el francés tomó términos del provenzal *(amour, ballade, asperge, velours, aubergine);* del italiano desde el siglo XIV (*bande, brigade, révolter; balcon, baldaquin, carrosse, frègate; sonnet* y mil otros), también llegaron a otras lenguas, por ejemplo, al español.[61] Del español los tomó el francés desde el XV *(brave, armada, embargo, fanfaron, grandiose, camarade, infant, laquais, disparate, romance, duegne, nègre),* etc. Las lenguas, diríamos, se mezclaban.

Habría que añadir muchas cosas más. Por ejemplo, en la península Ibérica, los préstamos de unas lenguas a partir de otras, sobre todo del castellano. En Inglaterra, los abundantísimos préstamos del normando, se cuentan unos 10.000.[62] Entre ellos, todo el vocabulario del poder (salvo *king* y *queen*), de la ley *(law, jury, court)*, de la guerra y la paz *(arms, peace, battle)*, de la sociedad ¡y aun de la cocina! Es bien sabido que los animales vivos tenían nombre inglés, en la mesa nombre francés *(beef, mutton, pork)*.

Con esto me he salido del territorio románico: otras lenguas tomaban préstamos de las románicas, como antes del latín. Sobre todo desde los siglos XIV y XV están los préstamos del francés en alemán *(leutnant, caserne; fassade, mansarde; bouillon, omelett; allée)* y en todas las demás lenguas europeas. Véanse también, en neerlandés, palabras como *avontuur, cadeau, ideaal*.

Los préstamos del italiano están en inglés un poco en todas partes, sobre todo en los dominios militar, artístico y social. También los del español. Los del eslavo, por ejemplo, en rumano: nombres relacionados con el cultivo de la tierra (*brazda* 'surco', *plug* 'arado'), con la vida familiar (*nevasta* 'mujer, esposa', *a iubi* 'querer').[63] Ya he hablado de los del griego bizantino.

Habría que añadir las palabras que han entrado desde fuera de Europa. Sobre todo, de las lenguas indígenas de América, de donde vienen tantos términos exóticos: *canoa*, *coca*, *cacique*, *tomate*, *llama*, *caníbal*, etc. Pero un poco de todas partes, según se iba descubriendo el mundo.

Como se verá, esta es una exposición rápida, destinada tan solo a subrayar los lazos de unidad que, en fecha medieval y renacentista, unían cada vez más las lenguas de Europa.

Incluso los préstamos del árabe, como más tarde los de diversas lenguas exóticas, contribuían a unificar lingüísticamente a Europa. Son términos que raramente salían fuera de ella.

INFLUJOS LÉXICOS DE LENGUAS DIVERSAS EN EUROPA, EN FECHA MODERNA

IDEAS GENERALES

La corriente que introducía términos griegos y latinos y de unas lenguas en otras dentro del ámbito europeo continuó en la fase posterior, digamos que desde el siglo XVIII hasta la actualidad. Se fue creando así un vocabulario internacional. Voy a hablar del léxico, en la formación de palabras insistiré más adelante.

En el siglo XVIII el influjo latinizante continuó: en todas partes siguieron introduciéndose palabras, sobre todo en el dominio del conocimiento y la ciencia. Y el modelo latino sirvió, ahora más que nunca, para regularizar la ortografía. En España, por ejemplo, se impusieron *concepto, efecto, signo, solemne, excelente*. Hay hechos paralelos en otras lenguas. En fin, todavía hoy existen palabras o expresiones latinas empleadas en multitud de lenguas: *a fortiori, agenda, forum, homo sapiens, junior, lapsus, gratis, senior, ultra, viceversa*...[64] Fue importante, sobre todo, el latín en el léxico

científico, más aún lo fue el griego. De él ha derivado, en último término, sobre todo a partir de Linneo, la terminología científica de la botánica y el reino animal.

Hablemos primero de la entrada de léxico procedente de lenguas europeas diversas. De todas ellas surgieron palabras viajeras, que se implantaron en otras. De España, por ejemplo, *liberal* y *junta*. Pero en los siglos XVIII y XIX fue el francés la principal fuente del léxico de las lenguas europeas. Con frecuencia, ese léxico procedía en definitiva del latín y del griego. El francés tomaba el relevo del italiano.

La moda francesa —en el vestir, la cocina, la literatura, la ideología— dominó, pese al terrible paréntesis de la Revolución. Aunque la Revolución y el Imperio napoleónico también exportaron palabras. Pero en general su fuente estuvo en la monarquía del siglo XVIII y en la sociedad de las monarquías, el imperio y los regímenes republicanos y aun las tendencias socialistas del XIX.

El francés era en todo el mundo la lengua internacional. La de la diplomacia, la que hablaba la gente distinguida desde España hasta Rusia, la que abría las puertas en los viajes y también la de la ciencia. Las obras francesas se traducían en todas partes.

Doy algunas palabras españolas de origen francés, tienen equivalente en casi todas las lenguas.[65] Había el vocabulario de la ciencia: *mecánica, hidrostática, termómetro, electricidad, microscopio, vacuna, automóvil,* etc. De las ideas y la política: *sistema, ilustración, civilización, cultura, deísmo, fanatismo, tolerancia, utilidad, felicidad, industria, lujo, aristocracia, tiranía, igualdad, libertad, ciudadano, patriotismo, materialismo, inmoral, humanidad, hotel.*

Palabras como estas se han hecho universales. Muchas veces se trataba, simplemente, de restaurar viejas palabras o conceptos de las antiguas culturas grecolatinas. En ellas entraban con frecuencia los sufijos *-ismo*, *-ista*, *-ía*, *-dad* (francés *-isme*, *-iste*, *-ie*, *-té*), que ahora florecieron.

La introducción de las palabras francesas no siempre carecía de problemas. La *-e* muda final procuraba grandes dolores de cabeza a los traductores. En España, se introdujeron *estratega*, *aeda*, *cratera* (¡también *cráter*!), *hematíes*, confundiendo los antiguos finales en *-os*, *-a* y errando al traducir el artículo *les* masculino y femenino. Por otra parte, a veces quedan vacilaciones: *¿restorán* o *restaurante?*

Menos importante fue el influjo alemán, salvo en términos como el *Kaiser*, el *proletariado*, transcripciones de lenguas exóticas como «los (error por el femenino) Upanisads», giros como «espacio vital» por *Lebensraum*, «autopista» por *Autobahn*, etc.

Sin embargo, desde finales del XIX y aun antes la lengua que todo lo invadía era el inglés. Desde el XVIII Inglaterra se había extendido poco a poco por casi todo el planeta, derrotando a los franceses en la India, Canadá y Estados Unidos, fundando importantísimas colonias, dominando el comercio internacional, poniéndose a la cabeza de la técnica.

Luego, poco a poco los dominios británicos fueron independizándose: primero Estados Unidos en 1776, luego progresivamente otros países, hasta la gran ola tras la segunda guerra mundial. Pero esto no fue obstáculo para la difusión del inglés, más bien al contrario: ahora ganaba terreno internacional no solo desde Inglaterra, también desde otros países, sobre todo Estados Unidos, con su dominio de la tecnología, la economía y la política mundiales, también de nuevos estilos de vida y «entertainment».

Hoy día el inglés es la lengua internacional por excelencia, la que debe saber todo el que quiere participar en la cultura o la economía o la política mundial, viajar, estar al tanto de todo lo nuevo. Hoy estudian inglés más personas en China que en Inglaterra.[111] Es la segunda lengua para millones de personas, algo así como lo que era el griego en la antigua Roma.

En fin, desde finales del siglo XIX sobre todo y cada vez más las palabras inglesas entran a chorro en todas las lenguas. Pero no solo en Europa, como lo hacía predominantemente el francés, sino en todo el mundo.

Con esto no me refiero tanto al léxico científico, que es prácticamente internacional desde el comienzo, nazca donde nazca, como al más específicamente inglés o norteamericano. Palabras inglesas o americanas como *humor, gangster, golf, bar, water* se han hecho universales.

El léxico inglés es fácil de adaptar (a las lenguas europeas sobre todo) cuando deja ver bien clara su estructura griega o latina: bastan pequeños cambios en grafía (así en *tecnicolor*, *computador*, *cibernética*, entre mil ejemplos) o en la derivación. E inversamente, palabras grecolatinas entran fácilmente en inglés. Pero hay otras palabras inglesas, sobre todo las patrimoniales, que entran más difícilmente en otras lenguas.

Aquí hay varios problemas. Algunas palabras son aceptadas, pero con alteraciones fonéticas: así, términos deportivos, *goal* (esp. *gol*), *football* (esp. *fútbol*), aunque en otras lenguas se mantiene la grafía inglesa. Otras veces no hay este problema, como en *golf*. En otras aún se pronuncia la forma escrita, como en *club*, y se prescinde de la oral. O se mantiene la escrita, pero se pronuncia a la manera inglesa (*leasing*, *hall*). O se adopta la oral, que se escribe también (esp. *mitin*, de *meeting*, cuya forma se mantiene en francés). Hay, en las diversas lenguas, toda suerte de corrientes y contracorrientes: el resultado es cierta aproximación entre las lenguas en la forma escrita, menos en la oral. Pero no siempre.

Otras veces se hacen calcos de las palabras inglesas: *black hole* es en español *agujero negro*, se duda entre *lobby* y *grupo de presión*. O se acude a ampliar el sentido de una palabra patrimonial, siguiendo al inglés: así cuando usamos *ratón* hablando del *mouse* del ordenador, *amarillo* de cierta prensa o ciertos sindicatos (*yellow*). Se amplían los sentidos de otras muchas palabras, así *corporación* o *taller* o *agresivo* (calificación favorable en ciertos contextos).

Las traducciones pueden comportar graves errores: *science fiction* no debería traducirse por *ciencia ficción* sino por *ficción científica*, *tour operator* por *operador turístico*. Se verá que los términos ingleses son a veces de origen griego o latino, a veces francés. Por la vía inglesa se difunden.

En fin, no son solo el francés y el inglés las lenguas que suministran nuevos términos. Vienen un poco de todas partes. De Italia vienen la *pizza*, la *mafia* y tantos términos artísticos, teatrales, musicales. De Alemania hay términos traducidos como la *Autobahn*, que es it. *autostrada*, esp. *autopista*, como he señalado. A su vez Alemania ha seguido la política de traducir el vocabulario técnico y científico internacional: *Fernsprecher* 'teléfono', términos de gramática como *Zeitwort* 'verbo' y muchísimos otros más. Su adhesión al léxico europeo es, diríamos, disimulada. Del ruso entraron términos revolucionarios como *bolchevique*, *soviets*, *estajanovismo*, etc. Otros términos más antiguos son paneuropeos, en general de origen alemán.

En fin, existen muchísimos casos en que, en varias lenguas, las formas de una misma palabra básica, griega, solo tienen pequeñas diferencias. Ya he hablado del léxico de Psomadakis, que relaciona 120 palabras básicas en siete lenguas europeas que ofrecen pequeñas variantes de una misma palabra griega del tipo de δημοκρατία. Lo mismo podría hacerse con las palabras latinas.

Claro que, además del léxico grecolatino, entran en todas las lenguas términos de lenguas exóticas, como el *kimono* y el *samurai* japoneses, el *yoga*, el *karma*, el *samsara* y el *nirvana* de las lenguas de la India, el *totem* y *tabú* de África, el *kiwi* neozelandés, ya he hablado de los términos árabes y los americanos. Las lenguas europeas han asimilado términos de todos los orígenes y que son ahora más que europeos. Por ejemplo, del croata, a través del fr. *cravatte*, esp. *corbata* y otros equivalentes. Y se han difundido creaciones artificiales como *gas* e innúmeras siglas del tipo de *radar*.

Inversamente, el léxico internacional europeo entra en todas partes: en turco hay, en la actualidad, *auto* 'automóvil', *otel* 'hotel'.

Con todo, la tendencia a un léxico internacional europeo no es más que eso, una tendencia. Puede haber elecciones varias: junto con los derivados del fr. *automovil*, hay ingl. *car*, etc., también en español americano *(carro)*. En el mismo español, puede haber *computador* y *ordenador*, *conducir* y *manejar*. Ya he hablado de las «traducciones» del alemán. Y hay, en todas las lenguas y en determinados momentos, reacciones contra el léxico grecolatino y fomento del propio.

Y efectos del eufemismo, que proscribe, por ejemplo, en inglés, *handicapped*, cambia en español *dentista* por *odontólogo*, *inválido* por *minusválido*, etc.

Se hacen derivaciones anómalas: del lat. *omnibus* 'para todos' el inglés se ha quedado con *bus*, por su tendencia al monosilabismo, y esto ha pasado a todas las lenguas. Y se ha creado *autobús*, sobre el griego *auto-*.

Y no hablemos de la unidad que proporciona la presencia en todas las lenguas europeas de nombres de persona de origen judío, griego, latín, cristiano, germánico, a veces hoy eslavo. Inútil dar ejemplos. Y los topónimos comunes.

Pero mayor imagen de unidad, todavía, proporciona al léxico europeo el uso de prácticamente los mismos prefijos y sufijos, la mayor parte de origen grecolatino, como he expuesto páginas atrás, y que continúan proliferando.

Por otro lado, habría que llamar la atención sobre el hecho de que las lenguas no indoeuropeas de Europa se han integrado en el panorama general europeo. Del vasco, con sus latinismos, sus celtismos y, sobre todo, sus españolismos, ya he hablado. Pero es que el panorama es semejante para las lenguas finougrias.

Así, en el caso del húngaro, cuyos textos escritos más antiguos son del siglo XII. A través de la Edad Media, tanto en el léxico como en otros aspectos, siguió el modelo latino;[67] luego recibió innumerables préstamos germánicos, eslavos y de todas las lenguas de cultura occidentales. Si se toma un diccionario húngaro se encontrarán préstamos latinos antiguos como *lampa, keretszt* 'cruz', *Evangelium;* más helenismos o latinismos entrados a través de diversas lenguas, como los que incluyen *bank, porta, mito, mauzoleum, legende, perverz, politika, status, szocialis, navigáció,* etc., con toda suerte de derivados, generalmente con los sufijos que nos son familiares en Europa *(-ismus, -logia, -ator, -tory, -alis, -ista)*. Hay montones de palabras, también, con prefijos del tipo *a- / an-, auto-, peri-*. Otras más propiamente francesas, como *parkett, balet*. O alemanas como *herzeg,* de *Herzog*.

Hay, naturalmente, calcos: de *kialít* se saca *-ités* 'exposición', *-itó* 'expositor'; y derivados calcados de las lenguas occidentales, como varios a partir de *világ* 'mundo'.

En fin, solo el 7,1 % de su vocabulario es de origen finougrio; el 6,6 es eslavo, el 3,9 propiamente húngaro, el 3,9 germánico, otra parte importante de origen desconocido.[68]

Cosas no muy diferentes podrían decirse del finés, donde hay un importantísimo sector de vocabulario de origen germánico. Del más antiguo ya he hablado. Pero hay luego muchísimas palabras de varias edades cuyas fuentes germánicas son evidentes:[69] *aalato* 'viejo', *airo* 'aire', *armas* 'pobre', *akso* 'hacha', *autia* 'desierto', *fuolke* 'familia', *kartano* 'camo, jardín', *kauppa* 'mercancía' (en último término de lat. *caupo*), *kulta* 'oro', etc.

Por lo demás, el influjo de las lenguas occidentales en finés se nota menos que en húngaro: se ha acudido con mayor frecuencia a fenómenos de calco o traducción. Pero se han asimilado palabras de diversas lenguas, a veces con sufijos fineses: así, por ejemplo, *materia, merimies* 'marinero', *mausoleummi, mytologia, portti* 'puerta', *penki* 'banco'. Y no faltan, por supuesto, palabras internacionales como *sosiologia, sosiologi* 'sociólogo'; *socialismi, sosialisti*.

Y, sobre todo, existe, como en gótico, el vasto número de derivados y compuestos del ámbito cultural occidental, lo que da a todas las lenguas de Europa un aire de familia.

EL LÉXICO ESPECIALIZADO Y CIENTÍFICO

La del léxico especializado y científico es ya, hoy en día, una lengua internacional, no solo europea. Una lengua especial que arrancó en el siglo XVII, pero culmina en la actualidad. Y que casi siempre procede de elementos léxicos griegos y latinos. No en vano en Grecia y Roma están los fundamentos de la ciencia y la técnica europeas.

La lengua técnica y científica es una lengua especial, esto es, propia de un grupo de hablantes (pero tanto como hablarse, se escribe) también especial, no de tipo social o geográfico o estilístico.[70] Hay que recordar lo que he dicho páginas atrás sobre los orígenes del lenguaje científico de los griegos: a veces procede de la especialización semántica de un término común, más frecuentemente de un derivado especializado, normalmente después de la Antigüedad, de un préstamo griego o latino. Pero, más a menudo todavía, implica una nueva creación a partir de elementos que, en general, son griegos y latinos.

Se trata, la mayor parte de las veces, de palabras compuestas, sobre modelo griego evidentemente, aunque sus elementos se encuentren también a menudo en las otras lenguas indoeuropeas.

Insistiré luego sobre los elementos iniciales y los sufijales de estas palabras, la mayor parte de las veces griegos y latinos. Y daré datos estadísticos.

El léxico científico y técnico es esencialmente estable: trata de fijar una realidad para siempre. Aunque la ciencia evoluciona y ciertas palabras pueden parecer obsoletas con el tiempo, lo que puede tener consecuencias lexicales.[71]

El caso es que hay que contar, en principio, con una larga serie de términos simples o compuestos, generalmente griegos, también latinos. A veces van precedidos de elementos formativos griegos (*a-*, *aero-*, *ana-*, *anti-*, *bio-*, *filo-*, *geo-*, *mono-*, *tele-*, etc.) o latinos (*agri-*, *in-*, *circum-*, *multi-*, *super-*, etc.) y con frecuencia llevan en su final elementos igualmente griegos (*-algia*, *-filo*, *-grafo* / *-grafía*, *-hidro-*, *-ico*, *-ismo*, *-ista*, *-logo* / *logía*, *-ma*, *-sis*) o latinos (*-ario*, *-men*, *-oso*, *-tas*, *-tor*, etc.)

Claro que puede haber también sus traducciones modernas, aunque menos usuales en el vocabulario puramente científico: ingl. *-ty*, al. *-heit*, *-kunde*, fr. *-té*, esp. *-dor*, *-ero*.

Hablaré luego sobre estadísticas relativas a este léxico.

Aquí querría añadir algunas cosas.

1. En las palabras griegas y los mismos compuestos puede haber cambiado de sentido: *biología*, *arqueología* no significan lo mismo que las formas griegas, que se referían, respectivamente, a un actor o mimo y a una recopilación mítica o histórica. El puro análisis con ayuda del griego no siempre da el sentido.

2. Este léxico se organiza en redes (*-ismo / -ista*, etc.), pero pueden tener lagunas, no son completas: no hay **nazista*, **bandolerista*.

3. Palabras bien formadas desde el punto de vista del griego significan realidades muy ajenas a los griegos: así *cosmonauta*, *astronauta*, *aeronauta*, *fotografía*, *taxímetro* y cientos de otras.

4. Hay compuestos mezclados de griego y latín *(televisión)*, griego y francés *(burócrata)*, griego e italiano *(autostrada)*, latín y español *(ferrocarril)*, griego y español *(autovía)*; y derivados de raíces modernas con ayuda de sufijos griegos (*turista, naturista,* palabras con *-oide, -ia* y otros sufijos).

5. Hay sufijos modernos con un nuevo sentido, «fabricado»: en química se dan valores especiales a *-oso* e *-ico,* se refieren respectivamente a compuestos en que el elemento principal actúa con una valencia mínima y a otros en los que actúa con una valencia máxima.

Si todo este léxico es, en el origen, griego y latino o bien de imitación del griego y el latín, luego estas imitaciones lo han hecho crecer para expresar nuevas realidades de la ciencia y la técnica modernas. Y las raíces y elementos formativos griegos y latinos no son otra cosa que instrumentos convencionales usados para notar esas realidades.

Aunque, ciertamente, recuerdan la existencia de una tradición todavía viva. Todas estas palabras forman parte de un vocabulario internacional, con escasas diferencias; y un vocabulario vivo y creciente. El griego y el latín no son, pues, lenguas muertas, sus elementos siguen vivos y son parte integrante de las lenguas europeas.[72]

Nada más erróneo, pues, que calificarlos de lenguas muertas. Daré a continuación algunos datos estadísticos.

Pero es este un estudio que no está plenamente realizado: los diccionarios de helenismos y latinismos en las lenguas europeas o bien en las distintas ciencias y técnicas ofrecen información importante, pero son muy in-

completos. Aportan pocos datos sobre la fecha de los términos y su frecuencia. Una excepción es el *Diccionario médico-biológico* de helenismos de F. Cortés Gabaudán.[73] Comprende un diccionario de términos, con 3.765 entradas, así como otros de lexemas y sufijos. Da la fecha de creación de esos términos siempre que es posible.

Hoy día, con ayuda de los bancos de datos, puede trabajarse mejor en este campo. Como el léxico científico y técnico es prácticamente común en las distintas lenguas europeas, los diccionarios especializados y técnicos de las mismas son más bien repetitivos. Pero les faltan, muchas veces, datos cronológicos y no siempre es fácil establecer por qué lengua entraron o en qué lengua se crearon y cuándo o cómo pasaron a otras.

ALGUNOS DATOS ESTADÍSTICOS

Vuelvo a tomar, ahora, el léxico europeo en su conjunto, pero sobre todo el culto y científico, sin distinción. Y añado a lo dicho hasta aquí algunos datos estadísticos. Se refieren al español, pero es bien evidente que, al menos en las grandes lenguas, prescindiendo de dialectos locales, los resultados serían semejantes.

1. Un tema central es el de los helenismos. Comparados con los 7.000 helenismos recogidos en latín por Weise (ciertamente, ampliables), el diccionario de helenismos de C. Eseverri[74] señala unos 17.000 en español. Es muy ampliable, a su vez, recuérdese lo que se acaba de decir a propósito del léxico médico-biológico recogido por F. Cortés.

Por supuesto, estos helenismos son de fechas, carácter y origen muy variables, a lo dicho aquí pueden añadirse datos de M. Fernández Galiano, de mi *Historia de la lengua griega* y de J. Bergua, obras citadas. Habría que distinguir entre términos patrimoniales y no patrimoniales, estos últimos mucho más frecuentes. Y por supuesto que habría que hacer, paralelamente, estadísticas de los términos latinos no patrimoniales.

Todos estos términos no patrimoniales son los más transparentes fonéticamente y los de más carácter internacional. Son, con mucho, los que hacen crecer con mayor rapidez nuestra lengua en los últimos tiempos.

2. En relación con el tema de los helenismos está el del crecimiento del

léxico culto, que es en su mayor parte griego y latino. Tengo hecha una pequeña estadística sobre el *Diccionario histórico de la lengua española*. Señalo en él, en 1.000 páginas, la proporción de palabras nuevas que han entrado en cada período:

Hasta 1501, 1.964 palabras (14 %).
Hasta 1701, 1.148 palabras (15,4 %).
Del siglo XVIII al XX, 5.242 (70,3 %).

Este creciente desarrollo se debe, fundamentalmente, al léxico culto. Últimamente es exponencial.

3. Estadística de los prefijos (en sentido amplio) y sufijos (igual observación).

Observo que en la edición del 2001 del *DRAE* o *Diccionario de la Real Academia Española*, el número de prefijos marcados como tales (con guión final, en entrada independiente) es de unos 200. De ellos, la proporción de helenismos y latinismos es aproximadamente del 95 %: *a- / an-* , *a- / ad-*, *aden- / adeno-*, *aero-*, *afro-*, *agro-*, *al-* (árabe, no productivo), *alti-*, *ana-*, *anarco-*, etc. Nótese que en este diccionario hay 100 palabras que comienzan con *auto-*, 80 con *hiper-*, 24 con *filo-*.

En la misma obra, el número de sufijos es unos 300. Aquí la proporción de los sufijos grecolatinos es algo más baja, aun así son un 75 %: los hay, ya, romances (*-able*, *-ador*, *-ear*, *-ero*, etc., patrimoniales de origen latino). Aun así, véanse algunas cifras, relativas al mismo diccionario: 600 palabras con *-ario*, 1.900 con *-ico*, *-tico* (no es fácil decidir si es griego o es latín), 800 palabras con *-ismo*, 850 con *-ista*, 225 con *-sis*, 60 con *-itis*, 200 con *-logía*, 225 con *-sis*, etc.

Por otra parte, puede compararse el *Diccionario inverso de la lengua española*, de donde pueden obtenerse materiales en el mismo sentido.[75]

Sería curioso comparar este léxico con el correspondiente griego. Por ejemplo, en Buck-Petersen tenemos 2.000 palabras con -μός, -ισμός, 5.400 con -σις, etc.; claro que influye la asimetría del carácter y la extensión de los textos en que se basan ambos diccionarios.

En cuanto a elementos iniciales, en griego (y latín) encontramos ya frecuencias importantes. Por ejemplo, en la parte publicada del *DGE* encon-

tramos: ἀγαθο- 30 veces, ἀντι- cerca de 500, αὐτο- unas 660. Ninguna lengua, que sepamos, ha organizado su léxico dentro de una red de significados tan clara y densa como el griego.

En otras lenguas hallaríamos resultados semejantes sobre la persistencia de los elementos formativos griegos. Véase, por ejemplo, lo que dice Jespersen[76] sobre las preposiciones latinas y griegas en inglés. Y, para el influjo del léxico griego en general, la afirmación de Constantinides[77] de que entre las 166.000 palabras del *Diccionario inglés* de Webster hay 35.000 helenismos, el 21 %.

En fin, no es necesario insistir en que los helenismos y los latinismos son especialmente importantes en la lengua científica. Y no se trata tanto de un tema de vocabulario como del estudio de una lengua viva, que funciona con ayuda de prefijos, sufijos y lexemas que son ya internacionales. Nada comparable a los préstamos limitados procedentes de tal o cual lengua (préstamos que, con frecuencia, son a su vez de origen grecolatino).

4. Concluyo con algunos datos del diccionario de D. Pharies relativo a los sufijos españoles.[78] Un libro que es una excepción en un campo donde los estudios sistemáticos no son abundantes. Se encuentran en él cosas de interés, por ejemplo, el entrecruzamiento de los sufijos griegos y latinos, a veces no podemos establecer el origen exacto de un sufijo, *-ico* por ejemplo, como ya he dicho. Y datos cronológicos.

Por ejemplo, *-ismo* entró en el castellano en el siglo XIII (*baptismo*, el carácter culto es claro), en fecha moderna (siglo XVI) el primer *-ismo* fue *catolicismo*: hoy crece imparablemente; *-ista*, igual de imparable hoy, entró en el XII con *exorcista*; *-ción* y *-zón* estaban desde el siglo XIII; el cultismo *-tión* entró en el XV. Para *-trofia* lo más antiguo es *atrofia* (siglo XVI). Junto a *-go (tósigo)*, desde el siglo XIII entró el cultismo *-ico (lógico, retórico); -isa (profetisa)* es del siglo XV, antes hay la forma patrimonial *-esa*, etc.

Se podría seguir la historia, en todas las lenguas, de los sufijos (y los prefijos) grecolatinos primero en la lengua culta en general, luego en la científica. Y, por supuesto, de los lexemas.[79]

CONCLUSIÓN

En Occidente se creó un léxico intelectual a partir, sobre todo, del siglo XIII, aunque con algunos anticipos: cuando las necesidades intelectuales lo requirieron. Igual que en Grecia. Pero aquí existía el modelo grecolatino, que se usó hasta la saciedad, tanto prefijos como sufijos o términos léxicos.

La derivación y la composición fueron los procedimientos habituales: conocidos por las lenguas indoeuropeas antiguas y las de ellas derivadas, pero incrementados por el influjo grecolatino del que hablo. Y cada vez más.

Crecen las palabras internacionales y las redes léxicas. Y ayudan al desarrollo morfológico de las lenguas que, como he dicho, buscaban aproximarse haciéndose más analíticas y transparentes, pese a las barreras que entre ellas habían puesto, principalmente, evoluciones fonéticas con frecuencia de resultados separativos.

Mucho más sucedió esto en el caso del propio léxico, sobre todo cuando se pasó del patrimonial al culto y, luego, al científico y técnico. Este léxico ayudó a la comprensibilidad de las lenguas. Y ello no solo por el origen común, también porque creció en él el tipo fonético grecolatino.

Nótese que en un diccionario europeo de palabras usuales hay, de entre sus 8.000 palabras, 1.200 homógrafas, casi todas de origen grecolatino. Y otras muchas muy próximas en varias de las lenguas a que se refiere. Y eso que se trata de palabras usuales, no de lenguaje científico y técnico.

Hoy en día nuestras lenguas se aproximan entre sí y, al tiempo, a la Antigüedad grecolatina, que permanece viva y actuante. Directamente o por intermedio de otras lenguas, sobre todo del inglés. El papel del léxico se hace cada vez más central en nuestras lenguas. Aunque una gran parte de él ya no es lengua común, sino lengua especial de ciertas ciencias y técnicas.

3
SINTAXIS Y LITERATURA EN LA HISTORIA DE LAS LENGUAS DE EUROPA

SINTAXIS, ESTILO Y COMPOSICIÓN LITERARIA: DE LOS GRIEGOS Y LATINOS A EUROPA

PRINCIPIOS GENERALES

La sintaxis de las lenguas de Europa es relativamente uniforme. Lo común se debe, por una parte, a la comunidad del punto de partida; por otra, y no solo en la sintaxis, al influjo de las lenguas antiguas (latín en Occidente, griego en Oriente) y de su prosa literaria. Lo diferente se debe, por un lado, a las diferencias de la morfología de las lenguas; por otro, a tendencias diversas, de tipo estilístico y literario, a lo largo de la historia, y a que una prosa de tipo más o menos latinizante o helenizante fue sustituida, en ciertas fechas y géneros, por una más libre, menos subordinante, más de tipo hablado.

El punto de partida de la sintaxis medieval es doble, aunque en cierto modo común. Por un lado, para las lenguas románicas, el latín vulgar; por otro, para las germánicas, célticas y eslavas, su base indoeuropea. Todas ellas eran, como ya sabemos, lenguas puramente habladas. Para el griego medieval hablado el origen está en el griego de la *koiné*; para las lenguas eslavas, en el eslavo común.

Viene luego el modelo cultural que estas lenguas siguieron, como he señalado. Para las lenguas occidentales el modelo fue, cada vez más, el latín escrito, a su vez cada vez más literario. Para el griego y el eslavo medievales, el griego medieval escrito, la llamada «lengua pura» o *katharévusa*. Ejerció el mismo papel que en Occidente el latín, en sus diversas fases.

Hubo, en el caso de la sintaxis como en los demás, al comenzar la Edad

Media, un retroceso desde el latín y el griego cultos, y ello tanto en Occidente como en Oriente. Esto, en el caso de las lenguas derivadas del latín y del griego antiguos.

En las lenguas no dependientes ni del latín ni del griego hubo un nivel primario indoeuropeo: el del que he llamado indoeuropeo IV. Ya el latín y el griego de *koiné* pertenecían a él, pero sus rasgos se hipertrofiaron en las lenguas derivadas de ellos, así como en las otras lenguas no derivadas de estas, a las que he hecho referencia.

Pero luego, para las lenguas escritas medievales, de cualquier origen, incluso no indoeuropeo, el modelo que ha imperado, como he dicho, es el tipo literario del latín y del griego de la Antigüedad. Y cada vez más culto y humanista, más «antiguo».

Todo ello ha conferido cierta unidad, en cuanto a la sintaxis, el estilo y la composición literaria se refiere, a las lenguas medievales y modernas derivadas del latín y el griego y a lenguas indoeuropeas como el germánico (en menor medida el celta), el báltico y el eslavo (las diferentes lenguas) y, también, las lenguas no indoeuropeas que se asentaron en Europa, como he dicho.

Por tanto, el griego y el latín (un latín en el que el griego había influido previamente) están, una vez más, en la base de la relativa unidad de las lenguas de Occidente.

Recuerdo la historia. El IE I (preflexional), el IE II (monotemático) y el IE III (politemático) están en la base de todas las lenguas indoeuropeas posteriores. El IE III A, en la del griego y el indoiranio; el IE III B, en la de las demás lenguas indoeuropeas de Europa. Pero el IE IV borró las diferencias entre el IE III A y el IE III B. Así, las lenguas indoeuropeas, en un momento dado, han resultado ser todas, en definitiva, de un tipo bitemático IE III B modificado: el IE IV, con morfología aún más simplificada, aunque esto varía de lengua a lengua.

Esto es común a las lenguas derivadas del indoiranio, del griego, del latín y del germánico, por no hablar de otras lenguas. Ya el griego de la *koiné* y el propio latín se aproximaban a este tipo.

No había, pues, en sintaxis, una línea diferencial entre las lenguas de Europa y las de fuera de Europa. Había mil elementos comunes a todas, incluso en el caso de las medievales y modernas. Lo que traza esa línea que

separa de las demás, en la sintaxis como en el léxico, a las lenguas de Europa es, como he dicho, el influjo, en estas, del modelo grecolatino.

EL GRIEGO ANTIGUO

Pero antes de llegar a las lenguas medievales, detengámonos un momento en el griego y el latín, que son el origen de muchas de ellas e influyeron posteriormente, el uno o el otro, en todas. Nótese que, ya en el latín y el griego más arcaicos, se había desarrollado, en cierta medida, una sintaxis compleja. Hablaré brevemente de ello, antes de volver sobre las lenguas medievales, a las que he venido refiriéndome. Es conveniente, porque una serie de rasgos de la sintaxis de las lenguas clásicas son los que, a partir de estas, se implantaron en las lenguas medievales.

En el griego más antiguo la coordinación con conjunciones era relativamente frecuente y uniforme, y existía la subordinación (con relativos o conjunciones). Aunque era más bien rara y de desarrollo particular en cada rama o lengua.[1] Las más frecuentes eran las completivas (con conjunciones o formas nominales del verbo) y las relativas (único tipo bien desarrollado en todas las lenguas). Se han añadido varios recursos, como cambio de la persona o del modo, etc.

Pero, en realidad, el uso frecuente y complejo de la subordinación es cosa de la prosa griega, contagiada luego a la latina.

Si fijamos la atención en una poesía originalmente oral, como la de Homero, vemos que el cuadro está dominado por las oraciones bimembres en las que, en las sustantivas, lo habitual es la ausencia de la cópula; y en todas ellas falta con frecuencia el sujeto.[2] La coordinación se realiza la mayor parte de las veces mediante la aposición. Y en la misma subordinación, cuyo tipo más frecuente es el relativo, se ve a menudo que la interpretación subordinativa es secundaria, al lado de la apositiva.[3]

En la oración simple, el esquema era común al griego y el latín más arcaicos (y a otras lenguas indoeuropeas): oraciones unimembres (más bien raras) y bimembres, estas de los dos tipos, el nominal (en lo más antiguo sin cópula) y el verbal, a su vez bien transitivo, bien intransitivo y, opcionalmente, con varios complementos no obligatorios. Las oraciones simples

podían, naturalmente, ser exclamativas, interrogativas, de mandato o deseo, activas o pasivas.

Pero también había, en este esquema tradicional, oraciones coordinadas (apuestas o con conjunción) y subordinadas (con conjunción o con varios recursos), estas más bien raras en fecha antigua.

En fin, páginas atrás, a propósito del léxico, he trazado un breve panorama sobre el desarrollo de la prosa griega y, dentro de ella, de la ática, continuada luego por la *koiné*; y también por la prosa latina. Por otra parte, el desarrollo del léxico abstracto y de las posibilidades que ofrece la derivación, así como las correlaciones nombre / adjetivo / verbo, etc., facilitaron, a partir de un momento, el desarrollo de una sintaxis compleja.

Debo insistir, sin embargo, sobre varios puntos que desbordan en cierto sentido la sintaxis. He descrito el desarrollo de la prosa ática en mi *Historia de la lengua griega*[4] y no querría repetirme. Pero sí me gustaría insistir en algunos aspectos que se refieren a puntos de vista no solo de sintaxis, también de estilo y composición literaria.

Por ejemplo, en la culminación de este proceso de complejidad oracional en Isócrates, con sus oraciones «en nido», incrustadas casi indefinidamente unas dentro de otras; sobre los varios modelos previos a este, sobre todo la prosa que trabajaba a base de esquemas métricos y de «figuras» como antítesis y paralelismos (Gorgias, en parte Tucídides); sobre la existencia de varios tipos de prosa más simples que la de Isócrates, como la de Platón y Lisias, y más sofisticados, como la prosa «asiánica» o retórica, a veces ya en fecha clásica, luego sobre todo en la escuela de Hegesias.[5]

Pero nótese que en la obra literaria la oración simple y compuesta y el texto o párrafo (y sus equivalentes en la poesía) no son las únicas unidades: hay unidades intermedias hasta llegarse al último nivel, el de la obra. Esta es, efectivamente, una unidad tanto formal como de contenido.

En esto ha habido una evolución a lo largo de la literatura griega. Un primer estadio organizativo es el de los poemas épicos, con sus digresiones y sus avances hacia atrás y hacia adelante, sus elementos incrustados varios e impredecibles, sus plegarias, debates, máximas, símiles, así como su dicción formularia heredada y modificada a veces: todo ello no muy diferente de la épica indoeuropea en general.[6] Tampoco muy diferente de una historia como la de Heródoto.[7]

En todo caso, estas son estructuras abiertas, impredecibles. Lo original de los griegos es la creación de diversas estructuras cerradas, compuestas por elementos que dentro de ellas se organizan de un modo estable, aunque toleran variantes. Son diferentes según los géneros y nacieron en diferentes edades, y han influido en toda la posteridad, hasta hoy en día.

Son, fundamentalmente:

1. Las composiciones líricas, de diversos géneros (coral, mixta, monódica, dialógica) y diversos caracteres (treno, himeneo, partenio, epinicio, etc.).[8] Suele dominar la estructura ternaria, con muchas variantes.
2. El teatro (tragedia, drama satírico, comedia de varias fechas), con unidades combinadas según esquemas previos que permiten cierta variación.[9]
3. El diálogo, a partir del socrático.
4. La oratoria de varios géneros, cuya estructura estudió la antigua retórica. En todos dominan la narración y refutación, entre el proemio y la peroración.
5. El tratado científico, filosófico y técnico, a partir de Hipócrates, organizado en apartados y subapartados, según criterios de contenido que van entre un prólogo y una conclusión.[10]
6. La historia organizada cronológicamente, a partir de Tucídides, con mínimas digresiones. Igual la biografía y la novela, con varios subgéneros.
7. Los géneros antológicos de tipos muy diversos.

Todo esto en términos muy generales y con gran trascendencia para el futuro: estos géneros dominaron la literatura latina y, tras varios eclipses y problemas, todas las literaturas occidentales.

EL LATÍN ANTIGUO

Por supuesto, los conjuntos oracionales centrados en la oración simple a la que, poco a poco, se añadieron los períodos con coordinación y subordinación, los encontramos ya en los primeros textos latinos, epigráficos y literarios.

El esquema arcaico indoeuropeo de la oración verbal simple está, entre mil ejemplos, en la fíbula de Preneste: *Manios med fhefhaked Numasioi*, «Manio me hizo para Numerio». Cuando se trata de exponer un tema complejo, los conocidos *Elogia* de los Escipiones se organizan sobre el esquema de la oración verbal, con diversas aposiciones al sujeto y complemento.

Véase, por ejemplo, el elogio que se edita, el primero, en *CIL* I 6: sujeto *(Cornelius Lucius Scipio Barbatus)* + adjetivos y aposiciones nominales *(Gnaivod patre prognatus, fortis uir sapiensque)* + oraciones de relativo *(quoius... fuit... quei... fuit)* + oración transitiva en aposición *(Taurasia* y aposiciones *... cepit)* + otra en aposición *(subigit...)* + otra con conjunción copulativa *(opsidesque abdoucit)*.

Con menos frecuencia y poco a poco se introdujeron subordinadas con relativo *(quei / qui)* y con *cum*, *sei / si*, o infinitivo, sobre todo.[11] Por supuesto, paulatinamente la subordinación proliferó. Merece la pena citar, por ejemplo, en Catón,[12] la oración del *pater familias* a favor de sus campos: *Mars pater te precor quaesoque uti sies...* + oración de relativo que incluye un verbo de voluntad que rige un infinitivo, *circumagi iussi* + *uti prohibessis* (con aposición de verbos y complementos directos en aposición) + *ut... grandire... evenire siris* (y sujetos en ac. en aposición) + dos subjuntivos y sus complementos, todo en aposición.

Este es el esquema original, latino e itálico en general, sumamente arcaico. Aparecía ya en el verso más antiguo, que tenía modelos griegos. Ennio, por ejemplo,[13] podía crear una interrogativa indirecta sin conjunción *(certabant urbem Romam Remoramne uocarent)*, pero también una temporal con *cum (ueluti consul cum mittere signum uolt)*. En el mismo pasaje sigue una serie de oraciones verbales intransitivas.

Hay, efectivamente, en latín, el «viejo» y el «nuevo» estilo, que sale gradualmente del primero por imitación de los griegos e incluye la sintaxis y el estilo helenizantes. E. Norden ha escrito sobre ello páginas difíciles de superar, describiendo las distintas etapas del latín helenizado a través de su historia.[14]

Resulta imposible entrar aquí en el detalle, que incluye variantes y modalidades diversas, algunas más amplias, otras fijadas en una sintaxis y un vocabulario estrictos; algunas más rígidas y simples, otras abundantes y «asiánicas». Hay variantes también entre poesía y prosa y, dentro de esta, entre diversos tipos según los gustos y los géneros. Un orador podía elegir

entre la lengua más plana de Lisias y la más compleja de Demóstenes, llegar incluso a la imitación de Isócrates. Y para los historiadores había, igualmente, varios modelos.

Entra aquí lo que podemos llamar, ampliamente, estilo, que incluye el tipo de léxico y el ritmo de la prosa, así como la organización de los poemas y, sobre todo, de los discursos, según los esquemas compositivos desarrollados por los griegos.

En suma, sin negar la originalidad, la brillantez en ocasiones de la prosa latina (y del verso, por supuesto), lo cierto es que, a partir de una base indoeuropea común, el desarrollo de la prosa dependió del modelo griego. De los varios modelos, mejor dicho. Pues la literatura griega que primero se imitó, a partir del siglo II a. C., fue la de los escritores helenísticos contemporáneos. Solo después se pasó a imitar a los escritores áticos.[15]

Los géneros literarios fueron, en definitiva, los mismos: imitados de los griegos. Sustituyeron a la antigua literatura de tipo itálico. Entraron en fechas varias, no en el orden cronológico de los de los griegos; pero al final el panorama general fue el mismo. Es este repertorio de géneros el que fue imitado, también en fechas diversas, en las literaturas latinas medievales y en las nuevas literaturas medievales y posteriores.

LA CRISIS LINGÜÍSTICA AL FINAL DE LA ANTIGÜEDAD Y COMIENZOS DE LA EDAD MEDIA

La decadencia, a partir del siglo V, de la prosa latina fue paralela a la decadencia de la griega, aunque con matices diferentes. El arcaísmo cultivado por los arcaístas griegos y por los latinos tampoco fue la solución.

Esa decadencia literaria hizo reducirse, en el latín y el griego hablados, los sistemas de subordinación. Provino, en el fondo, de hechos sociales: la mezcla del núcleo tradicional de población con gentes poco o nada cultivadas, la fractura social y la ruptura de las comunicaciones, el «cerco» cada vez más estrecho que se puso a las élites, aisladas dentro de masas de otra cultura y consumidas por la ineficiencia y la falta de poder y de esperanza.

Una sociedad proletarizada produjo lenguas disminuidas y elementales. Lo que, en estilo, sintaxis, léxico y técnicas de composición literaria ha-

bían avanzado el griego y luego, por influjo de este, el latín, tendió a perderse. Hubo una quiebra, un bache entre dos tipos de sociedad: el latín y el griego cultos se convirtieron en algo más bien artificial propio de las élites. Era seguido trabajosamente por los más o no se seguía.

Esto se ve en el latín vulgar[16] y, luego, en el medieval, incluido el que llamamos romanceado. Como en griego desde fecha más antigua, así en el griego vulgar de, por ejemplo, la *Vida de Esopo*; también en el poco conocido griego vulgar de la Edad Media.[17]

Claro que, a partir de aquí, los caminos que siguieron las lenguas en Occidente y en Oriente fueron diferentes. En Oriente el griego vulgar apenas fue escrito, lo que se escribió fue el «puro», artificial, del que he hablado: hasta el siglo xv no hubo conatos de convertir en literarios los dialectos griegos vulgares, en realidad para que se implantaran hubo que esperar al siglo xix y aun al xx.[18]

En cambio en Occidente, que había quedado escindido en varias naciones, el latín vulgar se convirtió a su vez en varias lenguas habladas. No literarias, pero susceptibles de ser influidas por el latín, cuya tradición nunca se perdió. A partir de aquí, y como ya he dicho, el crecimiento de las lenguas de la Europa occidental —en léxico, sintaxis, estilo, literatura— a veces desde el siglo ix, a veces desde el xi, fue debido a renacimientos literarios basados en el latín, que traía dentro de sí antiguos elementos griegos. También en el caso de lenguas, indoeuropeas o no, que nunca habían pasado del estadio oral; eran ajenas a las culturas antiguas, pero con el tiempo fueron influidas por ellas. Ya lo he dicho a propósito del léxico, fue igual en lo demás.

Se consolidó así la unidad lingüística de la que he hablado, basada en una continuidad, no sin abandonos ni episodios dramáticos, de las literaturas griega, latina y las occidentales. Y de la infusión de esta tradición cultural a otras lenguas varias.

La nueva etapa, la de las lenguas occidentales de varios orígenes, coincidió, por supuesto, con un crecimiento de la sociedad y de la cultura, fomentada esta por los monasterios, obispos, reyes, nobles y universidades que veían en la cultura antigua un modelo que seguir. Influyó en las nuevas lenguas y en las nuevas culturas, tanto en las de origen latino o griego como en las de origen simplemente indoeuropeo, en Oriente y Occidente, e incluso en las de origen no indoeuropeo.

Pero, en fin, nada puede comprenderse sobre el estado de las lenguas latina y griega al final de la Antigüedad y la evolución lingüística a partir de ahí si no se coloca todo en un cuadro amplio. En el cuadro cultural esbozado y, también, en un cuadro del total de ambas lenguas, no solo de su sintaxis, también de todo lo demás, incluida la literatura.

Pues hay que recordar la decadencia de la subordinación y de la prosa literaria y compleja en el latín y el griego vulgares. Es un fenómeno que no dejó de influir en la estructura de las nuevas lenguas que crecieron en la Edad Media.

Porque ya he hablado de las innovaciones del IE IV que se reflejaron en una evolución de esas nuevas lenguas europeas y que tuvieron con frecuencia trascendencia sintáctica. El fenómeno se mantuvo pese a los posteriores influjos de las lenguas clásicas.

Citemos, por ejemplo, la pérdida de la flexión nominal en algunas lenguas: así en francés, inglés o búlgaro. Qué duda cabe de que este hecho, que se produjo gradualmente, llevó, por un lado, al uso más frecuente (obligatorio a veces) de preposiciones; por otro, al empleo, como sustitutivo, del orden de palabras.

Aunque, la verdad, ello tiene más trascendencia desde el punto de vista formal que desde el del contenido. Lo mismo digo, aunque habría que especificar el detalle, de la sustitución de las formas sintéticas por otras analíticas, así en el caso de los grados de comparación del adjetivo y en el de la recreación de formas verbales complejas (de perfecto, pluscuamperfecto, voz pasiva, usos modales del verbo, etc.).

Todo esto es común, en grados diversos, a lenguas románicas, germánicas, griego medieval, lenguas eslavas. En definitiva, todas estas lenguas conservaron una estructura apta para continuar la sintaxis antigua del indoeuropeo y aceptar, en el momento adecuado, la sintaxis compleja de las prosas griega y latina. Hablo en términos generales, porque el uso del infinitivo y participio decayó o (a veces) se perdió y los usos modales del verbo disminuyeron en gran medida o se perdieron, salvo el del imperativo. Y, en general, los tiempos compuestos del verbo introdujeron algunas novedades.[19]

Ciertamente, la reducción morfológica hizo difícil o imposible, en ciertas lenguas, la concordancia de nombre y adjetivo, así como el hipérbaton

del griego y el latín clásicos. Su reintroducción culta no siempre se hizo sin violencia hacia las nuevas lenguas.

EL INFLUJO DEL GRIEGO Y EL LATÍN EN LAS LENGUAS DE EUROPA EN LA EDAD MEDIA

Una lengua conversacional no pasa, en términos generales, de frases cuya relación es establecida por el gesto y la situación. Esto no se ha extinguido, hoy mismo podemos decir: *No salgo a la calle, llueve mucho*. O *¿Vienes? Salgo contigo*. Pero al lado de estas construcciones se crearon otras que hicieron formalmente evidentes las relaciones entre las oraciones. Para ello, se crearon marcas, relativos y conjunciones que indican las distintas relaciones de subordinación. Y, alternativamente, la subordinación se indicaba mediante las formas nominales del verbo y el uso de tiempos y modos.

Ya hemos visto esto y que, en las formas escritas más antiguas de las lenguas indoeuropeas, la subordinación era escasa. Pues bien, existe la gran curva que va del dominio de la oración simple al de la compuesta y luego otra vez al de la simple en la época poco literaria del fin de la Antigüedad y los comienzos de la Edad Media. Era, por decirlo así, un volver a empezar.

Este volver a empezar crecería luego creando otra vez oraciones compuestas, párrafos en que estas se integraban, libros. Se llegaba así a unidades literarias varias, en escala. Al final, en la época del Humanismo y, por supuesto, después de ella hasta hoy en día, volvieron a escribirse libros en prosa del tipo de los de la Antigüedad clásica. Evidentemente, por influjo del griego y del latín.

Nótese que no quiero referirme aquí a las primeras épica y lírica medievales, de tipo popular, a veces ya subordinativa, pero raramente; apenas organizada en unidades. Pienso, por ejemplo, en las jarchas y los romances, también en la lírica gallega y provenzal y la de los *minnesinger*. En el momento en que, además de cantarse, se escribía (aunque fuera solo para que los juglares la recordaran), un cierto modelo culto imperaba.

Pero ahora me refiero preferentemente a la prosa. Porque desde el siglo IX d. C. en Francia y Bulgaria, el XI en otros lugares, el XIII en otros todavía, volvió a haber una prosa. Y su modelo, en cuanto a la sintaxis com-

pleja y las unidades textuales, era sin lugar a dudas la literatura griega en Oriente, la latina en Occidente.

El Oriente madrugó más. Hubo primero, en el siglo IV, la traducción goda de la Biblia, desde el IX la eslava también de la Biblia en Bulgaria, en fechas posteriores diversas traducciones en Bulgaria, en la Rusia de Kiev y en otros lugares. Por supuesto, todos estos textos calcaban la sintaxis del griego de los Evangelios y los Padres. Y la literatura eslava posterior derivaba directamente de esos textos traducidos del griego.

En cambio, en el caso de las lenguas occidentales, tanto las románicas como las que ahora se escribían por vez primera —célticas, germánicas, eslavas occidentales, húngaro, finés y, más tarde, el vasco—, el modelo era a todas luces el latín.

Nótese que no me refiero solamente al latín antiguo de fecha tardía: el de Orosio o la Vulgata o las vidas de santos o el *Pamphilus* pseudovidiano o las *Etimologías* de san Isidoro. Me refiero también al latín medieval que seguía escribiéndose: el de la literatura de la corte de Carlomagno, las crónicas asturianas, los fueros y documentos notariales, las fábulas, el preteatro cristiano, el *Navigium Sancti Brandani*, el *Liber Sancti Iacobi*, la *Disciplina Clericalis* de Pedro Alfonso, el *Carmen Campidoctoris*, la *Historia Regum Britanniae*, la *Ecbasis Captivi*, el *Ysengrimus* (modelo del *Roman de la Rose*), las comedias latinas de Hrosvitha y otras, el *Speculum Historiale* de Vicente de Beauvois, el *Liber Thesauri* de Brunetto Latini, obras gramaticales, otras filosóficas...

Piénsese que en el siglo XII las obras árabes de origen griego se traducían al latín en la Escuela de Toledo. En el XIII ya al castellano, igual que las obras árabes sapienciales de origen griego o iranio e indio a las que me refiero más adelante.

En ese mismo siglo los primeros historiadores castellanos que superaban ya las viejas crónicas escribían todavía en latín obras como las de Lucas de Tuy y el arzobispo Don Rodrigo; pero luego ellos mismos las tradujeron al castellano. Como empezaron a proliferar las traducciones de obras latinas, a veces derivadas de originales griegos: las *Vidas* de Apolonio, de Esopo, de Secundo; la *Disputatio* de Adriano y Epicteto (de donde salieron innúmeras «disputas» en francés y en castellano). Y hay en latín máximas, fábulas, cuentos, espejos de príncipes, obras preteatrales *(Visitatio sepulchri*,

Officium pastorum, *Ludus de rege et regina...*). Luego llegaron las derivaciones en lenguas modernas.

Las fronteras entre la traducción y la obra original no siempre son claras. En un capítulo anterior he señalado el absoluto dominio del latín en la Edad Media y que las literaturas occidentales comenzaron, en gran medida, con obras de traducción, o con imitaciones de las traducciones, como en el caso de obras sapienciales griegas llegadas a través del árabe, que yo he estudiado, que a su vez fueron imitadas por una amplísima literatura.[20]

Nada extraño: también el latín empezó a escribirse sobre el modelo del griego, este lo fue también para el gótico y el eslavo, como ya he dicho, también en gran medida puede esto aplicarse al árabe de los traductores del griego en Bagdad.

Este latín que conocían los hombres medievales condicionaba absolutamente sus escritos en lenguas modernas, cuando estas comenzaron a escribirse en las fechas mencionadas. Por supuesto, hay desde el siglo xv el latín de los humanistas, que despreciaban el medieval y seguían más de cerca el modelo antiguo. A él era traducido el griego de los clásicos, desde Valla y tantos otros, y los clásicos griegos y latinos eran a su vez traducidos a las nuevas lenguas.

Muchos humanistas (el mismo Boccaccio, el mismo Petrarca, los mismos Garcilaso y Fray Luis, entre tantos otros) escribían ya en latín, ya en lengua romance. Y otros escritores, a veces, en latín o alemán o inglés o polaco o húngaro. El latín seguía sirviendo de modelo.

Por supuesto, por fuerte que fuera la influencia del latín, debía respetar, en lo que a la sintaxis se refiere, las nuevas características de algunas de las nuevas lenguas: ya he hablado de la reducción o pérdida, en algunas de ellas, de los casos nominales, lo que llevaba al uso de las preposiciones y a veces del orden de las palabras y a la generalización de la obligatoriedad de notar el sujeto en lenguas como el francés y el inglés. Y a la imposibilidad de ciertas concordancias y de un hipérbaton demasiado forzado, que solo se renovaron en fecha humanística y barroca.

En ocasiones, esta diferencia respecto a la antigua sintaxis fue mínima en un comienzo (así en las lenguas citadas y en el antiguo búlgaro, heredero por lo demás de un griego no muy subordinante), creció con el tiempo.

Pero, antes de ello, es sobre todo en el dominio de la oración simple y la aposición, sin apenas coordinación y subordinación, en los comienzos de las nuevas literaturas, en lo que más se nota el nacimiento de una nueva edad, un volver a empezar. Fue seguido del crecimiento de la coordinación y la subordinación, apoyada por el latín (y en Oriente por el griego).

Dominaba la frase quebrada, con repeticiones, aposiciones, cambios de construcción.[21] Había un primitivismo sintáctico, con pobreza de nexos, tanto coordinantes como subordinantes.[22] Esto en el castellano, pero igualmente en las demás lenguas. Vino luego, poco a poco y en todas las lenguas, una latinización de la sintaxis que en Francia partía, entre otras cosas, de las traducciones que se hacían para uso del rey.[23]

Esa latinización se ve, entre otros puntos, en la creación de oraciones de infinitivo, el sistematismo de la coordinación y la expansión del relativo y las conjunciones de subordinación. Pero nótese que son la excepción los nexos que vienen directamente de los latinos. La mayor parte de ellos se han recreado de diversas maneras y se han hecho poco a poco más complejos y más especializados.[24]

Por supuesto, esta aproximación de las nuevas lenguas, en la medida que sea, a la sintaxis latina es propia de la lengua escrita más que de la hablada. Y dentro de la primera, en el período del Humanismo, el latinismo creció mucho más, en ciertos escritores: no solo el hipérbaton, sino también construcciones derivadas del ablativo absoluto, del acusativo de relación, etc. Esto era una moda literaria sin gran trascendencia general. Y, a partir de cierto momento, hubo una reacción a favor de una sintaxis más libre y conversacional. Ya en el siglo XVI y luego cada vez más, con ciertas excepciones.

Aun así, es importante notar el influjo de la sintaxis latina, globalmente, en toda la prosa y aun la poesía (a veces muy especialmente en esta): ha unificado, como he notado, las lenguas de Europa, al menos en cierta medida. Y el griego moderno, aunque sea teóricamente una *dimotikí*, griego popular, ha recibido en forma notable el peso de la *katharévusa:* en definitiva, de la sintaxis de la prosa de la *koiné* literaria griega. Lo mismo ocurre en el caso de las lenguas eslavas.

Y hay que aludir también, al menos, a la resurrección, en la Edad Media pero sobre todo en fecha humanística, de las antiguas figuras de dic-

ción y la antigua prosa rítmica. La mayor parte de las veces en el latín que ahora se escribía, pero también en las nuevas lenguas, en modelos literarios que imitaban a los antiguos: en la oratoria, la historia, géneros poéticos.[25]

DE LA LITERATURA GRECOLATINA A LAS EUROPEAS

Por supuesto, no es este el lugar adecuado para hacer una exposición de las literaturas europeas de la Edad Media y de las posteriores, hasta hoy. Pero sí para exponer algunas consideraciones generales en buena parte anticipadas en mi libro *El reloj de la historia. Homo sapiens, Grecia antigua y mundo moderno.*[26]

Recojo algunas de sus conclusiones fundamentales:

1. Es imposible exponer la historia de las literaturas occidentales y de otras más de Europa sin hacerla preceder o acompañar de la historia de la literatura latina: de la medieval y, también, de la antigua, esta redescubierta poco a poco, sobre todo desde el siglo XV.

Había, diríamos, un reparto: géneros que se escribían en latín, otros que comenzaron a escribirse gradualmente, en especial a partir del siglo XII, en las nuevas lenguas. Pero para estos, y luego también para los primeros, el latín (el antiguo y el medieval y este de traducción o de creación) era el modelo. Sin él no habría habido literatura propiamente en las nuevas lenguas.

Y como el modelo era el mismo para todos, de ahí se deduce el paralelismo entre las nuevas literaturas, acompañado de influencias entre ellas: el provenzal influyó en toda la lírica, la leyenda de Alejandro pasó del francés al español, Boccaccio influyó en toda la cuentística, luego Dante en la poesía épica, luego Petrarca en la lírica, etc.

2. Un corolario se deduce de aquí: la exposición aislada de las distintas literaturas, justificada sin duda por razones prácticas (y a veces por razones nacionalistas), es un profundo error. Se escriban en la lengua que sea son paralelos, por ejemplo, el teatro, las crónicas, los espejos de príncipes, los debates, las alegorías, y los demás géneros medievales y posteriores.

3. Ahora bien: dentro de las distintas literaturas hay un segmento de origen oral y otro de origen escrito. El primero es el de la épica, ya germá-

nica *(Beowulf, Nibelungos, Edda)*, ya céltica (diversos poemas irlandeses y otros), ya románica *(Chanson de Roland, Poema de Mío Cid)*. De esta épica deriva la novela caballeresca en Europa, que desarrolla leyendas de este tipo, los romances en España, etc.

Y hay la lírica popular, cantada, sobre todo entre los mozárabes (las jarchas), en Provenza, Galicia, en Alemania (poemas líricos de los *minnesinger*, etc.). Por supuesto, tanto la épica como la lírica acabaron por escribirse (y por producir derivados en prosa, como los *libros de caballerías*). Y hay el teatro popular (que luego enlaza con el que tuvo origen en la Escritura) y que iba unido a la danza y a representaciones populares: carnavalescas, de moros y cristianos (o *moresca*, *morrish dance*), de fondo religioso arcaico o mítico. Eran representaciones que luego a veces se escribieron, como la *Plough Play* inglesa o el *Jeu de la Feuillée* francés de Adam de la Halle, o la *Commedia dell'Arte* en Italia.[27]

4. Al lado está la literatura en la prosa de las nuevas lenguas, que crecía al lado de la de las obras reservadas al latín. Era escrita desde el siglo IX. Como ya he señalado, en buena medida se trataba de traducciones: del latín, que a veces procedía, a su vez, del griego; o del árabe, que solía proceder del griego o del pehlví.

5. Pero otras veces los textos latinos, de traducción o no, eran simplemente imitados: así nacieron las fábulas, los proverbios, espejos de príncipes y obras análogas como varias del Infante don Juan Manuel, «disputas». Y obras semejantes, como, en España, el *Libro de los doce sabios*, las *Flores de Filosofía*, etc., obras diversas de sabiduría (como el *Conde Lucanor* y otras); crónicas e historias en las diversas lenguas (como la *Anglo-Saxon Cronicle* o la *History of the Kings of Britain* o las *Grandes Chroniques de Saint-Denis* o las obras históricas de Alfonso el Sabio). O poemas medievales como el *Roman de Renart*, que partía del *Ysengrimus*, sobre todo. O vidas como la de Apolonio Rey de Tiro. O leyendas como las unidas a Troya o a Alejandro, o poesía didáctica y satírica como la del Arcipreste de Hita o Chaucer, o alegórica como el *Roman de la Rose*. O literatura hagiográfica o mariana (la *Séquence de Sainte Eulalie*, la *Vida de Santa María Egipciaca*, los *Milagros de Nuestra Señora*, de Gonzalo de Berceo, etc.).

Estas eran ya obras de las nuevas literaturas, escritas por hombres de talento. El modelo es siempre latino: antiguo, medieval o cristiano.

6. Ahora bien, desde los siglos XIV y XV sobre todo tuvo lugar una fusión de estos modelos y los latinos clásicos. Esto tuvo lugar ya en Italia con, por ejemplo, Dante, o, en España con, por ejemplo, Juan de Mena. Virgilio estaba ya presente en estos poetas, al igual que en, por ejemplo, Juan del Enzina y Lucas Fernández (con mezcla de temas pastoriles tradicionales, más los evangélicos, más los virgilianos y mitológicos).

Cuando las nuevas literaturas alcanzaron su madurez resultaron, en el fondo, paralelas. Y ello no solo por los enormes influjos recíprocos entre ellas, sino por el eco de la antigua literatura latina, edificada a su vez sobre la griega.

Se creó así, por ejemplo, un nuevo teatro, derivado, por muchas diferencias que hubiera, de la idea de la antigua comedia y tragedia: en España con Gil Vicente, Torres Naharro y Rojas, entre otros, en Italia por Mussato, Ariosto, Poliziano y otros más.[28]

Desde los siglos XIV y XV había, pues, una nueva literatura en Occidente. Tenía una clara impronta antigua. Así en el caso de la historia, donde encontramos ya obras de clara estructura latina, como en Francia las de Villehardouin, Froissart y Commines, en España las del Canciller Ayala y Jerónimo de Zurita. Por no hablar de las obras del siglo XVI, como las de Mariana o Hurtado de Mendoza.

Es fácil ver la organización de las obras históricas, así como la de la oratoria, en unidades calcadas de las antiguas. Hay una clara exposición cronológica, incluyendo en ella los discursos y las arengas de los protagonistas.

Y, también sobre el modelo latino, encontramos la organización en libros y capítulos, a veces con prólogo y conclusión, de las obras filosóficas y científicas, que por mucho tiempo se habían escrito solo en latín.

Incluso géneros que son realmente nuevos, como el teatro clásico español e inglés de los siglos XVI y XVII (para no hablar del francés del siglo XVII), que tienen un claro trasfondo antiguo, al menos en las líneas generales y en el concepto de lo cómico y lo trágico y la organización de las obras. Y lo mismo digo de la novela, el género, quizá, más nuevo de todos, a partir del *Quijote*. Sobre este tema he escrito: tanto esta obra como sus predecesoras, el *Lazarillo* sobre todo, proceden del fondo de la novela antigua realista, crítica, paródica.[29]

La novela, por lo demás, siguió, como en Grecia, el modelo organizativo de la historia.

Y continuaron los géneros antológicos: colecciones de máximas y demás, de fábulas, de poesía lírica. Los géneros literarios y la *facies* formal de la nueva literatura fueron aproximándose cada vez más a los modelos latinos —que a su vez dependían de los griegos.

Por supuesto, no es necesario insistir sobre el trasfondo antiguo, latino con precedentes griegos, de la nueva épica de Ariosto, Ercilla y los demás. Ni de la nueva lírica de Petrarca, Garcilaso, Ronsard, Fray Luis y los demás. Ni de los poetas y prosistas del Barroco.

En definitiva: la literatura latina tardía y medieval, primero, y la clásica, después, están en la base de las literaturas europeas: de las medievales y de las renacientes y posteriores. Han logrado mantener, a través de todos esos derivados, una vez más, la unidad de Europa.

Y no solo la de los pueblos de origen latino: también la de los germanos y celtas, así como la de los eslavos occidentales, los húngaros y los fineses. Y los vascos, desde fecha más reciente.

Por otra parte, la literatura griega medieval, junto con una base popular en la épica del tipo del *Digenís Akritas* y la lírica también popular, depende de la literatura griega tardía. Pero también, en gran medida, de la literatura de los francos, en Creta de la de los venecianos, luego en los siglos XVIII y siguiente de la francesa.[30]

Imposible entrar aquí en las literaturas eslavas de escritura cirílica y religión ortodoxa: pero está claro que se desarrolló bajo las mismas coordenadas, primero continuando la literatura griega tardía, incluida la cristiana, dejándose influir luego por las literaturas occidentales.

CONCLUSIÓN

Con esto concluimos la parte de este libro relativa a la unidad lingüística de Europa, en tanto que hecho cultural. Hecho múltiple, hecho reflejado en todas las lenguas de Europa, sea cual sea la rama lingüística a que pertenecen. Hecho gradual, que ha reconstruido, en alguna medida, los estadios antiguos de las lenguas griega y latina.

En definitiva, insisto sobre lo que he dicho al comienzo: las lenguas europeas todas forman un conjunto, una aproximada unidad no ya desde

el punto de vista de su estructura gramatical (que es común a la general de las lenguas indoeuropeas, con las excepciones que sabemos), sino desde estos otros puntos de vista que hemos venido estudiando. Fundamentalmente, el de la representación gráfica (el alfabeto), el del léxico cultural, el de la sintaxis más compleja y el de la literatura. Y ello, desde los griegos hasta la actualidad.

Europa es una unidad cultural: lo ha sido en sus fases griega, latina, medieval y en las que siguen hasta hoy. Pese a sus discordias y guerras. Aunque hoy en día su cultura no está restringida a ella sino que se ha extendido, en formas y medidas ciertamente diversas, por todo el mundo.

Pero querría completar este punto de vista con otros hechos unitarios, que en realidad rebasan ya Europa. Me he ocupado de ellos brevemente en otro lugar.[31]

Se trata de esto: nuestras lenguas están recuperando, en cierto modo, estadios de lenguas del Antiguo Oriente en los cuales la escritura fonética (en silabario, luego alfabeto) se combinaba con la gráfica de ideogramas o jeroglíficos. Estos pueden indicar, por ejemplo, los servicios o baños para hombres, mujeres y minusválidos, el sentido en que puede circularse, los pasos de peatones, prohibiciones múltiples, etc.

Pero también son internacionales los numerales, algunos símbolos (L = aprendiendo a conducir, H = hospital, P = aparcamiento, I = Información). Y toda clase de siglas del tipo de UNESCO, UCI y mil más. Cierto que a veces no son exactamente iguales en todas partes, OTAN sigue el orden español (Organización del Tratado del Atlántico Norte), NATO en inglés.

En suma: los hablantes de cualquier lengua pueden comprender un sistema de signos lingüísticos (pronunciados de varios modos o no pronunciados) que es común a todos. Se añaden signos no gráficos como los semáforos, las banderas, etc.

Esto lleva mi atención a otro tema: allí donde existe una multiplicidad de lenguas, una de ellas, la de más prestigio social o político, suele convertirse en lengua común, así el quechua y el nahua en América, el guaraní en Paraguay y zonas contiguas. Este papel unificador lo ejerce el español en España (con disgusto de algunos), el francés en Francia, etc. Y muchas veces una lengua común se convierte en lengua nacional, como veremos en el próximo capítulo.

Pues bien, en Europa ha habido «lenguas comunes» sucesivas, de mayor o menor difusión, útiles en todo caso para la comunicación. Para no hablar de la Antigüedad, en la Edad Media lo fue el latín, según he expuesto. Luego ha habido difusión de otras lenguas (italiano, español, alemán, griego, ruso) fuera de sus fronteras, pero las grandes lenguas comunes (para viajes, negocios, cultura) han sido sucesivamente el francés y el inglés, que lo es ahora.

Por supuesto, las lenguas comunes producen préstamos que llegan a las diversas lenguas. Aumentan su grado de intercomunicación, fenómeno que hemos estudiado.

No hay una lengua europea, pero hay fenómenos varios que las han aproximado y las aproximan cada vez más. Hay una especie de constelación de lenguas, nadie se siente totalmente extraño en ella, como cuando nos encontramos en un país árabe o en China. También allí nos salvan nuestras lenguas, sobre todo las más comunes.

CUARTA PARTE

HISTORIA DE LAS GRANDES LENGUAS COMUNES DE EUROPA

1

LAS GRANDES LENGUAS COMUNES DE EUROPA

LA CREACIÓN DE LAS GRANDES LENGUAS EUROPEAS

GENERALIDADES

La primera impresión que recibe cualquiera que se acerca al tema de las lenguas europeas es la de que existen unas cuantas grandes lenguas en Europa: español, francés, italiano, inglés, etc. Parece como si las lenguas europeas hubieran salido directamente del indoeuropeo, de las diversas ramas del indoeuropeo: del IE III A (el griego), del IE III B (las lenguas occidentales: el latín, el celta, el germánico, el eslavo, el báltico, el ilirio, con lenguas derivadas). Y del no indoeuropeo (el vasco, las lenguas finougrias que son el húngaro y el finés, entre otras).

Pues bien, no es así. De las grandes ramas del indoeuropeo salió un pulular de lenguas diversas, con elementos comunes, eso sí, pero emparentadas de algún modo: he hablado de los rasgos que unen al báltico y el eslavo, al eslavo y el germánico, a este y el griego, al latín y el itálico, también al celta, etc. Y de las relaciones secundarias, horizontales.

Dentro de cada una de las grandes ramas había una alfombra cambiante, en la que se pasaba de unos dialectos o lenguas a otros. Aparte de los influjos transversales en épocas diversas, que acabo de estudiar.

Cuando se dieron ciertas circunstancias políticas y literarias, se crearon las grandes lenguas comunes, debajo de las cuales seguían viviendo lenguas particulares. No surgieron directamente ni del indoeuropeo ni de sus ramas diversas: fueron el resultado de unificaciones o elecciones secundarias. Es como cuando, en América, el nahua, el quechua o el guaraní, difundidos principalmente por los misioneros, se convirtieron en lenguas comunes, debajo de las cuales pervivían otras.

Naturalmente, estas unificaciones partieron de grandes y amplios dialectos de las lenguas indoeuropeas. He aludido, por ejemplo, a los del germánico y el eslavo —que a partir de un cierto momento cristalizaron en otros varios dialectos, algunos de los cuales se convirtieron en grandes lenguas nacionales—. Pero también el latín se escindió, a finales de la Antigüedad, en grupos de identidad más o menos marcada, que luego siguieron escindiéndose hasta que llegó el momento del triunfo de algunos dialectos, convertidos en grandes lenguas que invadieron o marginaron a los demás.

Así, a las escisiones sucesivas siguieron unificaciones consistentes en la imposición de algunas grandes lenguas: siempre con concomitancia con la creación y el desarrollo de grandes unidades culturales y políticas.

Sobre las escisiones previas existen, ciertamente, varias teorías. En lo relativo a los derivados del latín, en general se opone, por ejemplo, el iberorrománico al galorrománico, incluso al latín del norte de Italia.[1] Luego se profundizó en las escisiones —antes de llegar la nueva fase de las unificaciones: la creación de las grandes lenguas culturales y políticas.

En Europa hubo varias de estas unificaciones, que crearon esas grandes lenguas y supusieron el olvido, temporal o definitivo, de dialectos y variantes. Hablaré aquí de las más importantes, creadas en la Edad Media y vinculadas, en general, a las referidas unidades políticas y culturales de ese momento u otro posterior. Algunas de estas lenguas comunes y las unidades que reflejaban fueron pasajeras; otras, definitivas. También sucedió que las que fueron lenguas comunes en un momento dado dejaran su huella en pequeños dialectos. Y que otras, por las circunstancias que sea, fueron restauradas en fecha posterior. Desde el siglo XIX y sobre todo el XX ha habido, en efecto, una tendencia a la restauración de lenguas que antes habían sido relegadas a usos sociolingüísticos de otro nivel.

Hablaré, en España, del castellano (luego español), del portugués, el gallego, el catalán, el vasco, y de las relaciones entre ellos (y de sus variantes y de las otras lenguas que quedaron como relegadas y marginales). En Francia, del francés, también de otras lenguas, entre ellas el provenzal. En Italia, del italiano, al lado de dialectos varios, algunos han sido una verdadera lengua sin correspondencia política duradera, como el corso o el véneto. En Rumanía, del rumano.

En Inglaterra, del inglés; en la Europa germánica, del alto alemán (de donde deriva el alemán de hoy), el nórdico (danés, sueco, noruego), el flamenco o neerlandés (única variante del bajo alemán que alcanzó la dignidad de constituirse en lengua nacional). En los países eslavos y bálticos, de las grandes lenguas ya mencionadas, que se convirtieron en lenguas nacionales y lenguas de exportación, algunas.

Hay, pues, escalones. Son pocas las grandes lenguas comunes europeas, lenguas nacionales, en general exportadas luego, más o menos. Bajo ellas hay a veces otras y en algunos casos un pulular de dialectos.

También, no menos, hay dialectos que, unificados, se convirtieron o intentan convertirse en lenguas generales o comunes: el vasco, el catalán y algunas otras. Con una proliferación, a veces, bajo ellas, de dialectos particulares. Puede haber, pues, situaciones de un solo piso (una sola lengua) o de dos o tres pisos. La representatividad externa la tienen, en general, las lenguas superiores. Más bien la superior. Aunque hoy, a veces, otras le discuten ese puesto. Tras las tendencias unitarias han venido en ocasiones las disgregadoras.

Hay, pues, las grandes lenguas comunes (y, con frecuencia, nacionales, con frecuencia exportadas luego). Son de fechas diversas, medievales y modernas. Su origen está ligado a la historia: a la política, también a la literaria y la cultura en general.

Bajo ellas, a veces no hay lenguas o dialectos diferentes, a veces sí. Y tienen estatus cambiante; en algunos casos son lenguas comunes de un territorio en el que ese lugar se lo disputa una lengua local que a su vez tiene variantes, como el catalán. Por otra parte, cuando en un lugar coinciden varias lenguas, hay que investigar su estatus sociolingüístico, que puede variar con el tiempo.

Insisto en que los conceptos de «lengua», «dialecto» y «variante» no son propiamente de orden lingüístico, sino de orden social y aun político. Se convierte en «lengua» el antiguo dialecto que es aceptado como común para una sociedad más o menos unificada social, cultural y políticamente. Ya he dicho que puede tener también expresiones lingüísticas particulares. Y que, en este caso, puede haber opiniones contrapuestas, de condicionamiento social, sobre si se trata de una «lengua» o un «dialecto». Y que, finalmente, lo que en un momento dado se considera una «lengua» puede considerarse luego un «dialecto». O al revés.

Pero aquí no podemos entrar en demasiados detalles. Nuestro tema fundamental son las grandes lenguas europeas, a veces, como he dicho, exportadas también.

EL CASTELLANO, EL PORTUGUÉS Y LAS LENGUAS DE HISPANIA

Generalidades

Como ha quedado dicho, el latín más o menos culto florecía como lengua escrita de la Hispania visigoda. Debajo de él bullía el mozárabe, la lengua oral. Fue, también, lengua popular en la España musulmana, en los siglos VIII y IX; en el X se impuso el árabe. Precisamente de esta época viene nuestro conocimiento, escaso de todos modos, del mozárabe, a través de la poesía popular de las jarchas, también de la toponimia. Tenía ya diferencias dialectales.[2] Sobre el latín de la época he hablado ya.

En todo caso, el mozárabe no llegó a ser una lengua nacional, no hubo una unificación secundaria del mismo o un predominio de un dialecto sobre otro. Podría haber sucedido así, puesto que Hispania, tras haber sido una mera unidad geográfica, se hizo ya una unidad administrativa, una diócesis, en el año 289 por obra de Diocleciano. Y fue, con los godos, a partir de cierto momento, un reino unificado políticamente, una vez eliminados los fragmentos suevo y bizantino, y eliminado el arrianismo. En el 683, en un concilio de Toledo presidido por san Isidoro, se definió esa unidad bajo un *rex Hispaniae*, una fidelidad religiosa al papa de Roma y el latín.

En definitiva: fue un pueblo germánico, el de los godos, el que unificó la Península, tomando el poder político y romanizándose. De esta romanización vinieron las lenguas de España: primero el mozárabe, luego las demás, aparte del vasco.

Podría haber habido, pues, paralelamente a lo que sucedió en otros lugares, una cultura en una lengua románica unificada, a partir del siglo IX y sobre todo el X y siguientes. Una lengua derivada de un latín hispánico, hablado en un fragmento del Imperio romano; y continuando la situación lingüística del reino visigodo. Pero no fue así: hubo desde el 711 la conquista musulmana y tras ella la Reconquista. Y en el territorio reconquistado el

latín de Hispania (que tenía ciertos rasgos comunes con el de las Galias) produjo, fundamentalmente, cuatro lenguas (gallego-portugués, asturleonés-castellano, navarro-aragonés y catalán, dejo aparte el vasco) que presentan algunos rasgos comunes.

Y también, naturalmente, rasgos diferenciales, que no pudieron salvarse más que por la absorción gradual, en el curso de la historia, del mozárabe, el asturleonés y el aragonés por el castellano. Este fue en el comienzo un dialecto leonés, de los confines orientales, que se extendió en todas direcciones e infiltró como lengua común a todas las lenguas en torno, sin expulsarlas radicalmente. Resultó en algunos lugares una especie de bilingüismo. La raíz del fenómeno está en hechos culturales y políticos: el crecimiento del reino de Castilla y de su cultura.

Esta es la historia: fue la conquista musulmana la que selló el destino de España, recompuesta luego pero nunca del todo. No solo tuvo que haber una penosa reconquista militar (casi ocho siglos), también una larga historia política y cultural, que al final impuso el castellano como lengua de toda la España central, de norte a sur, y como lengua común del resto. Así, el castellano se convirtió en español.

Solo el portugués alcanzó el mismo estatus de lengua nacional, desgajándose, ya en el siglo XIV, del tronco común del gallego-portugués. Por causa, también en este caso, de un hecho político y cultural: la creación en 1139 de la monarquía portuguesa bajo Alfonso Henríquez y la estabilización del portugués como lengua literaria (primero de la lírica, luego general), desde el siglo XIV.

Así, la conquista musulmana fue el gran desastre de la historia de España. Impuso un gran retraso en la cultura (que tuvo que ser salvada con las influencias carolingia, borgoñona y cisterciense) y un gran retraso en la unificación lingüística de España. Ello pese a algunos influjos culturales, casi todos de origen griego o iranio, y lingüísticos derivados de la cultura musulmana. Fue la de España una unificación siempre parcial y que todavía hoy sigue causando problemas.

Hispania se fragmentó, en efecto, tanto política como lingüísticamente, por el hecho de que la Reconquista se realizó valle a valle o región a región de los Pirineos, con corrimientos, luego, hacia el sur. Vino luego la pugna entre las lenguas así surgidas y la primacía, pero no dominio absoluto, del castellano.

Menos mal que las unificaciones políticas que promocionaron el castellano no fueron por medio de guerras, como a veces maliciosamente se dice: fueron por matrimonios, herencias y pactos, dentro de un sentido general de comunidad, de pertenecer todos a Hispania.

Del castellano al español

La unificación se hizo, insisto y ello es bien sabido, a partir del castellano, un pequeño dialecto que se impuso al leonés, lengua esta sin apenas literatura a la que el castellano sustituyó a partir de la unificación de los dos reinos bajo Fernando I (1037) y luego bajo Alfonso VI (1072). El leonés perduró en ciertos lugares, hasta hoy mismo, como lengua residual. Y el castellano, sobre todo desde la conquista de Toledo en 1080, se convirtió en la lengua hegemónica, que se expandía hacia el sur, también hacia el oeste y el este.

Luego hubo otras unificaciones. Hubo el navarroaragonés, de cuyo territorio salió el reino de Navarra, solo en el siglo XVI absorbido por Castilla (1512) juntamente con su lengua, mientras que Aragón se inclinó hacia su vecino oriental, Cataluña: hubo un reino común llamado Corona de Aragón. Y para que el castellano triunfara tuvo que llegar la aproximación de este reino al de Castilla, cuando el trono de Aragón quedó vacante al morir sin hijos su último rey, Martín el Humano. Hubo el Compromiso de Caspe en 1412, en el que Fernando de Antequera, de los Trastámara, fue elegido rey de Aragón, en medio de la gran decadencia económica de Cataluña.[3]

Siguió la unificación propiamente dicha, con la boda de Isabel y Fernando y el acceso del último al trono de Aragón, en 1474 y 1479. Pero ya en el siglo XIV el castellano dominaba en Cataluña como lengua culta de comunicación, el catalán se convertía en una lengua local para los burgueses y el pueblo.

Este fue el auge del castellano a partir del pequeño condado de Castilla, que Fernán González independizó en el siglo X, aunque todavía no formalmente, no hasta 1037, de León. Salió indemne de las correrías de Almanzor, en torno al año 1000, lo que no fue pequeña suerte. Estaba situado en una región montañosa y pobre, mal comunicada, fronteriza de Cantabria,

la Tarraconense, la Cartaginense y Vasconia. El sur de Cantabria, Álava y la Bureba hasta los montes de Oca, Clunia, eran su núcleo, con monasterios como los de san Millán, Oña y Silos; luego el centro se trasladó a Burgos. Con Fernando VI, en plena expansión ya, a Toledo, como he señalado.

Se recuperaba así la tradición visigoda. Castilla, tras León, era ya la potencia dominante, política y culturalmente, en España.

El caso es que, tras las glosas silenses y emilianenses, a finales del siglo x o en el xi, ya desde el siglo xii, con el *Poema de Mío Cid,* y sobre todo desde el xiii, con Alfonso el Sabio, Berceo, etc., el castellano se transformó en lengua literaria, sobre todo de la prosa, aunque persistía el latín como lengua documental y la de diversas traducciones y textos. Y se hizo lengua también de la poesía lírica, aunque en un comienzo esta era el gallego.[4]

Pronto fue el castellano la lengua más robusta de España, la que se hablaba como lengua común en toda la Meseta Norte, en Galicia, Navarra, Aragón y la Meseta Sur, luego en Cataluña y Valencia. Las otras lenguas quedaban restringidas al uso local, a veces al puramente rural y aldeano. Han quedado restos, sobre todo en la montaña, del asturiano, el leonés y el aragonés.

En cuanto a la literatura, la gallega quedó restringida a la lírica en el siglo xv, luego se extinguió; igual la aragonesa. Del resto, solo hubo gran literatura, también prosa, en Cataluña y Valencia. Pero desertó de allí desde el siglo xv. El castellano, convertido ya en español, devino en todas partes lengua cortesana, administrativa, literaria, la de las clases elevadas y aun las medias.

Este fue el resultado del lento proceso en que el mozárabe (reforzado por los emigrantes de Andalucía) fue sustituido por las nuevas lenguas y dialectos nacidos en el norte a impulsos de la Reconquista y expandidos luego hacia el sur. De entre ellos, ya digo, era el castellano el que más vigor tenía: avanzó hacia el sur, desde luego, pero se extendió también hacia el oeste y el este, aunque aquí halló resistencia, no pasó de ser una lengua común bajo la cual los antiguos dialectos subsistían como lenguas ya aldeanas, ya burguesas.

También perduraron en Vasconia los dialectos vascos. Luego todos estos dialectos (no había un vasco, un gallego, un catalán unitarios) desaparecieron en unos lugares, en otros quedaron en un estado, diríamos, de hi-

bernación hasta que fueron, en cierto modo, resucitados y unificados ya en los siglos XIX y XX, por obra de los movimientos nacionalistas.

Pero el castellano hizo otros progresos: se convirtió en la lengua de las grandes ciudades vascas, el vasco quedó reducido a los caseríos y la vida rural, no fue unificado hasta que se creó el batúa, sobre la base del guipuzcuano y el labortano, ya en el siglo XX, tras la guerra civil. Tenía una literatura bien eclesiástica, bien puramente oral, pocas veces escrita.

El castellano avanzó hacia el sur y ocupó la zona anteriormente árabe, incluido, en el siglo XV, el reino de Granada. Suplantó también aquí al mozárabe. Saltó, en el mismo siglo, a las islas Canarias, luego a América y a otros lugares del mundo.

Asimismo recibió influjos cultos, a los que en alguna medida ya he hecho referencia, del italiano, del latín y el griego humanísticos y científicos, del francés, del inglés. Se convirtió así en una de las lenguas fundamentales del planeta, tras una accidentada historia. La invasión islámica fue superada en algún modo. Nunca del todo. Sin ella la continuación del latín en el español no habría tenido, presumiblemente, los problemas que ha tenido y tiene. No sabemos dónde habría estado el núcleo de la evolución lingüística ni cómo habrían sucedido las cosas.

El castellano era, se ha dicho muchas veces a partir de don Ramón Menéndez Pidal, una lengua muy innovadora, frente a la cual tanto el mozárabe como el asturleonés y el navarroaragonés (incluso, a veces, el gallego-portugués y el catalán) tenían en su fonética y su morfología rasgos comunes. Inútil repasarlos aquí, repitiendo cosas bien sabidas. Los más notables del castellano son la pérdida de la *f-*, convertida en una *h-* aspirada, y la diptongación de la *e* y la *o* breves y tónicas.

Luego, desde el siglo XV, el castellano monopolizó los influjos cultos de los que he hablado, sobre todo en la fonética y la grafía, en el léxico y la sintaxis. Monopolizó prácticamente la literatura, la administración y la cultura en toda España. Todavía en el siglo XIV había literatura aragonesa (Juan Fernández de Heredia, traducciones diversas), aparte de la gallega y la catalana. Luego, desde el XV, ya no.

Son, pues, razones políticas y culturales, no la «espada» de la que incultamente se ha hablado, las que poco a poco impusieron el castellano como español. No es que nadie obligara a nadie a hablarlo, es que todos lo adop-

taban por propio interés, si querían ascender socialmente y prosperar en un mundo nuevo, en una lengua que era no solamente «la lengua del imperio», como decía Nebrija, también la de la administración, la cultura y las clases elevadas. Más tarde hablaré de esto en relación con América.

Estas causas siguieron operando en los siglos xvi y siguientes. La gran literatura española fue en castellano, aunque a cargo de escritores nacidos en todas las regiones de España. La gran política, la milicia, todo lo demás era en castellano. Aunque los que lo hablaran fueran, por su origen, vascos, catalanes, valencianos, etc. Y, familiarmente, pudieran ser vascos y hablar esta lengua (como fray Juan de Zumárraga en México) o valencianos, como Vives, o andaluces, como Nebrija. Este fue, como se sabe, el codificador del castellano en su *Gramática* y sus diccionarios mucho antes de que se hiciera lo propio con el francés o el inglés.

Las otras lenguas de España

La fragmentación lingüística de España, en la que, por lo demás, el castellano o español sigue funcionando como lengua común, es un derivado de la Reconquista, como ya he dicho. Y de la persistencia del vasco.

No es cuestión de insistir sobre este, ya he hablado de él. Solo desde el siglo xvi nos es conocido y ya he dicho que solo últimamente se ha unificado y se han hecho esfuerzos por convertirlo en una lengua de cultura y una lengua general, importando vocabulario y traduciendo a él de varias lenguas (antes se traducía del latín). Esfuerzos también para intentar que una lengua que era rural y minoritaria se convierta, mediante una interpretación sesgada de la Constitución y con ayuda de toda clase de presiones, en una lengua única o al menos hegemónica.

Queda por ver lo que saldrá de ello. El univasquismo y la expulsión del español serían malos para todos, sobre todo para los vascos.

De las demás lenguas, las salidas del latín, solo una, el portugués, se ha convertido en una lengua nacional y ello, como he dicho, por causa de la independencia de Portugal y su conversión en una monarquía en 1139. Antes de ese momento portugués y gallego eran lo mismo; y han continuado teniendo muchos rasgos comunes, como convertir en *ch-* la *pl-* latina inicial.

Pero Portugal, al independizarse, hizo diferenciarse ese antiguo dialecto con ayuda de elementos tomados de la zona de Lisboa, y le dio prestancia y relieve gracias a sus navegantes del siglo xv y a una administración y una literatura propias. Esta tuvo su primer gran hito en *Os Lusiadas* de Camoens, en 1572. Recibió luego el influjo del castellano, que funcionaba como una segunda lengua (Gil Vicente y otros portugueses escribían en castellano, había una especie de bilingüismo). Pero el dominio de Castilla sobre Portugal bajo Felipe II no influyó gran cosa en el portugués ni en el Imperio portugués, que se mantuvo incólume.

En cuanto a las demás lenguas salidas del latín, ya he dicho que la pérdida del poder político y de la literatura las convirtió en meramente marginales. Quizá la más vivaz, en el ambiente rural, fue el gallego. Porque pronto se perdió el uso literario, sustituido, en los escritores gallegos, por el castellano.[5] No revivió hasta Rosalía de Castro, en pleno siglo xix. Ahora lo reviven con los mismos procedimientos artificiales y forzados del vasco.

Un caso especial es el del catalán, una lengua que en su raíz está emparentada con el provenzal pero también tiene transiciones con lenguas de España. Luego creó variantes en Valencia, Baleares y otros lugares, también en la misma Cataluña.

Como Cataluña nunca ha sido una nación, no ha habido una lengua catalana unificada, normalizada, hasta que lo hizo Pompeu Fabra, ya en el siglo xx. Sin embargo, fue importante dentro del reino de Aragón y de la expansión de este por el Mediterráneo. Ahora bien, desde el siglo xiv recibió muchas isoglosas castellanas.

Hubo ciertamente, por un tiempo, a partir sobre todo del siglo xiii, una literatura catalana, que puede presentar nombres como los de Ramón Llull, Muntaner, Bernat Metge; y luego, en el xv, nombres fundamentalmente valencianos, como Ausiàs March y Martorell, autor principal de *Tirant lo Blanch*, una novela de caballerías. Pero desde que el reino de Aragón se unió al de Castilla, el castellano, como he dicho, se impuso en los escalones sociolingüísticos más elevados.

Se creó así una especie de bilingüismo, pero con diferencias respecto a Galicia y el País Vasco, donde el gallego y el vasco pasaron a ser, poco a poco, lenguas rurales y minoritarias. Y lo son, pese a los denodados esfuerzos de los que he hablado. En Cataluña, en cambio, todo el país era prácti-

camente bilingüe. Ciertamente, el catalán y el castellano tenían papeles sociolingüísticos en cierta medida diferentes.

Pero el renacimiento del catalán fue más antiguo y decisivo que los otros, se puede fechar en la «Oda a la patria», de Aribau, de 1833, y continuó luego con la Renaixença, a comienzos del XX. Y más completo: hubo y hay una literatura catalana, hubo una normalización del catalán que ya he citado.

Al tiempo, se escribía, leía y editaba en español. Salvo en algún momento especialmente tenso, nadie prohibió el catalán, aunque el castellano o español era, ciertamente, la lengua administrativa oficial.

No había, realmente, conflicto lingüístico, lo han creado solamente políticos que han iniciado una persecución sistemática del español. Al tiempo, buscan imponer el catalán de Pompeu Fabra sobre las variantes de las islas Baleares y Valencia, que son consideradas socialmente como lenguas. Un error notorio, ciertamente, puro fanatismo.

EL FRANCÉS Y LAS LENGUAS DE FRANCIA

La Galia, romanizada gradualmente, poseía un latín con rasgos comunes con el de Hispania. Era fundamentalmente un país celta, aunque los celtas ocupaban una extensión mucho mayor, fuera de Francia también, como se sabe; queda grandísima huella de ellos en la toponimia, como en España. Pero desde el 121 a. C. hubo ya la *provincia*, la que fue luego la *Galia Narbonensis;* y ya se sabe de la conquista del resto de la Galia por Julio César a partir del 58 a. C.

Aunque dividida por Augusto en cuatro provincias y sufriendo vicisitudes posteriores, la Galia siempre se consideró como una unidad, muy romanizada y que produjo personajes políticos y literarios, incluso en el siglo V. Desde los tiempos de Diocleciano era regida desde Tréveris, cabeza de una de las cuatro tetrarquías.

La Galia sufrió pronto invasiones germánicas, que fueron graves desde el siglo III d. C. y, sobre todo, a comienzos del siglo V, cuando los bárbaros atravesaron el Rin y acabaron con el poder romano. Se trataba, fundamentalmente, de los alamanes, los vándalos, los suevos, los burgundios, los visigodos y los francos.

El hecho es que burgundios, visigodos y francos fueron los que por un tiempo prevalecieron. Eran los más romanizados, establecidos con frecuencia en territorio romano como *foederati*, algunos que habían militado al lado de los romanos contra otros pueblos germánicos y contra los hunos. Al final fueron los francos los que unificaron la Galia; los demás o resultaron vencidos o, vencidos también, pasaron a Hispania e incluso a África.

Fue un fenómeno paralelo al de Hispania: un pueblo germánico romanizado y cristianizado unificó una provincia o grupo de provincias romanas y puso las bases de una nación moderna. Y de una gran lengua europea, derivada del latín. Aunque llena de germanismos, en el caso del francés más que en ningún otro.[7] También en los topónimos: el tipo nombre + adjetivo (*Valbonne* frente a *Bonneval*), por ejemplo.

La diferencia es que Hispania solo a finales del siglo VII logró la unidad política (por medio de los visigodos) y la unidad católica. En Francia, las cosas fueron más deprisa.

Ya a comienzos del siglo V los francos ocupaban la zona del Mosela y el Rin inferior y hasta el Marne. Su reino coexistía, como ya he apuntado, con los de los burgundios (de Ginebra al valle del Ródano, 443-534) y visigodos (reino de Tolosa, 419-507), entre otros. Nótese que en el 476 el Imperio romano había dejado de existir.

Pero se impuso la nación franca por obra del rey de los francos Clodoveo: en el 486 venció al duque galorromano Siagrio, en el 496 a los alamanes, en el 500 a los burgundios. Y se convirtió al cristianismo, en su versión católica, en 497, antes que ningún rey germánico.

Esto consolidó un reino, que se apoyaba en la Iglesia y el papa (el emperador de Bizancio, también, lo nombró cónsul). Ambas partes se repartían el poder sobre el modelo del Imperio romano. Los francos en Francia, con los ostrogodos y lombardos en Italia y los visigodos en Hispania, fueron el núcleo de las nuevas naciones y de las nuevas lenguas románicas. Esto fue decisivo, pese a las sucesivas fragmentaciones del reino (por repartos entre los hijos) y reunificaciones. Y a la integración, en un momento, de los francos con pueblos germánicos dentro del imperio de Carlomagno, coronado en el 800.

En realidad, fue el reparto, una vez más, del imperio entre los hijos de Carlomagno el que dejó establecidas aproximadamente las fronteras

de Francia. Cuando se renovó con los Otones el Imperio romano-germánico, Francia quedó ya fuera.

Es decir, el solar del latín en Galia, que oscilaba entre la proliferación de lenguas románicas y renacimientos latinizantes, quedó libre para una nación medieval desde muy pronto; el de Hispania, mucho más tarde. Como en Castilla, proliferaron los «dobletes» latín / romance, que continúan: *libérer / livrer*, *cadence / chance*, *calcul / caillou*, etc.

Hay que notar, después de esto, varias cosas. Si bien las lenguas celtas habían sido absorbidas, la unidad lingüística no era completa. Al norte quedaban lenguas germánicas, de donde salió el flamenco. Al sur, el vasco, aunque fue gradualmente empujado hacia los Pirineos. Luego, en la Edad Media, del siglo v al x, hubo migraciones desde la Bretaña insular a la francesa, hoy todavía subsiste el bretón, aunque disminuido. El francés, del que hablo a continuación, se extendió cada vez más en Francia; también en detrimento del catalán, establecido en el Rosellón y la Cerdaña.

Quedan, por lo demás, habladas por una población mayor o menor, estas otras lenguas (a veces vivificadas en nuestros días por obra de los movimientos nacionalistas). Por otra parte, las fronteras de Francia no coinciden hoy exactamente con las del francés: por no hablar del francés de América, esta lengua se habla también, como se sabe, en Bélgica y Suiza. Y fue muy hablada, en la Edad Media, en Inglaterra con el nombre de anglonormando; ya he aludido a ello.

El nombre de un pueblo germánico, el de los francos, designó la nación de él salida así como su lengua. Quiero decir: la gran lengua francesa, una de entre las varias salidas del latín de las Galias. Se impuso unida a una monarquía unitaria, iniciada por los francos merovingios.

La Galia, luego Francia, tuvo una gran ventaja respecto a Hispania: no sufrió una ocupación musulmana, los moros fueron derrotados en Poitiers por Carlos Martel, en el año 732. Y otra más, relacionada con la primera: Francia fue siempre un reino, no se dio la terrible situación de España hasta que Castilla y su lengua la unificaron, no sin problemas y no enteramente.

Sí que hubo dialectos diversos, nacidos del latín; pero el que se impuso sobre ellos, el francés, es decir, la variedad parisina de la lengua de *oïl*, tuvo menos problemas que el castellano. Fue desde el principio, desde luego, la

«lengua del rey», el papel de los notarios reales y de las traducciones hechas del latín para el rey fue importante en su difusión.

Hubo, ya digo, lenguas varias en Francia y algunos restos quedan. Pero no vienen de varios puntos independientes que crearan luego una difusión. Son grupos de lenguas campesinas, agrupadas en varios tipos, principalmente tres, el establecimiento de cuyas fronteras (por otra parte, no precisas) ha sugerido diversas hipótesis que hablan sobre todo del substrato y de las cuales ninguna es decisiva.

Por otra parte, los testimonios de un protofrancés y un francés antiguo son más tempranos que los de los dialectos hispánicos posteriores al mozárabe. Y ello porque ya en 813 el concilio de Tours aceptó para los sermones en la Iglesia la *lingua romana rustica*. Y mientras que en Hispania para fecha antigua tenemos que contentarnos con faltas en documentos notariales y las glosas de los siglos XI o XII, en Francia hay glosas ya en el siglo VIII y tenemos en el 842 los «juramentos de Estrasburgo» entre Luis el Germánico y Carlos el Calvo (con versiones en francés y en germánico): en ellos falta la declinación latina y aparece el artículo. Y en el 881 hay ya un texto literario, la *Séquence de Sainte Eulalie*. Hay una continuidad entre esta obra y el antiguo francés clásico.[7] En España, para la literatura, hay que esperar al siglo XII.

El francés medio (sin flexión, más analítico) es el de los siglos XIII y XIV: contemporáneo de la nueva prosa castellana, Castilla había recuperado el tiempo perdido. Ese francés medio es ya la *langue du roi* de que hablé, el término *français* domina sobre el más general de *roman*. Es la variante preferida por la literatura (con una excepción, por un tiempo: la literatura provenzal).

Es una variante dentro de una clasificación general que distingue una lengua de *oïl* y una de *hoc* (por las dos formas para decir «sí»). En la primera había variantes, como el santongués; pero sobre todo la lengua de los *parisii*, cuna del que llamamos francés. La línea divisoria era, más o menos, la que va de la desembocadura del Garona a Ginebra.

Hacia el sur, existía la lengua de *hoc*, que tenía variantes: así el gascón, del que deriva el aranés, al sur del Pirineo (pero no es catalán). Pero hacia el este, de Ginebra a Grenoble, en el valle del Ródano, estaba el franco-provenzal, en el que se escribió una literatura medieval «cortés», ya alu-

dida, sumamente importante como modelo para toda la lírica europea. Fue invadido por el francés: solo en el siglo XIX fue renovado por Federico Mistral y otros poetas. Convertía la oclusiva sorda gutural en *th (tharbon* de *carbonem)*.

El que se impuso, a la larga, ya lo he dicho, es el francés, la lengua cortesana. Ello desde que se llegó al francés medio: se convirtió en la lengua del rey. Desde el siglo XII la «pureza» de la literatura se juzgó por su proximidad a la lengua de París. Aunque en la época del Humanismo hubo una relatinización de la lengua, desde 1539 cesó de usarse el latín en los tribunales reales.*

En fin: hubo una serie de ordenanzas varias, que favorecían a los dialectos, hasta que en 1539 se publicó en Villiers-Cotteret el edicto de Francisco I, que hizo obligatorio el francés. Ciertamente, los dialectos siguieron hablándose, la masa de la población era bilingüe; y la Revolución francesa fracasó en su intento de unificación lingüística. Luego, los dialectos han decaído. El latín, por otra parte, fue promovido y favorecido por el mismo rey, como he dicho antes, al igual que el griego. Eran los modelos de la nueva lengua francesa.

Hasta el intento de renovación del provenzal, ya aludido, en el siglo XIX; y los esfuerzos actuales de enseñar en la escuela y rehabilitar lenguas como el bretón, el vasco y el catalán. Con menos empeño que en situaciones paralelas en España, ciertamente. El increíble espectáculo del frente antilengua española en España no se da en ninguna parte.

Así, una vez más, un mínimo subdialecto se ha convertido en una de las grandes lenguas europeas. Ha sufrido, ciertamente, como todas, influjos externos. Ya he hablado de ello. En Francia, fue especialmente importante el influjo italiano, por obra, sin duda, de las italianas Catalina y María de Medici, en la última parte del siglo XVI y la primera del XVII. Luego, en el XVIII, antes de la Revolución, y en el XIX, después, el francés se convirtió en la gran lengua culta internacional: la lengua de la diplomacia y la lengua de la ciencia. Posteriormente, ha sido influida, como todas las lenguas, por el inglés, lengua común del mundo entero.

Aunque se defiende mejor que otras. Y no tiene guerras políticas dentro que sean significativas.

EL ITALIANO Y LAS LENGUAS DE ITALIA

La situación lingüística de Italia es muy diferente, no ha habido realmente una lengua común hasta el siglo XIX. Ello es por una razón evidente: no ha habido reino de Italia hasta entonces, hasta 1870. Ningún reino medieval, tras los pasajeros de ostrogodos y lombardos. Solo los reinos de Nápoles y el Piamonte, la república de Venecia (entre otras), señorías, ciudades, ducados, la Ciudad Vaticana de los papas, etc. Se crearon múltiples dialectos, que convivían con el latín y algunos de los cuales llegan, más o menos vivos, hasta hoy.

Eso sí, desde el siglo XIV dominaba en la literatura el dialecto florentino de Dante, Boccaccio y Petrarca, difundido ampliamente y base del italiano común. Un caso en parte diferente de los anteriores. Aunque el del alemán común no es muy disímil. Y ya muy anteriormente, en Grecia, hemos visto cómo el dialecto homérico abrió el paso al jónico y el ático y este a la *koiné*. En definitiva: la gran lengua común italiana es mucho más reciente que la castellana y la francesa. Y apenas fue exportada fuera de Europa.

En fin, una especie de protoitaliano está, en el siglo IX, en el *Indovinello veronese*; y en un texto notarial, en el siglo X, en Montecassino. Hay luego textos provenzales en el XII, sicilianos en Sicilia, en el XIII, bajo Federico II. De alguna manera enlazan con Dante. Sobre el florentino literario volveré.

El caso es que junto con este y los demás dialectos italianos hay que situar lenguas varias no italianas. Así el sardo, en Cerdeña, romance muy arcaizante, pero no italiano; en la misma isla, en Algerò, el catalán. Dialectos retorrománicos al norte, junto a la frontera suiza («ladino dolomitico»). Hay luego alemán en Bolzano y otros lugares vecinos: albanés y griego en Calabria. El francoprovenzal y el francés, en el valle de Aosta. Todos estos dialectos están siendo absorbidos por el italiano común. El croata se hablaba en la zona próxima a Trieste, que hoy ha pasado a Croacia.

E igual están siendo absorbidos los dialectos italianos: los del norte (véneto, piamontés, lombardo, genovés, romañol); los centrales (toscano, romano); los del sur (napolitano, siciliano).

El italiano común es, como he dicho, el toscano arcaizante, literario, que poco a poco fue imponiéndose por obra de los grandes escritores citados, imitados en toda Italia. Lo eligieron también Maquiavelo y Castiglio-

ne y lo defendía Pietro Bembo, que era veneciano. Era hablado e imitado en Inglaterra y en toda Europa en el siglo XVI, ejerció influencia sobre el francés, el español y las demás lenguas —y tomó, a su vez, préstamos.

Acabó de lanzar al toscano como lengua literaria Manzoni, que era milanés, ya en el siglo XIX: rehízo su novela *I promessi sposi* para ponerla en toscano. Realmente, hasta el siglo XIX no se generalizó, como italiano común hablado, el que llamamos italiano.

LAS GRANDES LENGUAS GERMÁNICAS

Ya he hablado páginas atrás de su historia y de sus grupos y lenguas principales. En realidad, la explosión del germánico común en una serie de subgrupos y de estos en lenguas y dialectos es paralela a la que hemos visto en el caso del latín, con una diferencia: que la del germánico debió de tener lugar a finales del segundo milenio antes de Cristo, luego progresó con la expansión hacia el sur desde el siglo VIII a. C.; la del latín desde el siglo VI d. C.

La primera fue más fácil porque se trataba de tribus varias que se dispersaban y no tenían que luchar contra una lengua escrita, como en el caso de la fragmentación del latín.

Ya he hablado de los grupos del nórdico, el germánico oriental y el occidental. Dentro de cada uno hubo muy diversos dialectos. Aquí nos ocupamos solo del estado actual, que presenta solamente cuatro «grandes lenguas»: el alemán (derivado del alto alemán), el neerlandés (derivado del bajo alemán), el inglés (producto de la mezcla de elementos germánicos occidentales y de otros latinos y franceses) y el nórdico, con variantes nacionales.

Todas las grandes lenguas germánicas deben su origen, en definitiva, a la consolidación de un antiguo dialecto (o una mezcla de dialectos) como lengua nacional. Tiene que ver, también, con su forma escrita y con el nacimiento de una literatura nacional. Igual que en los casos anteriores y en los que nos quedan por ver.

Limitándome a las lenguas modernas, como hago en este capítulo, tengo que señalar que las «grandes lenguas» de las que vengo hablando están principalmente en el germánico occidental. El grupo oriental, representa-

do históricamente por el gótico, acabó por perderse. El nórdico se conserva, pero ofrece unas características muy especiales.

Está escindido en lenguas próximas entre sí, continuación en realidad del antiguo nórdico, cuya expresión más antigua para nosotros es el antiguo islandés, del siglo XII. Era llamado «danés», y el danés fue la lengua más usada por los pueblos nórdicos, a excepción de variantes como la citada y la lengua de los vikingos, que aterrorizaron a Europa desde finales del siglo VIII. En fin, el hecho es que no existe hoy una lengua nórdica común, aunque los hablantes de todas ellas se entienden entre sí: no están muy diferenciadas. Pero sobre base nacionalista se han diferenciado sueco, noruego e islandés y sus respectivas literaturas: el proceso de siempre, pero sin llegar a la creación de una lengua común para todos. Hay, en definitiva, una especie de «nórdico» pero diferenciado en ramas varias.

El alemán, en cambio, es la lengua común de un amplio abanico de pueblos germánicos occidentales, poseedores de dialectos propios, pero dominados por el superestrato del «alemán». Esos pueblos desbordan Alemania propiamente dicha: se hablan dialectos germánicos y alemán común también en Austria, Suiza, norte de Italia y otros lugares. Pero solo en Alemania y estas zonas limítrofes se ha extendido el alemán común, que, como he señalado, históricamente es uno de los derivados del alto alemán. Hay, pues, alto alemán común y, bajo él, diversos dialectos alto y bajo alemanes.

Otros derivados del alemán (del anterior a la segunda mutación consonántica del alto alemán) son el neerlandés y el flamenco, así como el inglés. Volveré sobre ellos. Hay, pues, tres «grandes lenguas germánicas» de categoría cultural y política (aparte de las nórdicas, ya mencionadas).

La historia del alemán común es más o menos esta. Los germanos occidentales, escindidos en multitud de dialectos, perdieron estos cuando atravesaron la frontera del Rin. Fueron sustituidos por el latín y sus derivados. Pero en torno a la línea de separación del imperio de Carlomagno, cuando este se dividió a su muerte, en la parte oriental siguieron proliferando dialectos varios del germánico occidental: los del bajo alemán, que se quedó en la primera mutación consonántica, y los que hicieron la segunda mutación. Estos dieron testimonios escritos desde el siglo VIII, sobre todo desde el IX con el gran poema épico de los *Nibelungos*, la lírica de los *minnesinger*, etc. Aunque la prosa fue por un tiempo solo en latín.

Fue Lutero quien decidió, en su traducción de la Biblia (1521-1522), emplear la lengua que le era próxima, la de Turingia, un dialecto alto alemán que pensaba que era fácilmente comprensible en todas partes. Es una lengua que penetró lentamente en Austria y Suiza en los siglos XVII y XVIII y fue adoptada en el XIX por la cancillería prusiana. Poco a poco se convirtió en lengua estándar o común de una población que hablaba múltiples dialectos. Este es el que hoy conocemos como alemán.

Su difusión fue un fenómeno anterior al del italiano y muy posterior al del griego y al del latín: tuvo lugar en espacios multidialectales y no unificados políticamente, aunque sí culturalmente, al menos en parte. Fueron lenguas literarias de un sector dentro de espacios mucho más amplios las que se impusieron como comunes. Fenómeno diferente al del castellano y el francés, pequeños dialectos cuya difusión política y literaria marcharon unidas. Unidas igualmente al proceso de crear una nación común, pero de límites lingüísticamente laxos (sometidos a hechos históricos). Y con competencia, dentro, entre la nueva lengua común y los antiguos dialectos.

Como se ve, los hechos se repiten en la historia lingüística. Y en la historia toda, como he señalado en otro lugar.[9]

Por supuesto, esta gran lengua común, que había estado sometida en fecha antigua, como todo el germánico, a la influencia del latín (ya he hablado de ello), sufrió luego otras varias influencias, sobre todo, sucesivamente, las del italiano, el francés y el inglés. Es el proceso de unificación de las lenguas de Europa del que he hablado.

Al tiempo, han continuado hablándose varias lenguas germánicas, de alto y bajo alemán, en la zona de la llanura del mar del Norte y el Báltico, en Baviera, en Alsacia y Lorena, en Suiza, etc. Y hay el *yiddismh*, lengua viajera de los judíos, como se sabe.

Con esto quedan fuera las otras dos «grandes lenguas» germánicas de las que he hablado. Me refiero, en primer lugar, al neerlandés (es decir, lengua de los Países Bajos), que en Holanda se llama *dutch*, palabra idéntica a *deutsch* «alemán» (esto es, «lengua del pueblo»); en Bélgica y Francia se llama flamenco. Se trata, simplemente, de un dialecto bajo alemán que al independizarse los Países Bajos del Imperio español se convirtió en lengua nacional —y desarrolló una cultura nacional—. Vicisitudes políticas, a saber, la creación de Bélgica (1830) y la incorporación a ella de una parte

de esta región (Gante, Brujas), hizo cambiar el nombre más que la realidad de la lengua. Mientras que al norte del Rin y del Mosela se hablan variantes germánicas que no son el neerlandés.

En fin, la lengua común neerlandesa viene de este contexto original: de la independencia y de una notable literatura. Ha habido, luego, influjo francés e inglés.

Finalmente, el inglés, tras aportaciones celtas y latinas (estas recurrentes y muchas de ellas cristianas, como he apuntado), nació de una fusión de dialectos germánicos nórdicos y occidentales previos a la segunda mutación consonántica del alto alemán: los jutos, los anglos, los sajones y los frisones de los que he hablado. También he mencionado las aportaciones posteriores danesas (a partir de las invasiones vikingas desde 787) y normandas (tras la invasión de Guillermo el Conquistador en 1066).

Todavía se distinguían, en el siglo VIII, los diferentes dialectos germánicos en algunas zonas de Inglaterra, y quedan huellas de ello. En otras continuaban hablándose dialectos celtas.

Hubo luego una fusión de los dialectos germánicos. En realidad, el inglés, conservado siempre por las clases inferiores mientras que los nobles hablaban el francés de los normandos, solo ocupó un primer plano, por una reacción nacionalista, desde el siglo XIII. Pero antes había habido ya testigos del antiguo inglés, como el poema épico *Beowulf*, de origen oral, que se fecha en el siglo VIII. Luego, pese a una intensa latinización desde el siglo XV, de la que ya he hablado, a partir del siglo XVI hubo un enorme esfuerzo para crear una lengua regularizada: en la ortografía (desde J. Hart, 1568) y la gramática (sobre todo B. Johnson, 1640), también en el léxico (sobre todo en el siglo XVIII, diccionario de S. Johnson). Todo ello sobre el modelo de las lenguas y gramáticas europeas, y, a su vez, sobre el modelo latino.

El inglés es, pues, una lengua mixta. Muy latinizada y afrancesada, y con un alto índice de innovación, en el sentido de la máxima simplificación morfológica pero de una complicada fonología.[10] Y con gran intervención culta en su plasmación definitiva.

Hubo, dentro de ella, la introducción desde el siglo XVI de nuevos términos italianos, franceses y españoles. El inglés, por otra parte, tuvo ya una importante literatura en este siglo.

Pero fue la expansión militar de Inglaterra la que llevó, desde el siglo XVI, a la implantación, luego el dominio o casi dominio, del inglés en Gales, Escocia e Irlanda. A partir de finales de este siglo, pero sobre todo desde 1607, llegó el inglés a América, cuyo dominio hubo de disputar a holandeses y franceses, aparte de los españoles. Y se expandió también, como se sabe, por todo el mundo. No solo como lengua hablada en muchos nuevos Estados de origen inglés a lo largo y ancho de él, sino como «segunda lengua» mundial. Hablaré luego de esto.

Por tanto, el inglés común o estándar es un dialecto un tanto diferente de las otras grandes lenguas que nos han ocupado. En parte es igual: es la lengua unificada de un reino y un imperio. Pero no deriva de un mínimo rincón, por circunstancias favorables, como las otras grandes lenguas. Es una lengua mixta y luego convertida en culta y adoptada por los reyes.

LAS GRANDES LENGUAS ESLAVAS

Está, ante todo, el ruso, pero también son importantes lenguas como, en el eslavo meridional, el búlgaro, el serbocroata (cuyos hablantes ahora tienden a considerar como dos lenguas aparte); y, en el occidental, el polaco, el checo, el eslovaco y el sorabo. Ya he dicho en otro lugar que en el oriental junto al ruso están el ucraniano y el ruso blanco.

Hemos estudiado ya, a lo largo del libro, las características más importantes de las lenguas eslavas: su tipología, su relación con el báltico, la introducción del alfabeto y el influjo cultural cristiano y griego en Bulgaria y el reino de Kiev (y latino entre los eslavos occidentales). Realmente, todavía en el siglo V d. C. los eslavos no eran otra cosa que una serie de tribus establecidas entre el Dnieper y el Vístula. Tribus que formaban alianzas, se desplazaban, combatían.

A veces, con el tiempo, se convertían en reinos de resultas de conquistas o unificaciones en torno a tribus y poblaciones varias. Y combatían o asimilaban a poblaciones diversas no indoeuropeas: finougrias, turcas (como los paleobúlgaros, los kazares, los mongoles, los tártaros), germanas (los vikingos sobre todo). Los eslavos eran la «cola» de las oleadas indoeuropeas,

una «cola» combatida o infiltrada por pueblos diversos y que llegó muy tarde a la sede que hoy le conocemos.

Solo con el tiempo fueron creándose reinos, como el búlgaro desde el año 681, antes el de la Gran Moravia, luego, desde el siglo x, los de Kiev y Polonia; son más tardíos los de Serbia (importante en el siglo xiv) y Moscú (lo fue desde el xv). Estos reinos fueron modelados, en parte al menos, por los influjos de la Antigüedad y la tradición cristiana. Se crearon palacios, así los de Plisca y Preslav, en Bulgaria, imitación de los de Constantinopla. Y ciudades, continuación de las romanas, como en Sofía y Plovdik en Bulgaria, o nuevas, como Praga, Cracovia y Poznan, de los siglos ix o x. Y surgieron una literatura (ya hablé de ella) y un arte importantes, continuador también él del bizantino. El más antiguo y esplendoroso fue el de Kiev, que allí llegó a través de Bulgaria. Pero hubo influjo latino en Occidente, como ya he dicho.[11]

De la existencia de estos reinos deriva, como en otros lugares, la existencia de lenguas nacionales o comunes. Son recientes, posteriores a la creación de los reinos en cuestión. Aunque a base de combinar el antiguo eslavo o eslavo eclesiástico, aquel al que Cirilo y Metodio tradujeron los Evangelios en el siglo ix, con variantes locales, cada vez más preponderantes. Todavía hacia el año 1000 las lenguas eslavas eran comprensibles entre sí, solo con la caída de los *yers* o vocales ultrabreves comenzaron a diferenciarse más y más.

Por otra parte, hay que tener en cuenta dos factores que afectaron a la diferenciación. Uno, el aislamiento del eslavo meridional, por causa de la interposición del húngaro y el rumano. Otro, el hecho ya mencionado del fuerte influjo germánico y cristiano occidental sobre una serie de lenguas, las eslavas occidentales.

Así, la creación de lenguas unificadas solo en parte siguió el modelo que ya conocemos, el de la extensión de una lengua local por causa de su poder político, militar o cultural. Solo este último factor lo encontramos en Bulgaria, en donde se escribió el eslavo eclesiástico, del cual derivó el búlgaro moderno. También influyó, como acabo de decir, en todas las lenguas (no en las de Occidente desde el cisma de Focio). En los demás casos nos encontramos, sí, con reinos, pero reinos que englobaban poblaciones y dialectos varios que solo poco a poco fueron unificados.

Reinos de fronteras cambiantes, a veces luego desaparecidos (el de la Gran Moravia y el de la Rusia de Kiev) o expandidos luego, así el de Polonia. En forma gigantesca, ya en fecha moderna, la Rusia de Moscú: desde Iván el Grande hasta finales del siglo xv, hasta Catalina, a finales del xviii. Lo que era un pequeño dialecto local, que introducía algunas formas en textos en eslavo eclesiástico en el siglo xi, se convirtió en una gran lengua mundial que eclipsó los dialectos de Kiev, Novgorod, Rostov (de donde en principio dependía Moscú) y a los demás.

Pero nunca llegó a haber un dialecto paneslavo, como el romano-germánico, que legó una lengua a Alemania, Austria y regiones limítrofes. La Rusia de Moscú llegó demasiado tarde para ello, pese a los movimientos paneslavistas. Había ya lenguas nacionales eslavas, las mencionadas y otras; algunas rechazaron, como ya sabemos, la religión ortodoxa, y rechazarían luego el protestantismo. Aunque la cultura occidental, y con ella elementos lingüísticos de la misma, penetró, con paso desigual, en los países eslavos; primero en Polonia, Chequia y Croacia, en Rusia desde el siglo xviii, a partir de Pedro I.

Ahora bien, sería conveniente señalar cómo los movimientos de creación de lenguas nacionales, el más exitoso el más tardío, el del ruso, fueron preparados a lo largo de la historia de las lenguas eslavas por una serie de acontecimientos que se sucedieron. Fueron, diríamos, una serie de ensayos.

A propósito de la difusión de la versión eslava del alfabeto griego y de la literatura, primero de traducción, luego propia, escrita con él, he expuesto las circunstancias del viaje a Moravia en el 863 de Cirilo y Metodio, llamados por el rey Rostislav, que pidió el envío de misioneros al rey búlgaro Boris, luego Miguel cuando se bautizó en el 865. Hemos visto que se trataba, en definitiva, de promover una cultura eslava con una iglesia y una lengua propias: de crear para los primeros reinos eslavos una lengua propia, basada en el eslavo eclesiástico recién creado y que era más o menos entendido por los hablantes de lenguas eslavas poco diferenciadas entre sí.[12]

Fue el reino de Moravia, pues, el primer gran reino eslavo y el primero que, con ayuda de los búlgaros, más próximos a los griegos, intentó introducir una lengua unificada basada en textos escritos. Pero Moravia —que en sus mejores momentos se extendía de Bohemia a Polonia— estaba sujeta a una gran presión por el Imperio romano-germánico. Los misioneros

fueron perseguidos y tuvieron que regresar a su patria, donde fueron acogidos por Boris, el futuro Miguel. No mucho más tarde, en el 906, el reino de Moravia desapareció, conquistado por los húngaros.[13]

En Bulgaria, en cambio, el movimiento tuvo éxito: se logró, tras arduas negociaciones con Roma y tras el cisma promovido por Focio en Bizancio, una iglesia autocéfala con lengua eslava propia. Esto culminó en la época del rey Simeón (893-927). Hubo una gran expansión en Macedonia y otros lugares, una asimilación de la población paleobúlgara (turca), el fin del poder independiente de la nobleza, la imposición del poder del rey sobre un Estado unificado y un gran surgimiento de las artes, las ciudades, la literatura. En Preslav sobre todo, también en Ocrida por obra de Clemente, discípulo de Cirilo. Ya he dicho algunas cosas sobre la literatura búlgara de traducción y las obras originales.

Pero Bulgaria tenía sus límites. El gran enfrentamiento con Bizancio terminó en la conquista bizantina en 1018; cuando Bulgaria fue restablecida en 1187 era ya demasiado tarde. Además, Bulgaria estaba separada de los eslavos del norte y este por una franja de Estados no eslavos, y al oeste tenía rivales en Macedonia y Serbia. Fue enorme el peso, sobre todas las lenguas eslavas, del eslavo eclesiástico y de todo el influjo grecocristiano que venía con él; pero, a la larga, las diferentes lenguas (también el búlgaro) fueron aligerando ese peso, introduciendo cada vez más las formas populares.

Así, la creación de lenguas nacionales eslavas en Estados unificados, centralizados y poseedores de una lengua literaria, modelo que ya conocemos, fracasó por dos veces. Aunque no del todo. Lo ensayado en Moravia se cumplió en Bulgaria. Y lo puesto ya en práctica en Bulgaria fue continuado en el reino de Kiev, como ya hemos adelantado.

En torno a Kiev fue unificado un vasto reino, en un espacio que llegaba de los Cárpatos al Báltico. Este Estado tenía antecedentes en tribus numerosas que formaban grupos tribales, así junto al Volga, y que se interpenetraban, pacíficamente o no, con los varangios escandinavos y los kazares turcos.

En este ambiente y aprovechando el vacío dejado por la Gran Moravia, fue el príncipe nórdico nombrado en eslavo Svyatoslav y muerto en el 972 el que fundó el nuevo Estado con sede central en Kiev, destruyendo a los kazares turcos y llegando al Volga. Fue su hijo Vladimir (980-1015) el que

creó una organización estatal y un código, se convirtió al cristianismo y abrió su reino al influjo cristiano-bizantino. Así siguió con su hijo Yeroslav, fundador de la catedral de Santa Sofía en Kiev.

Pero convendría recordar que, antes de todo esto, había habido un Kiev cristiano, con un obispado fundado por el patriarca Focio en torno al 864. Pero fue destruido hacia el 880 por un príncipe ruso, pagano, Oleg, venido de Novgorod. Siguieron Igor y su viuda Olga, madre de Svyatoslav: reintrodujo el cristianismo. Pero el reino de Kiev, tan cristianizado y helenizado y patria de una importante literatura, se desintegró a comienzos del siglo XII.

Fue sustituido por pequeños Estados independientes, el más importante el de Novgorod, fundado en 1136. Había resultado ser solo una etapa más en el camino de la creación de un gran Estado y una gran lengua eslava oriental.

Fue el tercer intento, también fracasado, de crear un gran reino eslavo, aunque este era ya solamente oriental, otros competían con él. Siguió un largo y peligroso período en el siglo XIII, con dispersión del poder, invasiones mongolas, dominio tártaro de la Horda de Oro en un vasto territorio. Fue ya en el XIV cuando comenzaron a levantar la cabeza las ciudades rusas, entre ellas Moscú, no la más importante de ellas hasta el siglo XV.

Pero antes de seguir hay que decir algunas cosas sobre las fases antiguas de las lenguas eslavas. Por una parte, había diferencia entre los alfabetos: el glagolítico predominaba, por ejemplo, en Bohemia; el cirílico, en Bulgaria y otros lugares; el latino se impuso en los países de influencia germánica, como ya sabemos. Por otra, dentro de textos en eslavo eclesiástico (que, por lo demás, han llegado a nosotros la mayor parte de las veces en manuscritos más recientes) aparecen, sutilmente, diferencias dialectales: en especial en la fonética, pero también en la morfología y en el léxico. Desde luego en Moravia, pero sobre todo en el eslavo oriental y, dentro de él, en el ruso de Kiev y en los rusos posteriores, en torno a Novgorod y luego a Moscú.[14] Los otros dialectos del eslavo oriental quedaron relegados a los márgenes del ruso.

Una vez más, fue la expansión militar de un reino que era en el comienzo una pequeña ciudad la que aseguró un vasto territorio, lo que trajo como consecuencia la necesidad de una lengua común. Una lengua que disciplinaba y unificaba la popular con la tradición del eslavo eclesiástico. El reino,

comenzado a principios del xv con Vasilio I y II, se expandió a finales del mismo siglo con Iván III (1462-1505) hacia el este, el sur y el oeste. Conquistó Novgorod y disputó las fronteras a lituanos y polacos.

Al contrario de lenguas comunes fundadas de una vez a partir de pequeños lugares —como el francés y el castellano— aquí hemos presenciado experimentos sucesivos para crear una lengua nacional común. Fueron varias: algunas desaparecieron, otras siguen hoy vivas. El ruso es, simplemente, hablado por el mayor número de personas y en la mayor extensión, también la lengua de la nación más poderosa de la zona.

Iván casó con una sobrina del último emperador bizantino y consideró Moscú, una vez caída Constantinopla ante los turcos en 1453, como la nueva Roma. Él y sus sucesores llenaron el Kremlin de catedrales y el país de monasterios de estilo bizantino. Se llamaron zares, del nombre del César. Rusia era un imperio.

Esta es la Rusia que, ya en el siglo xviii, Pedro I occidentalizó en torno a su nueva capital, San Petersburgo, en el Báltico. Y que Catalina expandió a costa de los tártaros y los pueblos de Siberia. Crearon una gran lengua unificada, que pronto tuvo una literatura propia, sometida a los influjos occidentales.

Hubo, pues, en el mundo eslavo una serie de intentos sucesivos para crear una gran lengua, sobre la base de un gran reino o imperio y con influjo primero bizantino, luego occidental. La línea principal es la que he trazado, hubo otras paralelas que crearon lenguas nacionales en Serbia, Polonia, Bohemia, Croacia, etc. Y desarrollaron literaturas, sobre todo en los siglos xiii y xiv: también, durante mucho tiempo, a base de traducciones y obras religiosas, pero también históricas, épicas, líricas y de sabiduría.

No hubo nunca una unificación lingüística de los eslavos, como tampoco de los germanos ni de los celtas. Igual que, disuelto el latín, las unificaciones lingüísticas que siguieron fueron diversas, alguna tan tardía como la de Italia. Y siempre, tanto en territorio latino como en el celta y el germánico, al lado de la lengua común, difundida por el poder regio y la literatura, quedaron otras más o menos sumergidas: dialectos o lenguas que seguían hablándose en sectores locales o sociolingüísticos o ambas cosas.

Ha habido, pues, en Europa, unificaciones lingüísticas secundarias de lenguas indoeuropeas y no indoeuropeas, en distintas fechas y lugares. Nun-

ca una unificación total dentro de ninguna gran rama lingüística. Todo estuvo condicionado por los poderes regionales cuando se hicieron amplios y la literatura (y el arte) acompañaban esa difusión. La lengua común de más amplia difusión fue la rusa, como he dicho, pero he señalado también que, pese a todo, quedó encerrada dentro de unos límites. Y con dialectos próximos al oeste y el sur.

Más allá, seguían lenguas nacionales eslavas que he mencionado. Y las bálticas, las germánicas, el rumano y el griego. La vía normal de expansión era hacia el este, a expensas de lenguas no indoeuropeas, hasta el Pacífico. Es lo que sucedió.

Pero hay una excepción, que es Grecia: allí hay una sola lengua unificada y común, cierto que en un espacio limitado. De ella voy a hablar, y de sus precedentes.

EL GRIEGO MODERNO

Imposible hablar del griego moderno, una lengua unificada identificada con el surgimiento del Estado griego en 1830, sin decir algo de sus precedentes antiguos y medievales. Tan imposible como hablar de las lenguas románicas sin hablar del latín. La gran diferencia es que el latín se fragmentó, junto con el Imperio romano, naciendo de él las diferentes lenguas románicas, mientras que el griego no se fragmentó. Y ello porque política y culturalmente el Imperio bizantino se mantuvo intacto, aunque disminuido, hasta 1453.

Esta es la gran diferencia. Y también otra: que las lenguas romances nacieron, está bien claro, de la fragmentación del latín hablado o popular, y hubo luego procesos secundarios de creación de lenguas nacionales en torno a las nuevas naciones y las nuevas culturas; y procesos de influjo del latín culto en las lenguas románicas y en todas las lenguas europeas. En cambio, el griego moderno heredó la unidad del griego culto o *katharévusa* de la lengua escrita bizantina, pero en realidad predominó en él la *dimotikí* o lengua popular, también con fuerte influjo de la primera. A veces, a partir del influjo del griego antiguo, ático o *koiné*, en todas las lenguas europeas. Ya he hablado de ello.

Y también de que la historia del griego —una lengua que ha pervivido hasta hoy, como el chino, desde el año 1500 a. C.— es sumamente compleja, con alternativas de dispersión y unificación. En mi *Historia de la lengua griega*, tantas veces citada ya, he hablado en detalle de ello. Aquí daré solo algunos rasgos generales.

En la Antigüedad el griego avanzó desde una multiplicidad de dialectos, ya locales y conocidos sobre todo por vía epigráfica, ya literarios e influidos en definitiva por Homero, hasta el predominio del jónico —un predominio también literario— y luego el del ático, la lengua de un gran imperio, la Liga Marítima ateniense. Una lengua de importancia política al tiempo que cultural. Pero Atenas, al final, perdió las guerras —contra Esparta, contra Macedonia y contra Roma— pero su dialecto triunfó. Se difundió por toda Grecia y por lo que era la expansión de Grecia al otro lado del Mediterráneo y en torno a él.

O sea: hubo un griego unificado por razones tanto culturales como políticas y militares. A partir de un momento fueron los macedonios, con Filipo, Alejandro y los demás, los que difundieron el ático, que en su variante, la *koiné*, se convirtió en lo que esta palabra significa: la lengua común. Con sus variantes hablada y escrita, y ambas, a su vez, con variantes a lo largo del tiempo y de las modas. Fue la lengua de las monarquías helenísticas y del Oriente griego del Imperio romano. Por tanto, en Grecia hubo el primer modelo, en Europa, de la implantación de una lengua común y general a partir de un poder político y un poder literario, si vale la expresión.

Pues bien, ya he adelantado que el modelo de la dispersión, el del latín y, también, de los troncos comunes del indoeuropeo —germánico, celta, eslavo, etc.— no funcionó aquí. Porque continuó, durante largos siglos, un poder político unificado: político y religioso, encabezado por el emperador y el patriarca. Sin duda, la reducción territorial del griego —primero con la pérdida de la India e Irán, por obra de indios, partos y sasánidas, luego de Egipto y casi toda Asia por obra de árabes y turcos— hizo que el imperio se concentrase en la defensa de sus fronteras, también la del norte, atacada por los búlgaros, dentro de un territorio reducido. Lejos de desintegrarse, floreció el griego culto otra vez desde el siglo IX y luego en el XIV.

Y el griego culto, la *katharévusa*, fue prácticamente la única lengua escrita, la popular la conocemos por pequeñas muestras. Y los dialectos po-

pulares locales apenas se escribieron, en realidad tuvieron un poco más de vida en las zonas alejadas del poder directo bizantino por obra de venecianos o de francos. Y por poco tiempo. Al contrario de lo que sucedió con los dialectos latinos vulgares, que crearon nuevas lenguas.[15]

Con todo, hubo un elemento ominoso en la historia de Grecia que pudo haber producido una dispersión dialectal paralela a la que provocaron, en España, la conquista árabe y la Reconquista. No fue así: el griego más o menos próximo a la antigua *koiné* se conservó, bajo la *turcocratía*, en la enseñanza religiosa y culta en general, al lado de la lengua popular. Y la rebelión contra el turco fue cosa de diez años, de 1820 a 1830, no como en España, donde la Reconquista duró casi ocho siglos y marchó a su paso en cada región. Y el latín no existía sino entre los cultos, dominaba la lengua vulgar o popular, con sus variantes.

Así, cuando, tras el dominio bizantino y luego el turco, llegó una nueva unidad, la de la Grecia moderna, que los europeos veían como una nueva Grecia antigua (los griegos más bien como un nuevo Bizancio), junto a este nuevo poder unitario hizo falta una nueva lengua también unitaria. Esta fue el que llamamos griego moderno, en realidad una síntesis de dialectos populares de tipo meridional, en torno al griego de Atenas, donde, tras Nauplion, se estableció la capital.

No es cuestión de recordar aquí la larga lucha entre los partidarios de la *katharévusa* y los de la *dimotikí*, con el triunfo de estos, pero con admisión de formas abundantes de la lengua culta. Los dialectos locales han continuado, pero están en decadencia y no tienen fuerza para discutir al griego unificado el papel central.

Ha habido, pues, una unificación a partir de elementos varios, unificación vinculada, una vez más, al poder político y al uso literario. Aunque en este ha habido y hay variantes.

CONCLUSIONES

He hablado de «grandes lenguas» por un criterio relacionado sobre todo con el número de hablantes, que con frecuencia va unido al peso político y cultural de lenguas y naciones en la historia mundial. Son criterios que

pueden resultar, en alguna medida, subjetivos. El hecho es que, a lo largo de la historia, ha habido una evolución relativamente uniforme (pero no en la cronología) en el panorama evolutivo de las lenguas de Europa.

Podemos seguir estas lenguas más o menos retrospectivamente hasta estadios primitivos en que pululaban pequeñas lenguas tribales o de grupos de tribus, lenguas emparentadas dentro de vastos grupos que llamamos «griego común», «germánico común», «eslavo común», etc. Grupos con toda clase de transiciones internas y de transiciones entre unos grupos y otros. He dado ejemplos.

Este estadio tribal era de cronologías diferentes: en torno al 2000 a. C. el del griego, al 500 d. C. el del eslavo. Esas diferencias dependen a su vez de la cronología de las invasiones asiáticas, que son la base de nuestras lenguas europeas: son casi siempre de pueblos indoeuropeos (pero no los mismos que bajaron a Anatolia, Irán y la India), a veces ya sabemos que no indoeuropeos.

El caso es que hemos de contar con agrupaciones de tribus y de sus dialectos, con escisiones también. Pero no podemos trasladar a fecha antigua estadios en que la lengua está al servicio de una nación, un Estado o un reino y de su cultura, en que esa lengua se escribe y está muy normalizada. Este segundo estadio es el que se alcanzó primero en Grecia, aunque un griego usado por todos y normalizado llegó solo con el ático y la *koiné* helenística; y luego en Roma, sobre todo a partir del siglo II a. C.

El nuevo griego común —para distinguirlo del prehistórico, conjunto de dialectos próximos situados al norte de Grecia y que luego, a partir del año 2000 a. C., penetraron en ella— nació, como he dicho, de la superioridad cultural de Atenas, imitada por todos, y de la potencia militar y conquistadora de macedonios y griegos. Paralelamente, el latín de Roma, puramente local al principio, se convirtió en la lengua de Italia y de gran parte de las naciones mediterráneas a partir de las conquistas de Roma, sobre todo desde el siglo III a. C. Y del crecimiento de su cultura, una cultura helenizada, sobre todo desde el siglo II a. C.

Estas lenguas escritas y más o menos regularizadas, cuyo conocimiento significaba el acceso a niveles sociales superiores y que eran las lenguas de la administración, el poder y la cultura, surgen siempre de forma más o menos semejante. Porque lo que sucedió cuando se crearon el griego común y el latín se repitió luego en la Edad Media y aun después: surgieron

reinos o Estados que necesitaron una lengua común, fijada y unitaria, simplemente para funcionar. Estas lenguas regularizadas y cultas corren siempre parejas con el poder político, militar y cultural que se expande a partir de puntos generalmente muy concretos.

Aunque, como hemos visto, hay variantes. El proceso de creación de una lengua de civilización como el latín —en lucha, por supuesto, con otros pueblos y otras lenguas— se repitió, como hemos comentado, en lugares tan distantes como París o la Castilla inicial o Moscú. Claro que en unos casos a partir de la desintegración del latín, seguida de estas nuevas integraciones; en otros, de grupos de dialectos germánicos o celtas o eslavos. La base es diferente, pero siempre se trata de lograr una vasta integración territorial, social, cultural y política.

Y existe la variante de cuando el modelo lingüístico común es secundario, como cuando el alemán de Lutero se impuso en un Imperio romanogermánico preexistente o el florentino se impuso en una Italia que, al menos en la visión general, existía como una unidad desde la Antigüedad.

Esta es la línea que he querido trazar, haciendo ver que no se trata de méritos o deméritos de las lenguas, la suerte de estas ha dependido de la de sus sociedades y de si estas se han organizado de una manera o de otra. Han podido, así, perderse algunas lenguas, como tantas europeas de las que he hablado.

Y las lenguas nacionales han podido crecer o menguar, ser «grandes lenguas» o no, según las vicisitudes de la historia. A veces la gran lengua común se ha creado de golpe, ha crecido luego; otras ha habido ensayos varios, unos desaparecidos, otros con un papel histórico hasta hoy mismo.

Pero, tras el griego y el latín, ha habido un largo período sin nuevas lenguas comunes: estas comenzaron, como lenguas escritas y regularizadas, con el eslavo eclesiástico y el anglosajón, en el siglo IX. Siguieron otras, hasta el siglo XVIII (el ruso) y el XIX (el italiano).

En cambio, otros dialectos o conjuntos de dialectos, por falta de una base de poder político, se quedaron en meras variantes o dialectos locales, socialmente minusvalorados, cuyos hablantes poseen al tiempo o intentan poseer la gran lengua nacional creada más tarde, la lengua común. Claro que esas valoraciones pueden cambiar con el tiempo y la lucha lingüística (y no lingüística, la lengua no va nunca sola) puede renovarse cuando parecía acabada.

Pero no quiero que dé la impresión de que la lengua sea una consecuencia directa del poder. Más bien es indirecta: la expansión de una lengua se hace más bien por necesidad social, deseo de integración. Como hoy aprendemos el inglés porque nos es necesario, así se extendió gradualmente el castellano por España. Y luego por América, no ya por unos pocos decretos. Un caso entre los varios que hemos estudiado.

Con el crecimiento y decadencia de los Estados sus lenguas crecen y menguan. Aunque también hay excepciones. Como la del griego, superviviente de tantas derrotas, recreado como lengua común una y otra vez. Y hay las naciones que se han independizado de España o Portugal o Inglaterra y han preferido, aquellas que reunían determinadas circunstancias, continuar hablando las lenguas de sus antiguas metrópolis.

Aunque no deja de haber tensiones en, por ejemplo, México, entre el español y las lenguas indígenas; o en España entre el español y las otras lenguas. La decadencia del poder político central (y el surgimiento del regional) se refleja en los problemas de la lengua española, por poner un ejemplo.

La lengua es un elemento de poder político y social, y las poblaciones tienden a adaptarse a la que más les interesa desde estos puntos de vista y también desde el cultural. Se puede también, naturalmente, elegir el bilingüismo o el poliglotismo. Y hay, por supuesto, las reacciones sentimentales y nacionalistas, sobre todo desde comienzos del siglo xx. Es pronto para decir en qué medida, allí donde las hay, se impondrán con ayuda de presiones gubernamentales o si cederán ante otras fuerzas, sin duda crueles, que han estado presentes tantas veces en la historia lingüística.[16]

En todo caso, creo que ofrece interés estudiar el desarrollo de las unificaciones (y disgregaciones) lingüísticas en Europa, sus crecimientos y decadencias.

Por otra parte, lo que ha sucedido y sucede en Europa no es sino algo paralelo a lo que sucede y ha sucedido en todo el mundo. Aunque Europa ha sido pionera en la creación de un nivel nacional, que incluye una lengua común (a veces más de una) y que supera el estadio tribal, y el de la confusión de montones de dialectos dentro de un amplio territorio sin unidad política. Es algo que primero se logró en Grecia y Roma, luego, paso a paso, en la Edad Media. Y más tarde: la última de las grandes unificaciones lingüísticas fue la de Italia.

En este caso y en otros, como el de Bulgaria, el proceso cultural ha ido por delante del político y el del poder, otras veces han ido juntos. Como cuando Nebrija decía que «la lengua es compañera del imperio». Seguramente pensaba en Roma, no solo en Castilla.

Hay que insistir a este respecto en que la noción de nación con un Estado supratribal y dotado de una lengua regularizada y escrita solo poco a poco, y muchísimas veces por imitación, ha surgido en otras partes del globo.

Desde los griegos, Europa ha guiado estos procesos, dentro de los cuales la lengua es solo uno de los factores. Importante, desde luego.

Todo esto no es obstáculo para hechos como los problemas entre las lenguas, su influjo recíproco y el influjo general de elementos griegos y latinos que hemos estudiado y cuya aceptación ha marcado durante mucho tiempo las fronteras de Europa. Ahora las rebasan con frecuencia.

2

LA EXPANSIÓN FUERA DE EUROPA DE LAS LENGUAS EUROPEAS

VISIÓN GENERAL

Europa, como ya he dicho al comienzo, no es un concepto lingüístico, habla lenguas procedentes de Asia, indoeuropeas sobre todo y algunas no indoeuropeas, pero unas y otras emparentadas con lenguas habladas en vastos sectores de Asia. En la medida en que las lenguas de Europa están relativamente próximas, desde un punto de vista lingüístico, es por procesos evolutivos a veces no solo europeos, a veces sí exclusivamente europeos (al menos hasta un momento). Y por otros, también europeos, de base fundamentalmente cultural griega y latina.

Europa, aparte de la geografía, se ha ido creando como una unidad cultural: una unidad con varias evoluciones y varias escisiones, por lo demás. Nunca ha llegado a ser una unidad política (aunque en alguna medida lo es ahora). Pero la evolución cultural y la política han influido en la evolución de sus lenguas.

Hemos visto que estas lenguas solo gradualmente fueron penetrando de este a oeste, luego de norte a sur. Evolucionando, al tiempo, a través de estadios que hemos estudiado. Pero, sobre todo, creciendo: en espacio geográfico, hablantes, cultura.

Las primeras grandes lenguas de cultura fueron, como sabemos, el griego y el latín; excuso repetir sus escisiones y unificaciones, los influjos secundarios que ejercieron. Pero sí insisto en que ocupaban, en un comienzo, espacios reducidos, hubo luego una enorme expansión lingüística al tiempo que cultural y política. El mundo griego y el Imperio romano fueron las primeras Europas. Pero Europa creció más en la Edad Media con los Estados y las lenguas que sabemos, que atravesaron

diversas fases hasta cristalizar en lenguas nacionales, en algunas ocasiones grandes lenguas.

Bien es verdad, también, que Europa y sus lenguas se encogieron a partir de un momento por la presión, en el este y el sur, de árabes y turcos. Luego hubo parciales reconquistas. Al final, quedó reducida a lo que es ahora.

Pues bien, lo que quiero apuntar es que esas lenguas que dominan ahora, sobre todo algunas de ellas, Europa, venidas de fuera de Europa, han saltado más allá de ella. El ímpetu expansivo de los indoeuropeos (y de los otros pueblos a que he hecho referencia) no se agotó en Europa y en sus guerras y avances culturales, ni en la implantación de sus lenguas. Ya he hablado de cómo el ruso se extendió por Asia: rebasó por el norte a lenguas como el mongol, el chino, el manchú y el coreano, se sobrepuso a lenguas varias finougrias, altaicas y otras, llegó al Pacífico. Es, en realidad, una nueva invasión indoeuropea.

Esto por vía terrestre, hacia el Oriente, por el norte de la barrera de viejas civilizaciones, como la china. En Asia Menor, Siria, Palestina y África, los indoeuropeos y sus lenguas, lejos de avanzar, retrocedieron ante árabes y turcos, que les cerraban el paso. Les quedaba el océano: bien para rodear África con sus barcos, saltando el obstáculo y llegar a la India y las islas de las Especias, como hicieron los portugueses en el siglo xv; bien para surcar el Atlántico hasta América y luego más allá.

Son las exploraciones y conquistas iniciadas por Castilla y continuadas por otros pueblos europeos desde el descubrimiento de América en 1492. Es como si, esta vez, los indoeuropeos hubieran seguido su camino hacia el oeste cruzando el mar con sus caballos y sus guerreros.

La cultura europea, resultado de la expansión de nómadas asiáticos fundamentalmente indoeuropeos, pero no solo indoeuropeos, es algo único en la historia del mundo. Puede compararse, ciertamente, con la expansión de árabes y otros semitas, o la de hunos, turcos y tártaros. Pero la de los indoeuropeos fue más lejos geográficamente. En Eurasia, se extiende de Irlanda a Kamchatka; en Europa hacia el Occidente, de Sevilla a Filipinas, de Lisboa a Malasia, de Londres a casi el mundo entero.

Y no solo es cosa de extensión, la cultura islámica se extiende de Marruecos a Indonesia. Añadió, además, una nueva onda de progreso individualista y científico que venía de griegos, romanos, cristianos y medievales

y que no solo creaba nuevas comunicaciones, mercados y naciones, sino que penetraba de una manera u otra en las demás culturas, que la aceptaban en una u otra medida o bien la rechazaban, también en forma variable (a veces brutal).

Esta cultura indoeuropea, recreada en Europa y expandida fuera, fue, en definitiva, la promotora de la globalización. En realidad, ensayada previamente, en escala más reducida, a partir de los griegos. Es un fenómeno de unificación económico-cultural, no estrictamente político, pero en alguna medida político. Pues bien, esta cultura llevó fuera de Europa a varias de sus lenguas, mediante una serie de fenómenos que he estudiado en un libro anterior ya citado.[1] Aquí no hago sino recordarlos:

1. Exploraciones ultramarinas que crearon puntos de apoyo para el comercio y la expansión económica, guerrera y religiosa, también lingüística. Aunque las lenguas europeas eran, fundamentalmente, las de las élites también europeas: el portugués, el holandés y el francés en Asia, el inglés, el francés y el holandés en islas y puertos de América. Los indígenas conservaban, en general, sus lenguas.

2. Vastos espacios de expansión ultramarina de las metrópolis, convertidas luego, antes o después, en naciones independientes de lengua europea. Así las españolas y portuguesas en América, las inglesas en Norteamérica, Sudáfrica, Australia y otros lugares, las francesas en Canadá. Hubo, claro está, lucha entre unas y otras potencias europeas. En este caso han dominado y dominan las lenguas europeas, pero las indígenas han perdurado, en ocasiones, también.

3. Colonias propiamente dichas, en las que vivía un pequeño núcleo de administradores y colonos europeos y una vasta población indígena, dentro de la cual una élite más o menos amplia aprendía la vida europea. Hay que añadir los misioneros.

A finales del siglo XIX casi todo el mundo consistía en Europa más las nuevas Europas más las colonias europeas, con excepciones como China, Japón, Tailandia, Turquía y pocas más. Ciertamente, las colonias se fueron independizando, sobre todo, después de la primera guerra mundial, y las que quedaban después de la segunda. Pero la independencia, llevada a cabo por las minorías europeizadas, no disminuyó, sino al contrario, las culturas europeas y el uso de las lenguas europeas.

4. La emigración. Las penosas condiciones de vida en algunos países europeos impulsaron a que millones de emigrantes, desde finales del siglo XIX sobre todo, se marcharan a América y a otros Estados de población europea (Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica). Estados Unidos recibía, por ejemplo, polacos, italianos, judíos, alemanes, etc.; Argentina sobre todo españoles e italianos; Australia, ingleses y griegos. Estos grupos asimilaron, con más o menos problemas, la lengua dominante. Y contribuyeron, con su trabajo, a hacer prosperar sus naciones de elección.

5. El influjo de la cultura y las lenguas europeas no siempre necesita del traslado físico de los individuos, que por otra parte es más simple gracias a la facilidad de los viajes. Ya he hablado de las lenguas culturales, el francés, y ahora, sobre todo, el inglés: está presente en todo el mundo. Y habría que hablar de los diversos medios de difusión, entre ellos la televisión, que ha hecho caer tantas barreras nacionales y políticas.

Las lenguas europeas son un componente central, hoy, de una cultura universal de raíz también europea, pero ya globalizada o universal más que europea. A veces su influjo llega no a partir de Europa, sino de Norteamérica o la América española o el Brasil.

Naturalmente, no es que la globalización y la difusión de las lenguas europeas no encuentren barreras. Las hay, e importantes, en todo el mundo y dentro de Europa, que dista mucho de poseer una homogeneidad cultural. Pero no es este el lugar para hablar de este tema, me refiero a él en mi libro anterior. Ni del tema del impacto lingüístico global de nuestras lenguas: unas veces haciendo desaparecer lenguas, otras reduciéndolas a niveles sociolingüísticos inferiores,[2] otras veces influyendo en ellas de varios modos. Esto necesitaría un estudio especial.

DETALLES PARTICULARES

EL PORTUGUÉS

Esta expansión fue iniciada por Portugal, una vez que se liberó de los musulmanes y conquistó Ceuta en 1415. El impulso ultramarino fue, por así decirlo, una continuación de la Reconquista, igual que en España. Los gue-

rreros y navegantes, el espíritu de aventuras, el deseo de ganancias y de evangelización movió las primeras expediciones portuguesas, impulsadas por el príncipe don Enrique el Navegante desde en torno a 1418.

Acabada la reconquista portuguesa antes que la española, no había tierra infiel que conquistar: Marruecos era una presa demasiado difícil, eso lo experimentaron pronto los portugueses, pese a su conquista de Tánger, y más tarde con la muerte del rey don Sebastián en Alcazalquivir. Los portugueses se volvieron hacia el Atlántico, donde conquistaron Azores y Madeira, islas deshabitadas, desde 1445 (habían fracasado en Canarias).

Pero se volvieron, sobre todo, a contornear la costa de África, con intención de llegar a las míticas islas de la Especiería evitando el largo y peligroso camino a través de los turcos y otros pueblos del Asia continental. A la muerte del príncipe, en 1460, habían explorado la costa hasta Sierra Leona.

Son conocidas las sucesivas etapas de exploración. Diego Cão llegó a la boca del Congo en 1482, hubo allí hasta un rey convertido al cristianismo; pero aquí no hubo perspectivas de futuro, las navegaciones siguieron hacia el sur hasta que Bartolomeu Dias dobló en 1488 el cabo de Buena Esperanza. Sustituyeron el reino de Angola por el de la Angola portuguesa (Luanda fue fundada por Paulo Dias en 1576). Pasaron los portugueses a la India y la Especiería: se establecieron en Madagascar, Goa (Alfonso de Alburquerque, 1510), Malaca y las Molucas, entre otros lugares. Llegaron hasta Cantón y se establecieron en Macao y las Molucas (desde 1492). Goa y Macao fueron las bases para los intentos de Francisco Javier de evangelizar Japón y de Ricci de evangelizar China.

El Tratado de Tordesillas (1492) permitía a los portugueses todas estas exploraciones e incluso, sin duda por un error cartográfico, la de una parte de Brasil, adonde llegó Álvarez Cabral en 1500. Ya estaba fundado el gran Imperio portugués, que estableció contactos con toda la India desde la llegada de Vasco de Gama a Calcuta en 1497.

Lingüísticamente, la exploración y conquista de Brasil fue la más importante para la lengua portuguesa, pues en Asia sus puertos mercantiles y lugares fortificados fueron cayendo poco a poco en manos de los pueblos indígenas. Los últimos fueron Goa y Macao, ya en la segunda mitad del siglo xx; también adquirieron la independencia las colonias de Angola y Mozambique en el mismo siglo. Y antes Brasil, a comienzos del xix, en

el mismo movimiento que arrastró a las colonias españolas tras las guerras napoleónicas.

Pero Brasil continúa siendo ahora el gran centro de la lengua portuguesa, muchísimo más poblado que la metrópolis, que solo aporta unos doce millones de personas a un total de hablantes de portugués que rebasa los doscientos millones. La mayor parte en el Brasil, donde el portugués domina, aunque junto con él se hablan lenguas descendientes de las africanas de los antiguos esclavos y lenguas indígenas, como el guaraní en el sur y muchísimas en la Amazonia.

El sistema gráfico del portugués del Brasil difiere del continental, y hay algunas diferencias de pronunciación, como la velarización de la *l*, pronunciada como *u (sow > sol)*, la palatalización de *t* y *d* ante *i* y *e (dentchi > dente)*, la relajación de vocales inacentuadas, etc. Hay, también, variantes léxicas bastante numerosas. Pero se trata, en todo caso, de una misma lengua, sin problemas de comprensión. Se pueden dar, también, en Brasil conferencias en español, que es perfectamente seguido, mejor que en Portugal, pues su sistema vocálico está más próximo al nuestro.

Pero no se trata solo de Portugal y Brasil. El portugués es lengua oficial, también —hablada más o menos según los casos— en islas de Cabo Verde, Guinea Bissau, islas de Santo Tomé y Príncipe, Angola y Mozambique.

EL ESPAÑOL

No es este el lugar adecuado para entrar en el detalle de la expansión de Castilla por el Atlántico, América y Oceanía, aunque del español, por supuesto, sí que tenemos que hablar.[3]

El hecho es que la expansión española, un poco posterior a la portuguesa, procede de las mismas circunstancias tras la Reconquista: buscar nuevos espacios más allá del mar y asentamiento y riquezas para poblaciones guerreras constreñidas a estrechas limitaciones de vida y ascenso social en la Península; ímpetu misionero también. Todo ello comportaba, al plazo que fuera, la expansión de la lengua castellana, porque se trataba de empresas de Castilla (que incluía el País Vasco). La expansión mediterránea de Aragón era sustituida por la atlántica de Castilla.

Hubo un prólogo que fue la conquista de las islas Canarias, en competición con Portugal, de 1406 en adelante y reconocida por el Tratado de Alcáçovas en 1479. Después vino el Descubrimiento de Colón en 1492, seguido de los otros tres viajes y de los ulteriores descubrimientos y conquistas. Las etapas fueron, como se sabe, tras San Salvador (Guanahami), La Española y Cuba, más una serie de navegaciones y conquistas en el Caribe, Panamá (1513, descubrimiento del Pacífico por Núñez de Balboa, Río de la Plata), exploraciones de Norteamérica (desde 1499), circumnavegación de la Tierra (1419-1422, por Magallanes y Elcano). Pero la culminación llegó con la conquista de los grandes imperios indígenas: de México por Hernán Cortés (1519-1521) y del Perú por Francisco Pizarro (1531-1533), continuada por la de Chile por Pedro de Valdivia (1540-1543). Hacia la mitad del siglo, tras las dos fundaciones de Buenos Aires (la primera en 1536), puede darse por concluida la conquista.

Siguió la llegada de nuevos pobladores. América no fue nunca una colonia, eran territorios de Castilla administrados por virreyes y con organismos e instituciones calcadas de las españolas. También instituciones culturales como las universidades y la imprenta.

Esta fue la gran expansión castellana hacia occidente, continuada luego por portugueses, holandeses, franceses e ingleses. Un nuevo continente, al comienzo confundido con Catay y Cipango —Asia—, quedaba abierto a los europeos, que expandieron en él su cultura y, por supuesto, sus lenguas. Llegaron a un mundo nuevo, que he llamado prehelénico (y, por supuesto, precristiano), con infinitas culturas y lenguas. Iba de lo tribal a los grandes imperios mexicano y peruano con sus lenguas correspondientes, el nahuatl y el quechua.

Era como cuando el empuje indoeuropeo chocó con las grandes culturas semíticas y otras de Asia y África. En realidad, las lenguas y culturas de América venían de las asiáticas, a través del estrecho de Behring, cruzado sobre el hielo en fechas que se sitúan entre 30000 y 15000 a. C.: un momento bastante reciente. Aunque no faltan quienes proponen que hubo, también, navegaciones desde Asia a través del Pacífico, que habrían introducido formas culturales semejantes.[4]

Naturalmente, había entre los indígenas y los recién llegados una comunidad humana general. Mitos, ritos, lenguas tenían una base común, de la que he escrito.[5] Pero era como si llegara un nuevo mundo.

América se incorporaba a Europa, a través de Castilla y las demás naciones. Vastos espacios eran prolongación de las naciones europeas. Luego serían, con el tiempo, independientes, pero mantendrían su lengua y su cultura.

Las lenguas europeas se imponían, no sin quedar restos importantes de lenguas indígenas, en forma de substrato lingüístico o de lenguas únicas de algunas poblaciones.

Pero estoy hablando de Castilla y del español. Antes de seguir adelante, hay que dar alguna noticia sobre los límites de su extensión:

a) Por el este, este límite está en la expansión del portugués en Brasil, del que ya he hablado anteriormente. Y el empuje naval de varias potencias europeas, en los siglos XVI y XVII, contra el Imperio español, dejó poblaciones de habla francesa, holandesa e inglesa en varias islas del Caribe y en las Guayanas.

b) Hacia el oeste, las varias empresas navales españolas, a partir de la de Magallanes, empresas destinadas en último término a disputar a los portugueses su dominios de las islas de las Especias, fracasaron en definitiva. Tras gran derroche de heroísmo, Castilla tuvo que renunciar al oriente cuando Carlos V, en el tratado de Zaragoza (1529), firmó esa retirada mediante una compensación económica. Solo quedaron Guam y Filipinas, estrechamente unidas a México mediante el llamado galeón de Manila y que mantenían el contacto económico y humano con China.

c) Hacia el norte, Florida, Texas, Arizona y California, adonde había llegado la conquista española en varios momentos, se perdieron ante la presión norteamericana. El golpe decisivo y peor fue el Tratado de Guadalupe-Hidalgo de 1848, en que México cedió una vasta extensión de territorio, de California a Texas.

Todo esto incide, naturalmente, en la reducción de la extensión del español, que en otro caso habría sido mayor. Otra cuestión es la de su implantación en la América española tal como quedó en definitiva. Y es, junto con la del portugués, una excepción: solo estas dos lenguas han logrado implantarse en América, al lado del inglés. Y ello pese al terrible hostigamiento al que las naciones españolas y la portuguesa de América estuvieron sometidas por ingleses, holandeses y los mismos franceses.

Por supuesto, no es este el lugar de estudiar a fondo el influjo en él de las lenguas indígenas (sobre todo en el léxico, aunque no se excluyen al-

gunas influencias fonéticas y otras), ni el de los rasgos andaluces (no todos los aceptan) del español de América ni el de las variantes dentro de él. Para esto hay que acudir a la bibliografía especializada,[6] como para el caso del léxico moderno, con los anglicismos,[7] y los indigenismos y el nuevo léxico.[8]

Sí quiero delinear, por lo menos, lo que fue el proceso de implantación del castellano. Un proceso difícil, en un contexto en que la población llegada de la Península era un 1 o 2 % del total, había una gran multitud de lenguas diferentes y la evangelización, que en toda la documentación figura como el objetivo primordial de la conquista, tendían a hacerla los frailes en las lenguas indígenas —lo consideraban como la única posibilidad—. Las difundían con ayuda de la imprenta, a veces ayudando a expandirlas, como en el caso del nahuatl, el quechua y el guaraní.

Llegaron, algunos, a amar estas culturas, a dejarnos recuerdos imborrables de ellas, fray Bernardino de Sahagún es el caso más ilustre, pero hay muchos otros sin los cuales nada sabríamos de las literaturas y las culturas indígenas.

En fin, la situación de un puñado de españoles no era fácil: una gran lengua unificada y culta se impuso, como el latín a los germanos. Por otra parte, solo muy raramente hubo una política de imposición del castellano sobre las lenguas indígenas. Ni menos una política hostil a las nuevas poblaciones, pese a que apenas soportaban las enfermedades de origen europeo y la vida de trabajo reglamentado que se les imponía y que era ajeno a su cultura. Quedan aún hoy día unos cuarenta millones de indígenas, sin contar los mestizos: imposible calcular el número de los que no conocen o conocen mal el español.

Por otra parte, la independencia lograda a comienzos del siglo XIX por las naciones americanas en absoluto fue contra el predominio del español, al contrario: este creció enormemente, impulsado por los criollos que habían hecho aquella revolución.

La multiplicidad de lenguas indígenas fue una sorpresa para los primeros descubridores y conquistadores y un problema para los misioneros y los administradores. Hubieron de arrostrarlo. El papa Alejandro VI había concedido a los Reyes Católicos la posesión de las Indias (bula *inter coetera*, 1493) a cambio de «adoctrinar a los dichos indígenas en la fe católica».

Hay innumerables cédulas que insisten en esto, lo que planteaba el problema de la lengua. Aunque la situación era ambigua, en su diario Colón hablaba de que los indios aprendieran la lengua de los cristianos y sus costumbres. Los frailes, en general, intentaron la vía contraria: aprender ellos las lenguas indígenas.

En fin, se podría hablar largamente tanto de los fracasos en la mutua comprensión (como el de fray Bernardo Boil, que acompañó a Colón en su segundo viaje), como de los éxitos: el aprendizaje de los niños en contacto con niños indígenas, como el del que fue luego fray Alonso de Medina, estudioso de estas lenguas. Y de las vacilaciones de las autoridades españolas: en 1516 Carlos V recomendaba a los jerónimos que instaran a los caciques a hablar castellano y luego en 1550 decía lo mismo al virrey de Nueva España, pero Felipe II exigía que los frailes misioneros hablaran las lenguas indígenas. Solo en el siglo XVIII, con Carlos III y el arzobispo Lorenzana, la presión castellanista se hizo más fuerte, con argumentos ilustrados.

En fin, en un trabajo de F. González Ollé[9] pueden encontrarse muchos más datos. Y otros que sugieren que fue, fundamentalmente, el trato humano, la necesidad de entenderse con los españoles y de vivir en la sociedad que ellos creaban lo que hizo extenderse su lengua. Sabemos que al llegar Colón en su segundo viaje encontró ya a indios que hablaban español, sabemos del aprendizaje infantil de niños de ambos orígenes que convivían, de los frailes que a su vez aprendían, de que en Cuzco en 1699 casi todos hablaban español, de que cuando la sublevación de Tupac Amaru en 1780 su propaganda la hacía en español.

Son las necesidades sociales y culturales las que han hecho difundirse las lenguas. De viva voz y, también, por escritos leídos por los indios que comenzaban a ilustrarse. Los hijos de nobles aprendían el latín en el colegio de Tlatelolco en México, ellos y muchos más, por pura necesidad, el español. Cierto que los frailes publicaban gramáticas de lenguas indígenas y hacían que algunas de estas lenguas se expandieran, pero era sobre todo con la finalidad de aprender ellos mismos, de poder predicar.

Los indios fueron más realistas, se dieron cuenta de las ventajas de aprender el español: de hablar una lengua común a todos, en todos los lugares y en todos los niveles sociales. Pronto hubo indígenas que fueron es-

critores en español, tanto en México como en Perú y luego en otros lugares, es bien sabido, sus nombres son bien conocidos a partir del Inca Garcilaso.

En realidad, son las clases más cerradamente indígenas, sin ningún tipo de trato con los españoles ni posibilidad de ascenso social, las que se mantuvieron aparte —pero acabaron todas por cristianizarse muy fuertemente—. Muchos se hicieron bilingües o hispanohablantes. Ahora hay un cierto resurgir de algunas lenguas indígenas, dentro del ambiente del que ya he hablado a favor de las antiguas lenguas relegadas.

Los criollos, descendientes de españoles, siguieron manteniendo, tras la independencia, la lengua española; y no en una nación, en todas. Es el único vínculo universal que reconocieron y reconocen con España, aunque hayan existido o existan diferencias políticas y otras. La Real Academia Española es el único organismo español cuya autoridad se reconoce en América.

Todo esto no depende de ninguna presión, solo de hechos culturales y sociales: el español proporciona un instrumento de comunicación que es esencial. Es el mismo fenómeno que hemos aprendido a conocer cuando se han creado y difundido lenguas comunes dentro de Europa. La creación española y la difusión americana de esta lengua común están cronológicamente mucho más distanciadas de lo que hemos visto dentro de Europa.

Así, el español, hablado por unos 550 millones de personas, unos 400 millones en América, no solo sobrevivió a la fragmentación política del Imperio español, creció y crece tras ella. Inútil repetir aquí la lista de naciones americanas en las que el español es la lengua oficial (al lado, a veces, de lenguas indígenas). Los temores a una fragmentación se han revelado falsos, las circunstancias son muy diferentes a las del Imperio romano decadente. Eso no obsta para que haya diferencias lingüísticas internas —como las hay dentro de la propia España.

A las naciones de América (también Puerto Rico y Bélice) hay que añadir la Guinea Ecuatorial y Filipinas (donde existen factores desfavorables). Y, naturalmente, los miembros de la importante minoría hispanohablante de Estados Unidos, más de treinta millones de personas.

Y el judeoespañol, un castellano arcaizante hablado por los descendientes de los judíos expulsados de España por los Reyes Católicos en 1492. Viven sobre todo en Grecia, Líbano, Israel y Turquía: unas 300.000 personas.

EL FRANCÉS

También el francés es una lengua mundial, aunque sea en forma diferente. Aparte de que en Bélgica, Suiza y otros lugares desborda las fronteras de Francia, esta ha desempeñado, como he recordado varias veces en anteriores ocasiones, un papel esencial en la ciencia, la cultura y la diplomacia en todo el mundo. Ha sido la segunda lengua europea para generaciones enteras, aunque ahora esto es verdad, sobre todo, para la generación de los abuelos de hoy. Y más en el este de Europa que en ningún otro lugar. Ha movido toda la ciencia y la literatura universales, sigue siendo importante en ellas.

Ahora bien, países de lengua francesa que existieron en un momento en Norteamérica solo subsisten en alguna medida y sin independencia política. En Norteamérica existieron la Nueva Francia, hoy provincia canadiense de Québec; Acadia, en la Nueva Escocia, en el Canadá; y Luisiana, en Estados Unidos.

La Nueva Francia de Québec, capital de la Nueva Francia, fue creada, tras la exploración del golfo de San Lorenzo por Jacques Cartier en 1534, por Samuel de Champlain, en 1608, gobernador, también, de Acadia y Terranova. Montreal fue fundada en 1642. Todo el dominio francés estaba en permanente disputa con los ingleses y los indios y vivía, sobre todo, del comercio de las pieles. Se añadió la colonización de Luisiana (descubierta por los españoles), que comenzó en 1682 y culminó en la fundación de Nueva Orleans en 1718, fueron territorios cedidos a España en 1762. España los cedió de nuevo, en 1800, a Francia y Francia los vendió a Estados Unidos en 1803.

A Canadá y Estados Unidos pasaron, pues, al final todas las colonias francesas; anteriormente, la Nueva Francia había sido conquistada por los ingleses (Québec cayó en 1759) y los acadios fueron expulsados de su territorio. Sin embargo, Québec ha seguido siendo francófono: pocos ingleses emigraron allí y la *Québec Act* de 1774 concedió a los pobladores toda clase de libertades civiles. Varios intentos recientes de lograr la independencia por medio de elecciones han fracasado.

Continúa habiendo, pues, una importante población de habla francesa en Norteamérica: sobre todo en Québec y Montreal (aquí con mucha mez-

cla de inglés), en New Brunswick (antiguos acadios), en Nueva Orleans (donde el francés es cooficial). Sin embargo, el acadio es un verdadero dialecto y el mismo francés hablado en Québec difiere mucho del de Francia. Ha habido una conexión más histórica y sentimental que real.

Añádanse las islas del Caribe (Haití, Guadalupe, Martinica, Saint Pierre-et-Michelon) y la Guayana francesa. Todas ellas con una población muy mezclada de franceses y negros, sobre todo. Existe en algunas de ellas, junto con el francés propiamente dicho, un criollo de base francesa.

En cuanto al continente afroasiático, los impulsos colonizadores franceses en la India fracasaron, como los de los portugueses, por obra de los ingleses en el siglo XVIII.

Mayor fue el éxito francés, en fecha más reciente, en Indochina y en África: pero no se trata de naciones francesas, sino de colonias (hoy naciones independientes) en las que el francés es hablado solamente por una capa superficial y culta de la población. Eso sí, la cultura francesa ha sido y es importante en su desarrollo, pese a la ruptura que acabó, con guerras o sin guerras, en el fin del Imperio francés, ya en el siglo XX.

Todas estas colonias proceden del colonialismo del siglo XIX. Hubo la conquista francesa de Argelia en 1830, el protectorado de Túnez en 1881, los de Indochina desde 1863. Añádanse las colonias de Madagascar y del África occidental, así como el protectorado de Marruecos en 1912. Pese a las independizaciones tras la primera guerra mundial y, sobre todo tras la segunda, especialmente cruentas las de Indochina y Argelia, el francés está asentado, aunque de manera parcial, en una amplia parte del mundo.

En total, el francés es lengua oficial, en África, en diecisiete países, pero en realidad solo lo hablan el 17 % de sus habitantes. En el norte de África, donde no es oficial, lo habla sin embargo el 25 o 30 %.[10] También es oficial en islas del Índico (Reunión, Comores, Madagascar, Mauricio, Seychelles y Mayotte) y el Pacífico (Vanuatu, Nueva Caledonia, así como las islas de Polinesia que son oficialmente Territorios de Ultramar).

En todos los casos el francés, aunque, con la excepción de Québec, no ha creado Estados franceses homogéneos y su número de hablantes es relativamente reducido, ha sido un vehículo importante para la difusión a escala mundial de la cultura francesa y europea.

EL INGLÉS

No hace falta decir que el mayor agente de universalización del mundo lingüístico y cultural europeo es el inglés: el expandido desde Inglaterra a sus antiguos dominios y colonias —hoy todos Estados independientes—, y el reexportado desde Estados Unidos. Lo hablan unos quinientos millones de personas.

Todo ello comenzó por el poder político y militar de Inglaterra a partir del siglo XVI y luego de Estados Unidos desde el XIX sobre todo (su independencia fue reconocida por los ingleses ya en 1783). Pero no se trata solo de poder político y militar, un poder basado tradicionalmente en la ampliación del territorio. Hoy todas las antiguas colonias han acabado por recibir su libertad desde la independencia de Egipto en 1922. Y solamente Puerto Rico, Hawai y Alaska han quedado englobados dentro de Estados Unidos (Gibraltar, de un modo u otro, de Inglaterra). Existen, eso sí, en torno al globo algunas bases americanas.

Es, sobre todo, el llamado «poder blando» de la economía y comercio, las comunicaciones, la tecnología, un cierto tipo de cultura, el que trae el dominio del inglés. Combinado, ciertamente, con el influjo occidental en general.[11] Culturas más o menos occidentalizadas o americanizadas, en Asia u otros lugares, actúan luego como centros de repetición. Pero la lengua de transmisión es, fundamentalmente, el inglés. Lo necesita todo el que quiera moverse dentro del mundo moderno, estar, simplemente, en él.

Claro está, como siempre, los hechos lingüísticos tienen una base histórica. Hubo, desde el siglo XVI, el enfrentamiento sucesivo de Francia, Holanda e Inglaterra a España y Portugal: por celos de poder y apetencias económicas. En realidad, desde la época de Felipe II. Se tradujo en la rebelión de Holanda y en la guerra naval de todos contra España. Con ataque a las ciudades españolas de España (Cádiz, La Coruña) y América (Puerto Rico, La Habana, Cartagena de Indias, etc.), piratería y apresamiento de naves, fundación de bases en las islas del Caribe, etc.

Y hubo la fundación de colonias. Primero en América: he hablado de las francesas, las hubo también holandesas e inglesas. En 1620 llegaron a Massachusetts los «padres peregrinos» del *Mayflower*, en 1636 fue fundada la Universidad de Harvard, la isla de Manhattan fue tomada a los holandeses

en 1664 y Nueva Amsterdam rebautizada como Nueva York. Luego vino la independencia en 1776 y la expansión a expensas, sobre todo, de los españoles (también de los franceses). En 1763 Florida había pasado a los ingleses, y, al fin, tras varias peripecias, pasó a los americanos. Y ya he aludido a la pérdida de un vastísimo espacio por México, ya en el siglo XIX.

Esto en cuanto a América. Pero vino también la expansión inglesa en Asia y en África. Los ingleses despojaron de la India a los franceses, ya desde el siglo XVIII; los holandeses de Indonesia y demás islas, a los portugueses. Y en el reparto de África, los ingleses, ya en el siglo XIX, obtuvieron la parte mayor. Además crearon dominios propiamente de nación y habla inglesa, ya he aludido a Canadá (que no se había rebelado contra Inglaterra y se constituyó en dominio en 1867), Australia (colonia inglesa desde finales del XVIII) y El Cabo (fundada por los holandeses en 1652, luego hubo la guerra contra los bóers, ganada por los ingleses). Hay que añadir Nueva Zelanda, desde 1840.

En fin, históricamente hubo la sucesión de los imperios español y portugués, luego del francés, luego del holandés, finalmente del inglés, seguido del americano. En efecto, los ingleses se hicieron con el mayor poder, pero la necesaria ayuda que recibieron de los americanos en las dos guerras mundiales hicieron que el peso del poder político, militar y diplomático, más el cultural y el de nuevas formas de vida, pasara a los americanos.

Son estos últimos, fundamentalmente, los que han promovido y promueven una americanización de la vida mundial, empezando por la de Europa. Con los grados y variantes que sean, es irresistible, aunque ciertas potencias como China intentan reducirla a lo puramente tecnológico y económico y el mundo islámico reacciona, a veces, con violencia extremada.

En todo caso, la lengua que transporta a todas partes el nuevo mundo globalizado al cual he aludido ya, e incluso los movimientos más extremos de protesta y antiglobalización, es el inglés. ¡Los que protestan de cualquier cosa en cualquier rincón del globo escriben letreros en inglés! Es la lengua de la cultura y la contracultura, del nuevo pensamiento igualitario, práctico, lúdico y ahistórico. Penetra con su vocabulario (o con calcos del mismo) todas las lenguas.

Los americanos pueden perder las guerras, han perdido algunas, pero su cultura y su lengua, el inglés, acaban imponiéndose. Todos necesitan al final su ayuda económica o diplomática.

Por otra parte, el inglés es la lengua propia de enormes naciones que hemos citado y la lengua de las clases dirigentes y de vastos sectores en países como la India y Pakistán, también en otros muchos países, aunque con menor intensidad. Ha sustituido al francés como lengua de comunicación global. En realidad, impone un veto silencioso contra todo lo que se escribe o piensa que no sea en inglés; aunque puede difundir, también, toda clase de movimientos ajenos y hasta hostiles. Y a través del inglés, fundamentalmente (aunque en este caso también en francés), se acercan al mundo moderno las nuevas naciones que se independizaron después de la primera guerra mundial y, sobre todo, después de la segunda.

Nos guste o no, la cultura europea y sus varias desviaciones llega al mundo, fundamentalmente, en la medida en que se expresa en inglés. Y lo mismo ocurre con la de sus enemigos islámicos y otros. Aunque haya habido otras culturas, en Europa y en América, que han ido por delante y a veces van todavía. E históricamente el avance cultural de Norteamérica es muy posterior al español, las universidades y la imprenta difundían en la América española nuestra lengua desde los siglos XVI y XVII.

Pero el hecho es que el inglés ha convertido en secundarias, desde el punto de vista de su difusión global y de su influjo cultural, las otras lenguas de las que hemos venido hablando. En cuanto a su papel como lenguas de vastos espacios geográficos, el francés y el holandés han perdido terreno, como hemos visto; y el alemán y el italiano se han quedado prácticamente en Europa, también el ruso (salvo en Asia).

En este campo, sin embargo, el inglés ha chocado con un obstáculo: las grandes naciones americanas de habla española y portuguesa.

Ciertamente, Estados Unidos ha mutilado el dominio territorial que tenía el español, pero esta lengua se ha mantenido firme, como lengua prácticamente unitaria, del Río Grande al Cabo de Hornos y del Atlántico al Pacífico. No ha retrocedido, tampoco, en Puerto Rico y Cuba, pese a las intervenciones americanas y a tantos factores más. Ciertamente, hay un peso importante, mayor que en España, de los anglicismos en la lengua de estos países, más en unos lugares que en otros, pero la lengua y la cultura españolas se mantienen firmes, también la portuguesa en Brasil.

Esto intenta ser un sumario panorama del peso del inglés, una lengua que en Europa fue por mucho tiempo secundaria, más bien mixta y ecléc-

tica, en el mundo actual, incluida Europa, comparándolo con el de las otras grandes lenguas europeas, que en el mundo de la alta cultura siguen siendo esenciales, en el de la vida diaria, menos importantes.

EL RUSO

De entre las grandes lenguas europeas que se expandieron fuera de Europa nos falta por hablar del ruso. Una lengua que, en su forma literaria y normalizada, viene solamente del siglo XVIII, de la región de Moscú. Y que es hablada por más de 150 millones de personas.

Como ya he dicho, tenía cerrado el camino hacia el oeste por lenguas eslavas y otras. Las conquistas de Polonia, Finlandia y Besarabia en el siglo XIX, de los Estados bálticos en el XX, se revelaron, al final, como fracasos. Únicamente en la época comunista el ruso se difundió en cierta medida en los círculos ilustrados de la Europa oriental.

Su difusión fue, en los siglos XVII y XVIII, hacia el sur, hasta el mar Negro, Crimea y el Cáucaso, y hacia el este. En 1860 fue fundada Vladivostock, en el Pacífico, y los rusos pasaron, incluso, a Alaska (vendida luego, en 1867, a los norteamericanos). La construcción del transiberiano, desde 1894, hizo más manejable el inmenso país, que tras guerras y la gran revolución fue transformado en una Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Incluía los países islámicos del Asia central, en los que el ruso tenía que abrirse paso entre lenguas turcas e iranias. Esa Unión se desintegró, como se sabe, tras la caída del muro, y Rusia ha vuelto a ser un Estado con una lengua —aunque quedan huellas abundantes de substratos más antiguos.

Durante el régimen zarista Rusia aportó, de todos modos, una rica literatura en su propia lengua, además de la música y otros elementos culturales. El ruso no ha cruzado los mares más que por medio de sus emigrantes, pero en Eurasia ha invertido la dirección de avance de las lenguas indoeuropeas, llegando al Pacífico y ocupando todo el borde norte de pueblos y lenguas como el manchú, el coreano, el mongol, lenguas turcas e iranias, etc. Se ha superpuesto a lenguas finougrias y otras más, que a veces se conservan vivas.

En fin, al lindar el ruso con el inglés americano a los dos lados del estrecho de Behring (antes en Alaska), se ha cerrado el círculo de las lenguas indoeuropeas en el hemisferio norte. Un círculo paralelo al del español y el portugués en el hemisferio meridional, más en el siglo XVI que ahora mismo: el que atravesaba, desde Europa, el Atlántico, América, el Pacífico con sus islas, ciudades y fuertes aislados en Asia hasta llegar al Mediterráneo.

Pero la importancia de las lenguas indoeuropeas rebasa con mucho el nivel geográfico. Partiendo de oleadas de tribus nómadas de diversas fechas y que llevaban hablantes de diferentes variedades dialectales del indoeuropeo, se ha creado una evolución lingüística que he tratado de describir a través del tiempo, el espacio y el mundo cultural.

NOTAS

PRÓLOGO

1. *¿Qué es Europa? ¿Qué es España?*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2004. **2.** La conferencia «Historia griega e historia universal» fue dada el 4 de mayo de 1961 en el salón del CSIC, en Madrid, en Duque de Medinaceli, 6. El artículo «Grecia como pequeña Europa» se publicó en *ABC*, 3-V-1962. **3.** Véase, entre otras cosas, «Europa como complejo», *El Independiente*, 15-II-1990; «¿Qué es Europa?», *ABC*, 4-I-1997, también *La Prensa*, 14-VII-2002; «Grecia, España, Europa», *ABC*, 6-VIII-1901; «Los eslavos: de los orígenes a la helenización y la integración en Europa», en *España y el mundo eslavo*, Madrid, GRAM Ediciones, 2002, págs. 27-40. **4.** Barcelona, Ariel, 2006. Este libro ha estado precedido y acompañado por una larga serie de artículos. Sobre los orígenes griegos de Europa véanse mi *Historia de la lengua griega*, Madrid, Gredos, 1999, y en el libro editado por mí, *El Partenón en los orígenes de Europa*, Madrid, CSIC, 2003. También «Grecia antigua e historia del mundo», en E. Fernández de Mier-D. Plácido-J. de la Villa (eds.), *Magistri. Diez lecciones sobre el mundo clásico*, Madrid, SEEC, 2003, págs. 13-39. Y libros y trabajos sobre literatura y filosofía, que aquí no detallo. Sobre las lenguas de Europa (prescindiendo ahora de las de España), varios artículos recogidos en *De nuestras lenguas y nuestras letras*, Madrid, Visor, 2003, pág. 73 sigs. **5.** Véase mi *¿Qué es Europa? ¿Qué es España?*, cit., pág. 55 sigs. **6.** Véase «Europa, una fortaleza asediada», *ABC*, 4-VIII-2006. **7.** Véanse, entre otros artículos, «Yo soy danés», *ABC*, 4-X-2000; «Ahora soy sueco», *ABC*, 4-X-2003. Y, sobre todo, mi *El reloj de la historia*, Barcelona, Ariel, 2006. **8.** En mi *Historia de la lengua griega*, cit. (traducción alemana, Tubinga, Francke, 2001; traducción griega, Atenas, Papadimas, 2002; traducción inglesa, Leiden, Brill, 2005) y en otros diversos trabajos, por ejemplo, «Griego y latín, vivos en la lengua culta internacional», *Revista de lengua y literatura españolas* 1, 2000, págs. 9-22; «Griego y latín, ¿lenguas muertas?», *Estudios clásicos* 125, 2004, págs. 7-16. **9.** Así, en

mis *Modelos griegos de la sabiduría castellana y europea*, Madrid, Real Academia Española, 2001; en mi *Historia de la fábula greco-latina*, Madrid, Universidad Complutense, 1985-1987 (traducción inglesa, Leiden, Brill, 1999-2003) y en varios lugares más, por ejemplo, «El despegue griego en el nacimiento de una nueva Humanidad», en A. M. González de Tobía (ed.), *Ética y estética. De Grecia a la modernidad*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2004, págs. 13-24. **10.** Véase mi reseña de Joseph A. Greenberg, *Indo-European and its closest Relatives*, en *Revista de Libros* 46, octubre de 2000, págs. 16-17 (también recogido en *De nuestras lenguas y nuestras letras*, cit., pág. 73 sigs.). **11.** Cf., entre otras publicaciones mías, «The new image of Indo-European», *IF* 97, 1992, págs. 1-28. Y dos artículos recientes, «Must we again postulate a unitary and uniform Indoeuropean?», «Panorama of Indoeuropean Linguistics since the middle of the twentieth century: advances and inmovilism», en prensa en *IF* y *JIES*, respectivamente. **12.** He anticipado cosas en «Europa y sus lenguas», *ABC*, 17-VI-2001, recogido en *De nuestras lenguas y nuestras letras*, cit., págs. 81-83. Más en «Tipología de las lenguas indoeuropeas modernas», *Studia Indoeuropaea* 1, 2001, págs. 9-29; «Del indoeuropeo al español», en *Filología y Lingüística. Estudios ofrecidos a Antonio Quilis*, Madrid, CSIC, 2005, II, págs. 1.447-1.461. **13.** Cf. últimamente F. Villar-B. Prósper, *Vascos, celtas e indoeuropeos: genes y lenguas*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2005, pág. 503 sigs. Y más adelante en este mismo libro. **14.** Véase mi *Historia de la lengua griega*, cit., pág. 198 sigs. **15.** Véase J. C. Moreno Cabrera, *La libertad e igualdad de las lenguas*, Madrid, Alianza Editorial, 2000.

PRIMERA PARTE
LAS RAÍCES LINGÜÍSTICAS DE EUROPA

1. LENGUAS INDOEUROPEAS Y NO INDOEUROPEAS DE EUROPA

1. Cf. mi «La reconstrucción del indoeuropeo y de su diferenciación dialectal», en *Manual de Lingüística Indoeuropea*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1995, vol. III, pág. 281 sigs. Sobre las fechas, incluida la de las lenguas anatolias en el Caúcaso, antes de atravesarlo, véase igual obra, pág. 282 (lo atravesarían hacia el 2400 / 2300 a. C.). **2.** Resumo mi trabajo «Arqueología y diferenciación del indoeuropeo», *Emerita* 47, 1979, págs. 261-282 (recogido en *Estudios de Lingüística in-*

doeuropea, Madrid, CSIC, 1988, págs. 19-38 y traducido al alemán con el título *Die räumliche und zeitliche Differenzierung des Indoeuropäischen im Lichte der Vor- und Frühgeschichte*, Innsbrucker Beiträge zur Sprachwissenschaft, Innsbruck, 1982). He trabajado repetidamente sobre estas ideas, nada me ha hecho descartarlas. Véanse, entre otros trabajos, los ya citados «The new image of Indoeuropean» y «La reconstrucción del indoeuropeo y de su diferenciación dialectal», así como los dos trabajos en prensa que he mencionado en la nota 11 del prólogo, en los que insisto en la historia de la cuestión indoeuropea. **3.** Véase A. Martinet, *De las estepas a los océanos*, trad. esp., Madrid, Gredos, 1997, pág. 36 sigs. **4.** Véase mi *El reloj de la historia*, cit., pág. 98 sigs., así como A. Leroi-Gourhan, *La prehistoria en el mundo*, trad. esp., Madrid, Akal, 2002, pág. 259 sigs., entre múltiple bibliografía. **5.** *El reloj de la historia*, cit., pág. 105 sigs. **6.** Cf. V. Day, *Indo-European Origins, the anthropological Evidence*, Washington, D.C., Institute for the Study of Man, 1997, pág. 315 sigs. También F. Villar-B. Prósper, *Vascos, celtas e indoeuropeos: genes y lenguas*, cit., pág. 367 sigs. **7.** Véase la bibliografía de M. Gimbutas en mi «Arqueología y diferenciación del indoeuropeo», cit., pág. 21, nota 9 (sobre todo «Die Urheimat der Indoeuropäer», en A. Scherer (ed.), *Die Urheimat der Indogermanen*, *Wege der Forschung* 165, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1968, págs. 414-425; *The Gods and Goddesses of Old Europe: 7000 to 3500 BC. Myths, legends and Cult Images*, Londres, Thames and Hudson, 1974. También *The Language of the Goddess*, Londres, Thames and Hudson, 1989; «The collision of two ideologies», en T. L. Markey-J. A. C. Greppin (eds.), *When worlds collide: the Indo-Europeans and the Pre-Indo-Europeans*, Ann Arbor, Karoma Publishers, 1998, págs. 5-14. Puede consultarse también F. Villar, *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa: lenguaje e historia*, 2.ª ed., Madrid, Gredos, 1996, págs. 15 y 38 sigs.; H. Walter, *La aventura de las lenguas en Occidente*, Madrid, Espasa Calpe, 1998, pág. 22 sigs. No hay que confundirlo con el «Alteuropäisch» o antiguo europeo de Krahe y demás, del que me ocupo más adelante. **8.** Cf., sobre todo para la cronología, *L'art des Cyclades dans la collection N. P. Goulandris: marbre, céramique et métal à l'âge du bronze ancien*, París, Ministerio de Cultura, 1983. **9.** Cf. P. Raulwing, *Horses, chariots and indo-europeans: foundations and methods of chariotry research from the viewpoint of comparative Indo-European linguistics*, Budapest, Archaeolingua, 2000, pág. 79 sigs. **10.** Véase G. Ruiz Zapatero, «Los grupos de campos de urnas y la edad del hierro "céltica": tradición y continuidad cultural en Iberia durante el I milenio a.C.», en J. de Hoz-E. Luján-P. Sims-Williams (eds.), *New approaches to Celtic place-names in Ptolemy's Geography*, Madrid, Ediciones

Clásicas, 2005, pág. 35. **11.** Cf. A. Martinet, *De las estepas a los océanos*, cit., pág. 62 sigs. Para los de Malta, cf. D. H. Trump, *Malta. Prehistory and Temples*, Malta, Midsea Books, 2002. **12.** Así los primeros indoeuropeístas, también ahora R. S. P. Beekes, *Comparative Indo-European Linguistics: an introduction*, Amsterdam, John Benjamins, 1995, pág. 50 sigs. **13.** Véase L. Kilian, *Zum Ursprung der Indogermanen. Forschungen aus Linguistik, Prähistorie und Anthropologie*, 2.ª ed., Bonn, Habelt, 1988, pág. 155 sig. **14.** Cf. K. H. Schmid, «The postulated Pre-Indoeuropean Substrates in Insular Celtic and Tocharian», en *When worlds collide: the Indo-Europeans and the Pre-Indo-Europeans*, cit., págs. 179-202. Véase también W. Thomas, «Zur Frage der nicht-indogermanischen Komponenten im Tocharischen», en R. Bielmeier-R. Stempel (eds.), *Indogermanica et Caucasica. Festschrift für Karl Horst Schmidt zum 65. Geburtstag*, Berlín-Nueva York, de Gruyter, 1994, págs. 223-235. **15.** Véase F. Villar-B. Prósper, *Vascos, celtas e indoeuropeos: genes y lenguas*, cit., pág. 104. **16.** Véase «Etruscan as an IE Anatolian (but not Hittite) Language», *JIES* 17, 1989 [1990], págs. 363-383; «More on Etruscan as an IE-Anatolian Language», *Historical Linguistics* 107, 1997, págs. 54-76; «El etrusco como indoeuropeo anatolio: viejos y nuevos argumentos», *Emerita* 73, 2005, págs. 45-55. Sobre hipótesis semejantes a la mía, pero sin implicación lingüística, cf. R. S. P. Beekes, *The Origin of the Etruscans*, Amsterdam, Real Academia de Ciencias de Holanda, 2003 (y mi reseña en *Emerita* 71, 2003, págs. 374-375), C. di Palma, *Le origini degli etruschi*, Bolonia, Pàtron, 2004 (y mi reseña en *Emerita* 73, 2005, págs. 161-162). Sobre etrusco y rético, posiblemente emparentados, cf. H. Rix, *Rätisch und Etruskisch*, Innsbrucker Beiträge zur Sprachwissenschaft. Vorträge und kleinere Schriften 68, Innsbruck, Institut für Sprachwissenschaft der Universität, 1998, y mi reseña en *Emerita* 69, 2001, págs. 359-360; de su relación con el nurágico de Cerdeña se ha ocupado M. Pittau en varios trabajos. **17.** Sobre esta familia, véase J. C. Moreno Cabrera, *El universo de las lenguas*, Madrid, Castalia, 2003, pág. 285 sigs. **18.** Véase mi *Historia de la lengua griega*, cit., pág. 42 sigs. **19.** Sobre los límites de la Hispania no indoeuropea (ibérica y tartesia) en relación con la indoeuropea, véase J. Untermann, *Sprachräume und Sprachbewegungen in vorrömischen Hispanien*, Wiesbaden, Harrassowitz, 1961. Sobre topónimos ibéricos en el sur de España, en Portugal y el norte de África, F. Villar, *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*, cit., pág. 469 sigs. **20.** Cf. J. de Hoz, «Los orígenes lingüísticos de Europa», *El Campo de las Ciencias y las Artes* 136, 1999, págs. 11-27. **21.** Véase una revisión en P. Ramat, *Las lenguas indoeuropeas*, Madrid, Cátedra, 1995, pág. 28 sigs.; otras en F. Villar, *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*, cit., pág. 32 sigs., E. Campanile, *La*

ricostruzione della cultura indoeuropea, Pisa, Giardini, pág. 11 sigs., A. Martinet, *De las estepas a los océanos*, cit., pág. 52 sigs., R. S. P. Beekes, *Comparative Indo-European Linguistics: an introduction*, cit., pág. 34 sigs. Remito a estas obras para un cuadro más completo que el aquí ofrecido. **22.** Véase el libro de Raulwing citado en la nota 9 de este capítulo. **23.** *Languages in Prehistoric Europe*, Heidelberg, Winter, 2003, pág. 323 sigs. **24.** Así A. Häusler, «Urkultur der Indogermanen und Bestattungsriten», en A. Bammesberger-Th. Vennemann (eds.), *Languages in Prehistoric Europe*, cit., pág. 62. Se aproximan a esta posición A. Giacalone-P. Ramat, *Las lenguas indoeuropeas*, cit., pág. 50. **25.** Cf. por ejemplo F. Villar, *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*, cit., pág. 32 sigs.; R. S. P. Beekes, *Comparative Indo-European Linguistics: an introduction*, cit., pág. 47 sigs.; A. Martinet, *De las estepas a los océanos*, cit., pág. 52 sigs. **26.** Véase F. Villar, *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*, cit., pág. 39 sigs. **27.** Cf. ibídem, pág. 40 sigs.; R. S. P. Beekes, *Comparative Indo-European Linguistics: an introduction*, cit., pág. 50 sig.; A. Martinet, *De las estepas a los océanos*, cit., pág. 64; J. V. Day, *Indo-European Origins, the anthropological Evidence*, cit., pág. 326 sigs. También, hasta cierto punto, A. Giacalone-P. Ramat, *Las lenguas indoeuropeas*, cit., pág. 50. También W. Meid, *Archäologie und Sprachwissenschaft. Kritisches zu neueren Hypothesen der Ausbreitung der Indogermanen*, Innsbrucker Beiträge zur Sprach-wissenschaft. Vorträge und kleinere Schriften 43, Innsbruck, Institut für Sprachwissenschaft der Universität, 1989. **28.** Reeditado, como dije, en *Nuevos estudios de Lingüística Indoeuropea*, Madrid, CSIC, 1988, y traducido al alemán como *Die räumliche und zeitliche Differenzierung des Indoeuropäischen im Lichte der Vor- und Frühgeschichte*, Innsbrucker Beiträge zur Sprachwissenschaft. Vorträge und kleinere Schiften 27, Innsbruck, Institut für Sprachwissenschaft der Universität, 1982. **29.** Véase R. Storey-G. Crowther, *Korea*, Lonely Planet, 1995, pág. 225 sigs. **30.** Cf. M. Busckey, *China*, Lonely Planet, 1994, pág. 377 sigs. **31.** Cf. S. Yongnan, *Imperial Tombs of the Ming and Qings Dynasties*, China Esperanto Press, 1996. **32.** Cf. Th. V. Gamkrelidze-V. V. Ivanov, *Indo-european und Indo-europeans*, Nueva York, Mouton de Gruyter, 1993, véase mi reseña en *Emerita* 25, 1997, págs. 139-141. En realidad el libro es confuso: habla de que los indoeuropeos pasaron del Cáucaso al Volga, de allí a Asia Menor (a través de los kurganes, parece), de allí a Grecia, se supone que a toda Europa. Pura fantasía. **33.** Trad. esp., *Arqueología y lenguaje*, Barcelona, Crítica, 1990. Véase la reseña de J. de Hoz en *Arqrítica* 1992. **34.** Cf. A. Bernabé, «Tipología frente a reconstrucción: la hipótesis glotálica», *RSEL* 18, 1988, págs. 357-371, y *Manual de Lingüística Indoeuropea*, cit., II, pág. 204 sigs. **35.** Cf. F. Villar, *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*, cit., pág. 53,

entre otros. **36.** «Languages in the prehistoric Baltic Sea Region», en A. Bammesberger-Th. Venneman, *Languages in Prehistoric Europe*, cit., pág. 233 sigs. **37.** *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*, cit., pág. 556 sigs. **38.** Citada más arriba, en *Revista de Libros*, octubre de 2000 (también recogido en *De nuestras lenguas y nuestras letras*, cit., págs. 73-79). **39.** Véase W. Cowgill, *Indogermanische Grammatik I. Einleitung*, Heidelberg, Winter, 1986, pág. 13 sigs. (habla también de los posibles paralelos con otras lenguas). **40.** *Indo-European and its closest relatives. The Eurasiatic Language Family*, Standford, California, Standford University Press, 2000 (ya he citado mi crítica). Véanse también varios trabajos incluidos en I. Hegedus-P. A. Michalove (eds.), *Indo-European, Nostratic and Beyond. Festschrift für Vitalij V. Shevoroshkin*, *Journal of Indo-European Studies. Monograph* 22, Washington, D. C., Institute for the Study of Man, 1997. **41.** Cf. V. M. Illich-Svitych, *Opyt sravneniija nostratichestkikh jazykov*, Moscú, Nauka, 1971-1984, 3 vols.; A. Dolgopolsky, *The Nostratic Family and Linguistic Paleontology*, Cambridge, The McDonald Institute, 1998. **42.** *El universo de las lenguas*, cit., pág. 1205 sigs. **43.** Véase P. Kallio, «Languages in the prehistoria Baltic Sea Region», cit. **44.** Cf. I. M. Diakonov, «Language contacts in the Caucasus and the near East», en *When worlds collide: the Indo-Europeans and the Pre-Indo-Europeans*, cit., pág. 65 sigs., y A. C. Harris, «Kartvelian Contacts with Indo-European», ibídem, págs. 67-100. También G. A. Klimov, «L'analogie karvéli de l'IE *okto(u)*», en R. Bilmeier-R. Stempel (eds.), *Indogermanica et Caucasica. Festschrift für Karl Horst Schmidt zum 65. Geburtstag*, cit., págs. 472-478. Otros contactos, posteriores, son ya con lenguas indoeuropeas como el griego, el armenio y el iranio: cf. en la misma obra R. Bildmeier, págs. 427-447, etc. **45.** Cf. J. C. Moreno Cabrera, *El universo de las lenguas*, cit., pág. 323. Sobre la proximidad del coreano (muy dudosa), cf. A. Eckard, *Koreanisch und Indogermanisch. Untersuchungen über die Zugehörigkeit des Koreanischen zur Indogermanischen Sprachfamilie*, Heidelberg, Julius Groos, 1996. **46.** Cf. Moreno Cabrera, *El universo de las lenguas*, cit., pág. 423 sigs. Es dudosa la propuesta de S. Levin, *The Indoeuropean and Semitic Languages*, Albany, University of New York Press, 1971, que encuentra concordancias sobre todo entre griego, indoiranio y hebreo, cf. las conclusiones en pág. 681 sigs. **47.** «The Origin and initial development of Human Language», *RSEL* 35, 2005, págs. 1-15. **48.** *El reloj de la historia*, cit., pág. 116 sigs. **49.** Cf. *Die Struktur der alteuropäischen Hydronymie*, Maguncia, Akademie der Wissenschaften, 1963, entre otras obras. Véase también A. Tovar, *Krahes alteuropäische Hydronymie und die westindogermanischen Sprachen*, Heidelberg, Carl Winter, 1977; *Die indoeuropäisierung Westeuropas*, Innsbruck, Institut für

Sprachwissenschaft der Universität Innsbruck, 1982; J. de Hoz, «Hidronimia antigua europea en la Península ibérica», *Emerita* 31, 1963, págs. 227-242. Y otros trabajos, entre ellos los de F. Villar y míos citados más adelante. **50.** Véase F. Villar, *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*, cit., págs. 94 sigs., 102 sigs. **51.** Ibídem, pág. 93; F. Villar-B. Prósper, *Vascos, celtas e indoeuropeos: genes y lenguas*, cit., pág. 13 sigs. Y mi trabajo «Hacia una teoría de la Ciencia toponímica», *RSEL* 32, 2002, págs. 33-51. **52.** Cf. F. Villar-B. Prósper, *Vascos, celtas e indoeuropeos: genes y lenguas*, cit., pág. 32 sigs. **53.** Cf. F. Villar, «Los topónimos de la serie *tur*», en *Estudios de celtibérico y toponimia prerromana*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1995, págs. 199-244; y mi «Torreadrada y Turégano: sobre *TUR / TURR*, *ADRADOS* y *DANOM*», en F. Villar-M.ª P. Fernández Álvarez (eds.), *Religión, lengua y cultura prerromanas de Hispania*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2001, págs. 571-579. **54.** Cf. por ejemplo F. Villar-B. Prósper, *Vascos, celtas e indoeuropeos: genes y lenguas*, cit., pág. 45 sigs. sobre *Mala*, *Malaca*, pág. 97 sigs. sobre topónimos comunes a las Penínsulas ibérica e itálica; F. Villar, «Los antropónimos *Pent-*, *Pint-* y las lenguas indo-europeas prerromanas de la Península Ibérica», en *Indogermanica et Caucasica. Festschrift für Karl Horst Schmidt zum 65. Geburtstag*, cit., págs. 234-264 (*penk*"- es IE común, pero no es celta, donde la base es **penk*"*etós*). **55.** Sobre la cronología del indoeuropeo y la pertenencia de las ramas lingüísticas del indoeuropeo en Europa a las oleadas del tercer milenio y aun después, cf. ideas semejantes a estas en M. Gimbutas, *Die Ethnogenese der europäischen Indogermanen*, Innsbrucker Beiträge zur Sprachwissenschaft 54, Innsbruk, Institut für Sprachwissenschaft der Universität, 1992.

2. EL INDOEUROPEO CLÁSICO Y SUS VARIANTES (IE III A Y B)

1. Cf. A. Meillet, *Introduction à l'étude comparative des langues indoeuropéennes*, 8.ª ed., París, Hachette, 1937; O. Szemérenyi, *Introducción a la lingüística comparativa*, trad. esp., Madrid, Gredos, 1978; A. Giacalone-P. Ramat (eds.), *Las lenguas indoeuropeas*, Madrid, Cátedra, 1995; R. S. P. Beekes, *Comparative Indo-European Linguistics*, cit.; R. Schmitt-Brandt, *Einführung in die Indogermanistik*, Tubinga, Francke, 1998; M. Meier-Brügger, *Indogermanische Sprachwissenschaft*, 7.ª ed., Berlín-Nueva York, de Gruyter, 2000. Y mi *Lingüística indoeuropea*, Madrid, Gredos, 1975, también A. Bernabé en F. R. Adrados-A. Bernabé-J. Mendoza, *Manual de Lingüística Indoeuropea*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1995,

vol. I. **2.** M. Mayrhofer, *Die Hauptprobleme der Indogermanischen Lautlehre seit Bechtel*, Viena, de Gruyter, 2004. Antes, su *Indogermanische Grammatik* I. *Lautlehre*, Heidelberg, Winter, 1986. **3.** «Must we postulate an unitary and plain Indoeuropean?» y «Panorama of Indoeuropean Linguistics since the middle of the twentieth century: advances and inmovilism», ya aludidos antes y ambos en prensa, en *IF* y *JIES* respectivamente. **4.** Cf. A. Bernabé en F. R. Adrados y otros, *Manual de Lingüística Indoeuropea*, cit., I, pág. 243 sigs. **5.** Véase el libro de S. E. Kimball, *Hittite Historical Phonology*, Innsbrucker Beiträge zur Sprachwissenschaft 95, Innsbruck, Institut für Sprachwissenschaft der Universität, 1999, págs. 56 sigs., 119 sigs. **6.** Véase sobre ella A. Bernabé, «Tipología frente a reconstrucción: la hipótesis glotálica», *RSEL* 18, 1988, págs. 357-371; M. Mayrhofer, *Die Hauptprobleme der Indogermanischen Lautlehre seit Bechtel*, cit., pág. 47 sigs. **7.** Cf. mis dos artículos en prensa citados: «Must we again postulate a unitary and uniform Indoeuropean?», «Panorama of Indoeuropean Linguistics since the middle of the twentieth century: advances and inmovilism». **8.** Para el carácter activo del indoeuropeo desde sus fases antiguas véase W. P. Lehmann, *Pre-Indo-European*, *Journal of Indo-European Studies. Monograph* 41, Washington, Institute for the Study of Man, 2002, y *Theoretical Bases of Indoeuropean Linguistics*, Londres, Routledge, 1993. Sobre las propuestas de ergatividad en indoeuropeo, véase F. Villar, *Ergatividad, acusatividad y género en la familia lingüística indoeuropea*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1983 (y mi reseña «Tipología y reconstrucción del indoeuropeo», *RSEL* 14, 1984, págs. 107-118). Sobre el esquema antiguo de la flexión (n., v., g. y ac.), aplicado luego tanto en IE III como en anatolio, véase mi bibliografía ya citada, sobre todo *Lingüística indoeuropea*, cit., I, pág. 395 sigs., «El sistema central de la flexión». **9.** Para una descripción más detallada del indoeuropeo clásico y sus recursos, véase mi *Lingüística Indoeuropea*, cit., II, pág. 891 sigs. y *Manual de Lingüística indoeuropea*, cit., II, pág. 3 sigs. **10.** W. P. Lehmann, *Theoretical Bases of Indoeuropeu Linguistics*, cit., pág. 48. **11.** «Hethitisch und Indogermanisch», en J. Knobloch (ed.), *II Fachtagung für indogermanische und allgemeine Sprachwissenschaft. Innsbruck 10-15 oktober 1961*, Innsbrucker Beiträge zur Kulturwissenschaft 15, Innsbruck, 1961, págs. 145-151. **12.** Citados en la nota 11. **13.** Sobre las distintas ramas del IE III B véase W. Cowgill, *Indogermanische Grammatik* I. *Einleitung*, Heidelberg, Winter, 1986, pág. 11 sigs. (junto con las demás lenguas indoeuropeas), F. Villar, *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*, cit. Sobre su relación con el resto del indoeuropeo véase mi «Arqueología y diferenciación del indoeuropeo», cit., pág. 275. **14.** Véanse mis dos artículos «Las lenguas

eslavas en el contexto de las lenguas indoeuropeas» e «Indoeuropeo, eslavo y báltico: algunas notas tipológicas», recogidos en *Nuevos estudios*, cit., pág. 559 sigs. **15.** Cf. mi «Arqueología y diferenciación del indoeuropeo», cit., pág. 277 sigs. **16.** Véase mi artículo «The Celtiberic Verb», en W. Smoczynski (ed.), *Analecta Indoeuropaea Cracoviensia, vol. II. Kuryłowicz Memorial Volume. Part One*, Cracovia, 1996, págs. 447-453. **17.** Véase por ejemplo mi *Evolución y estructura del verbo indoeuropeo*, Madrid, CSIC, 1974, I, pág. 383 sigs.

3. MIRANDO HACIA ATRÁS: EL INDOEUROPEO MONOTEMÁTICO (IE II)

1. Para una revisión de las lenguas anatolias, con su bibliografía pertinente, véase W. Cowgill, *Indogermanische Grammatik* I, *Einleitung*, Heidelberg, Winter, 1986, pág. 18 sigs., entre otra bibliografía. **2.** Cf. *Manual de Lingüística Indoeuropea*, cit., II, pág. 102 sigs. **3.** Véase ibídem, II, pág. 326 sigs., y *Evolución y estructura del verbo indoeuropeo*, cit., pág. 95 sigs.; y, entre otros artículos recogidos en *Nuevos Estudios*, cit., «El arcaísmo del hetita: la esencia de problema», págs. 391-420. Mi posición sobre el perfecto, convertido en tema independiente en IE III, en *Nuevos estudios*, cit., pág. 329 sigs. («Perfecto, voz media y desinencias indoeuropeas»). **4.** *Indo-Hittite Laryngeals*, Baltimore, Linguistic Society of America, 1942. **5.** Cf. J. A. Kerns-B. Schwarz, «Multiple stem conjugation: an Indo-Hittite isogloss?», *Language* 22, 1946, págs. 57-68. Cf. P. Brosman, «Evidence in support of Proto-Indo-Hittite», *Folia Linguistica Historica* 23, 2002, págs. 1-22. **6.** *Estudios sobre las laringales indoeuropeas*, Madrid, CSIC, 1961 (2.ª ed. de 1973, *Estudios sobre las sonantes y laringales indoeuropeas*). **7.** Aceptado en el caso de las laringales H_1, H_2 y H_3, no en el de las laringales con apéndice que defendí en mis *Estudios sobre las laringales indoeuropeas*, cit., y sobre las que volveré a insistir. **8.** Cf. A. Bernabé en *Manual de Lingüística Indoeuropea*, cit., I, pág. 352 sigs. **9.** Cf. ibídem, II, pág. 146 sigs. y «El genitivo temático en *-o* en micénico y chipriota», en F. Villar (ed.), *Studia Indogermanica et Palaeohispanica in honorem A. Tovar et L. Michelena*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1990, págs. 175-181. **10.** Cf. mi «La flexion nominale du grec et de l'indoeuropéen III à la lumière de l'Anatolien», en *E. Benveniste aujourd'hui. Actes du Colloque International du C.N.R.S. (Tours, 28-30 septembre 1983)*, Tours, Peeters, 1984, págs. 1-16. **11.** Sobre los temas puros véase *Lingüística indoeuropea*, cit., pág. 370 sigs. **12.** Véase ibídem, pág. 479 sigs. **13.** En mi opinión esa *-u* es fonética, proce-

de de la laringal con apéndice velar. Sobre el tema de las raíces y los temas puros en el verbo, véase ibídem, pág. 542 sigs. **14.** Véanse más detalles en ibídem, pág. 719 sigs. También «Perfect, middle voice and Indoeuropean verbal endings», *Emerita* 49, 1981, págs. 27-58 (recogido en *Nuevos estudios*, cit., págs. 329-357. **15.** Véase *Lingüística indoeuropea*, cit., pág. 695, *Manual de Lingüística indoeuropea*, cit., II, pág. 256 sigs. **16.** Véase C. di Palma, *Le origini degli etruschi*, cit. **17.** Cf. «Etruscan as an IE Anatolian (but not Hittite) Language», cit.; «More on Etruscan as an IE-Anatolian Language», cit.; «El etrusco como indoeuropeo anatolio: viejos y nuevos argumentos», cit. En este último artículo explico las desgraciadas circunstancias (veto nacionalista de Pallottino y arqueólogos italianos, veto de indoeuropeístas alemanes de la escuela tradicionalista) que han hecho que aquello que los datos hacen evidente sea mal expuesto o rechazado. Es fácil que al etrusco haya que añadir lenguas emparentadas con él, como el rético y el nurágico. **18.** «Bopp's Image of Indoeuropean and some recent Interpretations», en R. Sternemann (ed.), *Bopp Symposium 1992 der Humboldt- Universität zu Berlin*, Heidelberg, C. Winter, 1994, pág. 11. **19.** «Hethitisch und Indogermanisch», en J. Knobloch (ed.), *II Fachtagung für indogermanische und allgemeine Sprachwissenschaft. Innsbruck 10-15 Oktober 1961*, Innsbrucker Beiträge zur Kulturwissenschaft 15, Innsbruck, 1961, págs. 145-151. **20.** *Evolución y estructura del verbo indoeuropeo*, cit. **21.** F. R. Adrados, «The archaic structure of Hittite: the Crux of the Problem», *JIES* 11, 1982, págs. 1-35 (también en *Nuevos Estudios*, cit., pág. 391 sigs.) y otros lugares. En la nota 18 añado una amplia relación de artículos míos sobre el tema. **22.** Véase mi «The new Image of Indo-European», cit., pág. 4. **23.** Cf. H. Eichner, «Die Vorgeschichte des Hethitischen Verbalsystems», en H. Rix. (ed.), *Flexion und Wortbildung. Akten der V. Fachtagung der Indogermanischen Gesellschaft*, Wiesbaden, Reichert, 1975, págs. 71-110. Véase también mi crítica a Jasanoff en mi artículo en prensa en *JIES*, «Panorama of Indoeuropean Linguistics since the middle of the twentieth century: advances and inmovilism». **24.** Cf. W. Cowgill, «More evidence for Indo-Hittite: the Tense-Aspect systems», en L. Heilmann (ed.), *Proceedings of the Eleventh International Congress of Linguists*, II, Bolonia, Il Mulino, 1975, págs. 557-570. **25.** *Comparative Indo-European Linguistics. An introduction*, cit., pág. 31 sigs. **26.** Cf. J. H. Jasanoff, *Hittite and the Indo-european Verb*, Oxford, Oxford University Press, 2005. Véase mi crítica detenida en «Must we postulate an unitary and plain Indoeuropean?», en prensa en *IF*. **27.** Wiesbaden, Ludwig Reichert, 2001 (véase la Introducción). **28.** Cf. «The new image of Indo-European», cit., pág. 14, con la bi-

bliografía allí mencionada. **29.** Cf. «Probleme der räumlichen und zeitlichen Gliederung des Indogermanischen», en H. Rix (ed.), *Flexion und Wortbildung. Akten der V. Fachtagung der Indogermanischen Gesellschaft*, cit., págs. 204-219. **30.** «Die Bedeutung des Hethitischen für die Rekonstruktion des frühindogermanischen Verbalsystems», *IF* 72-73, 1967, págs. 221-238. **31.** «Probleme der räumlichen und zeitlichen Gliederung des Indogermanischen», cit. **32.** «Arqueología y diferenciación del indoeuropeo», cit., págs. 261-282 (recogido en *Nuevos Estudios*, cit., págs. 19-38, traducido al alemán —precisamente por invitación de Meid— con el título *Die räumliche und zeitliche Differenzierung des Indoeuropäisch im Lichte der Vor- und Frühgeschichte*, Innsbrucker Beiträge zur Sprachwissenschaft. Vorträge und kleinere Schriften 27, Innsbruck, Institut für Sprachwissenschaft der Universität, 1982. **33.** Véase mi protesta contra ese supuesto origen de mis ideas (según J. Tischler, «Relative Chronology: the Case of Proto-Indo-European», en Y. L. Arbeitman (ed.), *A Linguistic Happening in Memory of Ben Schwarz*, Louvain-la-Neuve, Peeters, 1988, pág. 560; W. P. Lehmann en *Kratylos* 32, 1987, pág. 29; J. H. Jasanoff, *Hittite and the Indoeuropean Verb*, cit., pág. 25, etc., en «Bopp's Image of Indoeuropean and some recent Interpretations», en R. Sternemann (ed.), *Bopp Symposium 1992 der Humboldt-Universität zu Berlin*, cit., pág. 12 («I have exposed these ideas thirteen years before Meid's article»). **34.** Cf. *Pre-Indoeuropean*, Washington, 2002, pág. 43 sigs. **35.** *Der Ursprung der Indogermanischen Deklination*, Gotinga, V&R, 1947. **36.** Ya desde 1935, en sus *Origines de la formation des noms en indo-européen*, París, Adrien Maisonneuve. **37.** Cf. bibliografía en *Manual de Lingüística Indoeuropea*, cit., I, pág. 135 y «The new Image of Indo-European», cit., pág. 7; véase también P. W. Brosmann, «The Hittite gender of cognates of PIE feminines», *JIES* 4, 1976, págs. 93-106; O. Carruba, «Genere e classe in anatolico», en *Anatolisch und Indogermanisch*, Innsbrucker Beiträge zur Sprachwissenschaft 100, Innsbruck, Institut für Sprachwissenschaft der Universität, 2001, págs. 29-42. Véase ahora mi «A note on the *-ō/-eu, *-ā/-āi/-ī themes in Indo-european. A propos of a paper by Paul Brosman», *Emerita* 74, 2006, págs. 197-200. **38.** Véase, además de los libros ya citados, «On Indoeuropean sigmatic verbal stems», *ArchLing* 2, 1971, págs. 95-116; «Indoeuropean *s*-stems and the origin of polythematic verbal Inflection», *IF* 86, 1981, págs. 96-122 (recogido en *Nuevos Estudios*, cit., págs. 359-383); «Perfect, middle Voice and Indo-European verbal Endings», cit.; «Further considerations on the phonetics and morfologizations of H^1 and H^4», *Emerita* 49, 1981, págs. 231-271 (recogido en *Nuevos estudios*, cit., págs. 121-147); «The archaic

structure of Hittite: the Crux of the Problem», cit.; «La flexion nominale du grec et de l'Indoeuropéen III à la lumière de l'Anatolien», cit. (recogido en *Nuevos estudios*, cit., págs. 283-298); «Der Ursprung der grammatischen Kategorien des Indoeuropäischen», *Akten der VII Fachtagung der Indogermanischen Gesellschaft*, Wiesbaden, 1985, págs. 1-46 (recogido en *Nuevos estudios*, cit., págs. 211-249); «Archaisms in Anatolian nominal Inflexion», en Y. L. Arbeitman (ed.), *A Linguistic Happening in Memory of Ben Schwartz*, cit., págs. 13-40 (recogido en *Nuevos estudios*, cit., págs. 263-282); «Agglutination, suffixation or adaptation? For the History of IE nominal Inflexion», *IF* 94, 1989, págs. 21-44 (recogido en *Nuevos estudios*, cit., págs. 299-327); «De la flexión nominal del indoeuropeo a la del eslavo», en *Jornadas de Filología Eslava de la Universidad Complutense de Madrid*, Madrid, UCM, 1990, págs. 1-11; «El formante *-n* y el origen de la flexión heteroclítica en indoeuropeo», *Emerita* 59, 1991, págs. 5-21. **39.** Cf. ibídem. **40.** «Must we again postulate a unitary and uniform Indoeuropean?», «Panorama of Indoeuropean Linguistics since the middle of the twentieth century: advances and immovilism», en prensa en *IF* y *JIES*, respectivamente.

4. Más atrás todavía: el indoeuropeo no flexional (IE I)

1. A lo dicho arriba añádase más bibliografía en *Manual de Lingüística Indoeuropea*, cit., II, pág. 135 sigs. (para el nombre) y 385 sigs. (para el verbo). Sobre Bopp, que ya proponía la teoría de la aglutinación, véase mi trabajo «Bopp's image of Indo-European and some recent interpretations», en R. Sternemann (ed.), *Bopp Symposium 1992 der Humboldt-Universität zu Berlin*, cit., págs. 4-14. De las ideas de Bopp sobre la raíz y el tema, decía yo (pág. 9), se deduce que creía en la existencia de un antiguo estadio no flexional. **2.** Véase «Der Ursprung der grammatischen Kategorien des Indogermanischen», cit., y «Agglutination, Suffixation or Adaptation? For the history of IE nominal Inflexion», cit., así como varios artículos, también citados, sobre los orígenes de la flexión. Remito además a: «Ensayo sobre la estructura del IE preflexional», *RSEL* 2, 1972, págs. 45-82; «El sistema del nombre, del indoeuropeo preflexional al flexional», *RSEL* 3, 1973, págs. 117-142; «Towards a Syntax of Proto-Indo-European», *IF* 105, 2000, págs. 60-67; *Manual de Lingüística Indoeuropea*, cit., II, págs. 134 sigs. y 381 sigs. **3.** *Estudios sobre las partículas indoeuropeas con base consonántica y laringal*, Madrid, CSIC, 2000. **4.** Todavía duraba en chipriota la indiferencia numeral, cf. «El genitivo temático en *-o* en micénico y chipriota», en F. Villar (ed.), *Studia Indogermanica et Palaeohis-*

panica in honorem A. Tovar et L. Michelena, cit., págs. 175-181. **5.** Sobre todo esto, véase más en detalle mi bibliografía ya citada. También ideas de Watkins y Kurylowicz, recogidas en *Manual de Lingüística Indoeuropea*, cit., III, pág. 399. **6.** «Ideas on the Typology of Indoeuropean», *JIES* 15, 1987, págs. 97-119. **7.** «Towards a Syntax of Proto-Indoeuropean», cit. **8.** Véase W. P. Lehmann, *Pre-Indo-European*, cit., pág. 29 sigs. Pero Lehmann, *Theoretical bases of IndoEuropean Linguistics*, cit., véase pág. 75 sigs., aun admitiendo la teoría de los tres estratos y el carácter secundario de la flexión, no registra mi posición sobre el antiguo monotematismo y el más antiguo aún sistema radical no flexivo (aunque parece implícito en sus ideas). **9.** En su *Ergatividad, acusatividad y género*, cit. No es cierto lo que dice en *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*, cit., pág. 249: que yo me haya aproximado a esta teoría. La critiqué fuertemente en «Tipología y reconstrucción del indoeuropeo», cit. (también en *Nuevos estudios*, cit., págs. 61-68).

5. MIRADA TIPOLÓGICA AL IE Y SUS RAMAS

1. Véase también «The reconstruction of the most ancient Indoeuropean in the School of Madrid», en *Cinquant'anni di ricerche linguistiche. Problemi, risultati e prospettive per il terzo millenio. Atti del IX Convegno Internazionale di Linguistica tenuto a Milano nei giorni 8-10 ottobre 1998*, Milán, Edizioni dell'Orso, 2001, págs. 89-95. **2.** Véase una justificación en «¿Cómo describir el indoeuropeo y sus variantes?», en *Europa et Asia Polyglotta*, Dettelbach, Röll, 2000, págs. 1-6. **3.** Sobre todo esto, cf. «Ideas on the Typology of Indoeuropean», cit. **4.** Sobre esta posición mía, véase «Hacia una tipología de las combinaciones de rasgos lingüísticos», en *Language Change and Typological Variation, II*, Washington, 1998, págs. 387-396. Sobre la diferenciación del indoeuropeo en general, véase «La reconstrucción del indoeuropeo y su diferenciación dialectal», cit., págs. 249-284. Y «Binary and multiple Oppositions in the History of Indoeuropean», en G. Cardona-N. H. Zide (eds.), *Festschrift für Henry Hoenigswald on the Occasion of his Seventieth Birthday*, Tubinga, Narr, 1987, págs. 1-10 (recogido en *Nuevos estudios*, cit., págs. 241-263). **5.** Cf. R. Birwé, *Griechisch-Arische Sprachbeziehungen im Verbalsystem*, Waldorf, 1956; también mi *Historia de la lengua griega*, cit., pág. 24 sigs. **6.** Cf. W. Euler, *Indoiranisch-griechische Gemeinsamkeiten der Nominalbildung und deren indogermanische Grundlagen*, Innsbrucker Beiträge zur Sprachwissenschaft 30, Innsbruck, Institut für Sprachwissenschaft der Universität, 1979.

7. Cf. «Sanskrit and Indoeuropean», en V. Raghavan (ed.), *Proceedings of the first International Sanskrit Conference. Volume two. Part one*, Nueva Delhi, 1975, págs. 436-444 (recogido en *Nuevos estudios*, cit., págs. 421-428); también «Ideas para una tipología del griego», *Estudios clásicos* 12, 1968, págs. 225-248. Dejo fuera el estudio de los dialectos griegos, de los que me he ocupado en diferentes ocasiones. Y las diferencias entre el védico y el sánscrito y otras dentro del mismo griego. 8. Del báltico y el eslavo me he ocupado en trabajos ya citados (en español, «Las lenguas eslavas dentro de las lenguas indoeuropeas», *Nuevos estudios*, cit., págs. 541-557, e «Indoeuropeo, eslavo, báltico: algunas notas tipológicas», *Nuevos estudios*, cit., págs. 559-570). En estos artículos se cita la bibliografía pertinente. 9 En español, «indoeuropeo, latín, romance. Algunas notas tipológicas», *Nuevos estudios,* cit., págs. 593-617. 10 «Verbo celta antiguo y verbo indoeuropeo», en *Festschrift for Eric P. Hamp*, *JIES Monographs* 23-25, Washington, Institute for the Study of Man, 1997, vol. I, págs. 11-23. Aparte de estudios particulares como «The Celtiberic Verb», cit. Al verbo celtibérico aporta cosas nuevas mi trabajo «Sobre Botorrita IV», *Emerita* 70, 2002, págs. 1-8.

6. EL INDOEUROPEO IV: EVOLUCIÓN HASTA EL PRESENTE

1. «Tipología de las lenguas indoeuropeas modernas», cit., y «Del indoeuropeo al español», cit. 2. Véase el detalle en, por ejemplo, I. Jordan-M. Manoliu, *Manual de Lingüística románica*, Madrid, Gredos, 1972, I, pág. 121 sigs.

SEGUNDA PARTE
LAS LENGUAS EUROPEAS, SU CRECIMIENTO Y SUS RELACIONES

1. INTRODUCCIÓN

1. Véase J.C. Moreno Cabrera, *La dignidad e igualdad de las lenguas*, Madrid, Alianza Editorial, 2000. 2. Véase «Arqueología y diferenciación del indoeuropeo», recogido en *Nuevos estudios*, cit., sobre todo pág. 31 sigs.; y *Manual de Lingüística Indoeuropea*, cit., III, pág. 34 sigs. 3. Véase sobre ellos una exposición general en mi libro *El reloj de la historia*, cit., pág. 116 sigs. 4. Véase mi artículo «Europa y sus lenguas», cit. 5. Véase, entre varia bibliografía, mi «El

cuándo y el cómo de los más antiguos influjos asiáticos en Grecia», en AA.VV., *Actas del Congreso «El Mediterráneo en la Antigüedad: Oriente y Occidente»*, *Sapanu. Publicaciones en Internet* 2, 1998 (http:/www.labherm.filol.csic.es). Antes, entre infinita bibliografía, mi «La lírica griega arcaica y el Oriente», en *Travaux du VI Congrès International d'Études Classiques*, París, 1976, págs. 251-263. **6.** Véase, entre otra bibliografía, mi «La cultura micenea nella storia di Grecia», en prensa en las *Actas* del «XII Colloquio Internazionale di studi micenei», 19-26 de febrero de 2006. **7.** Véase Esquilo, *Persas*, 181 sigs., 241 sigs. **8.** Véase, tras otras publicaciones como mi *¿Qué es Europa? ¿Qué es España?*, cit., mi libro *El reloj de la historia*, cit., pág. 445 sigs. **9.** Véase mi *¿Qué es Europa? ¿Qué es España?*, cit., pág. 17 sigs. **10.** Para el origen, evolución y difusión del alfabeto griego —varios alfabetos en el origen— remito a mi *Historia de la lengua griega*, cit., pág. 100 sigs. y a la bibliografía allí citada. También al capítulo de J. F. Healey en *Leyendo el pasado*, trad. española, Madrid, Akal, 2003, pág. 221 sigs.

2. HISTORIA DE LAS LENGUAS Y LOS DIALECTOS INDOEUROPEOS EN EUROPA

1. A. Meillet, *Caractères généraux des langues germaniques*, París, Hachette, 1942, pág. 17. **2.** Una relación más completa puede encontrarse en J. C. Moreno Cabrera, *El universo de las lenguas*, cit. **3.** Cf. mi *Historia de la lengua griega*, cit., pág. 263 sigs. **4.** Sobre estos conceptos y su relevancia en la investigación histórica y dialectal, véase mi *La dialectología griega como fuente para el estudio de las migraciones en Grecia*, 2.ª ed., Madrid, Ediciones Clásicas, 2000, y *La dialectología griega hoy (1952-1995)*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1998. **5.** Véase, entre otros lugares, *Lingüística indoeuropea*, cit., pág. 1128 sigs.; *Manual de Lingüística indoeuropea*, cit., vol. III, pág. 268 sigs. **6.** Véase *Historia de la lengua griega*, cit., pág. 24 sigs. **7.** Cf. «Sanskrit and Indoeuropean», cit. **8.** Cf. «Les langues slaves dans le contexte des langues indoeuropéennes», en *Supostalbitelno ezikosnanie* 5, 1980, págs. 3-14 (recogido en *Nuevos estudios*, cit., págs. 541-557); «Indoeuropéen, Slave, Baltique: quelques notes typologiques», *Dokladi, Istoriceski razboi na bulgarskija Ezik* 2, Sofía, Academia Búlgara de Ciencias, 1983, págs. 8-33 (recogido en *Nuevos estudios*, cit., págs. 559-570). **9.** En general, véase F. Villar, *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*, cit.; A. G. Ramat-P. Ramat (eds.), *Las lenguas indoeuropeas*, cit.; H. Walter, *La aventura de las lenguas en Occidente*, cit. (solo para las lenguas occidentales vivas, celta, len-

guas románicas y germánicas). Aparte pueden verse exposiciones de los principales rasgos de cada grupo indoeuropeo en: para el griego los conocidos manuales de Thumb-Scherer, Bechtel, mis *La dialectología griega hoy*, cit., e *Historia de la lengua griega*, cit., con abundante bibliografía; para el latín, el conocido manual de F. Sommer y bibliografía posterior; para el celta, el de Pokorny y bibliografía posterior igualmente; para el germánico, H. Krahe, *Lingüística germánica*, Madrid, Cátedra, 1977, etc. Todo esto, aparte de la exposición de la evolución posterior de estos grupos, de la que se habla más abajo. **10.** Véanse más detalles en «Arqueología y diferenciación del indoeuropeo», cit. (recogido en *Nuevos estudios*, cit., pág. 34 sigs.). **11.** Allí doy la bibliografía pertinente, pero haciendo constar que las historias del griego se refieren, las unas (Meillet, Hoffmann, Palmer, etc.), a la época antigua hasta la *koiné*; las otras, a la medieval y moderna (Browning, Vayakakos, Mackridge, etc.). **12.** Cf. «Micénico, dialectos paramicénicos y aqueo épico», *Emerita* 44, 1976, págs. 65-113 (recogido en *Nuevos estudios*, cit., págs. 429-472), y «Towards a new stratigraphy of the Homeric Dialect», *Glotta* 59, págs. 13-27 (recogido en *Nuevos estudios*, cit., págs. 505-518). **13.** Cf. «La creación de los dialectos griegos del primer milenio», *Emerita* 44, 1976, págs. 245-248 (recogido en *Nuevos estudios*, cit., págs. 473-503). **14.** Sobre la *koiné* literaria o culta véase, además de la bibliografía citada en mi *Historia de la lengua griega*, cit., sobre todo pág. 159 sigs., mis *Estudios sobre el léxico de las fábulas esópicas. En torno a los problemas de la koiné literaria*, Madrid, CSIC, 1948. **15.** Además de la bibliografía restante véase mi «Homero y las lenguas poéticas de Grecia como vía hacia la unidad del griego», en *Poesia e religione in Grecia. Studi in onore di G. Aurelio Privitera*, Nápoles, Edizioni Scientifiche Italiane, 2000, págs. 3-12. **16.** Cf. mi *Evolución y estructura del verbo indoeuropeo*, cit., pág. 475 sigs. **17.** Sobre el celta véase H. Walter, *La aventura de las lenguas en Occidente*, cit., pág. 71 sigs.; F. Villar, *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*, cit., pág. 334 sigs.; A. Giacalone y P. Ramat, *Las lenguas indoeuropeas*, cit., pág. 450 sigs. **18.** Véase *Evolución y estructura del verbo indoeuropeo*, cit., pág. 569 sigs. **19.** Véase «The Celtiberic Verb», cit. y «Verbo celta antiguo y verbo indoeuropeo», cit. **20.** Sobre todo esto, véanse más detalles en mi *El reloj de la historia*, cit., pág. 384 sigs. También H. Walter, *La aventura de las lenguas en Occidente*, cit., pág. 303 sigs.; F. Villar, *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*, cit., pág. 39 sigs.; A.G. y P. Ramat, *Las lenguas indoeuropeas*, cit., pág. 491 sigs. **21.** Cf. R. Menéndez Pidal, *Historia de la lengua española*, Madrid, R.A.E., 2005, pág. 246 sigs. Y J. J. de Bustos en R. Cano Aguilar (coord.), *Historia de la lengua española*, Barcelona, Ariel, 2004, pág. 268. **22.** Cf. mi

Evolución y estructura del verbo indoeuropeo, cit., pág. 447 sigs. **23.** Véase E. Gamillscheg, «Germanismos», en *Enciclopedia Lingüística Hispánica*, Madrid, CSIC, 1967, vol. II, págs. 79-91 (y, en general, *Romania Germanica*, 3 vols., Berlín-Leipzig, de Gruyter, 1934 sigs.). **24.** Sobre las fronteras del nórdico y el germánico occidental cf. W. Euler, *Die Herausbildung von Übergangsdialekten und Sprachgrenzen: Überlegungen am Beispiel des Westgermanischen und Nordischen*, Innsbrucker Beiträge zur Sprachwissenschaft. Vorträge und kleinere Schriften 73, Innsbruck, Institut für Sprachwissenschaft der Universität, 2002. **25.** Cf. J. P. Mallory-D. Q. Adams (eds.), *Encyclopedia of Indo-European Culture*, cit., pág. 524 sigs. **26.** Sobre esto véanse mis dos artículos ya citados «Las lenguas eslavas en el contexto de las lenguas indoeuropeas» e «Indoeuropeo, eslavo, báltico: algunas notas tipológicas». Sobre los eslavos y sus lenguas en general, F. Villar, *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*, cit., pág. 312 sigs.; A. Giacalone-P. Ramat (eds.), *Las lenguas indoeuropeas*, cit., pág. 529 sigs.; J. P. Mallory-P. Q. Adams (eds.), *Encyclopedia of Indo-European Culture*, cit., pág. 523 sigs. **27.** Véase mi «Contactos culturales entre Bizancio y el Imperio Romano-Germánico en la época de Metodio», en *Revista de la Universidad Complutense*, vol. extr. 1988, págs. 51-54, y «Los eslavos: de los orígenes a la helenización y la integración en Europa», cit. En estos artículos se da abundante bibliografía. **28.** Cf. «Las lenguas eslavas en el contexto de las lenguas indoeuropeas», cit. También, F. Villar, *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*, cit., pág. 302 sigs., A. Giacalone-P. Ramat (eds.), *Las lenguas indoeuropeas*, cit., pág. 575 sigs. **29.** Cf. F. Villar, *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*, cit., pág. 282 sigs.; A. Giacalone-P. Ramat (eds.), *Las lenguas indoeuropeas*, cit., pág. 607 sigs.; J. P. Mallory y D. Q. Adams (eds.), *Encyclopedia of Indo-European Culture*, cit., pág. 8 sigs. **30.** Los datos numéricos proceden principalmente de J. C. Moreno Cabrera, *Lenguas del mundo*, Madrid, Visor, 1990, con algunos reajustes. Se refieren siempre a los hablantes europeos.

3. LAS LENGUAS NO INDOEUROPEAS DE EUROPA

1. *Historia de la lengua española*, cit., pág. 22 sigs. **2.** Universidad de Salamanca 1946, véase pág. 77 sigs. **3.** Véase L. Michelena, *Sobre el pasado de la lengua vasca*, San Sebastián, Auñamendi, pág. 76 sigs.; W. J. Entwistle, *Las lenguas de España. Castellano, catalán, vasco y gallego-portugués*, Madrid, Istmo, 1990 (ed. inglesa original, 1969), pág. 34. **4.** Cf. L. Michelena, *Fonética histórica vasca*, San Sebastián, Diputación Foral de Guipúzcoa, 1990 (1.ª ed. 1961). **5.** Véan-

se los datos en la tercera parte de F.Villar-B. M. Prosper, *Vascos, celtas e indoeuropeos. Genes y lenguas*, Salamanca, Ediciones Universidad, 2005, pág. 367 sigs. **6.** Pág. 35 sigs. **7.** P. ej., M. Saltarelli, *Basque*, Londres, Routledge, 1988; I. Zubiri, *Gramática didáctica del euskera*, San Sebastián, Habe, 1990. Puede verse un resumen en J. C. Moreno Cabrera, *El universo de las lenguas*, cit., pág. 1161 sigs. **8.** «Algunas ideas de tipología lingüística a propósito del euskera y el indoeuropeo», en *Symbolae Ludovico Mitxelena oblatae*, *Anejos de Veleia* 1, Vitoria, 1985, vol. II, págs. 845-848. **9.** Cf. J. Caro, *Materiales para una historia de la lengua vasca*, cit., pág. 197 sigs.; W. J. Entwistle, *Las lenguas de España*, cit., pág. 39 sigs.; L. Michelena, *Sobre el pasado de la lengua vasca*, cit., pág. 123 sigs. **10.** Cf. L. Michelena, *Sobre el pasado de la lengua vasca*, cit., pág. 123 sigs., 133 sigs. Y A. Tovar, *El euskera y sus parientes*, Madrid, Minotauro, 1959, que se refiere a los sufijos *-ko* (en *euskadiko*, p. ej.) y *-sko*. **11.** Cf. J. Caro, *Materiales para una historia de la lengua vasca*, cit., sobre *iri* 'ciudad'. **12.** Cf. F. Villar-B. Prósper, *Vascos, celtas e indoeuropeos*, cit. **13.** Cf. L. Michelena, *Sobre el pasado de la lengua vasca*, cit., pág. 105 sigs. **14.** Cf. I. Iordan-M. Manoliu, *Manual de Lingüística románica*, cit., vol. II, pág. 98; H. Lüdtke, *Historia del léxico románico*, Madrid, Gredos, 1974, pág. 181. **15.** A. Tovar, *El euskera y sus parientes*, Madrid, Minotauro, 1959, págs. 11 sigs., 38 sigs.; L. Michelena, *Sobre el pasado de la lengua vasca*, cit., pág. 161 sigs. Véanse más datos en R. L. Trask, *The History of Basque*, Londres, Routledge, 1997; C. Jordán, «Sobre los orígenes del vasco», *Estudios en Homenaje a Serafín Agud*, Zaragoza, Universidad, 1998, págs. 3-30, con bibliografía. Poseo una tesis doctoral inédita (que yo sepa) de R. Serrano, *Trabajo comparativo de las lenguas kartvélicas y la lengua vasca*, Álava, 1999, sin fecha, que es relativamente optimista sobre la relación de vasco y kartvélico. **16.** Véase F. Villar, *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*, cit., pág. 497 sigs. Sobre la toponimia vasca en Aquitania, cf. Th. Vennemann, «Languages in prehistoric Europe north of the Alps», en A. Bammesberger-Th. Vennemann, *Languages in prehistoric Europe*, cit., pág. 321 (con bibliografía). Pero la asunción de este autor de que las primeras lenguas europeas, tras la glaciación, al norte de los Alpes, eran vascas y vasca era la hidronimia indoeuropea de la que hablaremos, carece de cualquier apoyo. **17.** Véase H. Hristov, *Bulgaria 1300 years*, Sofia Press, 1980, pág. 25 sigs. **18.** Cf. F. Villar, *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*, cit., pág. 373 sigs. **19.** Cf. J. Gorrochategui, «Establishment and analysis of Celtic toponyms in Aquitania and the Pyrinces», en J. de Hoz-E. Luján-P. Sims-Williams (eds.), *New approaches to Celtic place-names in Ptolemy's Geography*, Madrid, Ediciones Clásicas, 2005, págs. 153-172. **20.** «La familia lingüística indoeuropea», *Re-*

vista de Libros, octubre de 2000 (recogido en *De nuestras lenguas y nuestras letras*, Madrid, Visor, 2003, pág. 73 sigs.). **21.** Véase J. C. Moreno Cabrera, *El universo de las lenguas*, cit., pág. 285 sigs. **22.** Véase D. Abandoklo (ed.), *The Uralic Languages*, Londres, Routledge, 1998; R. Austerlitz, «L'ouralien», en A. Martinet (ed.), *Le langage: Encyclopédie de la Pléiade*, París, Gallimard, págs. 1331-1389; R. T. Harms, *Estonian Grammar*, La Haya, Mouton, 1962; H. Fromm, *Finnische Grammatik*, Heidelberg, Winter, 1982; K. Bergsland, *Lappische Grammatik*, Wiesbaden, Harrassowitz, 1976; J. Tompa, *Kleine Ungarische Grammatik*, Budapest, 1985. **23.** Cf. E. Qehmann-Helsinki, *Die ältesten germanischen Lehnwörter im Finnischen*, Gotinga, Vandenhoeck und Ruprecht, 1954.

TERCERA PARTE

LA CONFLUENCIA Y EXPANSIÓN DE LAS LENGUAS DE EUROPA

1. EL ALFABETO, LOS TEXTOS GRIEGOS Y LATINOS Y SU LLEGADA A EUROPA

1. Véase mi *Historia de la lengua griega*, cit., pág. 69 sigs. **2.** Mi *Historia de la lengua griega*, cit., pág. 67 sigs. Se puede añadir, entre otra bibliografía, J. T. Hooker (ed.), *Leyendo el pasado. Antiguas escrituras del cuneiforme al alfabeto*, cit. (cf. J. F. Healey, «El alfabeto primitivo», págs. 221-281, y B. F. Cook, «Inscripciones griegas», págs. 383-351). También J. Bartolomé et al. (eds.), *La escritura y el libro en la Antigüedad*, Madrid, Ediciones Clásicas, 2000 (M. S. Ruipérez-J. L. Melena, «Las escrituras del II milenio en Grecia», págs. 23-36; J. de Hoz, «La recepción de la escritura consonántica fenicia en Grecia», págs. 37-54, y «La escritura en la Grecia arcaica y clásica: funciones y modelos», págs. 211-237). **3.** Véase, para las líneas generales, mi *Historia de la lengua griega*, cit., pág. 71 sigs., con abundante bibliografía allí citada. **4.** Véase, entre otros textos míos, «La cultura micenea nella storia di Grecia», cit. **5.** Por ejemplo, últimamente, en mi *El reloj de la historia. Homo sapiens, Grecia antigua y mundo moderno*, cit., pág. 237 sigs. **6.** Aparte de mi *Historia de la lengua griega*, cit., pág. 67 sigs., véase, con muchos detalles, J. H. Healey, «El alfabeto primitivo», cit., pág. 221 sigs., y J. de Hoz, «La recepción de la escritura consonántica fenicia en Grecia», cit. **7.** Cf. mi *Historia de la lengua griega*, cit., pág. 69, con bibliografía. **8.** Cf. «Homero y las lenguas poéticas de Grecia como vía hacia la unidad del griego», cit. **9.** «¿Cómo ha llegado a nosotros la literatura grie-

ga?», *Revista de la Universidad de Madrid* 1, 1953, págs. 525-552. **10.** Cf. Platón, *Parménides* 127c; Marcelino, *Vida de Tucídides* 54. **11.** Cf. Jenofonte, *Memorables* IV 2.10. **12.** Cf. Platón, *Fedro* 247c. **13.** Cf. «¿Cómo ha llegado a nosotros la literatura griega?», cit., pág. 528 sigs. **14.** En mis *Modelos griegos*, cit. **15.** Cf. J. E. Sandys, *A History of classical scholarship*, Nueva York-Londres, Hafner, 1967, vol. II, pág. 95 sigs. **16.** Sobre ellas y las literaturas que las utilizaron, véase mi *Historia de la lengua griega*, cit., pág. 204 sigs., y L. Politis, *Historia de la literatura griega moderna*, trad. esp., Madrid, Cátedra, 1994, pág. 37 sigs. **17.** Véase L. Bonfante, «Etrusco», en *Leyendo el pasado*, cit., sobre todo pág. 366 sigs.; y, sobre los alfabetos etrusco y latino, J. Gorrochategui, «Los alfabetos de Italia y el alfabeto latino», en J. Bartolomé et al., *La escritura y el libro en la Antigüedad*, cit., págs. 79-92. **18.** Sobre el tema del uso de las dos lenguas, cf. *Historia de la lengua griega*, cit., pág. 387 sigs. **19.** Cf. mi «La *d* minúscula», en *Al pie de la letra*, Salamanca, 2001, págs. 51-57. **20.** Cf. *El reloj de la historia*, cit., pág. 372 sigs. **21.** Véanse más detalles, por ejemplo, en D. Chivhevski, *Historia comparada de las literaturas eslavas*, Madrid, Gredos, 1983.

2. LÉXICO GRIEGO, LATINO Y CRISTIANO EN LA HISTORIA DE LAS LENGUAS

1. He estudiado el tema en mi *Historia de la lengua griega*, cit., págs. 148 sigs. y 187 sigs., con bibliografía; también en «Human Vocabulary and naturalistic Vocabulary in the Presocratics», *Glotta* 72, 1995, págs. 182-195, entre otros lugares que se citarán más abajo. Por supuesto, el nuevo léxico griego ha sido objeto de numerosos estudios, que citaré también más abajo. Entre ellos destaco P. Chantraine, *La formation des noms en Grec antique*, París, 1933. **2.** Puede encontrarse en P. Boned Colera-J. Rodríguez Somolinos, *Repertorio bibliográfico de la lexicografía griega*, Madrid, CSIC, 1998. Entre las obras generales, además de las de Chantraine, puede verse E. Fränkel, *Geschichte der griechischen Nomina Agentis* I-II, Estrasburgo, 1910-1912, y A. Debrunner, *Griechische Wortbildungslehre*, Heidelberg, Carl Winter, 1917. **3.** *Études sur le vocabulaire grec*, París, 1956. **4.** «El testimonio del micénico a propósito de los nombres de las diversas fuerzas en Homero», *Emerita* 44, 1976, págs. 421-436. **5.** *Dichtung und Philosophie des frühen Griechentum*, Nueva York, 1951, pág. 613 sigs. **6.** *La teología de los primeros filósofos griegos*, 2.ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1952. **7.** Sobre ellos véase A. Debrunner, *Griechische Wortbildungslehre*, cit., pág. 15 sigs. **8.** Citado antes en nota 22. Aparte de publicaciones rese-

ñadas en mis «Los orígenes del lenguaje científico», *RSEL* 27, 1997, pág. 307, n. 8, y en mi *Historia de la lengua griega*, cit. Véase también mi «Human Vocabulary and naturalistic Vocabulary in the Presocratics», cit. También N. Marinone, *Morfología greca*, Turín, Giappichelli, 1985, pág. 129 sigs., con estadísticas. **9.** Para los nombres y adjetivos, véase C. D. Buck-W. Petersen, *A reverse Index of Greek Nouns and Adjectives*, Chicago, 1944, que añade frecuencias, pero solo totales; P. Kretschmer-E. Locker, *Rückläufiges Wörterbuch der griechischen Sprache*, Gotinga, Vandenhoeck und Rupprecht, 1963. **10.** Sobre el léxico de Heráclito, véase mi «El sistema de Heráclito: estudio a través del léxico», *Emerita* 41, 1973, págs. 1-43 (recogido en *Palabras e ideas*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1992, págs. 35-90). **11.** Véase bibliografía en mi *Historia de la lengua griega*, cit., pág. 152. Hay estudios sobre el lenguaje médico en general, cf. entre ellos S. Boscherini, *Studi di Lessicologia medica antica*, Bolonia, Pàtron, 1993; A. Debru-G. Sabbah (eds.), *Nommer la maladie. Recherches sur le lexique greco-latin de la pathologie*, Saint-Étienne, 1998; M. D. Grmek, *Les maladies à l'aube de la civilization occidentale*, París, Payot, 1983. **12.** Véase más léxico nuevo de los hipocráticos en A. Bozzi, *Note di Lessicografia ippocratica*, Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1882. **13.** Sobre el talante crítico de Heródoto, cf. *El reloj de la historia. Homo sapiens, Grecia antigua y mundo moderno*, cit., pág. 53, n. 45. Sobre su léxico, cf. bibliografía citada en *Historia de la lengua griega*, cit., pág. 127. **14.** Véase mi «La lengua del teatro griego», en J. de Hoz (ed.), *Estudios sobre los géneros literarios*, I, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1975, págs. 29-48, sobre todo 37 sigs. También «Sobre los orígenes del vocabulario ático», *Emerita* 21, 1953, págs. 123-162, y 23, 1957, págs. 81-121. **15.** Sobre todo esto véase, más detalladamente, mi *Historia de la lengua griega*, cit., pág. 135 sigs. **16.** *La formation des noms en Grec antique*, cit. **17.** Véase mi «La lengua de Sócrates y su filosofía», *Palabras e ideas*, cit., págs. 251-278. **18.** Véase mi *Ilustración y política en la antigua Grecia*, Madrid, Revista de Occidente, 1966, pág. 489 sigs.; J. de Romilly, *Les grands sophistes dans l'Athènes de Périclès*, París, 1988 (y mi comentario «Cara y cruz de los sofistas», *Saber leer*, 20, 1989, págs. 5-6, recogido en *Palabras e ideas*, cit., págs. 91-95). **19.** En «Lengua, ontología y lógica en los sofistas y Platón», *Revista de Occidente* 96, 1971, págs. 340-365, y 99, 1971, págs. 289-309 (ambos recogidos en *Palabras e ideas*, cit., págs. 113-157). **20.** Cf. A. Díaz Tejera, «Ensayo de un método lingüístico para la cronología de Platón», *Emerita* 29, 1961, págs. 241-286. **21.** Se da un repertorio de la mayor parte de ellas en F. R. Adrados-D. Lara, «El vocabulario técnico en el Diccionario Griego-Español», en P. Radici Colace (ed.), *Atti del II Seminario Internazionale di Studi sui Les-*

sici Greci e Latini, Messina, 1998, págs. 13-26. **22.** Véase mi *Historia de la lengua griega*, cit., pág. 139 sigs., y múltiple bibliografía allí citada. **23.** Cf. también F. Cortés Gabaudán, *Fórmulas retóricas en la oratoria judicial ática*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1986. **24.** Cf. pág. 140 sigs. **25.** Véase mi *Tucídides. Historia de la guerra del Peloponeso*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2002, pág. XXXII. **26.** Me interesó en este tema una tesis de licenciatura de Patricia Perán, inédita («La lengua de la *Vida de Esopo*», 1985). Véase también mi reseña de la edición de Papathomopoulos, *Aesopus revisitatus*, en *Saber leer* 70, 1993, pág. 3. **27.** Cf. J. Ursing, *Studien zur griechischen Fabel*, Lund, 1930. **28.** Véase mi *Historia de la lengua griega*, cit., pág. 175 sigs. **29.** Véase sobre el tema en general mi trabajo «Sobre el movimiento aticista», *Estudios clásicos* 14, 1970, págs. 433-451. **30.** Salamanca, 1948. **31.** Cf. la obra comprensiva de 2005: *La Lexicografía griega y el Diccionario Griego-Español* (ed. por mí junto con J. Rodríguez Somolinos), Madrid, CSIC, 409 págs., en la cual, entre otros artículos, se recogen los que siguen: «Diccionario Griego-Español, vol. V» (en colaboración con J. Rodríguez Somolinos), *Museum Criticum* 30-31, 1995-96, págs. 301-317; «The Diccionario Griego-Español and Byzantine Lexicography» (en colaboración con J. Rodríguez Somolinos), en *Jahrbuch für Österreichische Byzantinistik* 42, 1992, págs. 1-11; «El vocabulario técnico en el Diccionario Griego-Español», cit. (en colaboración con D. Lara); «La Semántica en el Diccionario Griego-Español», en *Cien años de investigación semántica: de Michel Bréal a la actualidad*, La Laguna, 2000, págs. 99-110; «Diccionario Griego-Español, vol. VI» (en colaboración con J. Rodríguez Somolinos), *Illinois Classical Studies* 27-28, 2003, págs. 115-130. **32.** Véase, por ejemplo, mi *Historia de la lengua griega*, cit., pág. 187 sigs., con abundante bibliografía; J. Bergua, *Introducción al estudio de los helenismos del español*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2002, pág. 121 sigs.; H. Lüdtke, *Historia del léxico románico*, cit., pág. 37 sigs. El estudio más amplio de los helenismos del latín sigue siendo el de O. Weise, *Die griechische Wörter im Latein*, Leipzig, 1882. **33.** Sobre griego y latín en el Imperio, véase la bibliografía en *Historia de la lengua griega*, cit., pág. 192. **34.** Cf. *Historia de la lengua griega*, cit., pág. 230 sigs. **35.** Véase sobre esto mi *Historia de la lengua griega*, cit., pág. 192 sigs.; J. Bergua, *Introducción al estudio de los helenismos del español*, cit., pág. 123 sigs.; H. Lüdtke, *Historia del léxico románico*, cit., pág. 31 sigs.; H. Walter, *La aventura de las lenguas en Occidente*, cit., pág. 119 sigs. **36.** Véase arriba y A. Bernabé, «La génesis de la terminología lingüística», *RSEL* 34, 2004, págs. 363-395. **37.** Véase, entre otra bibliografía, C. P. Brachet-C. Moussy (eds.), *Latin et langues techni-*

ques, París, Presses de l'Université Paris-Sorbonne, 2006. **38.** Cf. J. Gil, «El latín tardío y medieval (siglos VI-XIII)», en R. Cano Aguilar (coord.), *Historia de la lengua española*, cit., pág. 171. **39.** Cf. J.-L. Tritter, *Histoire de la langue française*, París, Ellipse, 1999, pág. 22. **40.** Cf. R. Menéndez Pidal y otros, *Léxico hispánico primitivo (siglos VIII al XIII)*, Madrid, Espasa Calpe, 2003. **41.** Cf. R. Lapesa, *Historia de la lengua española*, cit., pág. 219 sigs.; *Historia de la lengua griega*, cit., pág. 242 sigs.; últimamente I. Fernández-Ordóñez, en R. Cano Aguilar (coord.), *Historia de la lengua española*, cit., pág. 409 sigs.; G. Clavería, ibídem, pág. 492 sigs. **42.** Más ejemplos en *Historia de la lengua griega*, cit., pág. 246 sigs. **43.** Cf. J. Chaurand, *Nouvelle Histoire de la langue Française*, París, Éditions du Seuil, 1999, pág. 131 sigs. **44.** Cf. *Historia de la lengua griega*, cit., pág. 244 sigs. **45.** Cf. S.N. Dworkin, en R. Cano Aguilar (coord.), *Historia de la lengua española*, cit., pág. 643 sigs. **46.** Más ejemplos en *Historia de la lengua griega*, cit., pág. 246 sigs. **47.** Véase «La helenización de la lengua y literatura españolas: visión global», *In memoriam Manuel Alvar*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2002-2004, págs. 771-798. **48.** Véanse más datos en R. Lapesa, *Historia de la lengua española*, cit., pág. 324 sigs.; S. N. Dworkin, en R. Cano Aguilar (coord.), *Historia de la lengua española*, cit., pág. 649 sigs.; J.R. Herrero Ingelmo, «Cultismos renacentistas», *BRAE* CCXI-CCXIII, 1994; también mi trabajo «Griego y latín, vivos en la lengua culta internacional», cit. Para el francés, cf. J.-L. Tritter, *Histoire de la langue française*, París, Ellipse, 1999, pág. 76 sig. **49.** Véase, entre otra bibliografía, O. Jespersen, *Growth and structure of the English language*, Oxford, Blackwell, 1954, págs. 26 sigs., 106 sigs.; F. Fernández, *Historia de la lengua inglesa*, Madrid, Gredos, 1993, págs. 45 sig., 58 sigs.; H. Walter, *La aventura de las lenguas en Occidente*, cit., págs. 305 sig., 341. **50.** Cf. F. Fernández, *Historia de la lengua inglesa*, cit., pág. 45. **51.** Véanse obras como la de H. Walter citada, págs. 144 sigs., 188 sigs., 233 sigs.; mi *Historia de la lengua griega*, cit., pág. 238 sigs., G. Clavería en R. Cano Aguilar (coord.), *Historia de la lengua española*, cit., pág. 479 sigs., y la bibliografía allí citada. Para las traducciones del griego en Bagdad y El Cairo, véase entre otra bibliografía, J. Vernet, *La cultura hispanoárabe en Oriente y Occidente*, Barcelona, Ariel, 1978; D. Gutas, *Greek Wisdom Literature in Arabic translation. A Study of the Graeco-Arabic gnomologia*, New Haven, American Oriental Society, 1975, y *Greek Thought, Arabic Culture*, Londres-Nueva York, Routledge, 1998 (y mi reseña en *Saber leer* 129, 1999, págs. 6-7), así como mis *Modelos griegos*, cit., donde doy más bibliografía. **52.** Están recogidos, para el español, por F. Corriente, *Diccionario de arabismos y*

voces afines en iberorromance, Madrid, Gredos, 1999, también «El elemento árabe en la historia lingüística peninsular», en R. Cano Aguilar (coord.), *Historia de la lengua española*, cit., pág. 183 sigs. **53.** Cf. W. J. Entwistle, *Las lenguas de España*, cit., pág. 160 sigs. («no existía comunidad espiritual»). **54.** Véase «Contactos culturales entre Bizancio y el Imperio Romano-Germánico en la época de Metodio», cit.; «La fábula en Bizancio, entre Grecia, el Oriente y el Occidente», *SIFC* 11, 1993, págs. 196-204. Entre múltiple bibliografía. Del tema de los préstamos bizantinos me ocupo en *Historia de la lengua griega* cit., pág. 230. **55.** *Historia de la lengua griega*, cit., pág. 232 sigs. **56.** Véase G. Bonfante, *Germani e Latini in Italia*, Bolonia, Pàtron, 1977. **57.** E. Gamillscheg, *Romania Germanica* I-III, Berlín-Leipzig, 1934-1936, también «Germanismos», *Enciclopedia lingüística Hispánica*, II, 1967, págs. 79-91. **58.** Para el inglés, véase O. Jespersen, *Growth and structure of the English language*, Oxford, Blackwell, 1954, págs. 31 sigs., 55 sigs. **59.** Véase, con más amplitud, I. Iordan-M. Manoliu, *Manual de Lingüística románica*, cit., pág. 152 sigs.; H. Lüdtke, *Historia del léxico románico*, Madrid, Gredos, 1974, pág. 94 sigs., etc. **60.** Véase, por ejemplo, I. Iordan-M. Manoliu, *Manual de Lingüística románica*, cit., pág. 160 sigs. **61.** Cf. I. Iordan-M. Manoliu, *Manual de Lingüística románica*, cit., pág. 155 sigs. **62.** F. Fernández, *Historia de la lengua inglesa*, cit., pág. 49. Cf. sobre todo O. Jespersen, *Growth and structure of the English language*, Oxford, Blackwell, 1954, pág. 78 sigs. **63.** Véase I. Iordan-M. Manoliu, *Manual de Lingüística románica*, cit., II, pág. 127. **64.** Cf. H. Walter, *La aventura de las lenguas en Occidente*, cit., pág. 133. **65.** Véase R. Lapesa, *Historia de la lengua española*, cit., pág. 429, con bibliografía. **66.** Cf. C. Power, «Not the Queen's English», *Newsweek* 7-III-2005, págs. 47-58. **67.** Cf. por ejemplo A. Meillet, *Les langues dans l'Europe nouvelle*, París, Payot, 1928; A. Sauvageot, *L'édification de la langue hongroise*, París, Klincksieck, 1971. **68.** Cf. F. Pappa, «Some general features of Slavic borrowings in the Hungarian language», *Studia Slavica* 19, 1973, págs. 225-234. **69.** Los principales datos los recogió W. Thomsen, *Über den Einfluss der germanischen Sprachen auf die Finnisch-Lappischen*, Halle, Waisenhauses, 1970. Cf. «Wortverzeichniss», en pág. 128 sigs. **70.** Cf. M.ª A. Martín Zorraquino, «Formación de palabras y lenguaje técnico», *RSL* 27, 1997, págs. 299-339, con múltiple bibliografía. **71.** Cf. mi artículo «Scientific Language: Instrument and Obstacle. Examples from the field of Linguistics», en Th. Bungarten (ed.), *Wissenschaftsprache und Gesellschaft*, Hamburgo, 1986, págs. 13-23. **72.** Véase, «Griego y latín, vivos en la lengua culta internacional», cit.; y «El griego y el latín, ¿lenguas muertas?», *Estudios*

clásicos 125, 2004, págs. 7-16. **73.** F. Cortés Gabaudán, *Diccionario médico-biológico (histórico y etimológico) de helenismos*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2005. **74.** *Diccionario etimológico de helenismos españoles*, Burgos, 1945. **75.** I. Bosque y M. Pérez Fernández, *Diccionario inverso de la lengua española*, Madrid, Gredos, 1987. **76.** *Growth and structure of the english language*, cit., pág. 115 sigs. **77.** *Hellenic words in the english language*, Salónica, 1991. **78.** D. Pharies, *Diccionario etimológico de los sufijos españoles*, Madrid, Gredos, 2002. Véase mi reseña en *RSEL* 35, 2005, págs. 651-652. **79.** H. y M. Gursau, *Dictionnaire européen des mots usuels. Français-anglais-allemand-espagnol-italien-portuguais*, Saint-Orens-de-Granville, Gourseau, 1989.

3. SINTAXIS Y LITERATURA EN LA HISTORIA DE LAS LENGUAS DE EUROPA

1. Véase, por ejemplo, J. Mendoza en F. R. Adrados y otros, *Manual de Lingüística Indoeuropea*, III, 1998, pág. 201 sigs.; F. R. Adrados, *Nueva sintaxis del griego antiguo*, Madrid, Gredos, 1992, pág. 727 sigs.; C. Carrière, *Stylistique grecque*, París, Klincksieck, 1967, pág. 134 sigs. Sobre el infinitivo en lenguas indoeuropeas, a base de desarrollos más o menos paralelos y desde luego secundarios, A. Bernabé en *Manual de Lingüística Indocuropea*, cit., II, pág. 318. **2.** Cf. J. S. Lasso de la Vega, *La oración nominal en Homero*, Madrid, CSIC, 1955. **3.** Cf. P. Chantraine, *Grammaire Homérique*, París, Klincksieck, 1953, págs. 1 sigs., 232 sigs. **4.** Pág. 123 sigs. **5.** Sobre todo esto, además de mi libro y de la bibliografía allí utilizada (Denniston, etc.), sigue siendo muy útil la *Antike Kunstprosa*, de E. Norden, Stuttgart, Teubner, ed. de 1958, I, pág. 79 sigs. **6.** Cf. mi «La épica romance a la luz de la épica indoeuropea», en *Nuevos estudios de Lingüística General y Teoría Literaria*, Barcelona, Ariel, 1988, págs. 309-322. **7.** Sobre la composición de Heródoto véase, entre otra bibliografía, mi «Introducción» a la traducción de C. Schrader, Madrid, Gredos, 1977, pág. 33 sigs. **8.** He dado una idea general en mis *Orígenes de la lírica griega*, Madrid, Revista de Occidente, 1976, sobre todo pág. 149 sigs. **9.** Es un tema que he estudiado en mi *Fiesta, comedia y tragedia*, Madrid, Alianza, 2.ª ed. 1983, pág. 119 sigs. El análisis formal del teatro ha producido una amplia bibliografía. **10.** Sobre Hipócrates, cf. Dolores Lara, *Estudio sobre la composición de los tratados hipocráticos*, Madrid, UCM, 1984. **11.** Sobre los límites difusos de la subordinación y su introducción para indicar dependencia, cf. A. Tovar, *Gramática Histórica Latina. Sintaxis*, Madrid, 1946, pág. 181 sigs. Sobre la creación de las oraciones de infinitivo, M. Bassols, *Sintaxis*

Latina, Madrid, CSIC, 1963, vol. II, pág. 207 sigs. **12.** *De agricultura* 141. **13.** Todo en Fr. 45. **14.** E. Norden, *Die antike Kunstprosa*, Stuttgart, Teubner, 1958, I, pág. 156 sigs. **15.** Véase mi «De la literatura helenística a la literatura latina», *Actas del VIII Congreso Español de Estudios clásicos*, II, Madrid, 1994, págs. 855-862. **16.** Cf. sobre él, V. Väänänen, *Introduction au latin vulgaire*, París, Klincksiek, 2006. **17.** Sobre él, véase mi *Historia de la lengua griega*, cit., págs. 168 sigs. y 211 sigs. **18.** Cf. *Historia de la lengua griega*, cit., pág. 262 sigs. **19.** Hay que recurrir, sobre estos temas, a la bibliografía especializada. Sobre las formas perifrásticas del verbo en lenguas románicas, cf. W. Dietrich, *El aspecto verbal perifrástico en las lenguas románicas*, Madrid, Gredos, 1983. Sobre incidencias del griego en el latín vulgar en estas formas, cf. E. Coseriu, «Das Problem des griechischen Einflusses auf das Vulgarlatein», en G. Narr (ed.), *Griechisch und Romanisch*, Tubinga, TBL, 1971, págs. 1-15. **20.** *Buenos Proverbios* y otras ya citadas, estudiadas en mis *Modelos griegos de la sabiduría castellana y europea*, Madrid, RAE, 2001 (véase pág. 324 sobre literatura castellana derivada de las traducciones). **21.** Cf. R. Lapesa, *Historia de la lengua española*, cit., pág. 218. **22.** Cf. J. Elvira en R. Cano Aguilar (coord.), *Historia de la lengua española*, cit., pág. 453 sigs. **23.** Cf. J. Chaurand, *Nouvelle Histoire de la langue Française*, cit., págs. 126 sigs., 215 y otros lugares. **24.** Cf. por ejemplo R. Penny en R. Cano Aguilar (coord.), *Historia de la lengua española*, cit., pág. 629; J.-L. Tritter, *Histoire de la langue française*, cit., pág. 99 sigs.; F. Fernández, *Historia de la lengua inglesa*, cit., pág. 400 sigs. **25.** Cf. E. Norden, *Die antike Kunstprosa*, cit., pág. 748, etc. **26.** Barcelona, Ariel, 2006, págs. 431 sigs., 518 sigs. Véase también, entre otros trabajos míos, «La helenización de la lengua y la literatura españolas: una visión global» (en el *Homenaje a Manuel Alvar*, Institución Fernando el Católico, ya citado). **27.** Véase mi *Fiesta, comedia y tragedia*, cit., pág. 560 sigs. **28.** Cf. mis «Orígenes del teatro español en Salamanca», en *Salamanca y la literatura*, Madrid, 1996, págs. 13-38. **29.** Véase, entre otros trabajos, «De la Vida de Esopo al Lazarillo y Cervantes», en *Charisterion Francisco Martín García oblatum*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2004, págs. 21-33; «El género literario del *Quijote*», *BRAE* CCXCI-CCXCII, 2005, págs. 573-584; «Cervantes y los antiguos», en *La España y el Cervantes del primer Quijote*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2005, págs. 45-70. **30.** Cf. L. Politis, *Historia de la literatura griega moderna*, cit., 1994, pág. 42 sigs. **31.** «Una lengua europea» (en *El Independiente* 31-X-1989, recogido en *De nuestras lenguas y nuestras letras*, Madrid, Visor, 2003, págs. 85-87).

CUARTA PARTE

HISTORIA DE LAS GRANDES LENGUAS COMUNES DE EUROPA

1. LAS GRANDES LENGUAS COMUNES DE EUROPA

1. Cf. I. Iordan-M. Manoliu, *Manual de Lingüística románica*, cit, pág. 77 sigs. 2. Cf. A. Galmés, *Dialectología mozárabe*, Madrid, Gredos, 1984. 3. Cf. J. Valdeón en J. Valdeón y otros, *Historia de España*, Madrid, Espasa Calpe, 2003, pág. 149 sigs. 4. Sobre los orígenes del castellano véase, entre infinita bibliografía, R. Menéndez Pidal, *Historia de la lengua española*, cit., pág. 319 sigs.; R. Lapesa, *Historia de la lengua española*, cit., pág. 184 sigs.; H. Walter, *La aventura de las lenguas en Occidente*, cit., pág. 199 sigs., W. J. Entwistle, *Las lenguas de España*, cit., pág. 180 sigs.; J. J. de Bustos en R. Cano Aguilar (coord.), *Historia de la lengua española*, cit., pág. 259 sigs. 5. Cf. W. J. Entwistle, *Las lenguas de España*, cit., pág. 357 sigs. 6. Cf. H. Walter, *La aventura de las lenguas en Occidente*, cit., pág. 254 sigs. 7. Cf. J. Chaurand, *Nouvelle Histoire de la Langue Française*, cit., pág. 35 sigs.; J.-L. Tritter, *Histoire de la Langue française*, cit., pág. 15 sigs. 8. Cf. J. Chaurand, *Nouvelle Histoire de la Langue Française*, París, Éditions du Seuil, 1999, pág. 112 sigs. 9. *El reloj de la historia. Homo sapiens, Grecia antigua y mundo moderno*, cit., pág. 41 sigs. 10. Para esto y lo que sigue véase la bibliografía ya citada, por ejemplo, H. Walter, *La aventura de las lenguas en Occidente*, cit., pág. 391 sigs.; F. Fernández, *Historia de la lengua inglesa*, cit., pág. 37 sigs. 11. Sobre la integración de los eslavos en Europa escribí «Los eslavos: de los orígenes a la helenización y la integración en Europa», cit. También, «Contactos culturales entre Bizancio y el Imperio Romano-Germánico en la época de Metodio», cit. 12. Del significado político de las nacientes naciones eslavas entre Bizancio y el Imperio romano-germánico ya hablamos. Muchísimos detalles más pueden encontrarse en F. Dvornik, *The Slavs. Their early History and Civilization*, Boston, 1956, pág. 80 sigs. 13. Sobre este hecho y el crecimiento subsiguiente de Bohemia y Polonia, véase F. Dvornik, *The Slavs*, cit., pág. 103 sigs. 14. Cf. V. von Jagic, «Die slavischen Sprachen», en A. Bezzenberger et alii, *Die osteuropäischen Literaturen und die slawische Sprachen*, Berlín-Leizig, 1908, pág. 14 sigs. Sobre las fases del ruso, W. E. Matthews, *Russian Historical Grammar*, Londres, The Athlone Press, 1960, pág. 148 sigs. 15. Sobre todo esto véase mi *Historia de la lengua griega*, cit., págs. 213 sigs., 273 sigs. 16. Sobre este tema, a lo dicho en páginas anteriores

añádase José Carlos Herreras, *Lenguas y normalización*, Madrid, Gredos, 2006. También artículos míos parcialmente recogidos en *De nuestras lenguas y nuestras letras*, Madrid, Visor, 2003.

2. LA EXPANSIÓN FUERA DE EUROPA DE LAS LENGUAS EUROPEAS

1. *El reloj de la historia*, cit., pág. 461 sigs., 567 sigs. 2. Véase H. R. Robins-E. M. Uhlenbeck (eds.), *Endangered Languages*, Oxford-Nueva York, Berg, 1991. 3. Sobre Colón y el Descubrimiento, cf. últimamente C. Martínez Shaw-C. Parcero (dirs.), *Cristóbal Colón*, Valladolid, Castilla y León. Consejería de Educación y Cultura, 2006. Hay una infinita bibliografía sobre la Conquista. Sobre las navegaciones en Oceanía y la conquista de Filipinas, véase J. Gil, *Mitos y utopías del Descubrimiento. 2. El Pacífico*, Madrid, Alianza Editorial, 1989; *En memoria de Miguel López de Legazpi* (J. Pérez de Tudela, coord.), Madrid, Academia de la Historia, 1964. 4. Cf. entre otra bibliografía P. Carnac, *Les conquérants du Pacifique*, París, Robert Laffon, 1975. 5. *El reloj de la historia*, cit., pág. 105 sigs. 6. Puede obtenerse una visión general en W. A. Entwistle, *Las lenguas de España*, cit., pág. 275 sigs.; R. Lapesa, *Historia de la lengua española*, cit., pág. 536 sigs.; J. G. Moreno de Alba, *El español en América*, 2.ª ed., México, Centro de Cultura Económica, 1993. 7. Para los anglicismos véase, por poner un ejemplo, A. Morales, *Anglicismos puertorriqueños*, San Juan, Editorial Plaza Mayor, 2001. 8. Aparte de una abundantísima bibliografía, el léxico especial hispanoamericano puede verse en las nuevas ediciones del *DRAE*, así como los dos bancos de datos, *CORDE* y *DRAE* y en el nuevo *Diccionario panhispánico de dudas*. El *Diccionario de Americanismos* está en curso de redacción. 9. «La difícil españolización lingüística de América», en *Libro conmemorativo del Symposium Internacional 1992*, Kioto, 1993, págs. 99-137. 10. Cf. H. Walter, *La aventura de las lenguas en Occidente*, cit., pág. 293. 11. Cf. mi *El reloj de la historia*, cit., pág. 672 sigs., sobre la occidentalización, y 723 sigs., sobre la americanización.

ÍNDICE DE LENGUAS Y DIALECTOS

acadio, 313
albanés, 55, 105, 111, 115, 119, 135, 137, 171, 224, 282
alemán, 19, 20, 42, 57, 73, 83, 90, 91, 114-116, 118, 122, 128, 130, 131, 137, 192, 224, 231, 234, 236, 256, 263, 269, 282, 283-285, 297, 316, 323, *véanse también* alto alemán, bajo alemán
aleutoesquimal, 148
altaico, 46, 47, 83, 147, 148
alto alemán, 114, 118, 130, 223, 224, 269, 283-286
anatolio, 17, 27-28, 32, 36, 45, 56, 58, 63-64, 68-69, 71, 73-74, 76, 79, 81
andalusí, 225
aqueo épico, 122
árabe, 123, 154, 166, 171, 174-176, 182, 193, 211, 217-218, 224-225, 232, 241, 256, 259, 270, 274
aragonés, 113, 271, 273
arameo, 123, 154, 158, 161
aranés, 113, 280
armenio, 27, 28, 55, 60, 105, 115, 118, 155, 326
asturiano, 113, 273
ático, 18-19, 117, 122-123, 154, 164-165, 186, 201-203, 205, 208, 210, 282, 293-294, 296
avéstico, 55

bajo alemán, 114, 130, 224, 269, 283-285
báltico, 28, 36-37, 47, 65-66, 70-71, 81, 87-88, 98, 100, 105, 111, 115-117, 119, 132, 134-135, 137, 148, 246, 267, 285, 287
bantú, 49
batúa, 141, 274
bengalí, 28
bielorruso, 114, 131, 134, 137, 178, 287
bretón, 114, 127, 224, 279, 281
búlgaro, 55, 66, 90, 115, 118, 123, 131-132, 134, 137, 178, 180-181, 253, 256, 287-288, 290

camito-semítico, 46, 48
carelio, 36, 148
cario, 106, 155
castellano, 18-20, 113, 116, 118, 125, 130, 141-143, 145, 147, 194, 216, 218, 220, 225, 230-231, 242, 255, 257, 268, 270-277, 279, 285, 292, 298, 309-311, *véase también* español
catalán, 89, 113, 115, 118, 125, 137,

218, 268-269, 271-274, 276-277, 279-282
caucásico, 45, 46, 58, 146
celta, 26, 28, 35, 50, 66, 70, 87-88, 98, 111, 114-115, 117-119, 121, 124, 126-127, 135, 137, 141, 144, 147, 170, 222, 246, 267, 277, 292, 294, 327
celtíbero, 106, 126
celtibérico, 55, 127
checo, 115, 131, 134, 137, 178, 287
cheremisio (o mari), 36
chino, 83, 108, 153, 294, 302
chucoto-esquimal, 47
cimbrico, 224
ciriano, 36
copto, 106, 154
coreano, 46, 302, 317
corso, 113, 268
croata, 134, 178, 236, 282

danés, 114, 115, 230, 269, 284
dimotikí, 108, 122-123, 192, 257, 293, 295
dravídico, 31, 36, 46

egipcio, 123
elamita, 36
élimo, 124
eslavo, 36, 47, 55, 57, 64-66, 70-71, 81, 87-88, 98-100, 105-106, 111, 114-119, 125, 130-135, 137, 154-155, 161, 166, 170-171, 177, 178-179, 182, 186, 228, 232, 236-237, 245-246, 256, 267-268, 286-292, 294, 296-297
eslovaco, 90, 115, 134, 137, 178, 287
español, 19, 46, 73, 89-91, 102, 113, 115, 122, 125, 137, 145, 147, 185, 192, 221, 225-226, 228, 231-232, 240, 258, 262-263, 267-268, 271-275, 277, 283, 298, 306, 308-311, 316, 318, *véase también* castellano
esquimal, 36, 148
estonio, 36, 37, 47, 93, 148
etrusco, 36, 69, 71, 72, 79, 93, 104, 106, 123, 124, 154, 155, 160, 168-169, 213
euskera, *véase* vasco

falisco, 123, 124, 169
farsi, 28, 89, 90
fenicio, 106, 107, 126, 155, 159
finés, 18, 36, 37, 46, 47, 93, 99, 137, 141, 148-149, 171, 230, 237, 255, 267
finougrio, 37, 46-47, 141, 147-148, 237
flamenco, 114, 137, 224, 269, 279, 284, 285, *véanse también* holandés, neerlandés
florentino, 18, 112, 125, 130, 282, 297
francés, 18-20, 89, 90, 113-116, 118, 125, 129-130, 137, 147, 192, 194, 218-221, 223-224, 227-228, 230-231, 233-235, 239, 253, 255-256, 258-260, 262-263, 267-268, 274-283, 285-286, 292, 303-304, 312-313, 315-316
francoprovenzal, 280, 282
frigio, 27-28, 55, 106, 115, 118, 136

gaélico, 114
galés, 90, 114, 127
gallego, 113, 137, 218, 268, 273, 275, 276, *véanse también* gallego-portugués, portugués
gallego-portugués, 271, *véanse también* gallego, portugués
galo, 55, 126, 127, 154

galorrománico, 268
gascón, 280
genovés, 282
georgiano, 45-46, 48
germánico, 47, 57, 65, 66, 87, 90, 98, 99, 105, 113-119, 124-125, 128, 130-132, 137, 147-149, 223, 230, 231, 236, 237, 246, 267, 268, 270, 278, 280, 283, 284, 285, 288, 289, 292, 294
geta, 125, 136
gótico, 55, 113, 178, 237, 256, 284
griego, 15, 19, 20, 27, 28, 29, 30, 36, 38, 43, 45, 50, 55, 60, 63, 64, 65, 69, 71, 78, 81, 83, 87-88, 89, 90, 91, 94, 98, 99, 100, 102, 104, 105, 106-108, 111, 112, 115-119, 121-126, 129, 132-134, 136-137, 154-156, 159-161, 164, 166, 168-173, 175-179, 181-182, 185-200, 202-226, 228-230, 232-236, 238-242, 245-247, 251-257, 259, 263, 267, 271, 274, 281, 282, 285, 287, 293-298, 301, 326, 334, *véanse también dimotikí*, griego antiguo, griego bizantino, griego helenístico, griego micénico, griego moderno, griego occidental, griego oriental, griego vulgar, *katharévousa*, *koiné*
griego antiguo, 87, 90, 105, 108, 118, 188, 190, 192, 193, 198-199, 211, 247, 293
griego bizantino, 106, 212, 217, 224, 226, 228, 232
griego culto, *véase katharévousa*
griego helenístico, *véase koiné*
griego micénico, 156
griego moderno, 28, 90, 100, 108, 109, 122-123, 137, 138, 192, 257, 293, 295
griego occidental, 116
griego oriental, 116, 122
griego vulgar, 208, 252
guaraní, 262, 267, 306, 309
guipuzcoano, 141

hatti, 36, 48
hebreo, 154, 158, 179, 326
hetita, 17, 56-58, 63-65, 67-76, 79
hindi, 28, 89
holandés, 130, 303, 315, 316, *véanse también* flamenco, neerlandés
homérico, 282
húngaro, 18, 36, 37, 40, 46, 47, 93, 99, 137, 141, 148, 171, 191, 224, 237, 255, 256, 267, 288
hurrita, 36, 48

ibérico, 36, 106, 124, 141, 145-146, 154
ibero, *véase* ibérico
iberorrománico, 268
ilirio, 16, 37, 51, 55, 87, 105, 115, 119, 125, 267
indio, 26-28, 43, 83, 188, 255
indoeuropeo, 11, 16-19, 26-33, 36-43, 45-53, 55-66, 67-76, 77-86, 89-94, 97-102, 105, 111-112, 116, 121, 132, 135-138, 143-144, 147-149, 186, 189, 222, 246, 250, 252-253, 267, 294, 307, 318
indogriego, 65, 85, 86-87
indoiranio, 27, 30, 38, 39, 45, 55-57, 59-60, 64, 81, 94, 105, 115, 117, 119, 120, 246, 326
inglés, 19, 20, 31, 44, 57, 73, 90, 91, 98, 112, 113, 114, 115, 116, 130, 131, 137, 138, 191, 192, 213, 215, 219, 221, 223, 224, 228, 230, 232, 234, 235, 242, 243,

253, 256, 260, 262, 263, 267, 269, 274, 275, 281, 283-287, 298, 303, 304, 308, 313-316, 318
iranio, 27-28, 255, 271, 326
irlandés, 55, 107, 114, 127
islandés, 130, 284
italiano, 19-20, 89, 112, 115-116, 125, 137, 192, 218, 219, 227, 228, 230-233, 263, 267, 268, 274, 281, 282-283, 285, 297, 316
itálico, 66, 87, 98, 105, 117, 119, 250, 251, 267

japonés, 46
jónico, 116, 123, 160, 164, 168, 199, 201, 203, 206, 282, 294
judeoespañol, 113, 311

kartvélico, 45, 46, 48, 338
katharévousa, 171
koiné, 19, 28, 87, 90, 108, 112, 117, 122, 123, 137, 154, 165, 168, 190, 195, 201, 217, 245, 246, 248, 257, 282, 293-296, 336
kurdo, 28

labortano, 141, 274
ladino dolomitico, 282
lapón, 36, 46, 47, 148
latín, 18-20, 50, 55, 65, 87-88, 90, 94, 98, 104, 106-108, 112-117, 119, 123-125, 129, 136-137, 141, 144, 147, 154, 161, 166, 169-176, 181, 186, 188-195, 210-233, 236, 239-241, 245-247, 249-260, 263, 267-268, 270-271, 273-285, 292-297, 301, 309, 310, *véase también* latín vulgar
latín vulgar, 153, 191, 193-194, 211, 214, 216, 245, 252
leonés, 113, 271, 272, 273
lepóntico, 124, 155, 169
licio, 67, 79, 106, 155
lidio, 67, 106, 155
ligur, 51, 124
lituano, 90, 115, 171
lombardo, 282
luvita, 67, 68
luxemburgués, 114

macedonio, 66, 90, 125, 134, 136, 137
manchú, 302, 317
manés, 114
mari (o cheremisio), 36
mesapio, 37, 55, 105, 124, 154
micénico, 122, 153, 156, 157, 197, 329, 332, 336, 340
mitanni, 36, 48
mongol, 302, 317
mordovo, 36, 148
mozárabe, 113, 218, 270, 271, 273, 274, 280

nahuatl, 307, 309
napolitano, 112, 282
navarro-aragonés, 271
neerlandés, 114, 115, 137, 224, 231, 269, 283-286, *véanse también* flamenco, holandés
neozelandés, 236
niveji, 47
nórdico, 90, 101, 129-131, 224, 269, 283, 284, 290
normando, 113-114, 222-223, 231
noruego, 230, 269, 284

nubio, 106, 154
númida, 124
nurágico, 324, 330

osco, 55, 87, 123, 124, 154, 169

pastum, 28
pehlví, 90, 182, 259
pelásgico, 36, 51, 115, 119
peonio, 136
pérmico, 148
persa, 55, 90
piamontés, 112, 282
polaco, 115, 131, 134, 137, 178, 256, 287
portugués, 89, 113, 115, 125, 137, 218, 225, 226, 268, 270, 271, 275, 276, 303, 304, 306, 308, 315, 318
precelta, 51
provenzal, 90, 113, 137, 218, 227, 231, 254, 258, 268, 276, 281
prusiano, 134
púnico, 124

quechua, 262, 267, 307, 309

rético, 124-125, 165, 169, 324, 330
retorromance, 113
romano, 282
romañol, 282
rumano, 90, 101, 113, 115, 125, 137, 232, 268, 288, 293
ruso, 55, 90-91, 114-116, 122, 131, 134, 137, 178, 192, 235, 263, 287, 289, 291, 292, 297, 302, 316-318
ruso blanco, *véase* bielorruso

samoyedo, 46
sánscrito, 26, 28, 38-39, 42, 55, 59-60, 63-64, 90, 108, 117 , 176, 189, 334
santongués, 280
sardo, 282
semita, 46
serbio, 90, 178
serbocroata, 66, 115, 131, 134, 137, 287
sicano, 124
siciliano, 282
sículo, 124
siriaco, 123, 154
sorabo, 114, 134, 287
sueco, 269, 284
sumerio, 36

tartesio, 36, 106
tocario, 17, 26, 28-30, 32, 35, 38, 61, 63-66, 70, 72, 81, 105, 119, 120, 132
toscano, 282-283
tracio, 27-28, 55, 65, 105-106, 111, 115, 118, 125, 132, 136, 155
turco, 46, 48, 61, 171, 236

ucraniano, 114, 134, 137, 178, 287
umbro, 55, 87, 123-124, 169
urálico, 47, 83, 147, 148
uraloaltaico, 36, 46
urartu, 48

vasco, 16, 35-36, 40, 48-49, 83, 93, 97, 99, 137, 141-147, 170-171, 191, 213, 224, 236, 255, 267-271, 273-276, 279, 281, 337, *véanse también* batúa, guipuzcoano, labortano
védico, 55, 64, 334

venético, 37, 55, 105, 112, 124, 155, 169, 268, 282
véneto, *véase* venético
vepsio, 36
votiaco, 36

yiddismh, 285

Historia de las lenguas de Europa,
de FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS,
se ha compuesto en tipos Granjon,
con 11,5 puntos sobre 14,75 de interlineado,
en los talleres de Víctor Igual,
y se ha impreso en Madrid en febrero de 2008.